

Edición: Jesús David Curbelo y Misael Verdazco
Diseño de cubierta: Gipsy Duque-Estrada
Ilustración de cubierta: René Francisco, *Caja para la novela*
de Ángel Escobar (fragmento), 1997
Foto: Anita Jiménez
Diseño interior y diagramación: Beatriz Pérez Rodríguez

© Herederos de Ángel Escobar, 2006
© Sobre la presente edición:
Ediciones UNIÓN, 2006

ISBN: 959-209-737-2



Ediciones UNIÓN
Unión de Escritores y Artistas de Cuba
17 no, 354 e/ G y H, El Vedado, Ciudad de La Habana
E-mail: editora@uneac.co.cu

PRÓLOGO

Cuando leo la poesía de Ángel Escobar tengo la impresión de haber salido a una extraña intemperie entre innumerables objetos y experiencias diversas. Me queda una sensación angustiosa como de imposible, conciencia lúcida y al mismo tiempo sombría de que no es realizable un diálogo real y profundo con la realidad, con la vida, con nosotros mismos. Estos son los poemas de un hombre en perpetuo desasosiego, poseído por un mal incurable y devastador que apenas le permitió entrever y disfrutar algunos momentos de paz y sosiego, momentos en los cuales alcanzó a ver y aprehender el entorno y su propio destino último como posibles, si bien sólo desde una memoria no ciertamente feliz por lo que entrañaba de ausencia, de pasado irrevocable en su dureza corporal. Desde sus primeros textos hasta los últimos es apreciable una paulatina transformación hacia un caos que desestructura todas las imágenes convencionales, ordenadas, “hechas”, de la realidad. En *Viejas palabras de uso* (1978), merecedor en 1977 del Premio David de Poesía para escritores noveles, auspiciado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, hay un discurso más coherente, signado por cierto orden propio y sustentado en recuerdos y percepciones que aún no se han deshecho en fragmentos irreconocibles. En *La sombra del decir* (Zaragoza, 1997) entramos en un laberinto sensorial que nos revela cuán insondables son para el poeta los signos de su existencia, la memoria de su pasado y los objetos que pueblan su vida. Sin embargo, esas diferencias entre sus páginas iniciales y las postreras nos dicen que el poeta ha transitado todos esos años en busca de su verdad esencial, su verdad imprescindible, el conocimiento de sí mismo desde una dimensión absoluta, sin concesiones a imágenes banales que sólo nos muestran un suceder externo y nos ocultan hechos capitales que no podemos apreciar si no nos son revelados por la poesía.

El poeta y ensayista Víctor Fowler alude a la eticidad de Escobar como el centro de su obra, en estos términos: “Hablaré sobre la eticidad,

es decir, sobre la muerte, el vacío, el dolor y el esfuerzo para resistirlo, la destrucción, el orden, el límite, su traspaso, sobre la poesía como posibilidad y lugar donde resistir.”¹ Conducta vital que rebasa el ir y venir, viajes, placeres, hedonismo buscado a cualquier precio, complacencias del cuerpo, todo ello desechado para ir en busca de otras experiencias, desgarradoras en el caso de Escobar, desgarradoras y lacerantes hasta el suicidio. Habría que preguntarse si nuestro poeta estaba en condiciones de elegir entre ese hedonismo superficial y frívolo y las visiones angustiosas que pueblan sus poemas y que finalmente lo condujeron a quitarse la vida en febrero de 1997, cuando ya se le había hecho insoportable continuar viviendo. Su escritura es el testimonio de su vida, testimonio de una autenticidad ejemplar, pero el poeta pudo elegir entre el silencio y la palabra, entre el sufrimiento callado y su poesía angustiada, o entre una poesía tonta y la suya, desesperada y anhelante de transparencia, de conocimiento. Se establece entonces una paradoja: Ángel Escobar ha ido en busca de su entrañable verdad, ha ido en busca del conocimiento absoluto, como ser radical de su vida, pero al mismo tiempo nos dice al final del poema “El escogido”, de *Abuso de confianza* (1992): *este recinto donde lo más arduo es/ no poder escapar del conocimiento*. El conocimiento ha resultado ser una experiencia atroz, intolerable, de la que es preciso huir, escapar para librarse de las imágenes alucinantes, de los ruidos inquietantes, del horror que la cotidianidad despierta en el poeta, siempre insatisfecho porque quiere asir el cuerpo de las cosas y de su pasado, y se le desvanece mientras contempla el suceder, los objetos y su propia existencia.

El conocimiento en Escobar no tiene pretensiones de objetividad ni quiere erigirse en antítesis del caos de la realidad, sino que consiste en un saberse, la posibilidad de verse en el cosmos con un sentido, y entonces sucede que el poeta vuelve a ver su vida (los recuerdos que aparecen una y otra vez en ciertos textos suyos) y quiere, al mismo tiempo, ver la relación que los hechos y objetos inmediatos, su paisaje afectivo, guardan entre sí y con él como descifrador de su ontología, un conocimiento amoroso, no intelectual. Ello le revela que no es factible alcanzar la intelección deseada y que su universo (la infancia y el

¹ Víctor Fowler. “El muro anterior a toda pérdida”, en *Ángel Escobar: el escogido*. Textos del coloquio homenaje al poeta Ángel Escobar (1957-1997). Compilación y prólogo de Efraín Rodríguez Santana. Ciudad de La Habana, Ediciones Unión, 2001, pp. 109-131. La cita en la página 109.

presente, ayer y hoy) es esencialmente caótico, irreconocible, como nos lo dice en sus mejores textos, saturados de cosas de naturaleza diversa en un desorden que no permite que nos adentremos en su significado más profundo, pues el propio poeta se siente incapaz de darse una interpretación coherente del suceder y el estar de sus visiones, de ese cúmulo enorme de percepciones que no acierta a organizar en un discurso que integre las partes en el todo. De ahí que sus poemas más ricos y perdurables, los de su última etapa, sean una irrefrenable aparición de asociaciones y nombres y adjetivos y verbos absolutamente disímiles, cuerpos y estados de ánimo cuya simple presencia comunica al autor una angustia indomeñable, irrebasable, y de ese modo se constituye en causa y al mismo tiempo consecuencia de sus alucinaciones y desarreglos esquizoides. Puede verse en su obra una cruenta batalla por descifrar la realidad, y en ella la agonía de las contradicciones, la más importante de todas su ser más profundo, su yo, en alternancia con el Otro, con Nadie, ese juego de la pérdida de sí y por ende de la pérdida de Todo. Sus páginas nos sitúan, en sus más acabados y trascendentales momentos, en un extraño afuera, afuera desde el que se contempla lo real y afuera también como separado de un centro al que nunca pudo acceder Escobar de un modo íntegro, cabal. Ahí está precisamente la imposibilidad del conocimiento a la que aludí antes y a su vez la conciencia de desterrado, de desamparado que nos llega con la lectura de sus libros. La temprana armonía de algunos textos en los que evoca a la madre o exalta a la Patria –textos escasos en sus poemarios y pocas veces logrados, cercanos a mucho de lo que por entonces se escribía en Cuba, trabajados con una retórica un tanto desgastada ya por otros– ha ido desapareciendo en ese diálogo trágico del creador con la Historia social y consigo mismo, en esa cruenta relación con lo desconocido. Creo que puede afirmarse que esa línea de la evocación familiar y de la exaltación patriótica tiene en su poética el significado de la búsqueda de un espacio vital, de un aire vivificante frente al desasosiego radical en que vivió sumido el poeta durante años, sometido a la enfermedad que lo llevó a la muerte. No era esa línea la más auténtica de Escobar en la medida en que esos temas aparecen en sus creaciones más como intentos de reconciliación con los hechos desde una profunda afectividad que como problemáticas que él desee escudriñar desde ellas mismas. Se ha perdido ya para siempre el sosiego que traía la madre al niño y a su vez la

Patria y sus batallas acontecían más en una dimensión ética que factual en la vida de este hombre acosado por la enfermedad.

Si nos detenemos en la poesía escrita en Cuba en las décadas de 1960 a 1990 veremos una exaltación patriótica que acaba por parecerse falsa, inauténtica, ajena a ciertos conflictos reales del individuo, los eternos conflictos existenciales, de los que tantos textos se desentendieron durante esos años. Durante ese período se empobrece notablemente nuestra lírica con esa politización superficial, de una retórica que se desgasta con rapidez desde un imaginario insuficiente, incapaz de aprehender en toda su riqueza las transformaciones sociales de entonces. Nuestra rica tradición de poesía social atraviesa durante ese lapso por una decadencia que no era ajena, desde luego, a la falta de creatividad de los autores que la cultivaban, pero que también tenía raíces en la renuncia del poeta a exponer su drama individual; los temas no formaban parte esencial de su cosmovisión ni constituían conflictos o motivos de alabanza del todo genuinos en la cosmovisión de los diferentes autores. En los textos que Escobar publicó en la década de los 80 vemos la impronta de algunos de aquellos temas, asumidos por sus lecturas de los coetáneos y por su temprano y fecundo acercamiento a Vallejo, pero en su segunda época, e incluso en lo mejor de los libros anteriores, nos trae otra manera, otra poesía, hecha de problemáticas en las que estaba toda la vida del poeta. Carlos Alberto Aguilera ha observado con gran sagacidad lo siguiente a propósito de la poesía de Escobar:

En Ángel (como en los buenos poetas) [nos dice el ensayista] el yo se impulsa desde una especie de lengua diferente, por tensiones y aortas mentales que lo hacen funcionalizar –escribir, reciclar, procesar– los poemas de otra manera, con giros bruscos o desplazando en una especie de distanciamiento brechtiano, el sujeto hacia el borde de un imaginario que se hace llamar con nombres que significan.²

Aunque Aguilera no está comparando en su ensayo la obra de Escobar con la de otros poetas, esa diferencia es precisamente la que lo separa de aquéllos a los que aludíamos en el párrafo anterior. Es evidente la diferencia de calidades ya desde las preocupaciones que

² Carlos Alberto Aguilera. “Funny papers. Apuntes sobre la poesía de Ángel Escobar”, en ob. cit., p. 147.

mueven a escribir al autor de *El examen no ha terminado*, sin contar el talento, que en el creador que ahora presentamos era del más alto linaje. Su relación con la realidad; las alternancias del Otro, el Ajeno, Yo; el caos alucinante de su escritura; la fuerza y la intensidad de su léxico y su sintaxis; el drama que desborda estas páginas; el desgarramiento que nos comunica esa imposibilidad de armonizar con la vida; ese vivir en la angustia desde la poesía; esos poemas desesperados en los que tantas veces hemos visto nuestra propia existencia, no tienen nada que ver con la banalidad de muchos de sus contemporáneos. El juego era en Escobar, como han visto los más sagaces críticos de su poesía, con su propia identidad, una actitud lúdica que en su caso no se vuelve ingeniosidad y broma simpática, sino que compromete todo el ser de un modo trágico y lo sitúa en los límites de la muerte. La batalla inacabable por ser él, por el conocimiento, por el sentido último de la vida, fue en su obra de una entereza absoluta, total, sin fisuras ni tonterías. Una insaciable sed de verdad, como decíamos al comienzo de estas palabras de presentación, nutre estas páginas intensas y dolorosas, fuertes en su desesperada búsqueda de la secreta unidad del poeta con la realidad. Poesía “tortuosa, inclemente, suicida”³ la llama Efraín Rodríguez Santana, su amigo entrañable y lector inteligente, poesía de una experiencia intolerable como insufrible resultó ser para el poeta la pérdida de sí, de su Yo solitario y al mismo tiempo ávido de los otros y del conocimiento inaccesible. La poesía lo salva en determinada medida del horror, la poesía como oficio y como confesión, como posibilidad de autoanálisis y de adentramiento en lo real, en sus innumerables signos: objetos, hechos, relaciones, sueños, angustias, ausencias, vacío, nada. Sus libros son una perdurable lección de autenticidad indoblegable y de fidelidad a un destino, aunque éste sea el suicidio. No hallamos en sus textos anécdotas insulsas, ni rememoraciones banales, ni artificios formales que quieran asombrarnos con hallazgos tontos, ni cantos inauténticos a la historia personal o social o a una naturaleza libresca, nada frívolo o prescindible ni digno de ser olvidado.

ENRIQUE SAÍNZ

³ Efraín Rodríguez Santana. “Prólogo”, en Escobar, Ángel. *Fatiga ser dos sombras*. (Antología poética.) Selección y prólogo de Efraín Rodríguez Santana. Madrid, Editorial Betania, 2002 (Colección Antologías), pp. 7-10. La cita en la página 8.

VIEJAS PALABRAS DE USO
(1978)

*A Marina Cultelli.
Por ser la otra mitad
de mi esperanza*

LIBRO PRIMERO

Pero la grandeza del hombre está precisamente
en querer mejorar lo que es.

A. CARPENTIER

I

Abuelo alza su simple arquitectura.
¿Quién dijo que habrá sombra
debajo del retrato?
Yo adopto su mirada
de santo majadero,
y voy, cortando el viento,
con huesos que recuerdan
el ruido de sus pasos.

II

Padre fuma lento. El aire
viene tiñéndole el cabello
desde el mar.

Abre su boca
donde en fila
levantan su osamenta
los ebúrneos atletas
de sus dientes de raza,
y te mira...

La ventana está abierta.
Afuera,
bajo el flamboyán
en llama exacta,
hay un huevo,
hay una voz de viento,

un huevo
que también sus palabras reconocen.

III

Madre viene. Siembra su mano
en tu hombro
y levanta el mantel
donde han puesto los codos
de reajo,
pule la mesa llena de tanta ausencia,
hace saltar las manchas
de tinta y de saliva,
y con un gesto líquido
va a zurcir las camisas, las medias,
la paciencia.
Tú miras por la puerta
el camino amarillo,
pero su mano,
su inacabable mano,
ya madura en tu hombro.

IV

El hermano mayor
pula las vigas, los mejores horcones
decisivos,
y dice una vez más,
ante mi azoro,
que ya le queda chica nuestra senda.
Atrás quedan las yuntas
de los voceados bueyes infantiles,
los gallitos difíciles y altivos,
y la bulla a dos voces en la casa
empotrada,
más allá de la ley de las edades,

en la indeleble marca del no olvido.
Mi hermano está ante el vasto mirar
del padre viejo.
Se casa. Hoy es domingo.
Padre,
 como un ancho patriarca legendario,
abierto y singular el rostro manso,
sobre el pecho los brazos,
el índice despierto,
le unta de amor los pasos
y le pone en la alforja ruta nueva.

V

Arde el recuerdo afuera,
y el sol llega y lo estira.
Lo veo desde mi nuca,
desde mi rincón solo, acurrucado,
sin ganas de catarle su estatura.

VI

La lluvia mal vestida,
y enferma, flaca, vieja,
después de derrumbar a una inmortal
sequía,
le levantó a la yuca
su talle,
 barroco y consentido.
Se le estuvo estirando
su primavera individual y mínima,
hasta que la metralla
de la avioneta última
rompió su pabellón alucinado,
y nos dejó la vista sorprendida en el cielo.
Padre fue quien plantó
sus cangres bíblicos;

en una parda pose inmovible
ante el portón,

abierto y rutinario.

Su robusto ladrido tiene filo.

...Madre abre la ventana,
entrega al aire el rostro,
ve tenderse el camino siempre ajeno,
siempre desconocido y duro,

polvoriento...

y ve venir el mal con nombre de hombre.

Son dos guardias rurales los que tumban
la calma del hogar.

Son dos proyectos de almas;
son dos sombras clavadas
bajo la lenta mirada del perro
que vigila.

Preguntan por las caras que faltan,
por sus rumbos,
por alguna escopeta que no encuentran.

Me miran junto al serio tronco
del tamarindo

con mi porte minúsculo sin sueño,
y ven un ardor pleno en mis pupilas,
y una innumerable espera

que me estira los huesos

se imaginan.

Quiriendo meter miedo, meten ruido.

Lueguito se encaraman en sus botas
para inscribir sus pasos en el polvo.

Madre los ha llevado hasta el portón.

Corro a su lado,
aprovecho sus manos para sentir
entera la bendición del mundo;
ella me mira

y manda los ojos al camino...

Se alejan los soldados.

Vencedor otea el aire convencido.

La tarde continúa
empujando el calor a sus corrales.

IX

A la noche se llega
sin un fuego;
con la voz de la madre
que no alcanza...
Tan sólo Curumbá,
 ñeque en su treno,
queda
puesto en la sombra gorda,
para asustarlo a uno.
Afuera el viento arisco corcovea.

X

El avión incursiona
con una ronca estela
que hace temblar el agua
en las cañadas.
Sobre las casas, mudas,
deja caer su absurdo vocerío.

Los muchachos se agolpan
bajo el techo,
cogen los tirapiedras
y estiran su mirar por las rendijas.
El avión en el sol
repiquetea,
aturde y enmaraña al aire manso.
Ojalá con el viento se maree.

XI

Nuestra casa soporta
los más duros embates del viento
y la memoria.

a su estatura.
Apaga la chismosa
su rezo inmemorial.
Hay un rumor de sangre
que araña la garganta.
Entra la Sombra en casa,
va y le toca en el pecho.
Él deja su machete mambí
sobre la mesa.
Le dice: –Afuera hablamos;
camina hasta el traspatio
como puedas–.
Ella a traición le grita en el oído,
lo empuja a su cajón inquisitivo;
se lo lleva en la noche, mientras llueve.

XIV

Abuelo alza su simple arquitectura.
¿Quién dijo que habrá sombra
debajo del retrato?
Yo adopto su mirada
de santo majadero,
y voy, cortando el viento,
con huesos que recuerdan
el ruido de sus pasos.

XV

Si en el cuartel lo nombran,
en sus recintos comienzan a crecer
los algarrobos
quebrando las paredes.

XVI

Son como blancas barcas
sus ojos
indomables. Barcas pródigas, lentas, blancas.
Su ruta va al encuentro
del hombre que camina,
a contarle despacio su carbón
y a enterrarse en su rostro.
Sus singladuras son promesas
que nos nombran,
tojosas primordiales.
No cuentan de la noche en que pelea,
ni de la aurora que sueña en su solapa,
ni del violín que ya no toca su capitán,
ni del violín que toca...

XVII

Padre ha llegado
oliendo
a taumaturgo:
volcando los asientos
y hasta domando el hambre
con su voz:
–No hay más guardias rurales.

Como un rumor de juncos,
como una siempreviva,
Madre gime parada ante esos ojos:
mirándole en el rostro
el mejor rincón del mundo.
El perro Vencedor le anda
en las manos,
le salta a las rodillas,
me disputa su oído.

como ráfagas,
como un traspie de lluvia en agujero,
como roce de brisa en siemprevivas,
como toques de tambor en peligro,
como bocas tejidas.

Son como ramas de palo seco solo
en mi garganta,
atestada de gritos,
 soplos
 pulsos
de flamboyanes y ceibas y palmeras.
En mi garganta sí son terribles

mis venas:

lianas colgantes
mechas
 toros abocados
hierbas de estruendo
caminos
golpes
gritos.
Allí sí me madrugan las venas.
Allí sí se me agolpan
en un ojo sin sueño.
Allí se catapultan, se embelesan,
se abren,
se me desangran en todas mis palabras.
No son como en mis piernas
en donde van cayendo,
en donde son cañadas, bambusales,
alambre;
en donde son amarras
apretando los huesos;
en donde son cual viejas sogas de marinero.
Ni son como en mi vientre
donde se van sonando,
enterrándose,
perdiéndose como aves migratorias.

Estoy mirando
 mis venas
 zodiacales
pensando en mis abuelos,
y en los padres de mis abuelos,
y aún más allá
y aún más acá
 cuando el viento los encuentra
silenciosos,
profundos,
colgados de la pared
 como antes de algún árbol,
geométrica su historia
y cada vez más amarillas sus biografías
posibles.
A ellos estoy mirando
y veo sol y barco en su estructura,
barco y látigo,
látigo y sangre,
y sal y orine,
 ceniza
 perro
 salto
 vuelo y palenque veo.
Y veo cómo me viene desde lejos,
a lo hierro,
creciendo el corazón de pena.
Como se va el martillo
y en mis venas golpea.
Como busca su flor
 su ala
 su piedra para poner el pie,
 su aborto
 su pelea.

XX

Está en los días infinitos
de mis sueños escolares
como cayendo en las manos salobres
del silencio
sola
con su tristeza del último pupitre.
Está frente al dibujo
de un corazón sin nombre
en su cuaderno
tan vacío de signos primordiales.
Y vuelve a estar de tarde,
al pie de cualquier brisa,
mientras calla el camino estirando
su polvorienta estampa,
sentada en la cuneta
meditando su edad,
rumiando mitos donde aparece Esteban
llegando desde lejos,
de donde nunca ha vuelto,
con el viento en los brazos,
y un rotundo mañana
de tierra conquistada en el semblante.

XXI

Se fue a tumbar casquitos, y murió fuerte,
dicen, de un rechinante golpe de sol
en la espesura.

XXII

Sola,
con su pelo pajizo
y un pedazo de muerte en la cintura,

se interna en la manigua,
donde alborotan lentas mariposas
y crecen robles nuevos
y cedros cimarrones.
Se entronca en la maleza,
va hacia un confín de ceibas
y palmeras,
un mal sábado
que luego quiso amanecer domingo,
para que no encontráramos su edad,
sobre un amargo musgo detenida.

XXIII

Te asaltan los recuerdos
como tábanos duros
de función lenta y grave,
como blancos comandos de combate;
y es una raya
que deja un terco enjambre en la memoria,
donde queda, por siempre despeñado,
un suave junco solo contra el aire.

XXIV

Nos tocó esa carcoma;
ese trozo de duelo y su dominio
nos lastimó el café.
Ese luto nos desgajó la risa,
se enseñoreó del viento verde desde los potreros.
Con su asamblea de dientes,
su rabia almidonada,
su amarga suavidad lenta y redonda,
se acostó diariamente en nuestras camas.

XXV

Mientras, la luna, terca
como una abuela
que aprende a un hombre entero
de una ojeada,
revienta en lo más alto del techo,
y embarra las paredes
empujando
por las rendijas múltiples
su líquida influencia corrosiva.

XXVI

Por trillos, por caminos calientes
de silencio seco y empecinado,
con nuestro sueño a cuestras
y el sol partiendo el alma a empujones,
gastamos nuestros últimos sombreros.

Por plazas municipales
de bancos colorados,
y calles que conducen a la iglesia
o enseñan donde queda la alcaldía,
hicimos cada vez más hondos
nuestros inadmisibles pasos pobres,
rompiendo hasta la suela del recuerdo.

Bajo el odio, de noche,
bajo el plan de machete,
y es inútil decirlo de otro
modo,
supimos que era un riesgo la inocencia,
que era un crimen vivir, seguir viviendo digo,
sin voltear a un esbirro, o voltearlo
sin sacarle el fusil de entre las manos.

XXVII
(Papalote.)

Caballo enjaezado
con la espera infantil, barco aventado,
cargado con las letras de la escuela,
¿qué bridas te sujetan el rumbo
y la alegría?
¿Hacia qué puerto irás si te desbocas?
¿Dónde ancla hallarás para posarte?
Salta, salta y vuela, dolor del viento,
vuela,
saqueo de la alcancía del colegial.
Vuela tú que eres libre:
tú que no necesitas ni zapatos, ni libros,
ni camisa,
no le sigas la senda
a tu piloto:
estírate en su alma, légale tu esperanza
de ida. Vuela papel pájaro suelto.
Él te da tu boleto de a bolina.

XXVIII
(Para siempre.)

...Y bien, soy de este lado.
Si falla algún andamio
y caigo
de mi osamenta individual
abajo,
si falta fuego y caigo,
si a los ojos le quitan
las palabras
que impiden que se tornen golondrinas
y caen, y caigo
junto a sus dos piedras negras,
tinto de esperanza,

sébase bien que caigo de este lado.
Si abandero mis dulces escuadrones,
si doy estas perfectas bofetadas,
y asumo mis herencias
de abierta perspectiva,
y vivo mi estatura
tumbando los esbirros con mis manos,
sébase bien que soy de estos lugares,
de ustedes la espiga más reciente:
que me senté en sus mesas,
que comí de sus manos,
que me hice fuerte a tiempo,
y no fui malo.
Y si me abaten,
si así me dinamitan el costado,
mi muerte será mi último verso,
pródigamente leal al tiempo nuevo.
Dejo mi detenido cuerpo en sus umbrales:
cojan su mineral para fusiles.

XXIX

Padre me dio esta carne,
y esta frente,
y esta sombra tan cargada a mi espalda;
me dio estas manos
profundas de jornadas,
masculinas, redondas, abiertas como pozos,
y estos diarios enseres de mi cuerpo;
me dio estos ojos que lloran de reojo,
y este rencor mayor, dolor mil veces,
de su vida pasada.
Padre supo decirse en mi atavío:
su cuerpo está gritando
por esta terca boca con que miro,
y aprendo a transitar la tierra nueva
junto a una estirpe fuerte de canciones.

XXX

Inusitado abril traen sus manos.

XXXI

Ahora sí comenzó el Tamaño Tiempo
de que hablaba:
esta Edad consagró su primavera,
no habrá olvido,
todo amanecerá con sus centellas.

XXXII

¿Y habrá quien no quiera
probar la luz?
¿Y habrá quien no quiera
ponerse al aire natural,
y atarse al ademán fecundo
de la aurora?

XXXIII

(Primavera.)

Viene. Empuja la puerta
y se establece,
con ese olor de malva en el aliento.
Llega. Mira recto a los ojos.
Te agarra con los pechos,
con las trenzas y el aire,
y esa risa
que tumba los horcones del cielo.
¿Qué viento te la entrega?
La lluvia
la puso íntima
como para empezar a conocerla.

Una lenta paloma
le organiza su suave tamaño primitivo,
el mismo en que deambulan
las palmas del potrero.

Está bajo el perfecto
silencio de los astros
junto al fuego,
ladeada la cabeza
como para dejársela al recuerdo.

Afuera escampa. La tarde
se acurruca en el sendero.
La casa está tan sola
en nuestros cuerpos,
que ni el viento le toca la figura.

La vista va y se queda
pegada en su vestido.
Su cintura está fija
en tu bronco ademán inusitado.
Es una bendición incommovible
que te envuelve,
y no te cabe el mundo en las palabras.
Estas son sus dos manos.
Esta su indeclinable espiga
entre tus dedos.
Y es un golpe de sangre la hermosura.

Y sólo eso es mujer: morir un poco,
romperse los estribos;
venir, con todo el campo inmenso
entre las manos,
sazonando la tierra
como un río;
abanderar el tiempo,
sentir que se estremecen
las brasas del fogón bajo tus ojos,
que empieza a hacerse aroma el universo,

y que adentro, allá adentro,
se escurre el alma sola,
se hace brisa que acaba por confirmar el fuego.

XXXIV
(Primer Enero.)

Desde el carbón hilado de sus pelos
hasta el mineral escogido de sus pies,
nuestros ministros son nosotros.
En las calles,
bajo un mismo concurso de sol,
aire y metales,
les compartimos la estatura,
los pasos y el discurso.

Nosotros son nuestros ministros,
desde el mineral escogido de sus pies,
hasta el carbón hilado de sus pelos.
Son nuestra vocación,
nuestro deseo.
Sus sombras también se hacen niñas
de pronto a mediodía.
El “compañero” les camina en sus bocas,
y hacer un tiempo de hombres,
justamente habitable,
es su desvelo.

En sus simples sonrisas
matutinas
no hay más que atletas
esculpiéndole el rostro
para hoy,
para sus ministerios sin tapujos
al centro de nuestro aliento millonario.

Hoy no son sólo cartera.
Sólo lejos y arriba. Sólo puestos.
Nuestros ministros son nosotros.

El viejo mal se afila; es incansable,
es importuno,
es un perfecto tizne
que hace tomar los rípidos machetes,
que hace desempolvar, de nuevo, la escopeta.

XXXVII

Ahora sí comenzó el Tamaño Tiempo
de que hablaba:
esta Edad consagró su primavera,
no habrá olvido,
todo amanecerá con sus centellas.

XXXVIII

¿Y habrá quien no quiera
probar la luz?
¿Y habrá quien no quiera
ponerse al aire natural
y atarse al ademán fecundo
de la aurora?

CONSAGRACIONES

La libertad es la religión definitiva.

J. MARTÍ

I

Todas las pequeñas
y grandes cosas
crecieron para el hombre.

Creció el cielo,
suavemente combado
en su mirada,
para su deleite.

Armó su diminuta
humanidad
la golondrina,
para que el hombre siempre
se lo tuviera en cuenta,
y la dejara estar
volviendo eternamente

a sus canciones.

El amor fue su danza,
y una palabra amable
su espiga predilecta.

Para sus ojos,
el río azoró el paisaje
con su ruido.

Todo se estira,
y viene a ser lo que es,
para su boca.

II

(Hijo de América.)

¿Qué apporto yo a la luna
hablando de su gesto,
de su estatura abierta
de líquida influencia
blancamente cayendo sobre ríos
y ciudades,
que esperan la mañana
para sonar su humo,
y jugarse la vida
con que se alcanza el cielo,
y su infinito fuego, a las pedradas,
clavándole canciones al espanto.
Batiéndose a frialdades

con los cerros.

Haciendo el escrutinio

de las intimidades
de la selva?

¿Qué apporto yo a tu estatua
de gesto indispensable
con esta luna nueva

que llena mis pupilas?

Mujer paciente y suave
que me espera,
preparando hasta el aire
que ha de entrar en mi rostro,
manteniendo caliente la esperanza,
¿qué apporto a tu bondad
con esta luna?

EPÍLOGO FAMOSO

(1985)

LOS ATRIBUTOS DEL DÍA

I

ISLA TRÉMULA

Inaugura la sal su delgadez, su látigo
en tu orilla.

Estás determinada por tal oro.

Cuando el mar va calando tus salones,
la desnudez mundial de tus andanzas,
adónde irán mis ojos.

Indago junto al mar las perspectivas,
y no me alcanza el brazo.

Son las astillas del sol chirriando en las cavernas,
los ritos prehistóricos del pie suelto en la arena,
el cordaje del tiempo que respira.

Serás como esa piedra que el vendaval
recorre, porque es que te resbalan los sueños,
no hay sangre que te toque
y, para verte, no alcanzan los milagros.

Habré de ser el humo que anuncia los carbones
para jugar de lejos con tus líquidos.

PERRO GUARDIÁN

Qué antigüedad le gira en la cabeza.
Antes de ver la cortedad del fuego arrinconado
con la nariz cortaba los espejos,
la noche iba apedreando sus pezuñas,
había el color y el pecho de las horas.
Arde el ramaje en la pupila, enlaza el ojo
el ademán del tigre,
pero el párpado cae sobre la ecuestre lámpara,
y éste se muere más que los relámpagos.
El viento estruja un pájaro en la puerta,
gira el trapo en el frío, lo manosea una avispa.
Algo ladra padeciendo su número en la calle,
frente al garaje del otro que domina
perfectamente el traje, la interrogante,
el hilo, los manteles.

ECLIPSE

Te vi cuando podía. Ahora te añoro más que la Edad de Oro, y tanto, tanto como el pedazo que era en tu medalla. No sé qué habrá en esos rincones que se cierran. Es que hasta los olores se me ocultan; los tapan en lo oscuro. Me vuelvo y sólo veo una espalda corriendo otra cortina. Son agrias las ventanas, de modo que tocarlas sería inventar las puntas. Nada me lleva a ti. Los puentes se han dormido. El camino borró las perspectivas. Se avistan sólo líneas, cartones, sólo mapas. No se oyen los paisajes. Lo espeso ha calentado la escalera. ¿Quién va a poner la mano? De otra forma, si estuvieras arriba oirías mis vértebras.

Tarde llegó esta noche a mi experiencia. Tarde porque habías muerto, habías salido, o hablabas por teléfono. Ahora tu número se le olvida a mi puerta. Estás detrás de un coágulo de sombra. El alud no devuelve tu presencia. Las dunas no repiten las estatuas.

LETRA MAYOR

Adónde van. Por dónde van. A qué se van.
A quiénes dejan solos tantas penas.
Y yo, próximo de ellas, reclutado en su ruido,
dónde voy a ponerme la cabeza.

Adónde van, por dónde van. A qué se van.
Traen olor a persona, vienen juntas.
Dónde voy a poner toda mi gente.
Dónde cabrá mi corazón de ahora.

A quiénes dejan solos tantas penas.

EL ECO

Me ha cortado la voz un vidrio de agua.
Me hizo el indagador de plenitudes.
Y aunque a veces se me tuerce la llave,
y el hombro no le alcanza a tanta puerta,
quiero el ascua que enciende estos graneros.

Nací en ese pasillo de la dicha,
pero respeto al que baila en la otra casa.

Consumo este zodíaco sin fondo,
sucumbo ante tu juicio,
y añoro el que seré cuando te vea.

LECCIONES DE AUSENCIA

I

El culantro repica en la cocina.
El dogo del aceite yace en su duermevela
mineral, atónita.
Un rayo de sol ávido
se balancea en la sala
donde las porcelanas pregonan su fijeza.

Cuando miro su bondad
de paje antiguo,
y tú no estás, no llegas
con tu bata sonora
impartiéndome eléctricos estímulos,
amo el martillo,
ese antílope prieto,
antes que su cristal doblado en ronquedades.

Con qué azoro amanecen las ventanas.
Rueda mañana abajo la endeblez del mercurio
y va sumando anillos a la coraza ríspida del día.
Es esta vastedad que no perece.

II

Se abre un ojo que aturde las cazuelas.
Hierva el talón del polvo, y sus antenas
rebasan la otra orilla.
Siempre escasea un relámpago en la mesa.

III

Trasteando en dónde tose tal comensal viajera.
Después de atar los peces,
hacia dónde dirige esos andamios
que son hiel de costumbres.

Acaso no oye el ruido de los muelles,
el sorbo similar que nos ocupa.

DEL NACIMIENTO

Discurren, valiente el agua, rápido el sombrero,
y la hojarasca de orden, ritual, viene hasta el suelo.
Es en medio de belfos, relámpagos, chillidos
que no encuentran espuma donde apagar su filo,
tendones de corderos, abortos, multitudes,
aceite, naranjales que un vuelo de sal cubre,
donde se ven los lomos, el dos que se acucilla.
El semen estalló, así, en la noche antigua,
el cielo se cuarteó, y fuese la mortal pedrada
viento arriba. En otro nacimiento se preparan
las ganas; alguien inventa el traje de algún grito.
Un buey se ha desnucado, su estruendo tan sumiso
se dobla en la barranca, y arde como un silbato
estrujando el verano, manchando su penacho.

El agua en la cintura se lleva el bote blanco,
se ve como entra el sueño y ruedan los espacios.
El sombrero se yergue cubriendo el mineral
de transparencias, de óleos, de rápida azucena.
Se van sobre los peces. Estáticos proyectos
se tejen en la altura, mas nadie mira el techo.
Que se queden las lianas; que persigan las hojas
el trigo de los astros, porque el alma está sola,
está el cráneo erizado, y el hambre en la cazuela

directamente abierta. Cunde el tambor, la eterna pachanga que anida en el potrero se atolondra, y cruza el riel de amor sobre los peces. Retornan los paisajes, y es la sombra que vuela, la sombra, porque el solo del día ya estremece la orquesta.

Resbalan los ademanes últimos del trato.
El caolín desanda las cápsulas del campo.
Aquí yacen las manos donde corren las arpas
desparramando estímulos, decretando la plata.

Qué lacias son las briznas, rincón de complacencias,
y otras son las esquinas del agua, las rodillas.

Son los dedos soldados de aromático porte.
Transitan en el liquen abriendo sus portones
allí donde explosiones gemelas se confunden.

Vuelan sobre los peces. La eternidad los cubre.

–Paso que alza en mi vientre su azoro de cristales,
talón que se acurruca junto al fuego, diamante
donde el granjero pasta su ensoñación de catres,
viene tumbando atriles, quemando campamentos.
A nadie ya le sirven las cortinas; los tercos
perdigones del grito sacuden las columnas,
y nada queda intacto, ni el pulso de las grutas
donde ensayan los muertos la sal de los que traten.

“Ayer, duro en las ondas sentí los remos que abren
las cúpulas del barro, moldeaste sus costillas;
ayer trocaste el trueno, halló el violín su tripa.
Hoy, barandales se hunden, asoman remolinos,
concuran las pelambres, los cascos intermedios,
y yo me voy, me acabo; el carnaval comienza.

–Piedra que abre en su vientre tu esperma vocinglera,
trébol que te desata sobre el fondo, candela

donde resultarán mis cataclismos, persiste
en tu derramamiento de aroma en los pupitres.
Toca, empina su talla; abísmala en tu trote.
Quiero un panal en que arda y no fracase el hombre,
quiero un horcón de miel para la frente, la insignia
de los bosques, del sable que anuncia las lloviznas,
de los mares que vuelven y se roban las costas.

“Y tú, diámetro de algas, candil, borde de copa,
contén su romerillo, no dejes que la cuerda
se ensorde con los ruidos, sostenme la escopeta.
Mira que urgen las hojas, su cántico de vidrio,
y no tengo más que este fulgor de desvarío.

–En ti la arena instala su invertebrado estilo,
su menta, su astrolabio, su manojo de mitos.

–En ti se posa el brillo de las hojas, hay duelo.
Te ha fraguado el orfebre cual silueta de beso.
La luz abre en las ondas su pandereta diaria,
su chal levanta, vuelve, cayendo va o se empina.
Es un muslo tendido sobre el relente intacto,
un güin suelto en la danza que anda caracoleando.

Es polvo de relámpago. Es mariscal de duendes.

La luz sobre el tomillo de cintas que someten.

Se derrumban sus moles sobre el templo del agua.
Aquellos son dos pechos soñando el sol de punta.

Resbala en los ombligos y en los cántaros rotos.
Transitan los sudores como gallardos mozos.

Escándalo, es la sangre; se ven, tras las mejillas,
las adargas quebradas, las casamatas raídas.

Hoy la vejez del trueno hace su simple roce.

Es el perfil del humo quien galopa en la noche.

ADELA EN LA SIESTA

Por ahí viene el calor. Doblándose en los postes
cae su pergamino de oro.
Viene huyéndole a los gritos que el mar suelta, solo,
de pie en la costa de Cojímar.
Adela entra en la siesta.
El verano se le para en los párpados de leche,
y le exprime un limón maduro
entre los pechos.
Se recuesta en la pelvis, lame dos muslos
de agua. Como un gato
conoce los tobillos
y abre en el cuello aquel su cola lloviznada.

Pero cuando parece que va a alcanzar la sangre
el cardo blanco,
cuando casi peligra el corazón
y pensamos que va a astillarse el sueño,
vienen la brisa, el verde, la sombra de los bosques,
y en la frente de Adela se vuelven aceitunas,
le recorren el cuerpo, se desatan,
mientras, en la tarde callada,
pájaros sucesivos van volando.

ELEGÍA DE MARZO

a la memoria de Santiago Escobar

Atragantan las fábulas.
Harto ya de leyendas,
de mitos y traiciones,
vengo a ver dónde esconden tu cuerpo sin aviso.

Entro solo en tu ausencia
como en un laberinto,
triste voy, y en el tramo
se me moja la yesca, me quitan las antorchas.

¿Dónde podría grabar
mi tiza este mensaje?
No me dieron alforja,
no hallo pan; y me borró la sed el alfabeto.

Los que viven ignoran
estas navegaciones,
pero tu sombra aguarda,
dolorosa, el arribo de un cuerpo de sal viva.

Quiero darte mi piel.
Quiero ser algodones
para esquivar lo brusco
que es estar enterrado, o entonando caídas
en medio de la noche
de interminable espuma
que recorre tus huesos
sólo hechos de las tribulaciones del bandido.

Suicida como el trueno,
ya cubierto de limo,
ahogado en perspectivas
de aceite y carcañales, como una flor rupestre,

de sumados naufragios
reconstruyo tu nombre.
Licantrópico polvo,
pon tu causa en estos escalones del recuerdo,

que no puedo llegar
a verte el esqueleto,
donde fracasó el hombre,
y donde no dio frutos el fiel de las gestiones.

CORRIENDO RIESGOS

Vivir es este riesgo que acordamos.
Y corremos la vida
tanto como corriéndola.
Ah, y si hay cambio de posta, no me acuerdo.

Amar es este riesgo que ganamos.
Corremos el amor
tanto como gastándonos.
Ah, si hay relevo emboscado para darnos
las piezas de repuesto del cariño, no me entero.

La verdad es este riesgo que jugamos.
Corremos la verdad
de no callarnos.
Ah, si hay un pozo de voz, una despensa
donde cambiar la trompeta abollada, no lo espero.

Morir es este riesgo que gastamos.
Y corremos la muerte
tanto como diciéndonos:
Ah, si hubiera otro vivir, correría el riesgo.

ALPISTE PARA LA SOLTERONA

Gota a gota se van las novedades, y ebrios caen los domingos en la sala. Vienen rancios los días. Colgando entre las hojas la melodía lluviosa del recuerdo se mecen los violines, y hay candilejas borrándose a lo lejos. No puede el corazón con tanta grieta. El bronce de los pechos se ha dormido. Apagó el almidón de sábanas y fundas encendidas el oro aquel del vientre.

Es ahora la cigarra, párpados de uvas secas, el campo y los rigores de armarios y cortinas.

–Si cayeran las cuentas del collar, si se rompiera el hilo y oyérase el bullicio de los años rodando, fueran hasta la acera, poblaran otros límites.

Pero los brazos pintan su vergüenza, y los labios se van ahogando en yeso.

–¿Qué Atila ha pisoteado estos contornos? Si alguien dijera “tan sólo fue de burlas, y va a crecer la yerba”; señor, si alguien dijera “se avista un Orinoco entre tus faldas”. Por Dios, si alguien dijera... Quizá si una gaviota durmiera entre los muslos. Yo quiero un futbolista corriendo tras mi signo. ¿A quién despertará la alondra con sus pífanos?

PIROPO

Niña que así camina,
guinda, gleba total, torcaza,
niña que besos pisas,
niña que espero y pasa,
niña escasa,
pon firme tu bronce diminuto,
no marcado,
apriétate las cintas,
sopla el ceño,
no dejes que esa piedra desgrane los vitrales,
Giralda, rumoroso batallón de bondades,
húmeda bocanada de ecuestres pechos fúlgidos,
ciclón caliente y gruta,
sujétame esta mano,
niña que así camina,
guinda, gleba total, torcaza,
niña que besos pisas,
niña que espero y pasa,
niña escasa.

PARTE METEOROLÓGICO

Querida, ocasionalmente nublado,
con algunos chubascos desespero;
y sin tener tu risa airosa muero,
ligeramente móvil y rizado,

como el chirriante mar que ha comenzado
por enfriarse en la malva de este enero,
sabiendo que sin ti no hay sol ni quiero
su invasión de metal aceitunado.

El ciclón que anunciaste no ha llegado;
y no vendrá aunque sepa que lo espero,
sin su vigor total desarraigado

como un tambor que lleva roto el cuero.
Este parte sí es cierto, Celia, muero
como en versos de ayer, enamorado.

OPERADORA DE FLETES

Por aquí pasó el tiempo y el tendero
y un batallón de sueños semanales;
un cuarentón de juegos bimensuales,
pero con auto, y siempre con dinero.

Aquí se sintió bien el extranjero,
y recibió caricias principales;
a cambio de dejar ropa y jornales
fue para la ocasión siempre el primero.

Mas hubo espacio para algún guagüero
que pusiera parada en sus portales,
y obligara la ruta a su sendero.

Aquí en esta mujer de trazos reales,
sépanlo bien el siglo y sus anales,
lanzo mi maldición de hijo de obrero.

FOTO-CARNET

No quepo, Amalia, en esa cartulina. Nadie ha cuadrículado mis sudores, mis dudas, mi apetito. Soy otra latitud con otra llave. Si en vez de ver el mar prefieres una sofisticada tarjeta de estancillo, puedes comprar tu mar por diez centavos, tu mar amaestrado, llevarlo en tu cartera junto a otros diez centavos para comprar hoteles, saltos de agua, museos y fortalezas. Pero yo no soy vianda de estancillo. No quiero ser almuerzo de turistas.

Siempre quise las espirales blancas de tus pechos, las bandadas de garzas que arqueaban tu cintura, las armas de tus brazos. Tu rostro era una brújula en esta jungla de ojos. Quise embarcar, ahogarme en tu flota de estímulos, dormir bajo el salitre o contra el cielo abierto sentir el escalofrío fragante de los besos que duermen como acróbatas en esa boca suave que sacude mi nombre como un dado. Pero sólo me pides una foto-carnet para el recuerdo.

No quieres que te opriman mis rodillas. No quieres compartir esta aventura de manos y reflejos. Pues que quede con el morral vacío mi impaciencia, y tú ve a reclamar a cualquier oficina de viajes y excursiones algún santo yoruba, algún pez raro, un disco, que nadie podrá darte este esqueleto antiguo, esta voz machacada.

CARTA ÚLTIMA

Ayer era el sonido que tu danza evocaba,
el flamboyán insigne que en tu patio crecía,
el pan recién nacido que tu mesa tenía,
y el habitual combate que en tu blusa anidaba.

Fui en tus noches las puertas que ni el ciclón cerraba,
un balcón que en tu sangre su blanda curva abría,
y la alucinante calle en que tu voz solía
dejar jugos celestes que mi canción tocaba.

Hoy para ti soy sólo de un chamuscado espanto
la más silente muestra, marabuzal voceado,
combatiente en desuso, fantasma sin encanto.

Por eso oigo tu nombre callado y, mientras tanto,
me recorres la frente como un buque plateado,
espero que tu nombre se le olvide a mi canto.

AGUAFUERTE

Mueve el viento los goznes de los días.
La noche enseña el esternón vidriado.
La tierra añora un transitar de arado
El mar rechina en sus playas vacías.

El viento a mi rondar no le da vías.

La noche cuelga mi ruego olvidado.
La tierra espelnde en un pisar dorado.
El mar deja su espuma en las encías.

Tu viento hipnotizó las alegrías.
Tu noche me dejó un rincón quemado.
Tu tierra enciende tristes compañías.

Tu mar golpea en mi pecho desolado.
Tierra y mar tuyos busco acongojado.
Viento, para estas noches tan sombrías.

LA ESPERANZA CHICA

Uno y distante tu calor me tumba;
cercano y útil tu calor me dora.
Si se mete en mis besos los decora,
si de mis besos sale, que sucumba.

Mi voz no canta, sino más bien zumba,
olvidando los ritos que atesora.
Se revuelca en el tacto y, simple, llora,
cual soldados que vuelven de ultratumba.

Que tu calor se aloque junto al mío.
Inmensa potestad mi fe te ha dado,
y no quiero dejar sin tu cuidado

el ritmo de este combatiente río.
Regresa en estos versos que te envió.
Devuélveme la sed que te has llevado.

RESUMEN DE VIGILIAS

Mi casa está sonando sobre la calle dura.
Mi calle está indecisa entre el fulgor y el frío.
Mi mano está esperando subirse a tu cintura.
Mi pena gruñe, y baja la cuesta como un río.

Mi rencor no conoce ni reposo ni cura.
Mi viento tiene un barrio en el cual no confío.
Mi soledad, espesa como una plaza impura.
Mi enemiga no sabe que sin su olor sonrío.

Mi patio tiene estrellas donde rastrear la altura.
Mi cama es de uso y limo, de temblor y rocío.
Mi amor es una danza clavada en tu espesura.

Mi mesa es mal recuerdo bajo el mantel vacío.
Mi pecho es tierra insomne que por tu sal perdura.
Mi ruta es la de un hombre con sangre de navío.

LAS CARAS DEL DADO

El pescador en alta mar es único.
Lanza su arpón y logra
la memorable pieza que llevará a Cojímar
para el abierto júbilo
de las gentes que lo aman.

Comparte allí su aguja,
su cerveza, su risa;
y de noche, callado, tan recio bajo el cielo,
trozo de eternidad sobre la tierra,
da la mitad del mundo
a quien lo quiere
con su choza doblada frente al mar,
al borde de las fiestas semanales,
del encrespado rito de las horas.

Se va y vuelve
hacia otro ser mañana un golpe de agua,
hacia otro galopar de la quimera.

TALÓN DE SOMBRA

Un hilo en la cocina cuelga gris,
lleno de danzas y hollín de última hora.
Su peso es un sol negro,
un borbotón de sangre suspendida.

Algo gira en esa noche diminuta
donde se doró el caldo de mis primeros días.

Collar de poquedades,
tú que vienes del techo de las horas
con tus moscas quedaste en los anales de recuerdo,
y ahora me robusteces la ternura.
Amoroso lucero del niño aquel que fui,
quiero dejarte un puesto en mis canciones,
quiero morir contigo metido en mis asuntos,
tibio pendón tostado,
flamante vencedor de las edades.

Un hilo en la cocina cuelga gris,
lleno de danzas y hollín definitivo.

II

LA PIEDRA

En esta piedra
donde se recomponen las mareas los vestidos
y se aroman de líquenes los ripios
los primeros cubanos se quitaban del aire.

Pero es mentira
que no querían saber más de olivas sonoras
ni de cemí con misterio de murciélagos.

En esta piedra
que se deslava y vuelve a desatarse
los primeros cubanos se pintaron de negro
y volvieron de nuevo a quitarse del aire,
tragándose la lengua y chocando los codos contra el mármol.
Pero es mentira
que no querían saber su pulmón a seis palmos del musgo
ni la piel presagiando qué relámpagos.

En esta piedra
donde el ciclón amuela su hacha ciega
y amella el infinito su tridente
los primeros cubanos desnudándose de aire continuaron.
Todo empezó a pasar cuando llegó
con su cota de malla el otro idioma.
Todo. O al menos el desaire que nos daba la vida.

En esta piedra
el arcabuz flamante sonó sus perdigones
y la sarna abrió pronto su bragueta cruzada.
La sífilis sin guantes rebuscaba en los pliegues
la longitud del oro,
y el Agnus Dei orgiástico se adobaba en la olla.

En esta piedra
donde aquel viento norte clavaba las jeringas
hasta que Salvador Golomón partió la aguja
y Guamá descubrió el acero hueco
y Celia, su mujer, tumbó las manchas
de águila en las paredes de la casa,
en esta misma piedra desde entonces
los primeros cubanos no se quitan del aire.
No se quitan, señor, hay que matarnos.
Y en esta piedra de hoy es tan difícil.

MANIOBRAS DE OLVIDO

Allá en Islamabad dijeron de ellos
en Caracas dijeron
y San José parece que olvidó
o la recordó bien cuando decía.
Dijeron que dijeron.
Poco a poco decían.
Y aquéllos se habituaron a ser dichos
allá en Islamabad
aquí en Caracas
allí en la canonización del tal José.
Se fueron a pacer
por donde mismo pastaban los tiranos
por donde mismo pastan rumian
andan
con ojos de neblina
y almas de querosén
con tres gotitas de agua en el reverso.
A sí mismos se fueron.
Lo que quiere decir que era borrándose.
Quedaba sólo un kiosco lleno de cacerolas
con pantalones automáticos
y tintinear constante de monedas
que todavía dejaban caer los mandamientos.
Cambiaron se cambiaron volvieron a cambiar
la cola que se empina en la vanguardia
por la Cola que le guardó la Coca en retaguardia.
Eran chicas de molleros cerrados
y piernas bien abiertas
muchachos convertidos en puercos por la Circe
que le engañó la brújula
porque el canto de Orfeo es más difícil.
Envejecieron pronto
se apagaron
digo que era borrándose borrándose borrándose.
Tales las maniobras del olvido
de no saber de no de apenas
de *sí* condicional frente al origen.

EL PARAÍSO PERDIDO

Veintidós años hace perdimos el paraíso.
Y es muy hondo
que en tanto sucederse las edades
jamás habríamos sido tan dichosos como ahora
que podemos untarnos la cabeza con tierra
y llenarnos la boca de semillas.
Qué profundo
haber sido expulsados del deleite.
Lo que hizo que labráramos de hueso los cuchillos,
pusiéramos en el mismo collar
las cuentas del trabajo
junto al descuento que costó la risa,
y asumiéramos nuestras propias querellas y catástrofes.
Es tan grave
que ni siquiera pudieran expulsarnos
sino que solamente salimos con la nuestra.
Y fue aquella generación de orden caliente
que sujetó la voz de sus patriarcas
y con ella
fue a quemar un cuartel a la orientala.
Luego vimos cambiando los montes,
las raíces, la soledad del polvo,
las orillas, los vientos, las matrices
del agua, los cafetos, los caseríos
fugaces como párpados
hasta llegar enero y abril con los humildes.
Entonces nos negaron el sustento
y anunciaron
el sudor de la frente que buscábamos.
Pero al fin ya tenemos nuestra frente.
Nos quitaron sus cuotas de bendición,
su bienhadado cuerno de abundancia,
sus O, sus E, sus A, sus todavía,
pero también perdieron su mandato.
Ahora queden con su espada encendida y excluyente,
sus alígeras huestes vistan de camuflaje,
que aquí nos reuniremos todos

en el polvo contrario a sus despojos,
y desde hoy le anunciamos al paraíso,
sus propios amorosos incendiarios,
su madrugada de carnaval, su oriente,
y su primer enero de piel definitiva.

enero de 1981

CORTESÍA PAGANA

Gracias a la serpiente
que le ofreció a mi madre la manzana
y la exhortó a comérsela, a morderla,
partirla, danzar en torno a ella
y dejarla caer luego como un piropo
en la frente de Newton.
Y mi madre comió, a puros mordiscos;
desmenuzó, bailó, dijo piropos.
Se atragantó sonriente
al ver la desnudez del universo.
Gracias a la serpiente
porque dijo que le diera a mi padre.
Luego los dos comieron no sólo la manzana
sino la raíz con tierra,
la tierra sin orillas, con ríos subterráneos,
con cangrejos, con perfil de labriegos,
con gitanos;
y comieron del tronco;
tomados de la boca se fueron mansamente
a devorar el tronco.
Con uñas, cortaplumas, horquillas,
con pestañas, con huesos, con pezones
habían sido grabados
los nombres de parejas anteriores.
Así ellos conocieron la madera;
el olor que desborda la costumbre,

los nudos milenarios del cariño,
las fibras empapadas del deseo,
las cortezas hipnóticas del grito,
las sillas, las ventanas,
los trineos,
el mango del arado,
y los postes del alumbrado público;
el palito, la rueda, la palanca,
el bastón hechicero
y la dictadura del proletariado.
Gracias a la serpiente
porque por su impulso comieron las ramas,
con pájaros canoros o callados,
con viento, con azul y noches migratorias.
Y porque aprendieron también a tener miedo,
a esperar que se fuera y que volviera,
o desesperar que nunca más,
que mañana, mañana serían otros
y después otros más y después otros.
Gracias a la serpiente
porque somos otros
y los nietos tendrán el árbol de su vida.
Gracias,
pues podemos querer a rubias y morenas,
tendernos sobre el pasto, chocar como dos piedras
y gastarnos;
ellas también nos buscan
aunque seamos verdes o violetas,
es decir, que podemos desear a todas las esposas,
excepto las que trae el policía
y en el sur del hogar quiebran muñecas.
Gracias en fin,
pues podemos amar o desamarnos,
entregar la mejilla a quien nos besa
o defenderla a tiros contra el otro
que encarcela los labios
para que nunca más se reconozcan
y coman su manzana a pleno diente.

CONTRADICCIONES DE CANTO

Soy
un instrumento raro.
A mí nadie me toca.
Es el viento quien saca los sonidos,
el viento que no cabe en los diafragmas
ni en los pulmones de Dios encontró impulso.
De tan raro, no soy un instrumento,
porque ni el viento me saca los sonidos
aunque tampoco quepa en los diafragmas.
Yo sueño porque sí.
Y también porque no, por quizás, por todavía.
Porque soy el más simple entre los tontos
y sin embargo vivo
moviendo la cabeza para abajo y arriba o a los lados,
o haciendo fisminuto con los hombros.
Pero es que eso es mentira.
Tampoco soy tan simple ni tan tonto.
Y si no compro liebres
porque hablan demasiado de su velocidad,
tampoco compro gatos,
porque entre gatos engordan las costumbres.
Y además los dos son fotogénicos
y dicen los refranes con el rabo.
No me entrego
aunque me venda la carne victoriosa el mercader.
De manera que ya no sé si sueño,
porque en sonido sobran los silbidos,
que, dicho sea de paso,
no siempre se dibujan en la boca,
y unas veces convocan a la gente
y otras son un buen sálvese quien pueda.
De manera que sé muy bien que sueño.
Ha de saberlo aquel que va en su traje
mirando al del pulóver con cuidado,
como si los vestidos fueran digestiones.
En esto del sonar todo es ambiguo.

Mas quiero recalcar
que nunca podría ser un instrumento,
ni nadie va a tocarme a su capricho.
Voy a cantar con paz, prisa, paciencia,
regresos, guerras, garras, gozos y despedidas.
Nadie pretenda que
puede sacarme
cualquier nota que no
sea de mi clase.

SOBRE UN LUGAR COMÚN

Me preguntaron y no supe decirlo.
Me callé, o dije otras sandeces
que eran menos comunes, menos lugar,
y menos ciertas.
Lo hice pensando en tropos, estilo, insinuaciones,
con palabras marcadamente gráciles.
A lo mejor lo entienden los cronistas,
o a lo peor se quedan sin saberlo
aunque le dé contento al exquisito.
Aquellas mis palabras de entonces se cerraron,
como acontecerá,
de aquí a algún tiempo,
con la mismísima boca que las dijo.
Sabía que Valéry, que Paz, que Shakespeare,
que Vallejo sabía,
y el camino con tarjas inequívocas
se torna impracticable;
pero quiero decir que lo sabía,
y que a pesar de todo ahora vuelvo a saberlo,
Ginsberg, Safo, Rimbaud,
y el camino con tarjas equívocas o no
vuelve a hacerse de nuevo intransitable.

Me preguntaron y no supe decirlo.
Porque quería contar palabras inmortales
para que el tiempo y yo fuéramos esa yunta
que suavemente deja su raya en la parcela.
Pero no quiero más ser enyuntado.
Prefiero ser el toro de embestida
y no dejar que estrujen mis riñones
los dueños del decir,
ni el antologador,
ni los que tienen muy suaves latifundios en revistas.
Ahora quiero decir palabras bien mortales
y citar con mi boca a quien me dé la gana,
porque las ganas me vienen desde cerca.
Ahora quiero morir diciendo esto:
yo nací en un bohío, sin zapatos,
porque hay otros que nacen con piel de desayuno
y con zapatos,
les tengo odio a los buitres y al gusano,
al que almacena puestos y engorda oportunismos,
grito viva Fidel dale duro a los yanquis
quiero que no se muera el Patria o Muerte
y terminar diciendo torpemente
que soy hijo de la Revolución,
nunca un lugar común fue más exacto.

SEGUNDO MANIFIESTO

Alguien vino a buscarme con un mapa.
Un ojo obscuro derritió en mi puerta
como señal de su visita, y luego
se fue a mover un péndulo en la sombra.

—¿Qué hay detrás de este negro de alma dura,
detrás de ese silencio de campanas?

–Habr  un coral donde no valen guantes,
un vendaval que aloca las cortinas,
un esqueleto ronco de estampidos,
un arsenal de súbitos limones.

Mas, no quer  saber el pobre tonto
y se burl  del negro con sus caras,
se burl  con sus bronquios de arribista,
se burl  con su sangre de babosa
transpirando salmos excrementales,
y me estruj  la tarde con sus cascos.
Pero yo tendr  tardes para largo,
tendr  un fulgor de siempreviva, un trago
de la más leve miel para la cena;
y del racimo azul de las mujeres
arrancar  mi fruta suspendida,
mis síntomas, y ya que con espuelas
esta avispa rasgu a mis cristales,
fabricar  mi espada de silencio
para que no alcen vuelo los pantanos,
para guardar la estirpe de los sueños,
la cintura del agua de las islas.

TERCER MANIFIESTO

Sugiero que se agoten las planillas,
los tragos de palomas manoseadas –que aventan al burócrata–,
el cuero de los viajes de colmena –que asume el oportuno–,
la sarna colonial con su instrumento.

Propongo que se aplaque mi discurso
si alguna vez consume esas raciones
de asunto y menesteres de contralto.

Si pudiera desear sin que mi voz peligre en tu probeta,
hoy quisiera una invasión de panes

para apocar la hiel de la saliva
de los que andan buscando radiografías del alma,
sudor encuadrado,
acuarelas de viento.
Quisiera no darle explicación al exquisito.

Yo padezco la muerte de ascendientes fluviales
y el desorden que causa la quimera en lo oscuro.
Hay peces que resbalan bajo la sangre,
es jueves, y en tan festivo armario también cuelga
un chaleco de sombra intermitente.

LA DEL TRAIADOR

Ya morirás.
Veré caer tu tramoya sobre su propia sombra.
Y allá serán los huesos.
Alguien dirá:
Se ha ido con su música a otra parte.
Adonde ya no hay cálculos,
límites ni emboscadas.
Ahí yace en su close up definitivo.
Muerto.

Ya vivirás.
Veré cuál es la cara que das al enemigo.
Y así será tu nombre.
Alguien dirá:
Quién podría imaginarle cuánto Yago.
Vienes y vas al cálculo
preparando en tu andamio la emboscada,
y entre tanto, bufón, lame el zapato lindo
de tus reyes.
Sigue tu vals de sal y transfiguraciones.
Mas, si alguien me pregunta, digo:
Muerto.

RELACIONES HUMANAS

Cuando tú tengas miedo,
aunque sea miedo personal e intransferible,
de esos que no se dicen en reuniones,
y sin embargo vienen, no se van,
y te acompañan incluso en las reuniones,
puedes venir a mí llorando quedo,
o sin llorar o riendo,
como nunca se dice en las novelas,
porque las uñas que a veces tiene el miedo
no caben en cien mil tomos de invento
pero pueden clavarse, insistir y quedarse
en un solo renglón del sentimiento;
puedes venir aquí, venir contigo a cuestras,
y decir “mira, Ariel, tengo este miedo”,
porque un lunes también vi una sonrisa
y era el miedo fingiendo ser siquiatria,
es decir, poniéndose collares a su antojo.
Cuando llegues
cogeremos los sustos,
así tenga los colores corridos,
traeremos varillas secadas bien al sol,
en los recuerdos buscaremos el hilo más partible,
y un papalote haremos
que al primer golpe de aire
irá con su bolina a otros contornos,
a donde ni los pájaros lo nombren.

Eso si tienes miedo.

Pero si estás alegre, tan alegre,
dulce y rápida como una ciruela
que se refleja en labios que se miran,
y parpadean mirándose, quemándose,
en manos que se tocan
y presagian la hora de volver a tocarse,
en ojos que se besan en colores,
con la pantalla ancha y amor estereofónico,

entonces ven a mí,
vente conmigo a cuestras
y dime “Ariel, Ariel, mira, tengo este día,
este calor que darte, esta mazorca
de maíz sonoro,
estas ganas prehistóricas de besar y besarme,
y sentir que también mi cuerpo estalla
y te llena la vida de terrones de azúcar,
metrallas de algodón o desnudeces,
olas y regimientos de caricias”;
dímelo así, y dilo al que transcurra con su pena.
Entonces sí empinemos la alegría
con un hilo imbatible
para que vuele lejos pero vuelva
polvoreada de estrellas la mejilla,
y así podamos todos besarla en pleno rostro
y salir con los labios brillantes de entusiasmo
a cantar por el mundo que nos inventa siempre a cada paso,
y nos habita y nos rehabilita
para que defendamos siempre la esperanza,
con vigor y con rabia
con pena y con temores
en silencio o a gritos, pero siempre.

CONTRA LOS PIROPOS KAFKIANOS

No me hagas que te cerque con palabras,
no me hagas calcular tu permanencia.
Nunca quisiera hacerte una jaula con tinta
como a un animal raro que no existe.

Bien sé que estás allí por donde paso.
Puedo memorizar todo tu cuerpo,
y balbucearlo luego en ómnibus repletos,
aunque la gente diga que voy hablando solo,

que estoy loco,
porque ellos siempre son cuerdos callados.
Loco puede que esté
si tú coges complejos de oficina
o de departamento o edificio con muchos ascensores.
O si tu corazón pone un cartel freudiano
al final del pasillo,
lo que indica que tendré que cruzar
carteles y pasillos anteriores,
secretarias anexas o subutilizadas,
escaleras, circuitos y vicepresidencias,
cuños, cartas, presillas atrasadas,
y esos pisapapeles de sobrecumplimiento al 2%.
Estaré entonces loco.
Porque cuando me encuentre
como a veinte canales de tu orden del día,
y me digan que el calendario no me contemplaba,
que en tu agenda este amor se ha postergado,
me tendrán que poner
la camisa de fuerza con tres copias,
porque un original contra esta rabia
no ofrece garantías.

No me hagas que te cerque con palabras,
no consumas complejos burocráticos,
pon tu pecho bien cerca de mi boca
para que yo respire que te quiero,
y el corazón saltando me responda
sin tener que abusar de intermediarios.

DOS CONTRA UNO

Mujer, yo no puedo quererte con el alma.
Sigo con mi materialismo pertinaz
y, por otra parte, nadie tiene que enterarse.

Porque si mi alma suena cascabeles
–te amo te amo te amo–
y la tuya se queda con tres vueltas de llave en el armario,
aunque su L colgando me haga señas
porque ha sido cogida por la puerta del closet,
nada tengo que hacer cascabeleando.

Cuando yo vengo almado para ser vencido
quisiera ver que se alman contra mí,
y en combate parejo nos gastamos.
Si quieres coge tu alma por la punta
y me das golpecitos con el cabo;
yo te voy a llegar con todo el filo.

Si me oyes tintinear,
haz que suenen campanas
o al menos campanillas;
así sabré que no eres una casa vacía,
que cuando abra la puerta
no me saldrán murciélagos,
porque por muy esdrújulos y cinematográficos que sean
no quiero ver chillidos manoteando.

De manera que no
puedo quererte con el alma.
El cuerpo sí que cabe en las bombachas,
o se mete en slip a la francesa,
permanece detrás de su cigarro,
pero el alma el alma el alma
lo que se dice el alma, no usa desodorante,
nadie puede meterla en un anillo,
menos en un por cuanto de notario.
Habrá que descubrirla en otra senda.

De tanto ir y venir a los retretes
–que hoy ya te suenan water–
en hoteles ex Hilton
–llegando a la toilette–

en tanto arden las danzas
hierven sopas cameras,
seguro que al ducharte se te fue por el caño
tu alma de celofán –con olor a marlboro–
haciendo contraseñas con el rabo.

Tu cuerpo en tanto sigue con acento prosódico,
la polilla con tiento perforó allí la página,
y es verdad que es difícil pronunciarte.
Pero levanto el brazo,
si es que estoy en ayunas,
vengo y te delecto.
Pero nunca me pidas “vuelve a cascabelear”,
porque yo traigo dos y tú das uno.
No se puede ser más
para ir perdiendo.

DESDE LA HABANA

Vivo en una ciudad que dicen de columnas.
El mar es tan cercano a nuestra parentela
que su temblor de sal relampaguea en la casa.
Aquí crece el follaje de los dientes,
propósitos oscuros mueren en parques agrios.
Hay viejos con bastones, muchachas con cinturas
como en cada ciudad que uno imagina.
Un gesto de la yerba descubre la manigua,
donde han sobrevivido el desamparo,
el curujej, cual cántaro fugaz de mesonero,
el güiro del palenque.
Por aquí transitaron los esclavos
que engordaban el miedo de los amos.
Hubo casacas rojas enredando el lenguaje de las putas.
A qué decirlo más: todos lo saben.

Por sus piedras esta ciudad ha de ser
igual que otra cualquiera.
La Punta no le quita cercanía,
La Fuerza no le amarra el desaliño.
Ánimas y Empedrado combinan en su aliento,
Trocadero y Virtudes la levantan,
y Genios la cobijan.
Encuentran su Salud los timoratos
y un Campanario el sordo para holgarse.
Aquí resbalan dudas y refranes,
y un amasijo de ojos transparenta
el lleno de mercados y autobuses.
Cada cual ve en la villa
lo que su ocio o su sinfín empuja:
éste la luz, aquél el callerío,
otros lavan canciones a pedradas.
En su empeño cada quien tiene sábado en sus meses,
y creen que este talón de roca se lo ha dado.
Amor y desamor hacen los pechos.
Quiero saber en dónde no sucede ese reclamo.
Yo recuerdo un olor de diarios y cortinas,
y habitaciones altas en casos quinquenales.
Pero, Celia, no busco la ciudad sin tus rodillas.
Ni siquiera imagina la Plaza sin tu rostro.
Voy en el mismo afán de nuestras multitudes,
pero no sé pasarme sin tus manos.

CORRECCIÓN DE LECTURAS

Tales fueron los días hasta que el cándido animal salió de la espesura.
Tales fueron los verdes, tales fueron las aguas, los oros, la magnitud,
los límites. La tierra era en sus manos y fue rey de las horas y los ríos,
de la pelambre hirsuta y el colmillo.

Huyó la flecha blanca del origen, el sol sacó su chal de entre las piedras, la lengua fue trasteando por los líquidos hasta encontrar los peces, la química del diálogo.

Entonces nació yo.

Vine para adorar la cúpula del vientre, el calor machacado entre los cuerpos, la silueta salobre de la danza. Me acostumbré temprano a tus rodillas, a los insomnes codos que apuntaban tus gestos desde lejos. Ya no me sentí solo mirando tus tobillos, porque traían los pies allí donde tu risa mojaba los estímulos. Yo compartí tus hombros con la lluvia, y desde entonces vengo escribiendo el poema de la sangre, de los actos sonámbulos bajo un raudal de estrellas y jornadas.

Quiero gastarme el alma en tu hermosura, en tu fealdad festiva, en tu sed, en tus faltas. Celebraría tu ausencia porque sé que tus manos arden gritando un nombre entre las sombras. No me preocupa el gúin de la agonía; ya hemos desmantelado sus cuarteles y el hijo hará mejores avenidad.

Descubrimos, amor, que Dios es sucederse, que el otro arrinconó su desventura, pero tú y yo no fuimos al mercado a comprarnos raciones de otro mundo. Nos dio la fe luchar por nuestra clase. La vida es un relámpago de tierra. Y asumimos su escándalo, volvemos sin cesar a su cosecha, porque sabemos que sólo por nosotros esta Revolución no tendrá límites.

PANAMÁ – 4

GLOSA A PANAMÁ

con llama que consume
y no da pena

SAN JUAN DE LA CRUZ

Yo buscaré tu estalactita pura
en la sombra de tu habla tan serena,
y moriré tocando tu hermosura
con llama que consume y no da pena.

Miraré el sable blanco de tu origen,
el sol que hizo tu boca tan morena,
y viviré en tus sueños porque crujen
con llama que consume y no da pena.

Quién no conoce el agua que te toca
y se desgrana en ti, eros y arena,
y en encrespados límites se aloca
con llama que consume y no da pena.

Y si la sangre por el aire gira
de la ciudad que permanece plena,
asumiré tu nombre que me mira
con llama que consume y no da pena.

SOBRE EL MAPA

Hurgo, cronista de Indias
de actual empaque y viejas memoranzas,
en el atol del tiempo
tu zócalo sonante
de mar y mar y tierra apisonada.

Caracol taciturno
donde los mares dejan sus quejidos,
cántaro corporal,
piedra donde resbalan
los óxidos, las lluvias terminales,

presiono en tus rodillas
y busco entre las aguas tus pestañas.
Mas veo en tu cintura
marineros de hierro
que orinan en palomas desgarradas,

como si sobre el techo
del siglo y su desorden tecnológico
pusieran los relámpagos
su verbo de cristales
y un escorpión final te manoseara.

Indago, indago, indago.
Busco sobre las piedras las pezuñas,
las guitarras gastadas,
el huracán de sangre,
y el pan de tu hermosura que se dora.

Mas sé que son los actos,
la miel de los perfiles lo que esperas,
la voluntad ritual
de la manteca, el borde
de la sal, los pergaminos rústicos,

la lengua castellana
en grano y mosto y púrpura sonando;
y así me vengo a ti,
talón de plata y pena,
a gastarme la vida en tu madera.

ORACIÓN

Pistilo, ánfora, rótula,
harina del amor en ejercicio,
adarga de Quijano,
tráquea de ave marina,
relente equinoccial sobre las hiedras,

mástil, bordón, cuchillo,
horario entre caderas desatadas,
polvo, timón, clavija,
que aderezando coplas
navegas por el cielo sin permiso,

alma de Panamá,
mira hacia mí en las islas del Caribe,
hacia este corazón,
hacia esta sutil lámpara,
y déjanos sonar bajo tu estrella.

GLOSA RITUAL

sobre la permanencia y el orgullo

PABLO NERUDA

Mira: giran los ojos, las manos estragadas,
las láminas del aire retienen su capullo,
y vienen ronroneando las almas desplegadas
sobre la permanencia y el orgullo.

Paso a paso, tambores, la sed de sal, el humo,
jotas, puntos, payadas, cielitos en arrullo,
cimarronada y rumba retornan al consumo
sobre la permanencia y el orgullo.

Éste es el polvo, el golpe, la racha de la fiebre,
el heno de oro en donde me estremezco e intuyo
que habrá una luz que agote la sombra del pesebre
y que crecerá siempre como el coraje tuyo,
sobre la permanencia y el orgullo.

LOS EMPUJONES BLANCOS

I

Roza la madrugada mil sendas sigilosas
olfateando los besos detrás de las ventanas.
Un racimo de abrazos y bocas la persiguen.
Los árboles parecen labios o piernas sueltas.

No hay invierno ni cepo que aplaque esta saliva
donde la madrugada empuja esos cristales.
Yo soy la ventolera que araña esos balcones
por donde te me quedas dormida entre humedades

de luna y quitasoles. Mi sangre te persigue.
Vengo a ti. Soy la flecha del día, su proclama.
Los árboles son rojas piernas entrelazadas.

Se queman los portales. Estoy bajando raudo
mil sendas sigilosas. Fértil como el acero,
sonriente, voraz consumidor vengo a tu alpiste.

II

Qué estallidos tus besos,
suntuosos como iglesias,
rápidos como brasas,
o levadura, o sangre;
graves cual escaleras
o plazas en la noche.

Qué agua de truenos rojos
me tropecé en tu boca.

Qué tromba de granizos.
Qué ventolera de oro,
de fulgor desatado.

Pon ante mí tu boca,
sus propósitos largos
como dos hemisferios,
su círculo indeciso.

Yo quiero esa gaviota,
ese sonido de agua,
esa señal de humo.

Hazme algún cinturón,
mi pequeña, mi suave,
ponme a mí ese collar
de cuentas amarillas.

III

La calle está esperando que salgas tú y la pises
para volverse un grito de sal y agua madura,
y empinarse en tus ojos tranquilos y aleteantes.
Su anhelo se parece de noche a mi cintura.

He querido que estalles como una enredadera
sobre la plata joven de mi reciente altura.
Todos tus ademanes revuelven mis asuntos,
y en tu boca ha morado toda mi envergadura.

Haz que yo pueda verte, pequeño árbol tostado,
dorada tojocita sedienta de espesura.
Recíbeme en el aire quemado de tu pelo,

espérame en el puente que sueñan tus caderas,
mientras con gracia rompen tu dulce vestidura,
para que yo te beba como un agua dormida.

IV

Desde tus pies sin sueño,
pasando por la línea
donde se parte el mundo,
la línea manejada

por tus muslos, perdida
en la yema insurrecta
de tu vientre, subiendo
por tus dos pechos puros

como saltos de atletas,
y atravesando al fin
tu boca, tu nariz,

su vertical fiereza
desatada en los ojos,
se alzó el sol en tu frente.

V

He salido a crecer en tu recuerdo,
como un duende que soy
de tu buen silencio armado.
En ti inauguro largos aguaceros,
y noches calientes como panes.
Tu mirada es un viento
que en ti se encierra y clama.
En tu boca alboroto
los más blancos cabritos
que pastan junto a un río,
y empieza en ti mi cuerpo
a hallar su investidura de explorador constante.

VI

¿En qué rincón repica tu sonrisa azorada
como un cordón de hormigas laborantes, cereales?
¿Quién puso dos tendidas mañanitas boreales
bajo tu frente chica cual un golpe de azada?

¿Y quién te dio ese rostro de paloma asomada
a un potrero infinito donde hay valeses, timbales,
saltos, luces, salivas, trompas y carnavales?
¿Y esos pechos gimiendo; su dulce vaina helada?

Quiero saber tu origen de planeta macizo,
de agua que tumba y rasga las noches con su hechizo.
Muerdo tu vientre y siento tu perseguida altura.

Muerto de danza y rito, loco de tu cintura,
quemaré las aldeas que mi impaciencia te hizo,
y olvidaré mi sombra pegadita a tu albura.

VII

El cielo cae redondo, plenamente en tus ojos,
con su infinita alberca de plata conmovida.
Nadie ha cruzado nunca su perfecta avenida.
Sólo mis besos rudos como cóndores rojos.

De noche en veinte países nadie pone cerrojos,
cuando tú has decidido calcinar una vida.
Invades las ciudades con tu saya encendida,
revuelta, ácida, oscura como un racimo de ojos.

Sólo yo te alzo y toco la ruta en que pervive
mi efervescente asombro de adolescente intacto.
Te unjo de mis recuerdos de antes, y el contacto

que en su estallante danza mi prieto ardor concibe,
repercute en tu sangre como un antiguo impacto
que cae en lo oscuro, espeso, intermitente, exacto.

VIII

Bueno será morirse en tus laderas
víctima de tu temblor asesino,
quedar como escuadrón en el camino
destartaladas todas las banderas.

Si la muerte se anuncia en tus caderas
y en tu vientre se aplaca mi destino,
quiero ser en la muerte peregrino
y en tu vientre olvidar rumbo y fronteras.

Muero bajo la noche que tú quieras;
renuncio al sol, al viento, al mar, al vino.
Y digo que esa suerte me convino,

que vivo sólo porque tú no mueras,
que en tu calle renacen mis banderas,
y somos en la noche el mismo trino.

IX

Llueve remotamente y escala el sol tu espalda.
Una manada altiva de caballos difusos
riega en tu firmamento mil relinchos confusos.
El Mar Caribe tiembla resumido en tu falda.

Alguien que muere ahogado bajo tu puerta salda
la deuda azul que te alzan cien ciclones intrusos,
porque tú le has dejado sus telares contusos,
sus víctimas marcadas por un desastre gualda.

Eres la guerra que hunde las ciudades del hombre,
la niebla que empercude los cristales del sueño;
por eso nadie puede convertirse en tu dueño.

Ministros queman barcos por no bojear tu nombre.
Un agua de ojos yertos busca tu pecho vivo
y no hay tambor que roce tu ventanal altivo.

X

Cual vacarí estirado sobre la pampa absorta
espero que me aturdas el pecho con tus dedos,
esa tribu anhelante de origen submarino,
ese manajo raudo de lluvias cenitales.

¡Qué alguaciles traviesos ensortijando el aire!
Se acercan a mi torso dando candela y gritos,
poblando esa llanura de ariscas ventoleras,
dejando el campo en curso de luciérnaga y ascuas.

Traigo un puente en mi pelvis, llena de negros pumas,
de propósitos blancos, de campanas antiguas.
Abran sus diez banderas un lugar para el peso

de este imperio obsesivo, de terco metal fijo,
y despierte el verano en su afilado látigo,
tenaz cuerpo de incendio pegado al esqueleto.

XI

La tarde se propaga sobre la casa sola.
La llovizna se afinca sobre el telón del viento.
Tú estás viniendo siempre desde un fuego insurrecto.
Tocada por mis manos te haces un tren caliente.

Los dos somos un nudo sobre la noche intensa,
las imposibles curvas que añora el horizonte.
El cielo se hace un lago con peces en el fondo,
y un manantial de leche la luna suspendida.

Pero somos un cuero decidido a romperse.
En la penumbra alada de cuartos inconcretos,
nadie detiene el odio genital que nos muerde,

y creo que tú te has puesto, incluso, mi esqueleto,
y yo me llevo el tuyo, nocturno y combatiente,
para probar qué hacemos, ahora que amanece.

XII

Caí bajo tu sombra como un hijo
y amé la potestad de tus rodillas.
Dormí bajo tus manos, bajo veinte
banderas de tu ejército blanco.

Me desboqué en tu vientre de campana
incendiada por vientos genitales,
y atravesé tu risa, sonámbula
fiereza de mineral mojado.

¿Qué hago de mis caricias sin tus hombros?
¿Qué habrá de mis palabras sin tus ojos?
¿Qué haré, si tú te vas cerrando el viento?

Por eso alzo tu nombre y te proclamo.
Vivo condecorado por tus besos.
Me quedaré en tu sangre como un mito.

XIII

La sal de tus mordiscos inaugura mi capa.
Sólo para tus dientes se alzó mi amarga frente,
y la extraña violencia de mis brazos rituales.
Deudor soy del amianto que en tu lengua persiste.

Deudor de tu osamenta, su harina de bondades.
Te inventé como un trillo fugaz sobre el potrero;
y atravesé tu patio sin libros, sin complejos,
sólo con mis raciones de danza en la cintura.

Di un traspié entre tus pechos, y náufrago en tu pelo
le vi de nuevo al mundo sus violentas mitades.
Con desmesura de árbol, de caballo, de buque,

fui aprendiendo tu estatua, tus campanarios blancos,
las dos islas calladas de tus pezones rojos.

Me acostumbré a tu peso de fruta suspendida.

XIV

Con qué gracia, con qué bella apostura
vació la vieja noche su cántaro
de miel sobre nosotros, sobre nuestras
mitades combatidas. Cristal grave

alzó su lacia humanidad, su bronca
carpa sobre nuestras cabezas, juntas
como dos panes rojos, como peces.
Puso la mano oscura, desató

la colmena sus carbones, y vimos
su silencio tiñendo los cristales,
su avalancha de sal cubrir la arena

donde nos sumergimos, donde somos
alas, huellas de un animal salvaje
que ha pintado de gritos la espesura.

XV

Qué astro he puesto en tu vientre.
Qué piedra tan profunda
se te ha subido al sueño.
He visto que se asoman

dos palomas de trigo
en tu alta geometría
de andar aceitunado.
Se alzan lacios tus pechos

unánimes y leales
sobre un tambor ecuestre
donde arde el nuevo ritmo.

Qué astro he puesto en tu vientre.
Qué olor a campo joven;
a tierra recién hecha.

XVI

Hoy vi sobre la cama
tus dos piernas azules.
Son dos mástiles rubios,
dos ráfagas de alpiste.

Pensé probar su estilo
de lámparas silvestres;
verlas tocar mi cuello
como si fueran brazos

de lácteas intenciones.
Pero toqué tu vientre,
su curva circumspecta;

y ante esa luna de óleo
que ha de inundar mi casa
postré mi espada ansiosa.

XVII

Llegué pintando bocas
en tu boca. De pronto,
vine poniendo vientres
en tu vientre azorado.

Gemiste al ver que manos
en tus manos sembraba;
y pies como silbidos
dorándose en tu cuenca.

Nuestro limón requiere
tan sólo nueve meses
para trocar los vuelos,

para verter la espuma,
y convertir las hojas
del diario en eucaliptos.

XVIII

Hoy tus párpados son
los de la tierra. Tersan
su vals bajo el crepúsculo
las canastas cargadas

de sábanas y signos.
Se humedece el pistilo
del cielo en tu cabeza,
y estallará en mi mano

su rauda balcón fijo
sumergido en la risa.
Medirá cuatro besos,

cuatro motas de luz,
la espalda del renglón
de sangre que me espera.

XIX

Si alguna vez olvidas que eres de tacto, rito,
de tambor, salto y liquen del que repica y quema;
si alguna vez se pierde tu lenta risa extrema,
y no cruzas mis noches, campana, polen, grito,

como entre tanto bosque tu nombre es el que cito,
planta fluvial, estatua donde el delirio rema,
y eres huésped del pasto que reluce en mi poema,
y en tu golfo me empino, resueno y resucito,

recuerda al menos que ando tras tu canción, marcado
del estilete blanco que estira tu cintura,
llena de luna antigua como el desastre armado;

recuerda que alimentas mi simple envergadura,
que eres otra vez plaza, cuna, rancho, mercado,
feria audaz donde aguarda, caliente, la aventura.

EPÍLOGO FAMOSO

Ahora me atañe el fuego,
redunda en mi cabeza.
Puedo quedarme solo
junto a los aserriós
con olor a madera
domada en el recuerdo.

Hoy probaría el jengibre,
empujando las puertas
capaces de estallar
de los hoteles. Levantaría una piedra milagrosa contra la cual no hay
tardes ni sombreros; me pareciera a un búfalo; sobre la espuma, ante
ti, contra la pólvora, contra el sonido de cal de un vuelo arrinconado,
sería un hirsuto cuero, trueno imperial en grutas principales. Pero qué
puede un faro gritando en la negrura. Enronquece en la noche, y el
viento ¿se termina? ¿Qué habrá con mi esqueleto? La cintura es de
hojalata atónita y compacta. No soy una escalera, y menos algún
pistoleto de función. Soy sólo las virutas que el viento ha desatado.

Sé que al llegar te dije: “también soy la ciudad, toca mis puertas”; y
que dejé mi mano, su leve humanidad suelta en tu sueño.

Canté porque te hice semejante a mi boca, perfecta como el agua, y
como ella fugaz flor de relámpagos.

Dicen que te confundo con el fagot más alto. Que sólo eres dos bra-
zos. Una mano en el aire.

Pero en ella, repito, se enrolla mi viejo mar crujiente, mi Caribe de
caracoles mustios. Ella es un golpe de cama irrecusable. Ella es el
agua que hay en mi campamento, la que la lluvia, rota en las altas y
entreveradas copas de árboles antiguos como el eco, dejó en mis
curujeyes; la que me trae, con los secretos del monte, sus raíces. Ella
es mi contrincante, mi heredera, la menta de lo oscuro; no es un sim-
ple talón sobre el asfalto, es la mano del aire.

Me oyen y no soportan la carrera. Mi voz va tras tu nombre con
ademán marítimo, clavándole adjetivos a tu audacia, besos como ban-
deras a tu ciudad festiva, intermitente.

En ti toqué los más feroces timbres. Reclutado fui bajo tu pelo, y vivo
imaginándole dulces piraterías. Yo soy el capitán de estas legiones, el
corsario, el rebelde buzo de hondería hambriento, el indomable, el duen-
de, el corneta de un batallón suicida que corre al centro mundial de la
ternura. Los corceles oprimen un fieltro inacabable. Se ven siluetas

rojas y un paisaje infinito de sábanas tendidas en un cordel que da la vuelta al mundo. Ya vamos conquistando la nuca del crepúsculo. Se desnudan las novias mojando los espejos y abren las parturientas las piernas en los ríos. Quiero una lavandera que enrolle su ancha pollera blanca en la cintura. Lacio es el polvo que asalta los caminos, y van nuestras carretas bañadas en miel silvestre y luna. Mueve el tambor a veces sus párpados sonoros, y cruzan la neblina mil pájaros de eléctricos chillidos. Se descalza la medianoche. Tiembla. El aire trae del mar cuchillos y aceitunas. En ristre hacia la cópula fusiles y leyendas. Brilla el torreón costero en lontananza. Habrá un delfín saltándole en el pecho. No quedará un guardián que se resista. Manejadas del tacto, invertebrado, oscuro, multicéfalo, gimen todas las verjas y resumen aceite los escudos. Lo sé. Desde tu mirador verás llegar mi ejército encendido como vio Macbeth el bosque de Birnam. ¿Y qué podrá la arena contra el feroz derrumbe? Vengo del sur, del trópico, del rayo. Soy un ciclón sin nombre ni estatutos. Mi sed subleva el último lunar de tu estructura, hace estallar el último candado. Vamos al mar, al fondo, al imposible. ¿Quieres que sea el ígneo narval de tus andanzas, o ese pistilo, ese oro, ese sable de sal que tú conoces? ¡Vamos! No hay brazo en cabestrillo. Ahora me atañe el fuego, redunda en mi cabeza. Flotan pértigas, capas, tambores, calcetines, largos gritos de naufragos. Pero ya estoy sentado en medio de tu surco y la marea no puede con tanta posición. Ruedan copas antiguas y recientes; dicen que en las alturas disputan las gaviotas su lasca de naufragio. Pero que suene el taco, te haga rodar, oronda como el planeta de mi beso, cual mi sueño en que vamos, pies del mismo zapato.

¡Revienta así, semilla! ¡Ábrete, flamboyán, clave del fondo! ¡Fluye, fluye, nebulosa cereal, plexo de espuma!

Recuerdo cuando vi la verdolaga y presentí el contacto de su verde azorado. ¿No has visto el cundiamor en los cercados? Así me afirmé yo sobre los pechos, ocupé el arca donde estabas; vine al mar, al estruendo, por caminos que olvidan los incrédulos. De otro modo no habría llegado al patio de la Antártida que eres, no habría llegado al Cuzco. ¿No viste ayer, sábado, anoche, una tenaz flotilla de helicópteros blancos? Ahí llegan las raíces olorosas. Son esas cien libélulas

desfilando en tus ojos como los argumentos, las que nos traen el pasto, la llovizna, el reflejo que inunda los potreros. Ahora flotan las danzas, y en cualquier rama encienden sus funciones. Fue primero un puñado de cuartos diminutos donde encinchan extraños los horarios y otros dejan la mugre de afanes repentinos; antes fueron rincones apurados. Y si hoy te veo salir en medio de la noche que termina, y el sol viene apedreando los espejos, es que hemos encontrado en la ciudad del hombre aquel ecuestre anillo que tanto palidece; es que todo ha caído en nuestras manos, creció para la boca. Por eso la modorra tira su pandereta y un perro se la lleva por la neblina atroz justo hasta el sueño; pero en este minuto nos levanta el delirio. Oigo tus pies dorados sobre las lozas frías, y sé cómo repica el caolín eterno de los baños. ¿Cuándo aparecerás, desnuda y con sombrero, haciéndome adorar todas las puertas? Yo estoy aquí esperando. ¿Sorprendió el agua la pálida fijeza de tus muslos? ¿Se desgranó en tu frente su lánguida cortina, su signo acompasado? ¿Ya te tocó el aroma, la nieve invertebrada del jabón? ¿Es que tu mano empuja el ademán furtivo de las toallas? ¿Cuál alcanza tu cara? ¿Aquella oveja blanca, no trasquilada nunca, de porte tan sereno y sintomático; o es la impaciente azul, la vocinglera, el juglar rumoroso de nuestros días de playa? ¿Acaso es la alta, malva, la fiel, tan melancólica? ¿O para recordar, para tender solícita aquel mes de tantas invasiones, aquel mes, aquel año de abortos ventanales, usas la más pequeña, la chueca, la *petite essuiemain* de rosa intermitente? ¿O cediendo a la insistencia del viento abriste las persianas? Ven. No me hagas conjurar tus beneficios. Soy un anacoreta hasta que tú te paras en mi pecho.

Pero si llega...

Bien conozco las alas, los líquidos cortejos, la marcha hasta el desastre de los diálogos. Una oración sangrienta nos cobija. ¿Adónde irán los gestos? ¿Y la matriz sin fondo?

Ya se recuesta el tedio, abre la mesa, firma, desgrana los asuntos.

Esta estación acaba.

Tan sólo ríen los ojos de un grito en la penumbra.

Hay que llenar tarjetas para el humo, clasificar los sueños, mandar invitaciones.

Inoperante, inerme ante el pendón del mundo y sus probetas, más inquilino, fatal como un cernícalo, sí recibo instrucciones para solucionar tragedias de bolsillo.

Por eso es que celebro la piel de los relámpagos. Aquí, a final de siglo, en medio de las guerras, los vuelos, los tratados. Mas sé que no eres el suceso total del planeta. Del amargo del diario paso al nenúfar que arde en tus tobillos; del hollín del cincel al oro de tus hombros. Luego subo del mineral de tu esqueleto. Clausuro los andamios, salto de la oficina, me voy a otro volante más inquieto, estrujo otra cuartilla, busco otra barricada, y duermo en la cubierta de otro barco.

ALLEGRO DE SONATA

(1987)

ANDANTE

Primer llamado Mira sonar las aguas rodeando el archipiélago,
oye el agua caer, son las rodillas,
siente el agua rodar entre las aguas,
pon la cabeza en medio del relámpago,
vuelve, escruta, bojea, ve que la estirpe emerge,
ve el origen y vuelve, vuelve, vuelve
al varadero, al cayo, a la pepita,
orden de tierra rápida, bahía,
estruja, amaga, tira,
mírame a mí, respétame, pedazo,
yo soy el alma de otro, el agua, el agua de otro,
un codo pisoteado.
El viento gira y deja ciudades en las costas.
Resbala el brillo esbelto entre los claustros.
Esto es palabra, duende, botón sin contraseña.
Banquete entre dos nudos. Escucha, vuelve, mira, resucita.
Caerá en tu asombro la última medalla.
Del fuego, del origen volteado caen los mármoles,
el hierro se empecina y otras son las edades.
Destapa, empuja y entra.
Para ti las olivas sonoras, el éxtasis del barro
y el fiel cemí de piedra junto al río.
Esto es de ti. Te nombro. Te proclamo.
Así creció el orgullo entre nosotros. Ven y vuela, pedazo,
rincón marchito de agua.
Este es tu film-poema, proponlo, dalo, entrégalo,
cántalo en el tejado.
¿Quién va a dejar al margen tu cintura?
Ya seas de Caisimú o de Placetas, o de Puerta de Golpe,
Chambas o Piedrecita o Taco Taco,
mujer, hombre o recuerdo.

Este es tu film-poema, síntoma de persona sucesiva.
Prepara tu discurso.
Y si tu sangre comenzó en Navarra
o discrepaste ayer de tu apellido, ¿qué importa?
Canta, canta. Prepara tu discurso.
A ti no hay quien te cambie por espejos.
Baila. Aquí junto a la mesa grande donde eres.
Ven, prójimo, camina. Escucha este discurso.

ALLEGRO

Affabile Caliente eres, de montes convencidos,
ágil,
como el viento quebrado en las hogueras;
fácil
como la noche,
altamente parida
sobre el campo aterido
de luminosos frutos;
largo, amarillo, verde;
como un río inviolable,
como insurrectas luces.
Eres un vuelo de ascuas.
Habito en tu hermosura de guerrillero innato.
De mí sacaste el duelo corrosivo,
fiel jinete asustador de tóxicas espuelas,
que convertía la casa en blanco campamento
irrestañable, ubicuo,
donde sólo alas rotas y brazos machacados
hacían amor de espuma
oscura y yerta contra
el
cielo.
Por eso alzo tu boca como un penacho limpio,
tu voz que es un combate de orgasmos espaciales
donde no hay astro neutro, ni cometas impuros.
Eres música de ascuas.
Eres como un palenque insobornable.
En ti están los orígenes, las grandes
aves trucas,
los primeros mamíferos reunidos
sobre la hierba intensa,

el sencillo ornamento del arroyuelo intacto.
Tu pecho está ordenado con algas incendiarias.
En su perfecto ademán de lenta arquitectura
pone de pie el volátil
silencio de estrella suspendida
que hay en los almacenes de tinta y posiciones.
Como has llegado al filo
del frenesí y la calma,
desierta dimensión
que el viento no ha tocado;
como has llegado al fondo
de huevos
como soles,
eres una magnética espesura
de alojamiento insomne,
y hay que habitar con ganas,
con fuego, con reflejos,
tu osamenta perpetua y exclusiva.
Todo vuela a tu ritmo.
Todo para en tus ojos.
Qué campanario no alza
su gris brazo en el viento.
Qué plaza, qué algarrobo,
qué algodón no ha crecido
para sufrir tu nombre.
Todo a ti se encamina.
Parado como un cerro
de cimarrona estirpe,
frente a la bronca noche
de tizne y leche vieja,
como un prieto ciclón empedernido,
desordenas los ríos,
los tambores antiguos,
y la reciente espuma
de la reciente fiesta,
donde un violín caliente
reparte los luceros
derretidos,

y donde una frenética paloma sideral
sacude su ornamento.
Para rozar tu corpachón urgente,
sus cataratas mínimas, su rondar
infinito,
calor de árbol desnudo,
mis ojos son toronjas indelebles
en la mitad del campo
por donde pasa el viento resuelto en estampidos
con un afiche verde
donde eres la promesa
portando un fuego exacto,
como un renglón de danza
sobre un metal oscuro.
Qué valle hace mi rostro
para seguir contigo.
Cuando pasas,
un colibrí se vuelve el mediodía.
No hay pañuelo, ni falda,
ni cinto que no caliente el aire invertebrado
de la calle.
Y llegas más que el gongo de los días de asana,
más que el beso a la espera de los adolescentes,
más que la sangre al golpe del atleta.
El campesino jíbaro, arisco como un grito,
te ve pasar,
su recua fija a un lado; presiente
tu cabeza,
se adorna la camisa
y aprende diez ciudades de memoria.
Cuántos quintales rojos de planetas henchidos.
Qué redonda laguna
con la profundidad
de un agrio buey dormido
es esta madrugada
en que deambula
el
salto

que mi canción presume.
Bruñido pez nocturno
tu voz prende la sombra,
un yerbazal profundo
de recurrente asombro,
indefinido añil convaleciente,
donde hay olas,
desiertos y fronteras
aguardando la chispa invulnerable,
la fugaz dentellada
de tu palabra, firme
más que un tren
lanzado contra el viento;
gustosa, como la luz
que estalla en las praderas.
La titánica lumbre
resurrecta
que de tu boca salta
convierte el cielo en lanza.
¿Qué nuevo atleta fértil
la esgrimirá en el viento?
En qué oportuna tromba
de ejércitos reunidos
vinieron tus palabras
en aquel mes de cuarzo
que fue abril para siempre.
Sé que son vendavales diminutos,
explosión de campanas,
yerba trémula, leche;
agua para alcanzar y dar el infinito.
Tus discursos son tercos aguaceros de raza,
sementales violentos con el calor por norma.
Tienen sabor de monte, de barranca tronante.
Y cuando, alud de sangre,
vuelan,
cuando estallan y son frondas solares,
ríos silvestres, balcones imprevistos, pumas,
en la plaza más nuestra

se anda de pronto en boda
con
la
liberación mundial de la esperanza.
La patria se abre entonces,
y es una página última, acabada, perfecta.
Dulce como risueño
romerillo
de oro.
Buena como el almendro
cuando revienta en frutos.
Nombro su espacio santo,
bajo
el metálico lomo del cielo estupefacto,
como
quien
va a estrenar la luz.
Inauguro esta danza
frente a todos los signos y ademanes,
frente a todos los mitos,
contra los almacenes de estática burguesa.
Cuba sí,
resultado de mar,
tendón, talón de mar,
filo
de sueño.
Cuba sí.
Aunque no cante el gallo
y
me sacuda el ladrido de los perros.
Cuba sí.
Más que cualquier regreso o cualquier ruego.
Cuba sí.

Afrettato Lo escribiré en los troncos de árboles principales.
Qué gigantesco aroma el mundo es en tu cara.
En tus hombros se toca el universo.
Salgo a vocear caminos,
a pelear polvo puro.
Llego para quedarme,
rugosa piedra amarga en la montaña.
Cae la lluvia y convierte el horizonte
en su ansia insatisfecha de campana.
Allí revuelve el aire,
atiza el cielo blanco,
repercute
la quejumbrosa voz de un indio muerto.
Quien extiende la mano,
ve una flecha buscando
sin objeto una armadura; y huele encasacada
pólvora en desuso. Después camina
lelo; corre despavorido, loco,
tenso, por un zarzal
de rostros inconcretos,
por un bosque cansado
de esqueletos, que fueron
los guerreros desnudos de otro tiempo.
Hay cien ojos flotando sobre el río.

Affanato La leda arcilla roja
clama en la lejanía.
Archipiélago blanco,
paso de gatos fríos,
bueyes aceitunados,
piñones sorprendidos,
panza de esfinge rota,
sables de sacristía,
abalorios confusos,
encomendero vivo,
húmero, jaquimazo,

maloca tumescente,
desquicio almidonado,
destartalada hondura,
adarga, yelmo, peto,
albarda, potro, misa,
clámide, cirio, Roma,
megáfono nocturno,
cetro, relente, pira,
reitre, retama, tiro,
tirso, púlpito, lote,
morados Amadises,
greba sitiada, plomo,
extrema tinta, toro,
avales, pergaminos,
sellos, ratas, solanos,
hollín, Troya, abanicos,
plastrones, cotas, puertas,
morriones, mallas, mazas,
estoques, barbacanas,
rodelas, hondas, postes,
puñales, ruedas, aspas,
rancones, basiliscos,
mandobles, alabardas,
polainas, medias-picas,
punzones, azagayas,
almetes, cimitarras,
balines, capelinas,
brazales, cubrepiernas,
gorgueras, centinelas,
paveses, corseletes,
celadas, espadones,
ballestas, verdugillos,
broqueles, casamatas,
reductos, contraminas...

Agitato África cae entonces
en lo hondo de este mapa,
como atezada, espesa
herramienta perpetua.
Toda la costa asume
su invasión perseguida.
¿Quién espera el milagro
de su mano en el pecho,
sacando árboles grises,
poniendo húmedas horas?
Crece un baobab de rabia
en medio del salón
de un hacendado. Traque.
Festín de perros rotos.
Escándalo de sedas empolvadas.
Verdades de abejorros.
Látigo y estampido
de sal en los corrales.
Blanco muerto.
Noche impaciente abierta.
Ladridos como un sol de sobresalto.
Pasto. Viento. Sablazo.
Tosca ración de monte.

Boîte expressive Devastaban el alhelí sangriento del verano los negros, tintos de salto y sueños; partían, soleados los sombreros en medio de potreros ilimitados, amarilleando el aire. Criatura contra criatura, torso a torso, voz en voz doblada y encendida, alzados los machetes como lámparas. Caían las consonantes, los cielos, las alhajas, los cirios, las cuaremas, las calzas, los hielos, las pelucas, las platas, las cenas, oraciones, trallazos, cepos, zafras, perniles, lomos, pactos, avisos, rancheadores; caían raudos, sordos; quebrábanse, cual cántaros quebrándose, como columnas viejas, como rebaños rotos. El manigual velando su oficio de campana, voraz de trino, trémolo, golpe, tacto, volvíase venero oculto lejos, rastro de alzados hombres, de montaraces pitos. Tenían calientes las presencias en la altura. En

alba consecuencia, gemían los goznes solos, las puertas, las sutiles ventanas entreabiertas como recientes palomas intratables. Mecíanse compactos patios tristes de galopes idos, de rebuznos prietos, de saludos fríos. Por allá mano y ala, pelambre hirsuta y hojas, liana y graznido, y trampa, y sangre presionando el follaje, tascando las almenas del recuerdo. Y aquí, de noche larga, el suave ministerio del humo en las cocinas, las agoreras pausas del café, las alveoladas fuentes de la ausencia. No fueron más las sombras las impuras maniobras del olvido. Salió a cobrarse todo, la primera escupida y la última ignorancia. A veces caían muchos, rudos, pegaditos a su primer anhelo, soldados de sus ansias; ninguno reculaba ante el peligro y todos le faltaban el respeto.

Llamado Madre
estival,
ahora que estás aquí,
callada y decidida,
que has entrado
en mi brazo,
en mi camisa, ahora
que
quedas,
brusco festival de alas,
establecida lanza
en
mi
experiencia,
que puedo estar mirando
lentamente en tus ojos,
suenan estas palabras,
se encabritan y encienden,
cual un próspero pájaro en la noche,
para contar del tiempo transcurrido,
de esas aldeas primeras
en que estuvo mi edad tejiendo mitos,
siendo un latido de árbol inconcluso.

Evocación Lloro por tu abolida
cintura pedregosa,
y por tu permanente
rastrojo suspendido,
tu desastrada arena
de yeso aletargado,
tu estacional madera
de musgo azul convulso,
tu brote genital
de germen excesivo,
tu verde aurora comba
de raso delirante,
tu ventanal, oteado
con rigor diligente,
y el ceniciento olvido
con que otra humanidad
se cena y despereza,
y a ti te desespera.

(Una voz sobre la danza)

Hijo y nieto soy de esclavos,
tengo vocación de monte,
un barco en el horizonte
me hace de recuerdos bravos:

tierra de famosos cabos,
sin sombras de quita y ponte,
espeso y fiel mastodonte
asediado por los pavos

cuartel hizo a mis abuelos,
y abrió en su selva un camino
de verde y bronco destino.

La noche inició sus vuelos
de vidrio barato y vino,
y en su bogar asesino

quebró caderas y brazos.
La risa cayó en desuso;
mano blanca lo dispuso,
y la sujetó con lazos,

agrios como machetazos.
Barcos de rigor intruso
(hierro de grandor obtuso
cubre el mar como sargazos)

vienen a quemar las casas,
la ocasión de la dulzura,
dejando en la sangre brasas

y sin danza la cintura.
Quieren dividir las razas
para hallar cabalgadura.

La noche es una extensa
tersura insobornable
donde hay cielos que crecen
y rostros apagados.
La noche abre galpones
submarinos
donde el contemplador
de galerías puede
medir también las raíces
de las sombras
a su antojo.
Su grito es un redondo
balido de aguas negras.
Borracho buey oscuro
que orina un cortaplumas.

(Una mujer junto al fuego)

Enseñó su dardo el llanto,
perdió su rostro la aldea;
el frío entró en la pelea
y nos cubrió con su manto.

Nos cayó al centro el espanto,
se hizo nuestro ritmo tea:
se nos quema, se marea,
y se nos resbala tanto

como la luna dormida
que de nube a nube rueda
por el viento perseguida.

Pero la sangre nos queda,
agua sola, combatida,
y no hay quien contra ella pueda.

El curujey repica
presionando el follaje
donde la luna deja
su osamenta afilada.
No hay más que este carbón cicatrizado.
Y un rebaño de torsos con argollas.
Y un germen de estragadas catapultas.
Cada puente decide un infinito
donde la bruma alarga
su vocación de perra sorprendida.
Más allá hay leves rastros y chasquidos
ademanos violetas y empujones.

(Un brazo sobre la lanza)

Nos duele el mar y su orilla,
nos duelen sus barandales,
sus salones y portales
de dama azul sin sombrilla.

El sol arqueado en su silla
lanza sus redes cereales.
Trenzando gritos mortales
su amargor de maravilla

arde como un campamento
blanco que reluce sobre
los pliegues que tiene el viento.

Repica el sol en su cobre,
pasa el segador del viento,
duele este dolor tan pobre.

(Tres niñas trenzan un juego)

–Niña primera, un secreto–

En el barracón la noche
no tiene ningún lucero.
No es el Conde machetero,
viste seda, viaja en coche,

regala una cinta, un broche,
va y saluda con esmero,
en el baile es el primero
y nadie le hace un reproche.

Es como un buen dios seguro.
Caballero distinguido
en su casa y por su mesa.

Junto al robledal oscuro
el barracón en olvido
no le inmuta su cabeza.

–Segunda niña, un secreto–

Mi padre está en la montaña,
nuevo sombrero mambí;
callado se fue de aquí
para combatir a España,

porque es su rey quien nos daña
y quien nos maltrata así.

En esta noche aprendí:
no hay que cortar ni una caña,

porque luego quien se baña
con el oro y el rubí,
causándonos muerte extraña,

es tan sólo el rey de España.
Se paró el trapiche aquí.
El fuego nos acompaña.

–Niña tercera, un secreto–

Y el mayoral que se acabe,
con su tabaco y su perro.
¡Muera! Si es verdad que sabe
no querrá mirar su entierro.

No tendrá pan ni casabe;
que coma látigo, hierro;
busque banco en otra nave,
vaya cambiando el cencerro.

Filo no habrá que lo saque
del viento que lo ha traído,
sombra del amo engreído.

Y que el rencor no se aplaque,
que vibrando se destaque.
Búsquelo el fuego en su nido.

–Voces–

La sangre sacude el viento.
Se quema el cañaverl.
Que lo apague el mayoral.
Esta *candelá* no es cuento.

El mambí estará contento
soñando piedra y metal.
Se haga el fuego general.
El cielo espere un momento

antes de dejar su risa
por el campo sorprendida.
Es cuestión de muerte o vida.

Todos aquí llevan prisa,
queman el agua, la brisa,
y se marchan enseguida.

Bembé Desde aquí se oye el gozo
de las yeguas paridas,
y las garzas soñando
detrás de los arados;
se oye el mar
con sus brazos;
se oye el campo encendido,
la longitud del aire;
se oye la suave y calma juventud de las islas,
y el tornatrás silvestre
combatiendo el crepúsculo enlazado
como un potro en la altura.
Triscan los cocoteros
las llegadas del alba.
Su paso es como el mismo mundo recién hecho,
todo luciente y fresco.
Cuando en su frágil taza
su verde sangre esplende,
cuando abren su ranura
los dos blancos pendones de sus muslos
y un viento montaraz los resucita,
se alza un tambor frenético en las lomas
lleno de bosques húmedos y australes,
la ciudad cae en desuso como un cántaro antiguo,
no hay brote que no sea un tumulto de alas,
ni fruto que no sea el anuncio de otro,
ni golpe que no sea un asalto al oro.

Adirato Vinieron a buscar tu nacimiento,
a rebasar las cestas de los gritos.
Colindan con el polvo sus paisajes,
y en el polvo se anuncian, viento en viento.
Llegan, aguados, tiñen las escalas,
las costas de las cosas,
entran a saco en las cazuelas, rompen
los portales,

sedientas las guitarras
por algo más que jota y petenera.
Tras los patios quemados,
después de los cuchillos y los vinos,
son cápsula indecisa,
aljibe insuficiente
para el sangriento tamaño de la huella.
Dan ganas de ponerse
la boca de sombrero,
devorarse
mundial y ferozmente
su conjunto
desolado,
verlos llegar, anguilas
de la velocidad,
sarna de sus costumbres
en mapas y prebendas.
Retuercen los balcones.
Alzan sus campamentos.
Quémase el cielo ciego,
como perpetua y grácil
sombra de sus glándulas.

Addolcendo Pero llegas,
colmado alcor funesto,
gozo de Demajagua,
y rásgale el diván
abatanado. Monda,
tuerce sus capitanes Espaventas,
y en el Zanjón roñoso
te asaltan sus despojos.
Pero hay más Baraguá
que doctos gachupines.
Y habrá Baire tenaz
todos
los
días.

Mezza voce Todo este inmenso tiempo
es mi país.
Sobre él puse mis pasos,
y en él hallé mi origen,
mi simple envergadura,
y este pequeño antojo
de vivirle hasta el fin sus estaciones.
Me
gusta
el
agua
suave
en
las cañadas,
o encrespada en las lomas,
sentir la ventolera
que arrebató sombreros,
y pone remolinos
de polvo en el recuerdo.
Me gustas tú en tu sitio,
y esa sombra que guardan tus pupilas;
verte cruzar por largos corredores;
verte llegar por siempre a mis asuntos,
abrir contigo puentes infinitos.
Saberte necesario
cada vez que amanezco
con un grito distinto
entre
las
venas.
También yo traigo rostros,
semillas, estaciones,
modales, generaciones enteras,
para situar, desnudas,
decidida
y atentamente sobre
el
mundo.

Llego sin menoscabo
a dar frente
a esta cita;
y traigo mis asuntos,
cada uno de los cuales
terminaré en su tiempo.
En ti todos los siglos
rompen
sus banderas
y todos los ejércitos se inclinan.

Sotto voce Somos la hierba.
Suavemente crecimos
bajo
la
sombra
de
los
más
altos
álamos
y
el
cielo.
Vimos pasar la oruga,
las edades,
las brisas más perfectas,
y el fuego en que las noches
encuentran sus canciones.

Voz en off *Todo cuanto digas al hombre le quedará también como estatuto perpetuo a sus edades, por todas sus generaciones. Y no porque hayas sido el elegido, o le aventajes al habla, o midas algún centímetro de más, sino porque creciste entre ellos, laboraste en su dicha siendo parte esencial en sus asuntos. Y porque has sido y eres obrero incuestionable de sus días, y el exacto testigo de todo su transcurso.*

Dos guamos Es tu gesto en el aire
como un deseo alzado en las banderas,
más profundo
y
tan íntimo como las madrugadas,
como las broncas noches
que se estiran pidiendo un aguacero.

Adirato El gobernalle se apagó en la bruma.
Un ácido confuso tiñó el mapa
de azúcar loco y prófuga cintura.
Curvo coral convulso descendido,
la isla es la conclusión de un aletazo.
Llovizna en medio de un silencio de hojas.
Hay la premonición de un arrebato.
La traición quema el aire.
Gritos negros en cruz rompen el cielo.
Hay cuarteles detrás de las proclamas.
Nuevo idioma mastican los refranes.
La *trata* adusta a la excursión se agrega.
La mesa entrega su ocasión al fuerte.
El invierno se viste de saliva.
Los manteles persiguen al malvado.
Alas fétidas rondan los portales.
El mar sorbe el camino como trigo.

Se enseñorea el despojo en sus avispas.
Se conoce el desastre y sus maletas.
Hay dos carbones blancos en los ojos.
Se tizna una rodilla en los aleros.
Hay cuerdas ateridas, manuscritos,
espejos, carburantes, carillones
chafados, desmayos, anemómetros.
Su mirada te envía
un entierro de puma,
un caldo de estertores,
una muerte violenta de tamarindo en sombra,
un coloquio de bestias voraces sorprendidas,
una combinación de nube y escopeta,
una alucinación de yerbabuena,
una brisa de estiércol húmedo y enlutado,
un combate de arañas con sus mañas,
un fantasma con sólo trece huesos,
un verano con filo de luciérnagas,
una luz de tomate con zapato,
un borde de medalla,
un tifón minucioso sin corbata,
un hollín del silencio más espeso,
una bota de sólo media legua,
una acumulación de golpes de martillo,
una sangre de verdes campanadas,
una tarde de tigre,
un sueño en do mayor con sobresaltos,
un paisaje de presos degollados,
un tejido de ritmo venenoso,
un parto de serpientes,
un pacto de rincones,
un poco de posibles,
un tacto y un contacto de abejorro,
una luna de yeso y de madera,
un ambiente de vómito y suicidio,
un otoño de anillo para el verbo,
una salivación de calavera,
un pedazo de puente sin salida,

un cansancio de muerte sin edad,
una espera de lobo sin paisaje,
unas ganas de plomo derretido,
una lluvia de aceite y carcañales,
un camino de ¡lárgate y no vuelvas!,
un odio sin domingo en su semana,
un no sé qué de boca desdentada.

Te quieren... fusilado,
dormido entre sombreros,
sorprendido en el hielo,
de espalda en el espejo,
debajo del debajo.

Afrettato Mas tú desde las sombras,
mas tú disuelto en hojas,
mas tú rojo de monte,
rito caribe,
cántaro principal,
rostro del día;
consagra los sudores,
devuelve los cultivos,
santifica los besos,
las tierras,
los cantares,
reparte los milagros.
Te veo en los campamentos,
rectángulo en la esquina,
lirio suelto en los ríos,
naranja de las vegas.
Te conozco
desde
que
el
tiempo,
el tiempo,
como una piedra azul
me
fue
entregado,

desde el oscuro dardo
que
fui,
verbo en los genitales
de mi padre.
La primera palabra
que oí fue *fidelista*,
del paso que venía.
Me alimentó el recuerdo.
Derramas las virtudes
sobre nuestras cabezas,
trueno de sal madura,
limo resuelto y hondo,
licantrópico viento amotinado.
Nos has dado Partido,
ruta, danza, violín,
las suaves escaleras
donde empiezan los vuelos.
Me entrego al regocijo
de pronunciar tu nombre.
Sucumbo a tus andanzas
en labios y leyendas,
y entre certeza y sueño
celebro tu aventura.
Recorro los andamios
donde tu sangre estira
su lánguida fiereza,
su cinturón audaz
como un martillo. Queda
un
potro
en
la
lengua,
un
toro,
marcando las jornadas,
las diminutas letras
disparadas.

El sol crece en la herida.
Si gruñe una ventana,
un vaso, una terraza,
un líquido, un temblor,
si alguien toca tu paso
de soldado,
se quedará mi pueblo
con su mejor reflejo
tendido en tu osamenta,
suelto en tus cordilleras.
Por eso atiendo el arco
que hay detrás de los gestos.
Por eso abro fogatas
en las costas, de noche.
Y traigo estas arenas,
este pasto, este vidrio,
levanto este balcón,
y nombro en ti la parte
mejor del universo,
archipiélago untado
de palmas y cinturas,
las vértebras del agua,
las islas, las primeras,
son las suaves candelas
del crepúsculo. El mar
le anda en la cara. Puede
arrastrar el aire
cualquier constelación,
enrollarla en los pechos.
Es simple ver peldaños
por sobre los tejados,
saber que allí cantaron
los guerreros
y consumió su luz
la lagartija.
Aquí son catedrales
los aromas.
Hay puentes más certeros
que los muertos.

Addolcendo
Son las caras perdidas
en las lomas
las que la lluvia ataca
y las que el viento empuja,
son las más parecidas
a los buques,
las que el agua de mar
tocaría
inquieta.
Son corazones de aves
milagrosas.
Son los rayos que el sol
te unta en los brazos.
Son el ajuar sin nombre
de la novia,
la almohada
donde han de dormirar
los encontrados.
Son esas potestades
de las costas,
el pez que le ha caído
al apetito.
El río que alumbra el paso.
El fulgor que regresa
desde los cafetales.
Esos torsos que estallan
en los oscuro,
esas cinturas que ungen
la espesura,
esos muslos de sal
reconquistada,
esos pies de esqueletos
de aves rotas,
ansían tu frente oculta,
llevan tus ojos largos,
insondables,
aférranse a tus manos
como a los hemisferios.

Llegaron
igual que cae la lluvia,
como sólo ella sabe.
Y muchos se refugian,
meten su humanidad
tras los portales;
pero yo no me oculto,
yo camino,
abro mi rostro
y me unjo del sudor
de la noche;
voy e inscribo mis pasos
en el pavimento húmedo.
Porque creo en el árbol
que trajiste,
miro su savia
desgarrar los muros,
y la raíz
como un farol sediento,
como un caracol indio,
como un botón de piedra,
tocar los corazones.
Las hembras traen las faldas
cargadas de relámpagos.
y los hombres derrumban
el oro de los templos.
Las cestas vienen llenas
de blancas lejanías.
Las cananas abrevan
en los últimos palcos.
Los senos meten fiebre
en las acequias altas.
La rabia tiene trillos,
vértebras, condimento.
El cabello es jaguar.
El vientre espuma y salto.
Quién podrá calcular
su geometría.
Tu nombre solo embulla

las ciudades.
Crecen las multitudes.
Tu mirada organiza
los cruceros.
Y cae en las avenidas
rozando levemente
los pañuelos.
Alta como un horario
tu apostura.
Todos tus argumentos
son sagrados
Admito, por tus actos,
y siendo hijo y deudor
del verso, de su cresta
de fósforo inconcluso,
que ninguna palabra
te sobrevivirá
debidamente.
Ahora, en ti se reunieron
mis iguales,
el soñador sin nombre,
el suave sin origen,
el rudo y su cuadriga,
el pálido, su turno,
el digno y sus perfectas
bofetadas.
Qué viento no te enrolla
en las cinturas.
Qué reloj no señala
tu aposento.
Una invasión de míticos limones
relampaguea en tu traje colorado.
Abren su adobe eléctrico, su sitio,
su atalaya de bronce incorruptible,
en ti los caguairanes.
Dicen que un hombre pasa,
que su cometa se ahoga entre telones,
que las ondas del charco donde cae

pronto se van muriendo.
Mas, cómo han de apagarse
tantas generaciones,
tantos millones de ansias,
tanto fuelle.
Si lo afirmo,
es porque no permito
traicionar
ningún principio.
Respondo ante mi canto,
y tú ante el universo que te mira.
Te creo sustentador
del fuego y los metales.
Y como al mar te mando este arroyuelo.
Entre saludos y órdenes,
esta señal de humo
fugaz sobre las islas.

Da Capo (ad libitum)

La Habana, octubre de 1978

LA VÍA PÚBLICA

(1987)

Aquí

Escribí en medio del vocerío. Acaso contribuí a incrementarlo. Si me traiciona el adverbio, Machado, a quien usted respeta, me desdenea. Una mujer (ahora la imagino bajo siete palabras: es sudamericana y no desdenea a Machado) me justifica. Piensa (es una hipótesis ni más ni menos probable que el desdén de Otro): “Él ha visto fragmentos de un mundo en fuga.”

La frase es ampulosa. No la dice; menos la escribiría. En cambio sí cree saber que presupone un emisor y un sentido que tanto ella como yo (si me imagina a mí) desconocemos. La fatalidad o la mala costumbre la han traído. (Pensar –piensa ella– es una fatalidad y es una mala costumbre.) se la llevarán (como de cualquier modo, o de uno solo, asaz inexplicable, se la llevan) si hoy no me viera (si me veo) escribiéndola y escribiendo: “Fragmentos soy, y ruido.”

Por consiguiente, me ha gustado imaginar que la imagino y que, tal vez, ella me imagina a mí. Eso –no sé quiénes quieren– no aumenta mi perplejidad, ni vuelve menos elusivas estas palabras. Hoy simulan entregarse, no a la vanidad de mi animal público, sino a la del lector –ese que, como ella, se asemeja a Dios, sólo que no ha sido mentado en casa. Una y otro, en su visita, no sólo propician, sino obligan a ocultarse en ellos. Alguien por mí le cede el mérito (si hay) y la responsabilidad: si es suya, es también ajena, de otros. A esos otros yo los he visto desrealizar lo aparente armónico y prestigioso, dar los tumbos que aquí transcribo y a los que, infiernillo ritual, tragedia de bolsillo, están condenados. Yo con ellos.

No es poco castigo releer las señales de un mundo cuyo concepto queda cuando se va, y se va y vuelve y, ni despojados restos, no se detiene; la atención cansa y mortifica la precariedad de la vigilia y del sueño, cualesquiera sean sus programas. Seguimos, no obstante, engrosando las pruebas de la mendicidad. Nadie ha podido ser la flecha, el arco, el blanco, el brazo, el ojo que ve al ojo del asustado y calmo que corre, y está quieto, aquí, acullá y también al dorso de la litografía. (No es mera patraña el que no se le nombre.)

Aquí, en estas excesivas palabras de 1982, he procurado ser otro u otros; no he alcanzado ni siquiera a este, compartidor de fatigas, menos aún a aquel que se hace fotografiar por mí, cree que no en vano. No es, por tanto, muy reconfortante el estupor con que suscribe.

ÁNGEL ESCOBAR

La Habana, 6 de enero, 1987

*N'y vas pas
Tout est combiné d'avance*

J. PRÉVERT

TRIÁNGULO

“La belleza, y lo dijo Rilke, el primer grado de lo terrible” –habla
hipando el primero.

“Anjá...” –mientras fuma el segundo, luego piensa:
/ Cómo es que vuelve siempre esa mendiga
y en vez de pedir da pan que no tiene,
briznas, pedacitos de espejos como a indios que no pueden darle oro.
Cómo es que vuelve ni desnuda a retazos
ni en trapos adorables. Cómo.
Se sienta en cualquier trozo de sombra
a que la multen,
y con los dedos sucios que también tiene la costumbre
saca de la olla que antes sí sacó de un atado
el provisorio guiso que reparte. Cómo.
No toca puertas específicas de ella ni da con qué tocar puertas ajenas.
Y va a dar tregua tampoco a quien la huye o persigue
los andrajos de la mendiga rota visitando.
Se sienta en cualquier trozo de multa
a coger sombra,
y con la olla sucia que sacó de los dedos
hace un atado que reparte en puertas taciturnas.
Abrimos, vemos que oro, y en trueque le entregamos

entre esta noche y el chisporroteo ajeno de los peces
oigo que alguien susurra “hoy me hace tiritar el desconsuelo”
y te miro y te miro y te veo
estás triste y cansada como los monumentos

todo huele como a ropa podrida en los estantes
y no sucede nada ningún astro se mueve
cuando yo hago saltar el último botón de mi camisa
cuando tú te descalzas
y el racimo pulido de tu pie me estremece

BALBUCEO ENTRE VIVOS

“Pasó la eternidad y tú no estabas
–dice Marina–; salí. Ya se había ido.”
“Cómo si yo... pero entre tanto –digo– Apenas si...”
“Pasó sencillamente. Con un clip-clac de llaves.
Y cuando fui a mirar dobló la esquina.
Un perro de esos solo de por ahí cruzó
–ya cuando fui a mirar había doblado–,
cruzó la calle y de la otra vereda de la calle
mordisqueaba la mugre del pellejo, miraba,
me miraba –son esos perros solos sin color–,
miraba, no sé adónde, porque decirte así cuando los ojos
a lo mejor eran los vidrios que botamos
la semana pasada o todo el perro sombras, la mancha
en la pared de la acera de enfrente sí no puedo,
asegurarle así nunca se puede –y tú bien que lo sabes–.”
“¿Y ella, dime, y ella?” –sólo atiné a gritar.
“No sé –dice–, no sé, cerré la puerta,
y ya no vi más nada.”

todo se va a cumplir menos tu cara
mal colocada de recluta inmensa
todo se va a poner del color allegado al movimiento
todo se va
no preguntes por qué ni en cuál sentido
todo se va a podrir después de todo
y tú seguirás luego esa vara y dos baldes subiendo desde el pozo
todo se va a caer desde su empeño
y tú seguirás luego y tú seguirás luego
recuerdo tras recuerdo de fulgor trasegado
antaños desasidos en cruel deshora
pedacitos de días que dan vueltas y vueltas
tintineando en la copa de un sombrero
todo se va y no obstante ganaremos
un redoble un mandil y una cuchara
y seguiremos luego y seguiremos luego
retazos de desnudos infantiles que exhiben sus pies duros
y no pueden doblarse aunque uno quiera sus tirones
nos dejan ojiabiertos jugando a los después
como quien aplasta cigarrillos en el fondo de un vaso
qué nos importa saber como sabemos
que todo va a morir hasta tu cara
mal rasurada que huye espejo adentro

10 Y 45 PM

“¿No sientes un olor a paños viejos, un olor casi otro,
a pañuelos quemados, Marina, di, no sientes?
Esta mañana cuando sonó el reloj ya lo sabía:
hedor de trapos rengos, de polvo, de manteca con Algo
asesinándole el aliento –di, Marina, ¿tú sientes?
¿Verdad que es como si dos retratos se separan
o uno solo se rompe? Queda una mano sin el brazo
y no hay costura para la nuca sin perfil ni hombros.
Pues así huele todo aquí esta noche, ¿ves?

Son carapachos de cangrejos esos, patas de moscas;
el gotear de las pilas dice cas-cos. Y cascos son del Tiempo.
¿No ves? ¿No oyes que siguen? Si pudiera la boca
desandar el menú de estos espacios, Marina, ¿tú
no quieres tener la boca en algún menos cuarto
de esta hora en que la Sombra tocará su timbre
para anunciar el fin de este receso?"
Pero ella no contesta, porque mira en el pomo de la puerta
las revanchas que toma la costumbre.

ya no soy el muchacho que mira
desde el reborde aquel de la ventana
ya no se oye la tarde empujando el calor a sus corrales
ya no hay tarde por donde venga la madre a consolarnos
ya no hay calor marchándose en puntitas de pies
por los establos no aparece el olor de la maloja
no hay cundiamor ni salvia ni maloja ni establos
ni ventana ni día acurrucado en el sendero
ni ruido de carcoma en la madera no hay madera ni trato
ni costumbre de madera ahora en la casa
ya no hay casa donde venga el totí y la caraira
se olvidó de mentarme en los potreros
no hay potreros ni totí ni caraira el cao no roba
ningún pájaro caga sin ceremonia el plato de mi hermano
ya mi hermano se ocupó de morir cuando vio el mar
y ya el mar se ocupó casi a despecho a tientas
de enterrarnos parsimoniosamente en el asfalto
ya el asfalto nos volvió melancólicos

nos hemos puesto viejos como andenes
donde nadie ha venido a menear un pañuelo a despedirnos

TERCER ACTO

Y viene el tipo y dícame:
“Mira, pinta un paisaje.”

“Se me astillan las manos porque este azoro del paisaje queda.
Bien se revuelca el siglo en mi tristeza –digo–.
No bien colores guardo, esa mala costumbre no me aguanta.”

“¿Entonces?” –dice.

“Ahora este escombros del paisaje queda queriendo ver la mano
cuánto astillada en el asfalto solo,
y más que ve se asombra.”

–¿Y cómo?

“Un trasnochado trompetista afila su jazz en las afueras.
El hilo blanco horada el muro de esta noche
y estirándose sigue hacia otro arrabal lejos,
hacia otro afuera idéntico
que tensándolo invita a su consumo.
Y la ciudad va y cuelga camisas orinadas,
rodillas ambidiestras ciegas de pisotones
y un llanto empercudido de preguntas
que no logró blanquear ninguna lavandera.
Eso, al principio; a poco, la ciudad cuelga toda.
Pero esta noche el sol no te la seca; sigue.
Y por ahora, siento, seguiré qué colgada. Así es como lo veo.”

“Y bueno, pinta y píntalo, dale,
eso se vende y vuela –me dice–. Verás con los turistas.”

Ya no pude. Le doy un bofetón; allí, justo le daba y digo:
“Pues bien, toma un paisaje” –y cae, el tipo cae.
Vieras, vieras los huesos saliéndose del traje.
Y la guadaña, lejos, rechinando.

se fueron a qué cauto lugar con cuánta prisa
polvo sobre el camino que sabían pero que nunca más

temo por eso verme también acurrucado en el olvido
en actitud de grito que reclama o despide laberintos

no bastan los ruiditos ni pensar que son pasos
o parpadear de calma tras los ojos

sería bueno sentir que algo se astilla
un plato ese nombre otro ladrido más o algo del hacha
porque con cuánta prisa
se fueron al lugar que oculta el pulso

de seguro que allá no anda el cernícalo
pero tampoco suena pájaro carpintero
no suena no toc-toc se quedó mudo
tampoco San Isidro anda quitándose o poniendo el agua
ni el sol se mece más
allí en las tendederas del labriego

se fueron del lugar qué mansamente

nadie vio la mudada
pero se habla de atavismo mimético en la casa
no hay fotos
de manera que no pueden ser sepia
y en el siglo del cine qué desgracia

ahora que puedo hablarle de Antaramaribo
o de Samarcanda
o de tropas francesas en el Chad
quién puede averiguarme aquellos ojos quién

los pies sólo regresan a sus dedos
y las manos se cruzan telegramas de bolsillo a bolsillo
el cuerpo siempre ocurre con sus fiebres
después de la ceniza del pan piensa en el trigo

se acomoda temprano en el consumo
y sigue discurriendo con sus gripes hipando
acuartelándose en sus vértebras
pero sabe que no hay tendón sin antes
ni una sola articulación sin prehistoria
por eso es que no pueden dormir las consonantes
y las vocales se abren como esfinges
que gota a gota nombran el enigma y

OLVIDANZA

“Tú pensabas que no, Marina, mira.”

“¿Mirar a quién, a qué, cuándo nos vamos?” –dice.

“Que el papalote sangra el papalote
enredado en los cables del tendido” –anuncio, anuncio
sujetándole la cara,
hasta que suene o caiga o cese.

“El muchacho se fue –me mira silabeando–, no está.”

“Y claro... El papalote se quedó mirando –digo–
aquella espalda, aquella del muchacho,
hasta que entró a su almuerzo sin volverse.”

“Y, bueno, yo en su caso...” –dice.

“Entró a su plato, paladeó su silla.
Como moneda ante los ojos rotos
se fue hasta el escalón de su morada.
Después de tanto... –digo–, Marina, fue que bailó, hizo señas, sabes,
se atragantó queriendo una palabra que alumbrara a su alférez;
acróbata voló, medalla al pecho, anillo, casa. Que lo habitara
su mariscal con bulla y despeinadas, su capitán, su ángel, su piloto

de leche, su muchacho.
Quería hablarle quería, voló más lejos más. Volvió, tornó a volar.
Pero no hallaba. Hasta que aprendió ‘te amo’.
Y vino rauda a reclamar su oído.
Entonces fue. Los cables del tendido. El espinazo roto.
Y las alas. Y el rabo. ¿Ahora comprendes, di, Marina, sabes?”

“Ahorita va a llover. ¿Y si nos vamos?” –suenan.

“Bien rechinaba aquella espalda en cruz
ante tus ojos blancos, papalote,
pero tú habías... jugaste al otro lado, a cara habías jugado,
cara que no llegaba, papalote, dilo, cara que no, que no era, dilo.”

“¿Cómo hablas entre dientes mirando tanto lejos? Que si...
Sólo faltaba... A ver si tendrás fiebre –dice–. Vamos.”

miremos este cordón de hormigas
que va parsimonioso hacia su hueco
miremos las pelusas que trasiegan los diminutos obreros de la fila
el envés de las hojas en cuyos bordes de antes
inscribía el invierno su desidia barroca con desgano

miremos pues miremos las hormigas

ellas hilan la gracia del consumo en sus despensas
y qué anhelo orgulloso difuminan

van derecho a casa qué primores
sus alforjas atestadas de granos

briznas briznas oponen callejuelas
y cúpulas de gleba y patios y orden
a cualquier desamparo a su desastre
a los diluvios podridos que supone
el revés de dejar irse la vida

miremos sí miremos las hormigas
adelantando losas desportilladas vidrios rotos

enderezan ciudades las instalan qué lejos del estruendo
qué apartadas de mí y este cigarro
las sirven de maitines y jornadas
y en laboreos acordes las resumen

miremos ay miremos esta hebra de chiquillas
cuando entra por el ojo de la tierra
que a leves trancos parca se renueva y

UNO Y EL CARCELERO

“Estás, sé cómo, allí. Por mis palabras quieres darme alcance. Sigues. Me persigues. Pero no me consigues. Es bueno y no que estés, bueno que no. Qué otro pedazo. Hablarte es cuanto quieres. Pero yo tengo el otro y no va bien y tú cual el ‘corvino’ de Vallejo computando las llaves. Dientes que no ni pase a ver si estás a tiro más que el ‘corvino’ de Vallejo que va. Ya no se puede ver de dónde y ser. Óyeme tú si siendo; qué lejos está el pie. No importa. Dale. Y fue duro en el pecho feroz bien que le daba por sólo fue a hacer pis. La desrealización de dicen y quién me va a entender a cuántas millas dirán no no se vale. Pues qué se va a valer. Viéndolo sigue y voy. No no mejor que no; espera y a que pase no más. Bien que te tengo. Estás sé cómo allí, y ahora te mato” –dijo, volvióse a golpe, y le ensartó en la frente aquel disparo, y ya en el piso lo escupió al cadáver. Y la mujer en Suecia su mujer decía: “No ves si era la sombra. Años que llevas. De cuatro ponle cárcel. Si yo pudiera. Cuánto, qué animales que son. Y era tu sombra sólo.”

“Pero si era él le daba” –y cargó la pistola,
para cuando aquel otro; si después llegara.
Y no durmió esa noche por si acaso. Se acucillaba en el rincón
que pudo, y el salivazo se quedó sin sombra.
Si yo les cuento, es hasta ver qué piensan.

“Silencio en esa 7” –se oye afuera.
Y así en la celda se acabó el susurro.

GANAS

La realidad me inventa
Soy su leyenda

J. GUILLÉN

*Para Alfredo Cultelli del MLN-T,
muerto en Pando el 8/8/1969*

como que estás tranquilo ya en la foto
y te resbalan por los muslos ojos que no ves
comentarios que te dejaron lejos –demasiado distante es cuanto sé–

porque si Octubre Pando y 1969 qué vuelvo a preguntar qué
cuando escarban los dedos aquí fueron las balas aquí
y no hay olor a sangre ni a tristeza ni dientes no se ven
sólo está un cuerpo blanco y negro una mancha de luz en plena cartulina

este es Alfredo mira este Alfredo cayó lo ametrallaron en Pando
allá en Octubre allá en 1969 dicen mira Alfredo
y no puedo llorar ni revolcarme ni golpear esa puerta con el codo
ni cortarme una oreja como Vincent Van Gogh ni empercudirme
de alguna otra pregunta no podemos tan sólo es una foto qué más
tranquilízate ves diafragma velocidad clic cartulina cuánto más ves

la realidad me inventa grita el español ese la realidad lo inventa
soy su leyenda dice pero Gabriela sabe que en Octubre en el 69
aquí en Pando Uruguay cuando regresa y yo salgo a callarme
y los demás mirándome el silencio y yo en la guagua roto

en la ventana

qué tres muros qué tres tablas flotando qué tres láminas de aire
qué tres nada qué tres y el español aquel miro estos versos
y el horizonte no hace más que ser el horizonte

pero luego dan ganas de que la realidad no nos invente dan
ganas de atarla a un árbol bien cortico de bien y sin dudar
un tanto dan

ganas de darle darle darle su merecido y merecerla dan
ganas de no ser sólo y siempre su leyenda

DETENIDO AL PIE

“El padre lejos y en la acera el salto.

Exilio a quién le toca esa pedrada a quién.

No es la rayuela y juega juega el pie la otra casilla

martes martes jueves aquí puede reírse ah Bruno

la pequeña ríe vieras cómo anda a veces me pregunta

y sí tu padre digo y cómo va a entender tiene tus ojos

oye aquellos de me dan ganas en pila de besarte ah

Bruno ven no más juega ella y yo qué sol no más

si vieras no vale esta costumbre de llamarte y

dónde están tus manos. A veces veo tu voz tocarme la barbilla

me hace alzar la cabeza dónde están

los ojos puedo olvidar NO la capucha mordiendo la mordaza

y ella juega aquí y yo y ahora esta radio...”

“...fuerza de seguridad fuerzas conjuntas fuerza

informa comisión de derechos humanos fueron –dice la radio–

detenidos fueron también fue detenido también llamado Bruno...”

“Ah no puede ser no” –y se pegaba al Grito.

Que allí en la acera se quedó mirando. Niña.
Al aire el pie. A qué más. “Madre gritó” –le dice y fuera
de la casilla va y a quién le importa martes martes
si ya cuánto qué fue madre qué fue.

“Ahora voy yo –vocea la otra–, voy, porque perdiste.”

donde se pudre el loco de mi pueblo hay un helecho
y todos los días llueve a cántaros

cuando en su redor se ahogan los plantíos
porque el sol bate demasiado su parche colorado
llueve literalmente a cántaros
y de día y de noche hace trescientos años
el cielo allí desgrana perdigones con furor extremado

no hay losas nombres números
ni alguna otra señal al tonto atribuida

el tiempo cae sobre piedras carcomidas de musgo
sobre rocas con lamparones de líquenes oscuros

nadie ha visto jamás la tumba del tiñoso
hasta allí sólo llega el moscardón
a veces algún grillo tritea
o ronroneando dos abejorros pasan por el sitio
donde enterraron al torpe boca abajo
donde sus muchas hambres lo acostaron como a regañadientes

nadie más sólo aquellos animales perdidos
y el aire que oxigena la simple estolidez de las orugas

entre hierbajos podridos y guisazos vainas
y hojas de árboles fracasados
también caerá el recuerdo que desde el mar le mando
al invisible
al bruto al roto al necio al loco de mi pueblo
la invitación que le hago
para que venga a este poema a carcajearse y

TRÁNSITO

Iba de prisa, de prisa,
Calle de mucha pared,
Pared que se me alargaba
Más que tanta rapidez
J. GUILLÉN

—Y bien, hemos llegado. Quítense las alforjas.

“¿Adónde si es posible —gime casi
el Ajeno—. ¿Qué alforjas?
¿Dónde la alforja y el lugar y cuándo
si yo no soy más que este hueso que hala.
Me dijeron que no cuando quería,
y cuando no, también me lo dijeron.
¿Qué puedo traer que ya no lo perdiera?”

—¿Eres acaso un hombre? ¿Tú has vivido? —le dijo.

“Cómo no ser sino lo que uno ha sido.
Escaparates hubo ante las ganas,
gentes también, y cacerolas y agua.
Yo levanté los brazos anhelante.
A cobijar los besos del contrario
llamé, horas que había tomado en curso
del pezón a la nada, sombras leves,
pero no llegó el Otro ni por ser contrario.

Me quedé solo en la camisa prieta de once varas
sin los labios cinéticos que había.”

—¿Y qué hubo más? —le dice.

“Otra vez di amistad. Era que entre los dedos
se me escurría el ánima goteante.
A ver si en otras manos tañen otras campanas —dije;
pero otras manos siempre se calzaron
el evidente zapato que en su tic-top
desbandaba la cara, todo huía:
ojos, no lo alcanzaran aquellos perdigones;
nariz, no que le echaran tierra con su pala;
la boca, a no ser estropajos de sus platos.
Cara toda volando. ¿Adónde? ¿Cuándo? Así era.”

Hace pausa el Ajeno y levanta los párpados mojados.

“Si eso es ser hombre, soy. Y si es vivir, conozco.”

“No sé si eso es vivir —susurra casi el otro—,
si era o no vida el paso que gastamos.
Ahora este tiempo envaina el estilete —dice—.
Haber llegado, y mira cuánto ha muerto.”

O Rose, thou art sick!

W. BLAKE

FOTO DE MENDIGO

Duerme lejos, con la cabeza puesta imparcialmente
 en regiones cubistas que no llegan a ser nunca un regazo.
 La frente ve algodones pintando las esquinas,
 pero debajo,
 lejos del girasol que los otros caminan
 y más lejos aún de donde duermen,
 siempre hay contén de acera en acechanza
 y él conoce que no le sirve al cuello

Por eso duerme lejos, detrás del girasol de los paseantes,
 detrás del aromoso pasear de la contera
 del paraguas año diez del siglo veinte.

EL BORRACHO Y LA SILLA

Este borracho que por estar está sobre la silla,
 continuando
 la madera que un día también sintió el disgusto
 de no poder salir fuera del tronco,

hoy ve lunas ahogándose en los vasos
y alquimistas con cántaros de barro
que se astillan cuando ellos se acercan a la fragua.

Este borracho de hoy y la madera rumiándole preguntas
que él contesta hacia lejos allá dentro,
con la frente rodeada por licores de alto talle apretado,
soldaditos de plomo de otra infancia
que no padecerá ya más ningún comienzo.

UN ROSTRO EN NEW YORK

Una multitud donde un hombre solo
se vuelve con la cara que hay
a medio palmo de su propia nuca
para mirar,
a ver si alguien se remonta diciendo desde lejos:
“Qué afecto, cuánta gente.”
Sólo un hombre se vuelve con la cara que da
por más cercana de su propia nuca
porque sabe que un día se la entregaron
atada con alambres que el otoño corroe y desodora.
Él porta ese cajón con piezas machiembradas
sintiendo que la resina del tiempo, ese árbol sordo,
disimula muy mal juntas evidentes.
Mira con esa cara
y con otra que queda a siete leguas
de aquella misma cara con que mira
a ver si alguien de lejos se remonta
comentando el vacío,
para decirle apenas que lo mire.

Si pensará el fotógrafo que habrá copiado un rostro.

DE OTRA LEYENDA

Los domadores suizos mucho temen
el albedrío del tiempo. “Que nadie se le acerque
a dos tempranos metros del hocico” –dicen.
Los domadores suizos, o al menos Wessler,
Guillermo Tell, y su doble, parado cuando mira
desde el espejo cóncavo mirándolo. –Porque a Wessler
también lo hicieron suizos para decirle al otro que tirara–.
Allí estaba el espejo con la manzana al borde de los nervios,
pero el felchazo no astilla las imágenes
sino que da en el centro de otra angustia.

El paseante se para ante el retablo
y vuelve a ver la misma ceremonia
en que el dardo traspasa incertidumbres.

Pero cuando a ese truco lo cambiaron de feria
la ballesta vibró lanzando el reto
y el azogue más nunca repitió la figura
con el carcaj guardando la otra flecha.

Fue que Guillermo Tell era el más
diestro.
Los nuevos domadores del tiempo no eran suizos.

EL AJENO

Cuando de noche sueñen los espejos
con las caras que todavía no han visto,
las puertas entrarán
en la semivigilia que le dobla la nuca con el número.
Cuando el Ajeno pase a tres distancias,
así estas sean rozando las paredes,
las puertas ojerosas le virarán la espalda,

y el Ajeno verá que allí la nuca
y en la nuca la cifra siempre extraña.
El Ajeno venía deseando que la acera
doblara su silencio en un portal,
que acabara en un hueco, un tragaluz,
en una hendidja donde quepa el alma,
este muro que sigue y sigue y
sólo encuentra un cartel diciendo: NUNCA.
Ve que quedan puertas acurrucadas,
con ojos que no ven, ni lo contrario,
cuidando que no vayan a irse los rincones.
Y nadie va a golpear
en esa planchas dobles que hurañas se suceden
Y menos el Ajeno, que no puede ya más con los nudillos
de dar en el recuerdo de otra puerta,
de arañar gimoteando en esa ausencia,
que ya se le encajaron astillas en las uñas
pero siguen impávidos los goznes de la casa.

LAS PUERTAS

A todas las puertas les duelen las espaldas.
Y más les duelen, más, cuando guardan refranes
en casas muy alegres.
El Ajeno lo sabe y no se acerca.
Se sienta lejos de ellas meditando:
“En el costado izquierdo las bisagras
atornillando el giro de las puertas,
que siempre sólo un pie les queda libre.
Si te hicieran pasar eso sería
dando un pasito adelante,
el empeine apuntando a la cocina
y la espalda explayándose en tu frente.
Sólo si ya estás dentro
y la puerta le ofreciera el cogote a cualquier otro

podrás verle la cara, y más abajo el pecho
atravesado por un ojo de cíclope lampiño.
Tienen un cinturón con hebilla
casi siempre importada. Sólo una llave
tiene la contraseña para estas cajas fuertes
de estos bancos
que en vez de guardar oro guardan gentes.
Les cuelgan leontinas para entregarse a medias,
y un hueso defectuoso que le llaman pestillo
decide abrir o no,
aunque el que llegue se sepa el santo y seña.
Y por eso me dicen transeúnte, porque siempre las puertas
me dan con el trasero en pleno rostro.
Mañana tendré yo también alguna
que me cuide este llanto de huérfano abollado
por pedradas que lanza la intemperie,
o pasado mañana no habrá puertas.”

El Ajeno se para y ve cómo la noche
sube con una vara sus cordeles
y se mecen chorreando anchas sábanas negras.

Se echa a andar ensartando palabrotas,
y ve que alguien con frac se está riendo
asomado a la puerta de la casa de enfrente.

...el bobito, frente de sarampión,
mamita linda.

J. LEZAMA LIMA

CONJETURAS

*Because the World is round
It's turns me on.*

J. LENNON

dice Ovalis Nodá
 “si yo fuera un país
 y dependiera tanto de aquel otro país de donde pendo
 me daría un golpe de estado tal en la cabeza
 que los otros Estados –La Fuerza de Gravedad
 y La Centrípetas– devastarían el eje de La Tierra
 porque si yo fuera La Tierra
 no pararé tanto en Las Cosas
 aunque estas fueran Las Estrellas Geniales
 o El Ternero remendado en los pliegues de la leche
 y si no paro sujetando ese objeto
 cuánto iba a reparar en que La Metafísica
 me dijera que sí mientras Kepler
 o alguien que seguramente es otro que se escribe con K
 le ponía las bisagras que lleva en el trasero
 aquella monja”

dice Ovalis Nodá
 pero este Ovalis es un loco de Kansas y

dice el Doctor McDonnel que
excepto cuando habla
es un paciente realmente soportable.

CRONOMANÍA I

se hacen flacos los años / ay del viento /
se aferran con desdén a su trapecio / pasan
como navíos que van a ser pintados

no hay semestre que quiera ser redondo
ni quincena que no se desgañite / pobre feria /

nadie puede comprarse un mes cantáble
no hay semana que aguante su domingo

qué malo pues salir / ah ciudades del tiempo /
para encontrarse todas tus esquinas dobladas
y que en tu gran pecera se atropellen los días / sigan
como borrachos peleándose en los bares / yo no aguanto /

qué malo pues vivir / es como si alguien estuviera deseando
desde lejos
que mal siglo recorra vuestras venas / como si Adán
se muriera gritándote en la cara
que mal siglo te parta camarada

CRONOMANÍA II

hay días en que hace un miedo que le ronca
sobre todo
cuando a este siglo le da por disfrazarse
de circo sigiloso

hay días en que hace un odio que revienta
sobre todo
cuando este siglo le cuelgan por adorno
pedacitos de lobo en las barandas

hay días en que hace ganas de hospitales
sobre todo
cuando hay que irse montado
en sueños de tercera y victoreando

que el veinte ha sido un siglo de cordura

hay días en que hace un siglo que le zumba
sobre todo
cuando hay que hacer añicos sus disfraces y adornos
cuando hay que untarse un sueño de primera
y no seguir haciéndose el poeta
que no puede oh dolor con estos días

ESCÁNDALO

pasa / y veo sombra debajo de cada árbol
que bajo el sol invierte su peinado / luego
tú y yo no somos árbol
porque no hay sombra que nos lama los pies
y el sol nunca se encaramó a ladrar en tu cabeza

por el invierno arriba buenos y malditos rojos como abejas
blancos como púas rayando estos tres discos vuelan
los otros van / se quedan en las canchas de moscatel
y almendra y fresa y mierda / montados en su reloj pulsera
corren sobre sus ojos reventados caballitos de mar
no tienen sueño ni hambre ni prisa ni solicitudes duermen
por La Rampa suben por La Rampa bajan por La Rampa suben

REPITA SU LLAMADA

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas.

C. VALLEJO

el azar es una bestia terriblemente lógica
y yo salgo a buscarlo con la simple intención de partirle la cara
y cuando levanto el brazo es el tubo de un teléfono público y
oigo chirridos de causalidad y algo parece que
tuerce más los cables de todos los teléfonos posibles

entonces qué voy a volverme algún topo venial
o una cigarra sibilante si los números cuelgan
como ahorcados colgantes y se van y no están
sino chaquetas clavadas y manchas en la sombra

quién estará en la curva es decir en el otro extremo de la línea
Luis Díaz no es porque se fue como en las disolvencias
de los filmes geniales ni es mi hermano Santiago
que cuando yo iba a hablarle o a tocarle las alas
el corazón sonaba así como ocupado

quién inventó pues la descomuni3n qu3n hizo
la otra premonitoria misa de torpeza
y qu3n corto estos malditos hilos para partirme la cara

CRIMEN EN BARBADOS

agua y agua / humedad y agua
agua gorda y vítores oscuros
el pie que se descalza en plena bulla
la mano desasida / no queda más que el agua
lo fingido del agua / no queda más que el agua
lo fingido del agua / lo viscoso y luego

luego

luego sólo lo que otro rememora
lo que yo rememoro estando vivo
sentado para dentro de mí / lejos de ellos /
de lo húmedo que ciega las narices

el agua el agua / el peldaño omitido
fuera de sí la mano / a tientas
los ojos carcomidos por los peces del fondo / el agua
el agua ay quién la está mirando de castigo
quién ahuyenta las bocas los perfiles rajados

las rodillas

los dedos ay quién lo sabe quién llora
quién se gasta por encima del ruido
a quién le da el recuerdo pescozones / a mí
que soy inoperante como un diente de menos / a mí
que no he podido matar sus asesinos

DUELE

que sea por ejemplo tan literalmente blanca esta mañana
y redonda y de tan agrio propósito su inquisitivo anzuelo
y que yo mire y no te vea los sitios sino tanta catástrofe
toda tu ubicuidad volviéndose retratos

y que mi hermana Miriam con su ingenua crueldad
de ex criada doméstica y de ex analfabeta

no te anuncie como antes asustando al burócrata
“si no lo hacen le escribo a Celia Sánchez”

que no se ría ya más “enseguida me dieron el circulo infantil
para Idalmita”

duele duele
que pasen días sonando sus sirenas y meneando las luces
como si fueran carros patrulleros
duele que el aire no me haya vuelto ciego
que uno siga rumiándote en la acera sin explicarse cómo
pudo la muerte llenarte esa planilla
cómo pudo ese odioso rezago del pasado querer destituirte
apartarte borrarte
del corazón unánime que hiciste entre los simples
entre los simples

PARANOICOS

I

qué hacer cuando desde tu boca grite este otro tipo
meternos la cara más difícil en cuál otro bolsillo
intercambiarnos los pellejos ahumados con los gatos
permutar camisas con los muertos / o mejor
preguntar qué no-ser o qué ser nos apabullan –díganmelo–

y si luego se escapa y está el espejo al frente
pero el muy torpe no se sonríe en colores qué hacer
abofetearlo / acucillarse al lado
besuquearlo / pegar saltos tontos / o gritarle ah mi prójimo
no hago más que poner un pie en la acera y te apareces
oloroso a costumbres que no aguanto / o no decirle nada

–yo pregunto nada más que pregunto–

II

cuando allane tu pecho el tipo malo
cuando ocupe tu espalda el muy requetebueno
y el simplemente mal maneje un brazo
y el simplemente bien controle el otro
y haya toque de queda en el ambiente / díganme si
se podrá atravesar en ambulancia la ciudad de tantos regulares
o sujetarse el cuerpo con un diente de ajo
aunque eso ni siquiera lo entiendan los peores

III

y si aún contigo y él y todos puedo salir y salgo
pero no quiero pisotear las heces moraditas
de este otoño con tamaño de orgasmo –yo pregunto–
por cuál otra maldita acera caminamos y quién
nos estará esperando en la otra esquina –díganmelo señores–
qué hacer o no me callo y no se acerque nadie

porque–

y si el hijo me inventa pero luego me machaca un riñón
o me revienta con sus preguntas de caritas rojas
le encasqueto una octava como hace el tenor ciego
que admitan las contraltos / o resbalar de ti enfangarme las sienes
cortarte el cuello plúmbeo –díganmelo o reviento–
qué hacer y no me toque nadie

pónganse la camisa de fuerza en la epiglotis
duérmanse reverencien hipen cállense o
no se quiten los guantes
a mí déjenme preguntar / déjenme preguntar

EXHORTACIONES AL PERFECTO

mírame bien / ves esta cara redonda como el parche
de algún tambor de feria / te pregunto
la ves / tú estás seguro que la ves
si así es puedes rajarla no más con proponértelo

lo harás cogiendo tus baquetas / golpeando
un poquitico más duro que antier / te aseguro
que hoy no hará falta la misma fuerza que mañana

rómpela / pronto / rómpela
no te detengas / yo me torné inmaduro difícil cuestionable
yo conservé el error y la posibilidad de lo imperfecto
yo celebré el desliz que salía calentito de mi plexo solar
y de mi cara

metía y meto la pata en cualquier hueco y el riñón
menos apto y el pulmón y la cara /
mira qué fallo cometió el universo
al empujar tantos litros de sangre a este abandono

acércate perfecto
puedes coger el martillo / hacer añicos
mi cara / este trozo de terracota mal moldeada
yo sé que piensas que se parece a un cero / pues no
lo pienses más / decídete y golpea
que el cero es una posición muy incómoda
ven machácala y anda / machácala y trotea
podrás hacerte un
escalón
cuando ya esté mi cara derrumbada

VACACIONES

qué bueno recostar la cabeza de una nube / mirar
cómo los ángeles esquivan los sputniks / reír
cuando el bueno de Dios con su arteriosclerosis
pregunta dónde olvidó la balanza

qué bueno pintar tierno de m-o-r-a-d-o / entrar
con los camellos por el arcoiris incierto de la aguja / darle
al tiempo algunas palmaditas e invitarlo a
cruzar por ese asunto

qué bueno merendar ocasión en el futuro / recoger
los galones en que el presente opera / reservar
palcos dobles y prismáticos-láser con olor color
alma fe y cintura

pero

qué malo ensartar los olvidos con alambre / escachar
a las transnacionales en sus nidos / pisotearles
los huevos para que no prosigan mudándose de años
que gaguean su discurso y no terminan

qué malo machacar la costumbre con dos piedras / escupir
la razón cuando su hombro te tire moneditas / desnucar
tu pasión de mamífero tierno entre las mesas / ser
un hombre que olvide sus medallas / seguir
el pecho contra el bulto del trabajo hasta / barrer
del mundo todo ultrajante olor a porquería

ANTE EL ESPEJO

entrar a algunos cuartos me aniquila
y más si hay un aljibe y veo una cara / la otra
con su famoso hartazgo de knockdowns
qué pensará de mí / de estos ojos hediondos
de toda esta patraña
ay / el hombre del espejo me da grima / él solo
vivitico y coleando como a través de vaya usted a saber
cuánta premura /
yo silbara de reojos hasta marearlo
haría acrobacias tenues como un piojo

entrar en uno de esos charcos me liquida
estar aquí con él / casi a la fuerza / me llena de cuidado
y no se va / se ríe me mira rememora
ay / el hombre del espejo qué haría si le ladrara o
si me tiro a llorar como si nada / acaso
no lo soportará /
por qué no pondrá un gesto de abandono / de vasija vacía
en medio de este ruido en que nos contemplamos /
por qué sigue tan fijo / en nombre de qué juego
por qué muerde el muy terco estos despojos /
o es que quedará siempre sopesando
mi talante de topo trajinado
y lo que cada día empuja este andamiaje
hacia no sé qué límite inconexo
hacia no sé qué borde todavía inconcluso y

MALOS PASOS

(1991)

DESPUÉS DE TI

I

Jemand schütter Licht

Aus dem Fenster.

K. KROLOW

Chirrían las puertas. Pero allá dentro los insectos brillan.
El brazo cede. Pero las manos siguen. No hay ya bromas.
Las compradas se vuelven a las bonitas sucursales de antes.

Nada de biografía. Tan sólo ruido y farsa. La luz del golpe
muda

Y ya.

Violín. Violín. Violín.

Da un manotazo.

Y gritos.

Cada noche. Chirrían las puertas.

Y empecinados. Dentro.

Adentro.

Es evidente.

En tanto el mundo ve después de todo

que alguien arroja luz por la ventana.

II

Adónde van las vencidas historias

de esta muerte

—el complemento—: si en otro rostro voy, o fui

el suceso yo: todo el ausente. La mitad

no, sino todo el percance.

Su suerte me convida a ser caja de resguardo.
Volver su modo aquí, visión, vislumbre,
pena,
agua que ya pasó, voltear las hojas,
la voz sin ingredientes: menoscabo
de sí.
“Recuerdo el humo”, dijo. Alguno,
alguno,
u otro que duerme todavía.
Cualquier arbitrio, historia: todo –vida, muerte,
revés–, sin argumento.

Y aún más lejos, mujer, mucho más lejos
del tartaleo que alumbra mi costumbre,
ese niño que llora, ese mal niño
que encandila los gritos del vecino,
es todo el cuento y es
sólo ese niño.

III

Sentado en una piedra, ya casi otro,
miro,
pero es tan sólo el viento el que por aquí pasa,
gruñe, gira resbalando en sus ejes,
cancaneando. “Acaso ni siquiera te vio.”
Borra un tamaño
el viento. En una piedra es otro.

Recostado en la punta de un reflejo, de un muro,
en el pescante
llamo,
pero ya no estás tú –de ti ni un rastro–,
ni alguien, no hay ya nadie en la puerta.
Sobra un grito.
Acuclillado, roto, en pie, voceando
duermo,

mas no encuentro tu voz. Tan sólo se oyen
las sordas paletadas
que darán orden al ruido de los huesos.

EL SUPLICADO

Estas figuras que me das, furioso,
al ver el mal, crujir de mi atalaya,
regresan a su nítido argumento.
Se vuelven oro y rastro de oro y ruinas
de no dicha maldad. Ni puente al fino
truco; río de la verdad te corresponde.
Me despojas. Penden de tu ruinosa
cornamenta dones de la ceniza
y el castigo: al muslo, al pecho, al ansia
de lo que no se vuelve ni reclama.
Pobres de mí, de ti, de aquél, de cuántos
que no encontramos la reserva, el tácito
acuerdo en la inmortal costumbre, el logro,
el no, y no entibiar la sola espera
del roñoso proscrito. Ceja y ceja
de monte: entran y salen, salen, entran
balidos y aguas negras, rastro y púrpura
de lo que no se deja, sin cesar
urdiendo la lenta recompensa—
de la cabeza al escuadrón solícito
parte un raudal: no atalaya, ni grifo,
ni figuras. Ceja y ceja, la frente—
los rastrojos que en el castillo exhibe
el barbilindo. Aquí se va a lo agraz,
no pobre ni diciendo si vacío.
El pecho aguarda la cornada, el último
candor de cuantos lo cuidaron. Sólo
que al escuadrón le quedan bien fusiles—
pues fusiles serán muy bien el ojo

visto en la iridiscencia, sin reclamos,
de su otra horizontal patada al leve
antro de mal, crujiente en la atalaya:
ya sin figuras que no das, furioso,
ni ríos de verdad –sólo argumentos.
Más púrpura en el aire más viviendo.
Gira. Y la repetición sin pausa,
res final de sus carnes, enarbola.

DIBUJO I

Aquí sobran los árboles –sobraron–.
Yo sé
que el viento se desentiende de mis argumentos.
Que tú no llegas, que tú no estás aquí
a quién le va a importar después de todo.
Mí semejante, el mar, se desentiende
de mis argumentos. Se va,
riendo solo.
Aquí no están los árboles –tan sólo
quedan tristes proclamas: aquel balcón siendo.
Sin embargo te espero. Y no como aquellos turistas
panza arriba,
no como me esperé a mí mismo
veinte años para verme.
Por qué me insultan el mar, el viento,
los árboles que fueron.
Yo regreso a mi sombra, a mi vieja coartada.
Y ahí te espero. Aún más lejos te espero.
Los árboles –trizas de otro optimismo–
se marcharon.
Sin embargo te espero. Te veo. Regresas. Vas–
Y todo queda.

DIBUJO II

Quemada sea la hierba.
En torno a la autopista han quemado la hierba.
También –contra tus ojos–
algunos pinos muestran sus ramas
chamuscadas.
Todo esto. Hace dos horas. Y era,
y era una pequeña elevación. Flagrante.
Allí besé tus manos. Y ahora,
y ahora se han quemado los besos.
En torno a la autopista han quemado los besos.
Pero –contra tus ojos–
más allá del hollín, más allá del hollín
que tan igual a qué vuelve el asfalto,
algunos niños mueven sus papalotes blancos.
Allí besé tu dardo cuerpo absorto.
Luego –contra tus ojos–
sigue el mar, la estampida mugrienta. La mar.
La mar, la misma de antes.

SALUDO DE HUÉRFANOS

Es la soledad la que hace más ruido. Esto
le sucede a los hombres y a los perros.

ERIC HOFFER

“Es que te apagas. Cómo estás de triste.
Qué parece”, le dicen.

“Los días se amontonan en el cordón del tiempo.
Homero, un pastor ciego, los arrea desde lejos,
y ellos marchan embarrados de asuntos.
Avanzan cuanto pueden las vergüenzas redondas

de los días
mordisqueándose a veces entre sí los talones.
Luego en la punta de la cuerda caen, caen, ¡tic!
sobre el silencio,
que le abre su barranca para que se disuelvan,
no se acumulen más, no pesen más, no muerdan.
Pero antes del extremo del cordel
siguen vidrios como ojos,
se apelonan días con collares de hastío,
y uno piensa que no van a astillarse jamás,
ni cuando
caigan”, anuncia el que va solo.

“Otros los míos no van. Vienen. Osando. Llegan. De talar.
Con su chaqueta roja, y lo hace objeto;
y por su bando tardan quinientos desagravios. Toma. Toma.
Que toma. Ven. Ven. Vamos. Me dicen. Pon la mano.
Y si la pongo, apagan los agravios. Verás que ésta es la clase.
Cuánta madre”, responde el de la fila.
“Y madre, dices tú, cuando no es. Y padre a cuántos pasos
no llama. A quién convences”, dice.

“No resbaló ninguno. La muerte es un pedazo de esa gana.
Prueba que si la empujas vengo a ver”, sonaba el coro
de aquel suave en la fila y no, suave en la fila.
Y por oírlos se arrimó a la marcha. Y temblando cogió
fecha y misterio. “Qué sombra”, dice, “había partido a pecho;
hay que ver, mira tú, si cuando caigan”.
Y desde el hombro, en tanto desataba los ojos,
sintió que era otro sitio, y contestó de pronto aquel saludo.
Mas, desde lejos alguien parecía diciendo, desde lejos no más:
“Y qué si se me agolpan en el cordón del tiempo
y no pueden los huesos con los días.”
Y él se puso a gritar:
“Bien le quiero decir que se arrimara.” Y todo se lo dijo.
Y ahora esperan que fuera el que llegaba.

ACTO

“Y ahora qué harán con nosotros”, digo.

“Pienso que serán agradecidos”, me dice así mirando como ella miraría, repitiendo los ojos que Orfeo vuelve.

“No dije cómo, sino qué”, grito, atorándome el grito.

“Y pienso resolverán los problemas”, me dice y ya no están ni Eurídice ni nadie que ha mirado,
y por lo tanto yo tampoco estoy, que no,
porque estoy ido, ella no escucha ni la estoy mirando,
y es que da miedo verle la costumbre.
Por eso le hablo, como que no escucha:

“Yo dije qué y lo sabes, tampoco dije cuándo.”

LOS HEREDEROS

Ojalá y los que olvidan esta noche
la cara con que se sale de la ducha los domingos
no envidien el traspatio del verdugo ni propongan jamás
que los que habremos nacido pasado mañana a mediodía
ocupemos los trances de sus roles.

Ojalá y cuando se acuclille esta gran víspera
los que hoy son perseguidos no nos quieran llenar
la cara con sus dedos.

Ojalá y cuando el tiempo rueda escalera abajo
su tan orondo anillo de sucesos
no nos muelan a golpes los sobrevivientes de este miedo.

CONSTANCIAS

En Polop de la Marina, en Alicante, España,
espeleólogos de hoy se han encontrado:
“Una bella figura de mujer con los brazos en
alto”, dice EFE,
“unas cuevas con pinturas rupestres del período
neolítico”.

¿Acaso esa mujer clama en su gesto fijo,
sin cansarse desde hace tantos siglos,
porque ve torturar a sus muchachos?

En el Levante español se la encontraron:
“Con los brazos en alto”, dice EFE.

Pero de todos modos siguen sin escucharla.
Seguimos. Y todos somos uno: la otra nada.

VEINTE Y UNO

Salir y ver al otro sentado entre las rejas.
Y ver guardavecinos, ver barandas
y aquellos almacenes. El otro. Y tú.
Reír, verlo llorar, asquearse. Y él—
tan campante que no atinó a matarnos.
Y los demás gritando. Los demás rezando:
la paz para los huesos del conejo, para el oso
que aquél ahogó con rabia en la bañera. Gritando.
Los otros. Los de allá, los de aquel lado,
jodiendo aquellos viejos ahora. Como siempre.
O que empañen los anteojos con su aliento podrido.
Embullados, hablando de cómo se masturban las niñas,
tan campantes. Y tú solo, tú solo.
Solo como está solo el que levanta

la mitad de su cuerpo hasta la cara,
y huye,
sentado sobre sí como un almendro
que arde.
Solo y cansado y solo, solo, solo
con tantas bocas que hay, con tantas bocas
desdibujando el círculo, cerrándolo.

LAS OTRAS PUERTAS

O make me a mask
D. THOMAS

También la luz, Van Gogh, me hizo tu cómplice.
Hoy acerté a zamparme tu retrato.
Hoy me puse a gaguear
en vez de hacerme añicos.
Tragué asfalto. Olvida,
olvida que no te vi llorar. Olvida
que no hay coartada ni orden ni misterio.
Olvida.

Tú viste un hilo, un hociquear de cerdos—
la revancha—, yo tropecé conmigo: hay luz,
y sombra y luz: y sombra.

Ya ciegos
chocan los cuervos contra un cristal
y así arden.

EXPLOSIÓN

La luz, la sombra, el parque –esta muchacha,
este árbol, esta música.
¿Por dónde vienes tú? ¿De dónde llegas?
¿Quién se acuclilla y quién cuando te nombro yo
casi bosteza? Ven.
Dejémosles,
dejémosles sus caras embarradas de asuntos.
Hay otras y otras caras,
y bocas que se juntan.
¿Dónde estamos nosotros? ¿Esta muchacha,
este árbol, esta música?
¿La sombra, el aire, tú? ¿Todo este parque
combinado en azules que cruzan?

SHAKESPEARE

Para Guillermo esos tres sucios árboles
que a veces por el pueblo aquel caminan
entre casas de citas y almacenes.
Otras ven simple al sol –
se difuminan. ¿Ven? Para Guillermo
el sol sucio, orinada la maqueta de Londres.
En overol los menos torpes, casi desesperados.
Para Guillermo
aquellos tres
árboles.
Como reyes
dándose de comer puñaditos de arroz.
Y árabes, gordinflones, copas,
bueyes
pasamos delante de colegios, de colegiales,
de otros.

Pero no nos buscamos.

ME SIENTO LINDO

Lo más importante ahora es mi risa.
Cómo dejarla caer en este podium.
Sé. Sé que hay ojitos pintados,
peces gordos, alambre.
Lo más importante ahora.
Lo más importante ahora.
Lo más importante ahora.
Qué es esta arruga fácil sobre el labio.
Cuál viene. Quien convence.
Por qué la matriz quema.
Por qué la matriz quema.
Por qué quemaron, madre, aquellos algodones.
Lo más importante ahora.
Lo más importante ahora.

para Raúl Jesús González

JUDAS BROMILEO

Plácidos ojos de mirar tenía,
y un hijo y otro, y una hija y otra,
y otros ojos, otras hijas.
Tenía mala cabeza.
Era otra cosa. Pero nada importante, era
un tipo que sólo un día orinó por la ventana.
Y lo mataron sin saber. “Plácidos ojos” –
borracho en un vivac: dos manos, dijo,
y se durmió.

Podía.

PRECAUCIONES

—*haciéndome la víctima*—

Este café con leche fue el que dieron
en el año 2000 para tu entierro.
Este cigarro que abusa y coge cuerda,
Escobar, Escobar, este relajo
de dominós y humo y peces viejos —
sin alcohol bobali
ni leyenda suici
ha ocurrido seguro alguna vez en el pasado.
Es como cuando llue-
ve, según Borges. Uno se está muriendo
en cualquier sueño.
Ahora mismo, el presente es lugar
y el futuro una simple ceremonia.

RETRATO

Este hombre gordo que uno imagina azul
en su payama, y él se imagina azul
barriga adentro. Este gordo. Este tipo.
Este pedazo de guagua amontonada.
Chofer suyo.
Que acaba de llegar. Que no saca las manos
del bolsillo. Este riñón. Este árbol. Esta calva.
Este bolo de dedos, tocando. Este Vivaldi.
Este comepostales. Este bulto amarillo.
«*Le bourgeois.*» Vive cerca. La cerca. Interven-
do. Interven-
do.
El puesto y el quitasol de su sobrina. El gordo.

VEN AQUÍ UN RATO

El sol. No sale el sol. No sale.
Ni las hojas que a tiempo se escondieron
en sus nombres. No sale nadie. La mujer
en su círculo de tiza, y así arrastra su silla,
así cuelga de su cigarro y teje con diez canas —
su voluntad. Qué hacer para que pase el trapo,
o se arrodille y lllore,
para que salga el sol y salgan todos. Hasta los ojos
de mi madre valen. En su lugar
yo leí comunicados y la gente me habló
de manifiestos y criterios. Pero no estaban ellos,
ni salieron. Hoy
sólo un ruido de sierra se confunde con la dichosa
voz de los amoladores. Como siempre.
Y las manos persiguen a las manos.
Uno sabe que allá hay pueblos enteros. Por ejemplo,
los muertos de Cassinga
y la agresividad. Los empresarios
que ya se ocasionaron sin sol ni tú ni nada.

RAYA

Cuando yo era un animalito zonzo
y desangustiado hasta el desastre,
o, por lo menos, cuando todos pensaban
que uno era ese mal bicho,
fofo y desapesadumbrado hasta el escándalo,
tú, que eras tan burlado como yo,
no lo creías.
Y es verdad que desde antes traíamos
la cara intransitiva,
y el pecho cerrado como un cero
donde

hasta el que menos se esmeró daba en el blanco.
Eso sí lo sabías y aún lo sabes.

Ahora

ponte a pensar cómo éramos el tope
cuando velábamos aquella sociedad,
tan expugnada como un motociclista que se estrella
veinticuatro minutos antes de su boda.

Ponte a pensar —di tú— si no fuera por todo
lo que pasa —

que primero nos decapitan o nos mondan el brazo
que desde el hombro, o desde mucho antes del hombro,
erigía los gestos prehistóricos

y después nos llevan hasta el palco
para escuchar sobrado el retintín de la retórica.

Ponte a pensar —di tú—, ponte a creer conmigo
lo solo que se vuelve el solo, a tiempo,
antes de ser trizado por el alud de lo otro
que en mercader, entre veras y burlas, te impone
su visita.

7:15 A.M.

El sol como una bailarina raspa el mármol
después de hacerse añicos cruzando las persianas.

Viene a buscarnos, a otros cinco y a mí—
rascarle el lomo

a lo largo, a lo ancho

de toda su incultura en hospitales. La mujer
sabe más, la patiblanca,

que el sol y que la luna. Y por ejemplo tú,
ya sin discordia,

te sientes como un caballo joven a la sombra,

y hablas con Juan Clemente Zenea del sol

y de las pacas de heno que te tocan

en horarios iguales —para los carros pipas

de bomberos,
para las ratas grandes del mercado y para
los gimnastas de aquel colegio viejo hace nueve
años.

Nadie más tose aquí. Sólo la luz tropieza
con mi mano.

Tan sólo el sol repite estas señales. Y entra,
y sale, y queda resbalando en el mármol—
Malos pasos.

TODAVÍA

(1991)

REVERSO

Se explyea el testimonio de una expulsión (de las tantas, una) desde el *sí* y desde el *no*. Estas figuras desalojan al contrito perseguidor del *algo*. Vitier las vio: la segunda como “una escalera al vacío”, la primera como “un muro en ruinas” (*Lo cubano en la poesía*, pág. 385). La escalera, el muro se han tornado, al menos, invisibles: son ya sus puros objetivos: el vacío, las ruinas: a lo más, su concreción demoníaca y cándida, frenética y despaciosa a la vez, símbolos de la catástrofe que propician hacia todo lo que anhela: el afán, pues, comienza y termina en fracaso, el único testimonio entregable, o en logros medios que ofrecen coartadas para la continuidad: así es sólo eso lo que se reverencia, lo que, al parecer, no es inaudito.

Logros son para los que el vacío no es tal, sino una totalidad abierta, la simultaneidad de los reflejos: llevan al ser a su entidad indagadora, y esa indagación ve, no las ruinas, sino el muro anterior a toda pérdida. En la totalidad, en el muro, inscribe el impulso su otredad nuncupativa, que no es medio ni fin, aunque uno y otro, al ser imaginados, lo corroboren en tanto que imaginización y cuidado, y no como atroz desnaturalización de su sentido, a lo que se opone todo impulso en sí.

Estos datos estimulan las risotadas del coro y las del coreuta, de los coros y los coreutas, cualesquiera sean; pero esa actitud no vuelve tanto menos vana su propia inalcanzable finalidad: matar al deseoso en su deseo, y al no deseoso en su no deseo: inalcanzables, porque en todo los requieren de atónitos espectadores, también para su risa punitiva. Aún así, le queda un argumento al expulsado, aunque no sea más que un argumento: transformarse en puro gesto ritual o volverse palabra, y al gesto y la palabra, el ser bufón en la significación y en la designificación de su propia naturaleza.

Un don encuentra el deseo huérfano del gesto o la palabra: la visión de una casa en pleno campo como doble de la intemperie: el bohío, cuando es la precariedad, la palma en guano y tablas, horcones,

palos de monte, el cielo negro, arriba, afuera, presagiando tormenta, y hay los tres niños solos que salen y entran, salen y hacen en el suelo una cruz de ceniza, en medio de la cruz clavan un machete, las auras, no águilas, los sobrevuelan todo: entonces cantan: “Aura tiñosa, ponte en cruz: / mira a tus hijos que están desnudos”. Bailan o, mejor dicho, corretean, hacen como si bailaran, alrededor de la cruz y el machete, mirando arriba, abajo, a los costados. Todo queda por ocurrir, y en ese instante ocurre todo, y nada.

Esa nada deja a los tres niños solos en las puertas de la ciudad, que es siempre inalcanzable, de otros: el sentimiento de no pertenencia aparece, no hay aquí ni allá, sólo ese hoy que los hace repetir el canto, y el intento gestual: el tiempo se hace así plaza, lugar yuxtapuesto a sus carencias. (No es el hoy histórico que se sabe a sí mismo cumplido. Hay un instante que no busca ese situar lo situado o lo insituado, al menos no en lo histórico, a pesar de, o mal que le pese a, sólo un instante.)

A los tres en ese instante los mueve desde su otredad el impulso, mas desconocen sus anhelos: gestos y palabras en comunión con el *algo* que, también, se desconoce en su centro. (Pueden verse como una trinidad sin nombre.) En su indefensión, entrar o salir, los somete el impertérrito ser para el dominio de lo que los domina. Surgen esos movimientos suspendidos, esas palabras donde toda la repetida realidad es un aura tiñosa, ya mito, a la que se le pide ser la cruz, mirar a sus hijos, sólo si la transmutación se verifica, en la mendicidad última: desnudos. Reclaman de lo otro, mentándolo en espejismos traslaticios, una mirada confirmadora, el *sí* o el *no*, aunque sólo sea por acatar, un mandato: no llega, y no hay paz ni obediencia. Cada uno vuelve al rol de su cuidado, éste no es una mera pugna por quedarse en sí, sino todo lo contrario.

Para entregarse a lo que los expulsa, los tres no tienen más que un sucedáneo de la cohabitación: el remedo de sus cuitas perentorias; son, indistintamente, el medio y aquello que lo padece, las partes en una excomunión aciaga, como árboles secos en sí, ya sin objeto, pero afincados, en pro del verde que se hace contra su exhalación simbólica de verde e inutilidad; pasado su esplendor, al que, recibido como natural, debido, no se le dio atención ni recaba añoranza ahora; la memoria suspendida se da al vasto olvido de lo que la incluía, pero su incidencia mayor trae trojes, allí semillas para su propia reimplantación,

así el bonito agujero donde cae la sacude en su error: no todo en sí y en lo otro ocurre en el pasado; hay recuerdos que vienen del porvenir. Todavía.

ÁNGEL ESCOBAR

La Habana, 16 de mayo, 1990

CONSTRUCCIÓN

Pétalos de muchacha, cara o cruz, fundamento
del aire este que viene –cuerpo ciego,
al revés– . “Cómo han cruzado la noche,
los seis rieles
que supone la noche. Su onda, su onda, su hora
con los faros prendidos. Sola, gorda,
combinando los puentes. Cómo han atravesado
el traqueteo, el trapo, los metales, la diva aquella
grande,
regalando los ojos. Cómo”.

–Cuándo, cuándo–, se inquieta en sus trajines.

–Ninguno, nadie, nunca–, digo yo, sigo yo
casi voceando. Y nado y ando.
Como un recluta vivo, apuñalado y vivo
entre doce hombros de otros. Y también digo:
“Pétalos de muchacha, salchicha fría y pan,
mil campamentos, bodeguero, así fue como pasamos
la noche. Así dormimos como sobre pupitres.
Como presos de pase en casa de otros presos.
Ya lo sabes”.

–Tuve un amigo hace un año–, dice.

Pétalos de muchacha, cara o cruz, fundamento
del aire este que viene –cuerpo ciego,
al revés–. Insiste, nervio, insiste.

ALLÍ

Mienta un nombre y abole mi figura.
La rosa negra de mi piel sangrando.
Voces que dan, como campanas, golpes.
Y entre las voces y el gentío, la voz—
la rosa negra de mi ser rajándose.
Bocio, calor, estímulo, aleluyas.
Qué trae, que va y viene y se incorpora:
“Y, dentro de él, las cosas serán ruinas”.
Lo bello afuera y en mi aquel la duda.
Negro como el suplicio que te marca
y muele —rompe; haz de mí un bello número;
trote; rompe la caballada en su metal
diabólico—. La horma, diez, cien, dos,
quinientos mil, enciende, enciende, enciende,
el crimen y la hora: la armonía
que arriba, abajo vuelve por su fuero:
sin fin, roce, chasquido—
tetráctida, dónde está aquel buen número.
Pasajero total, de ti, de mí, sin albedrío.
Quién inscribirá el nombre que así, así
se contonea en su hueco. Suave. Suave.
Mienta el nombre y abole mi figura.
Oh, pendenciera. No hay participación;
ni hay números ni hay nombres ni hay sonidos.
Los caballos asumen la infinita
gestión de los sucesos mortuorios
que afuera dejan sin saber clamando
los ecos de los ecos de su paso—
tiempo, espacio, sombra, luz, huecos, manos
de este inefable augur que en sus dos cuerpos,
haz y envés de su don sin parabienes,
transmuta las sentencias del orfebre
en gritos de mudez, y en la simplícima
celda en que le dan golpes, condenado.

NO ERA BOMBERO EL MUERTO

“Y ¿qué habremos venido a ver en las ciudades?”,
dijo arriba la horquetilla de garzas
(lejos el campo, afuera),
sobre la calamina y el alquitrán
desprevenido de los techos,
y sobre el abandono que suponen
antenas y bombillas encendidas
cuando apenas la noche se rumora.
“¿Será esta perspectiva de tabiques,
pestillos, *kitsch*, y bancos traicionados;
cada quien en su peldaño postal y transitorio?”

Sin embargo, aquí abajo,
mis botas, tu reloj,
su cenicero,
una ventana, el puerto, algún abrigo,
se volvieron barruntos
de un Juan de Yepes de Fontiviveros
cuando el muchacho de al lado,
constructor tendinoso
de pelo negligente y voz retrocedida,
murió lejos de sí,
abofeteando el egoísmo de la ciudad
metida en el bullicio de este barrio
orgullosa como un mantel feudista.

Juicio, bondad sin flor, sin parabienes.
Fue el aguador y el celo de la llama.
Y en fuego y agua perdió los sentidos.

Hoy los exhibe el nato comediante,
famoso por las fíbulas del fiasco,
sin fianza, cual fetiche festinado,
con coturnos, megáfonos confusos
(en su férula atroz palmeando el coro),

y el traje que le debe a la contrita
razón de tantas novias sin avisos,
subiéndose por ti, por mí, por él
(por él realmente aquél, todos, ninguno),
a la tarima a improvisar monólogos.

Que el garabato de garzas remando
azul arriba, pobre, ¿se desdiga?

Hay un helor, el mundo,
un cuerpo que ahora vuelve, que tiritita.

DIFÍCIL

Salgo de mí a ver las cosas.
En su infancia infinita los nombres
se convierten en sus dobles—
el desdén que los cubre nos subvierte.
Somos aquella ruina que nos consume tanto.
Esperamos una estación cualquiera.
La frialdad y el murmullo de las horas
nos han vuelto por siempre melancólicos.
De paja nos hicieron para el fósforo—
pasamos, alguien nos ve detrás de los visillos
y se va con nosotros. Por ejemplo tenemos
los iguales reflejos de los semestres corvos
como un anzuelo solo al apetito.
Pecamos de ser íntegros cobardes. Y el espacio
que nos fue dado huye con sus dones.
Llegamos y nos meten en sacos numerados.
A otro barco se va la mercancía flamante.
El anhelo es la custodia oscura. Sólo tú.
Sólo yo. A mi boca la arrebató un discurso.
Déjame amarte así en este silencio. Sólo a ti.
Mi cigarrillo repetido por las calles sucias

da testimonio de mi cuerpo roto. Oscuros
nos buscamos, y entre tanto, el roce aún no mentado
fluye.

SENTIDO

Voy huyendo de mí como de un sueño.
Las tardes y las mujeres me ocultan
en sus celdillas húmedas—
lo que es mentira. Estoy expuesto,
soy un desertor de ti y tengo miedo.
Podría escribir sin más la complacencia
de mis iguales —mis razones son otras.
(Sobre una piedra no hay descanso;
podríamos ver el mar o un cuesco de sentencia,
eso anularía la razón del sentido que se muestra.)
Ni una lágrima sola. Veo un chaleco,
un salón con sus arañas últimas.
¿Y yo dónde te espero? Para el amor que supe
falta la lejanía, mis manos son sus manos
y hay un cuchillo sobre las aguas de antes.
Mi angustia es su contento;
pero es bueno que esplenda—
también esplende el hielo de mis vísceras.
En la razón me entierro, en la música seca.
Antiguo soy y mi muerte está dicha.

CIELO RASO

Soy un hombre común;
sin embargo tengo que cargar con esta muerta.
Los periódicos la mortifican,

el frío le carcome los huesos, el calor
le echa a perder los ojos.
A mí me tiene sin cuidado.
Yo qué puedo hacer. Qué puedo hacer. Qué puedo.
Conozco los espacios; me detengo;
cuento algunas estrellas –
sin embargo en mis espaldas sigue
este bulto atascado. No es un cuerpo –
la cosa es otro nombre que vigilan
y asedian los insectos. Qué hice o no
para así merecerlo. Las filosofías me abandonaron.
Ya se sabe que yo tengo miedo. Nadie aquí
me acompaña. Los dientes rotos, los pies sueltos
no me sirven de nada. Ya no puedo correr.
Soy un hombre común y aquí sigue la muerta.
Alguien debería mostrarme un sitio
donde depositarla. Es tanto como no puedo
ver. Y me pudro con ella. Un ramito
de flores quizá podría sacarme a mí
del incierto sentido en que me escondo.
No soy un niño. No vengo de la playa.
Ayúdeme a saber. No basta el azul tierno.
También yo tengo frío y el calor me zahiere.
La piedra, el mar son otros.
Nada se transfigura.
Soy un hombre común.
Sin embargo tengo que cargar con esta muerta.
Qué puedo hacer. Qué puedo.

VAMOS

“Tus razones son excesivamente razonables
para que se te escuche”, dice el orate.
Quítate de allá, Antonio. Qué vas a hacer
connmigo ahora. La novia se desposa,

es verde el verde prado, el oro antiguo cae.
No hay nada que cese porque sí. La víspera
y el fin me esperan. Vamos.
Le diré otra palabra: camina, por ejemplo,
a todos los que degollaban mis caballos
en la cuadra. Tiraré del carro solo.
Yo el auriga y las ruedas y el polvo del camino.
Por qué me odias, Antonio. Quítate del costado.
Vamos. Acaso el sol no es demasiado bueno –
el calor nos aburre, el frío nos mortifica,
el cielo cae, la luna es hembra y vuelve.
Yo cojeo. Soy el corazón tullido. No me hablarán
del trigo siempre, ni del maíz que salo.
Me sentaré a comer como un bendito. Vamos.
No tengo otras razones, no me escuches. Vamos.
Tiraré del carro como de mí. No necesito
aplausos. Vamos. La sangre de mi caballo degollado
por ti. Torvo me miras a los ojos; acaricias
tu barbilla como si fueras el capitán
avasallador de provincias. Vamos. Viva la sangre
de mi caballo muerto. Quién puede sentarse
a comer como un bendito. Sólo tus ojos, sólo tus ojos
ruedan porque sí. Vamos. Habríamos de ganar
esa carrera, como todo lo que nos reconforta,
mientras la novia se desposa y es verde el verde
prado, y el oro antiguo de puro pesar cesa.

EL PULGAR Y EL ÍNDICE

El llanto de un niño en lo oscuro no implica
a las librerías de tomos usados ni a los edificios
múltiples de oficinas. El llanto de un niño
espera. Los demás se dan vuelta. Sentados a la mesa,
de uno en uno, aferrados a su color sin nombre,
todos comprenden el delirio. Yo acaso soy la mesa,

soy lo que está servido. Y lloro. Pónganse de pie,
y opinen. Opinen. Yo no soy el malvado, nadie me convierte,
nadie me condecora. Es inútil mi esfuerzo
como inútil es toda correspondencia ajena. Dicen:
“Quedémonos afuera”. Y se preguntan.” Acaso somos tontos”.
“Quémalo, quémalo”, gritan, “quemémoslo, quemémoslo”.
–A este otro capaz que hasta lo degollemos–, dicen.
(Ya pasó. No hay vuelta. Está el colgado.) El golpe –
el zoquete pide la comprensión y el pie
le da en el medio. Buena presa para el convite
también tú quedas lejos, hablando
de la mampostería. Atragántate y cállate.
Hay un niño que llora y una mesa entreabierta.
(La cabeza pequeña da en el muro. Y la grande
también.) “La espuma esa que cae, el sol
aquel que aúlla”. Por qué habría de envidiar
yo la elocuencia ajena. Nadie como yo
para sonreír, a veces, llorando, como un niño
en lo oscuro, sin implicar los libros,
los edificios múltiples de oficinas,
las calles por donde, aun así cabizbajo,
otro se regocija.

DÍSTICO, VARIACIONES Y ECO

Qué mentira la hierba esta que escribo
haciéndome el menor atribulado.

II

Yo no sé cómo pueden dos iguales
tiempos volver a ser la sombra, el cuerpo,
y, luego, darse a reunir entelequias y emblemas,
rosas negras. Yo no sé cómo pueden

en vez de cara o cruz ser la moneda.
Nadie lo sabe acaso, y nadie, nadie,
lo supo alguna vez. Juntar las hojas,
fuera del viento que las estruja y recompone,
es tanto como vano es no verles su fisura.
También el tiempo es dos.
Le puede dar la espalda a cualquier rama.

III

Quién soy que el que antes fui
no alcanzó ni a mentarme en el potrero.
Pasan caballos y árboles y abrojos—
quién los ve,
y cuál es quién que es otro,
y quién transcribe.

IV

Un hospital es lo que se asemeja
mejor, igual o más a un hospital,
sencillamente a uno.

Y no ven ya caballos
ni árboles ni abrojos. Sólo edificios altos
y un botón pendenciero, la rosa enferma
de Blake, y en algún basural de su trayecto,
afuera, como bailan y bailan, bailan
tres viejecitos—
dos gracias al rumor de un marcapasos.

V

“Quién ha venido con su esplín”, sonrío.
Se ha olvidado de mí. Yo soy su olvido.
Y, como un animal, temo por él,
cruzo
y me divierto.

Eco

La estrella –entre ramajes– manda
zumbidos de aserradero. No hay baile,
sólo ruido. “Siempre”, dicen,
y es que no atina más. ¿Quién brilla?
¿Este portazo, este arte y sus virtutas?
¿Quién más?
¿La voz que roza apenas la voz;
la voz que lo indecible apenas roza?

Son problemas.

Pero tú y yo seguimos calle abajo
tocándonos los ojos, tocándonos los ojos.
Mientras tanto
en algún basural
de aquel trayecto, afuera,
bailan tres viejecitos, bailan tres viejecitos–
dos gracias al rumor de un marcapasos.

MARCHA

Vivo en mi caza.
Los jinetes oprimen sus cabalgaduras
y los perros esquivan los zarzales.
Siento la furia que traen y mi jadeo.

Todo infinito atrás. Todo infinito adelante.
Aquí el punto. Aquí la ceremonia interminable.
Yo soy los perros, el jadeo, los caballos,
los jinetes, a mi pesar, zarzales,
y la opresión que tenue aguarda –
todo de más, y hay menos – he aquí
cuál ceremonia.

INSTANTE AJENO

Aparecen las lilas, y más allá, despacio,
una mujer levanta un monumento: inmóvil,
una niña, arropada mira si ese girar
–círculo, torbellino, sombra, espacio, agujero–
que no cesan los cuervos de ensayar en las ramas
será la vida,

o si es la nieve abajo, especular,
inmóvil como ella, contemplando el afán
de aquellos cuervos que en mitad del día
trastean
en las más altas ramas de las lilas.

Abre los brazos, inclina la cabeza, insiste,
echa a volar.

Debajo –ay–, debajo qué espejo frío
conmemora las huellas de unos pies
que no volvieron.

Moscú, 1984

EL VIAJE

Se van tranquilos, solos, juntos, negros los ojos
y las manos,
la madre, el padre al sol menor del día, su hijo, el
hermano del viejo y su gordísima mujer,
todos mayores de edad y de costumbre. Se van
vestidos, tristes, tosedores,
campantes.

Bajan las escaleras y los ejercicios de matemática.
Llegan hasta el almuerzo topando esos dos ríos.

Los pies parecen alas, los pies parecen pies,
se arrastran. Dejan un real de sangre en los
peldaños,
en

la más espesa niebla que he mirado. Los
persiguen los cálculos,
las conversaciones sostenidas, las piezas
interiores que habrá que sostener. Las escaleras
los olvidan.

Como vidrio astillado alguien los barre.

Si se van no se sabe, porque vuelven, y habrá
alguna que otra combinación con esos números.

ACÁPITES

1/ El sol salvaje sopla. Yo veo caras de novias.

Caras, caras y caras que no ofrecen
ningún otro argumento. La espuma esa que cae
sopla –
caras. Me voy, me voy. Me quedo –
hasta en lo mío con miedo. Vuelvo.

2/ El marabú suspira antropomorfizado,
pero yo soy el que hinca,
el que te para los pelos. Yo soy el marabú
siendo yo mismo. Y me aburro y me voy –
salto y me escondo, y soplo acucillado
y sigo–. Entran las caras. ¿Me oyes? Saltan.
Hay más de un tipo oteando en su jarrito.
Más de una astilla espera su percance. La ola.

3/ El sol salvaje
ve si me asimilan. Yo soy el mío,
el otro, mi ingeniero. Yo soplo. Soplo y
soplo.

4/ Favor: sí, a usted: favor:
hay que joderse. Yo veo caras de novias.
Caras, caras y caras que no ofrecen
ningún otro argumento.

CÁNDIDO O EL OBRERO

(Novela policial)

Exprofesores, poetisas y bomberos bailan.
Sobre la pista. Hay un revuelo de túnicas y bocas
que se cierran –
globos, volantas, túneles afuera.
Es bajo el techo, el piso es pisoteado,
el sudor de los brazos se obnubila.
Pica el sermón que de un bistec se emplea.
El baile es baile y la corrida husmea / en
“Un soneto que escribe”. Se espabila –
un buenón. Me promete olvidar este recado.
Sigue. La fiesta. La elegida viste
como si ver no fuera una patraña. Por
ahí siguen. La pista. La pista.

Esfera, esfera –todo puede volverse mapamundi,
control,
vuelan las hojas.

El hombre que aparece. (Es la costumbre.)

Sin embargo un pirómano anda afuera.

para mi hermano Cándido Escobar

EL REY VA A HABLAR

Un bonito consejo para los anhelantes:
olviden sus cuidados. Una bella figura,
dejar de fumar, bailar a ratos
no servirán de nada. El cielo ofrece
máscaras. Nunca más serán reyes ni bufones–
se acabaron los roles y las nomenclaturas.
La jerarquía es otro grueso disparate.
(Jódanse. Yo converso cuando me da la gana.)
Ustedes se ponen de parte del que canta mejor
en esta misa. Soy yo. Por qué tendrían que avisarme
de los socorros con que aguardan mi pan
o mi castigo. De qué valen ustedes. De qué.
Se acercan a mí. Juntan las manos
y se apartan. Pero yo no me entrego.
Estoy en cada uno de ustedes
y sé que eso es inútil. Inútil. Se pudrirán
mirándome la cara. Hago algún gesto –u otro–
y me lo aplauden. Juntan mis provisiones.
No puedo ser ustedes. Los apabullo y me escondo
en mi figura. Esta repetición me cansa.
Váyanse de una vez. O quédense, por favor.
Ya no sé si soy otro.

CONTANTE

Días iguales chocan contra ojos iguales.
Esta es mi simple angustia.
Los ojos de otro no están en mí.
Todo no es más que ausencia.
Yo mismo me abandono en lo absurdo.
Tacho mi nombre sobre esta piel
que es máscara. Me necesito allí,
como cualquiera. Burla es mi nombre,
abismo. No hay consuelo. Allá pedir
y dar; sombra, bullicio, luz.
A qué me esperan. Doy mi saludo
y cierro la ventana. Vacío; aguda
novedad se abre, me corrobora.
Huyo de mí. Ya no me tengo en cuenta.
El otro, el otro. Quién ríe de lo lindo.
Quién me apabulla. Otro árbol,
otra música seca. Pido silencio—
y vuelvo. Ustedes tienen los ojos quietos.
Yo miro una colegiala que me exalta.
Se va el breve sinsonte
hasta el sentido —no hay.
Y vuelve el frío.
Hilo el suplicio a mano.
Días iguales chocan contra ojos iguales.
Mirar y ver. Nada, sino la máscara
que encuentro, el rostro que me pongo
para volver a ser sobre mí mismo.
Y caigo. Y cae el suceso amargo.
Sólo el calor yerto en cristal que aburre.
Y el sol, aquel sol solo—
la costumbre.

ABUSO DE CONFIANZA

(1992)

Para Anita Jiménez

MENTE ROTA

Antes de que alguien (¿all, quién?) lea, participe, de unos textos que suscribe Nadie,* Otro (¿oh potros?) los (“cataclismo de dialogo”) hablará ante ustedes (¿huy, tendresse?); Pero, y aun sin peros, en primer lugar (¿un abandono?) les presentará a un amigo (no hay otros lugares) que les ofrecerá a un conocido (¿cono, si, no?) que a su vez (¿ves?) les (¿leave me down?) entregará (¿entre, car, ra, ra, ra?) a otro (¡oh, potros!) como víctima Propiciatoria: él, rosa, Buda, llama, desrealizará su tartaleo. Escuchen. Hay, además, uno (¿De, más?) que espera, y desespera, porque no le traiga el tartaleo prebendas ni castigos.

Todos son invisibles y, en sí mismos, han perdido los sentidos: anhelan cumplir dos impulsos: el de un espíritu y otro de Non Nata. (El espíritu, a más no ponerse el sombrero, Non Nata, por si no es evidente, es *non nata*, es desconocida.

Todos, los invisibles sin sentidos, han entrado al idioma por las escaleras de servicio. Incluso viendo las jarchas y a Jehuda Ha Levi (1075-1140?): “Enfermo está: ¿cuándo sanará?”, o no viéndolos. Dicen que dicen que escribió Aristóteles: “Ir en busca de una explicación y admirarse, es reconocer que se ignora”. Les place, angustia, este ignorar, este desaprendizaje remoto en su cercanía flagrante. El indio, aquel realmente él, se dejó (no tenía alternativas, nadie las tiene) quemar en la hoguera, prefiriendo terminar en sí. Para no aprender: no razono con la razón razonable de lo otro, de los otros. Hoy vuelve a la mudez suya y de su perro el indio, mudez que habla. La apabullante trivialización del ser lo ha convertido en una cerveza. El no saber sapiente del *simple* lo ha transmutado: es el sol siendo él: helo ahí, fijo, lo que, yuxtapuesto, es fue y será, también, un anhelo de Da Vinci: *il sole non se muove*.

* Uno de los nombres con que se mienta al sujeto posible no se abole ni se oculta, mas bien reseña el gesto de Odisea ante el Cíclope y va al sentido de su traslación simbólica de uno a otro lugar de sí mismo. También se acoge a tres expresiones: no eres nadie; no soy nadie; un don nadie.

Aparece Da Vinci, no para prestigiar este argumento sino porque más bien lo desampara: “él deseaba con seguridad hacerse un maestro en la imitación de la naturaleza y enseñar el camino a los demás”, según Freud, y el *simple* del que no se habla no tiene deseo ni seguridad: está expuesto en, por y para la naturaleza, que se ha convertido en sociedad, y su no deseo, su inseguridad lo catapultan hacia la desenseñanza: *el camino*, él sabe, no sabe, se ha convertido en “conveniencia”; *los demás* esperan que sean todos y todo practicables, viables, funcionales. Hatuey, la botella o la lata, lo es; Hatuey ese aluvión de nada, todo, esa carga de mudez, grito, entre el sol, y el incinerado carnal, no.

El siglo xx lo ha sacrificado todo al funcionalismo; ha deslegitimado el *quién* y el *algo* ante la función . No es esto, justamente hablando, único, suyo, de él, coto privado a/de su feroz realeza, pero en él llega al extremo aberrante, al límite intolerable para la conciencia, que se aliena o juega, no alcanza fijeza; se intenta, no ella, sino todos y todo contra ella, construir y reconstruir, construir y reconstruir, en cambio, como un objeto de “perención incorporada” “para una eternidad razonable”, la obligación y el castigo y en cuya permisible medida “la belleza se da como *algo más*, por añadidura, (y) es un acontecimiento suplementario, un epifenómeno”. A.A. Moles y E. Wahl nos dicen que “en la práctica, esto significa lucha contra la inutilidad, censura y rigor; el funcionalismo es, en sí, *ascético*”.

Cuando el sol del trópico, en su esplendor, se hace sobre la piel y el alma, el que viene, visitante, entra y, como al desgaire, mienta al indio, que así renace (o no) en la modestia última del trato. Esto, para la función, es inútil, censurable y nada riguroso.

¿Cómo encontrar el cuándo, y todas las posibles preguntas, de/a una palabra, un gesto, una actitud, una intención, una frase, una línea de verso que intentan, intentarían o intentarán, un accidente, una falla, lo no aconsejable, y el hacer, predicado de sí mismo, hacer hace, que se fijen contra el escarceo de los gustos gustables, y digan *no*, entendida esa palabra como señal hierática del signo, a la moneda que en el bolsillo, o en el pecho, coloca la usura de la eficacia predicha y programada y ya convertida en distopia?

Hay (o no) testimonios y posibles respuestas de ello: para Unamuno, que vivió entre el siglo anterior y este, “toda conciencia es conciencia del dolor”, y creo que a su dolor no le dolió como le duele en su evidencia

a Nadie, la cosificación que impuesta ronda, ejercida incita (la conciencia hoy es objeto que entra en los cambios oscilantes del valor): habría acrecentado su sentimiento trágico de la vida. Valéry: *il n'est rien de si beau que ce qui n'existe pas*: fue su ventura; para el *Nouveau Petit Larousse* que, a su pensar, lo retrotrae a la reconciliación con el medio *il commence par publier des poèmes, mais voit dans la littérature une dangereuse idolatrie*: oponiéndole un *pero*, acusando un *peligro*. Para conjurar ambos lo llevaron vivo al aula, a la academia: Valéry escucho una (antologable) *mise en scène*, una *función* de su *Cimetière Marine*: lejos queda su disfunción. ¿Dónde?

Para no hacer largo ni demasiado eficaz este maldito enigma (?) perorado se mientan dos nombres: Dadá, Duchamp: el segundo, que lleva al primero, se eriza el 2 de noviembre de 1962: “Les arrojé a la cabeza los porta-botellas y el urinario como una provocación, y ahora resulta que admiran su belleza estética”. Pero *ese* admirarse, *ese* asombro, no es “un reconocer que se ignora”, es una mediatización, es “una reconciliación del ser humano conservador con el arte subversivo”. (Moles, Wahl), es el *kitsch* que “siempre está en proceso de evadirse hacia la racionalidad” (Herman Broch). *Belleza, estética* como accesorios del ascetismo y del hedonismo (donde es posible por abundancia) de la función.

No sé si Duchamp al hacer su “caja verde” conocía el *Ne lui riblen sa Cage vert* (*Le Testament*, CXX, sexto verso) de Villon (1431-1463) que Carlos Alvar traduce *no le quiten su cajita verde*, y hace notar que *cage vert* para Thuasne, es una metáfora que “equivale a una mujer de vida licenciosa”. Villon pide que *Detusca et ses gendarmes*, no se la quiten, no se la roben a *frère Baude*: no sólo la *cage vert*, *Detusca* y sus hombres se lo han robado todo a Balde, a Villon, a Duchamp y a ti.

En la Edad Media, en lugar del número, se colocaban insignias en las puertas de las casas, y “las mujeres de vida licenciosa” colocaban una rama en las suyas, de ahí el término “ramera”. Todo, aun por el número, es, para el xx, la *ramera*, con un adjetivo sartreano: *respetuosa*: *Detusca et ses gendarmes* entran y cobran su diezmo (y más), su derecho de pernada (y más): para él, todo número y todo nombre es una rama; todo, también la palabra, la insignia dicha ante su puerta, puta, cosa, uso. No participación ni cuidado. Habría que fijar, al menos, una (palabra) que, sabiendo, ignorando lo que es, sea

ni quid ni quod, nada, o, a lo mejor o peor, singular y nada *respetuosa*,
harto irrespetuosa más bien.

Esta irrespetuosidad se refiere al arte que se desconoce a sí mismo,
o, más bien, a los intersticios que hay entre las nociones *déjà vues*,
prestigiosas, rentables: no propone incendios ni herejías, no dispone de
bomberos ni de inquisidores: descubre el hueso en sí astillado, no hay
ortopedia alguna. Ante la tradición: la hembra fecundada por el macho,
el onanismo, el terror al incesto, —para decirlo con figuras—, se siente
ni pródigo ni bastardo, solamente hijo y dice “sólo se puede dar lo que no
se tiene. No hay nada mejor que lo mejor perdido”. No se tiene el *plus*
del *ya*, ese posible (?) donde en alud confluyen todos los imposibles. Lo
perdido, el *antes* y el *después*, se fuga en el instante, es inextricable.

Habiendo mentado a Villon, y a unas figuras de la tradición, se cita
otro verso suyo: *Je leur ramentois** le jeu d'âne (Le Testament, CXLVII, octavo verso): les recordaré el juego del asno*, según Alvar
este juego es el del amor. Quedémonos sólo, por esta vez, con la hembra
fecundada por el macho, con el asno fecundando a la hembra del caballo:
El hijo, el mulo, es estéril —”terror”, “obediencia”, “secretaría paciencia”,
“desfiladeros”: se oye a Lezama en su voz— pero, desde su tara, se fija
el mismo autor, *al fin el mulo árboles encaja en todo abismo*.

Pero ¿esos árboles son todos y ninguno, el último y, al fin, el primer
árbol: lo ella, lo *él reconociéndose* inefables, hoy machihembrados
como piezas de una ruptura inacabable y a la vez promisoría, lugar?
¿Ella, él, la obligación, el castigo, las nupcias malditas con lo otro en su
eternidad traidora?

“La vocinglera inadecuación festiva, ritual de muerte, vida, de estas
palabras que entre sí no se ven y se desacompañan y mienten y
traslucen, qué, no se han servido de otros y otros y otros para regodearse
en su imposibilidad furtiva?. Sí. No. Al menos se acoge al abandono al
que la ha relegado el adelantado, no ser, de nadie, de nada, sólo a la
soledad, sólo al abismo, y cita *Le combat avec l'ange* de Jacques
Prévert (*Paroles*, 1948):

*N'y va pas
Tout est combiné d'avance
Le match est truqué
Et quand il apparaîtra sur le ring*

** Rappelle

*Environné d'éclairs de magnesium
Ils entonneront a tue-tête le Te Deum
Et avant meme que tu te sois levé de ta chaise
Ils te sonneront les cloches a toute volée
Ils te jetteront à la figure l'éponge sacrée
Et tu n'auras pas le temps de lui voler dans les plumes*

*Ils se jetteront sur toi
Et il frappera au-dessous de la ceintureçet tu t'écrouleras
Les bras stupidement en croix
Dans la sciure
Et jamais plus tu ne pourras faire l'amour.****

Imposible *l'amour* con la realidad “arreglada”, *le jeu d'âne* que nos quiere recordar, desde su imposibilidad Villon.

No se coloca una queja, sino una constatación, la servidumbre de un dato. Mentadas al principio las marchas, se va a la más antigua conocida (1040), atribuida a “un Yosef el escriba”, finaliza: “Enfermaron ojos alegres/ya duelen con tanto mal”. Mil novecientos cincuenta años después de aquellos ojos, que no son necesariamente los de Yosef el escriba, ¿en qué no se habrán convertido? ¿no serán acaso el ojo que ve al xx y, no es necesariamente el de nadie, no lo ve viéndolo?

*** EL COMBATE CON EL ÁNGEL

*No se vale
todo está preparado de antemano
el match está arreglado
y cuando él aparezca sobre el ring
rodeado de estallidos de luces de magnesio
ellos entonarán a voz en cuello el Te Deum
e incluso antes de que tú te hayas levantado de tu silla
te tocarán las campanas a todo vuelo
te tirarán a la cara la toalla sagrada
y no tendrás tiempo de lanzarte sobre él
se arrojarán sobre ti
y él te golpeará por debajo del cinturón
te desplomará
los brazos estúpidamente en cruz
en la lona
y nunca más podrás hacer el amor.*

Para este ojo (si existe y se asiste en sí a sí mismo) todo está inscrito en un quieto devenir. Es vapuleado por lo real real, que termina cuando se pone esta coma, lo real *sido*, que es y ya no es porque se fue al nombrarlo *sido*, y la realidad expectante a ¿qué?, de ¿qué? Sobre este palimpsesto raspa y raspa la uña en la hora (que) *es oscura y nosotros como perdidos la vivimos* (Pasolini). ¿Es? ¿Qué hora? ¿Qué oscura? ¿Qué nosotros? ¿Qué perdidos? ¿Qué vivimos?

¿No nos ampara más su disfunción? ¿No nos remite más a su participación y a su cuidado? El argumento contrario en su extremo exhibe extremos logros: la bomba de neutrones y a Samuel T. Cohen: la fusión nuclear y su, según él “ocupación fascinante”: construir armas: “la mía es una bomba limpia” dice Cohen, hijo prodigo de la *función*.

Toda esta refutabilísima perorata la acarrea una sufrida pérdida de la mente, el desaplicado, para el *yo soy* en la Gran Víspera y en el fin (el pezón, la Nada); tornados deseables, toda víspera, todo fin, también los son sin mayúsculas, aparece el deseo, el afán infinito de unidad imposible, en sí, y en otro, con lo otro; el balbuceo agraz sin don ni parabienes se embulla en este no querer, anhelante a su pesar, y va y vuelve de *aquello*, alma, fe, sentido, sin nombre ni número, de lo cual, todos, somos intermediarios al/hasta el urdir discursos que son lo inteligible dichoso, dicho, hecho, gozo, que acaba en la moneda, en la letra de cambio, la usura, el usufructo que es.

En la raíz de la lengua se recogen unos versos de Ben Al Muallin (siglo XI, segunda mitad): “Alba que tiene tan bello vigor / Cuando viene pide amor”. Se va al tercer milenio. ¿Alba? ¿Amor? ¿Podremos darlo? ¿Dárnoslo? No. Sí.

ÁNGEL ESCOBAR

La Habana, 14 de marzo, 1990.

EL CASTIGO

Vengan. Les diré: “No es necesario reír.”
No es necesario. Yo que conozco el ruido
que prefigura el azar tras los espejos
les diré: “No estoy aquí para alegrarlos.”
(Pusieron todos estos muebles. Trajeron
guirnaldas. Y qué bonitas son las luces.
Ah, y estas calles que agradecen los telones.
El fiasco, el ruido, la soledad. Las calles
no eran sólo el resplandor de las fachadas.
Hemos cruzado por sobre esos cuchillos
que a veces dan al mar. Mar y ciudad mienten.
Y mienten esos altavoces solícitos
que algunas vez dijeron: “Sí. Seréis Príncipes.”
No. Ya hemos pagado el alquiler del número
y del nombre. Y hasta el plagio que comete
la Historia entre altavoces y epifanías
con sus modernas religiones ridículas.
Ay, sólo el amor por ella iba a salvarnos.
Cuántas alcobas habremos adornado.
En la ciudad, en el mar, no en el camino
donde el sol también es un gruñón bastardo
que se pudre. Muebles, guirnaldas y luces
y callecitas pintadas nos invitan
a sacudir las cabezas de los títeres.
Olvidaremos el mar y las ciudades.
Olvidaremos el sol y los caminos.
Olvidaremos sin más los altavoces.
Olvidaremos la soledad y el miedo.
Trajeron todos estos muebles. Pusieron
guirnaldas. Y qué bonitas son la luces.
Hay manos empeñadas en aumentar
nuestra flaca, adusta vocación de olvido.
Colgaron estas campanillas antiguas.
Nos dieron vistosos y aplaudidos trajes.
Aquí salimos. Hay otras manos que—
palmaditas, salud y suerte—, nos dieron
días y noches que nos verán cumplir

la ceremonia. Comienza la función.
Sí. Subiremos ahora al entarimado.
Entre los brillos fingidos del atrezzo.
Hoy es bueno tener la cara pintada.
Arriscar la nariz, bizquear. Dar los saltos
de los tontos, de los sapitos suicidas
es inaconsejable. Siluetas pulcras,
caras que todavía resistan el golpe
de los sellos y la sucesión de cifras.
Y sacudir las cabezas de los títeres.
Ya es mucho. Ya es poco. Es nada. Es todo cuanto
de nosotros se espera. Y aquí salimos.
Hoy es bueno tener la cara pintada.
Y hablar mirando los muros, las almenas,
el hierro, el esplendor de las atalayas,
los quepis. Volver luego a las galerías
que paredes azul tierno disimulan,
a la fría celda, al interrogatorio
sutil, la voz bronca del teniente Rosas,
es lo difícil. Por eso es que inventamos
aquí en el patio, aquí, bajo un cielo neutro,
todos los argumentos que os divierten.)
Vengan. Sí. Vengan y les preguntaré:
“Por qué mi nombre se les pudre en la boca.”
(He aquí la escena. La luz que golpea el rostro.)
No prometeré lo mejor del pasado.
(He aquí el instante. Las cortinas con pájaros
que por última vez cruzan los encajes.)
No encenderé esas lucecitas que gimen:
Mañana, Mañana, Mañana—, nada de eso.
(Aquí en el patio, aquí, bajo un cielo neutro.)
Hoy sé tan sólo la obsesión de un número.
(Que paredes azul tierno disimulan.)
Mi corazón no es el bicho que fascina.
(Supongo que ahora llegan, supongo que
me miran con el derecho que les da
ser otros.) Diré: “Ya este reflector cansa.
Y cansa el diván de Rosas. Cansa el hierro.”

Seguirán los soldados en sus garitas.
Ustedes tiesos se lustrarán las máscaras.
Ensayarán sus coartadas de mamíferos.
Y yo, sólo yo, no habré mentido a tiempo.
Mejor me callo. Mejor no digo nada.
O digo lo que aprendimos del libreto.
Me siento junto a un atril, frente al micrófono:
–No olvidaremos llamar a Campanella.
–Nos reconforta tener esta butaca.
(Ni siquiera por ello tendremos menos
motivos para injuriar. Somos el precio.
Esa moneda por la que el camarero
patea a Charlot sacándolo de encuadre.)
Comienzo. (Me temo. Me odio.) Los divierto.
Fúlgidos son los minutos del recreo
y no os libraré de mí ni del olvido.
Vengan. Sí. Vengan y les preguntaré:
“Tengo acaso la biografía de un héroe.”

LA NOVELA DE OERSMAN

Es tarde o no para olvidar –pregunto–.
Y me gritan que sí los álamos. “Hasta luego”,
musitan y se van como abuelos distraídos.
Continúa pues la hierba con sus bromas
por debajo del peso de algún muerto,
de algún asesinado.
Es triste o no para olvidar –pregunto–.
Y me miran que sí los perros. Estos
perros. “Llora por unos ojos blancos
que no giran” –bisbisean entre sí, se van bobeando
como perros que son después de todo. Y como todo
este ruido que se pudre en la hierba.
Y como todo torpe acribillado.
Es bueno o no para olvidar –pregunto–.

Y me chillan que sí las rosas y los pájaros,
el mar que no está lejos.
Cuchichean pues los grillos por debajo del peso
de mi cuerpo.
Hay comadres lavando sus rastros,
Hay pañuelos de primas percutidas,
Hay un tipo que corre
hasta que un hijoeputa le borra el pavimento,
hay sábanas
y sábanas que pasan sobre nuestras cabezas
y sobre mi pupitre.
Es tarde, triste, es demasiado bueno
para olvidar?

–No contestaba.

Soló allá lejos quedan
fotógrafos y guantes bien doblados
junto al quepis.
Y el sonido de botas sobre el mármol.

DESDE EL SUELO

Voy a quedarme aquí donde quién sabe.
No puedo ya ser otro –un estudiante acaso
al que fascinan
los hasta luego específicos del viernes–.
Esto es al fin el sol. No hay además,
ni antes,
ni algún día.
Sólo las voces
que poco a poco anulan los emblemas.
Esto que pasa sobre mí son ellos.
Y el azar y su lápiz malogrado.
No es la acuarela con un árbol negro.
Se abre el portillo lejos, suena la casa.

Y el aroma de lilas. ¡Y el pañuelo!
Todo este blancor ciega. Y ciegan
cuchillos que rechinan contra mí.
No hay más allá,
no hay más acá
que esta tosca inversión de los espejos.
Sólo estos jeroglíficos del ruido
que nadie hizo constar en las medallas.
Siguen. Aptos sobre sus botas. Siguen.
Ya cuanto importa sobre mí son ellos.
No es la ventana
desde la que tan mal contábamos
los vagones azules del expreso.
Son ellos. Ellos. Con brío acezante cruzan
por arriba de un simple mueble incómodo.
Nada es, nada es
sino este film oscuro, este pasillo
en que topamos con cachivaches viejos.
La Historia y lo que era, el nombre,
ese jadear remoto tras los libros.
Pasan.
Yo pude haber tenido mejor puestos los pies.
Y el corazón, al menos el corazón.
¡No un almendro en el polvo podrido
y bajo la locura de esta luz!
Marchan. Qué displicente, eterna caravana.
Pasan.
Se abre la mano en el andén penúltimo
clamando como un rostro. Suena la casa.
Siguen.
Acaso no me ven. Ya me tacharon.
Pasan.
Como accidente acabo en el lenguaje.
Oh, nubes,
sólo estos jeroglíficos del ruido.
El ruido.

¡Atrás vienen los tanques!
Lo que existe.
No alcancé a soñar cómo se disuelven
con su estentor sobrado los afanes.
Ni cómo se disipan los trozos que juntamos
para armar
aquel rompecabezas de la dicha.
¡Los tanques!
El hule
con hipocampos rojos que hay sobre la mesa.
Son las orugas. Vienen. No basta este rumor.
Todo este frío.
Se acercan.
Gris máquina final, torpe diadema,
dile a tu conductor que no es por eso.

Llegan.

Qué mueca así quedar con esta sombra
que me da por la cara cuando salgo
por esta puerta en que se abrilla el límite,
que me da por la espalda en cuanto entro
por esta puerta en que se anubla el círculo
abierto hasta no ser sino sólo este

golpe!

Oh, rostros que olvidé que me olvidaron.

APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA DE HELENE ZAROUR

Creía en las manos y en la boca, en los eventos
que al espejo remiten al cruzado
antes de que le astillen el cráneo contra el muro.
Creía sólo en el cráneo en el espejo; el muro—
el desconcierto inaugural, el fin, el tizne—
que de un solo chasquido vuelve ininteligibles

los tácitos reflejos bifrontes de obrepticios.
cristales, no era más que una extensión del ruido.
Nació en el siglo cuyo orden va del ciego ruido
al ruido. (Ay, quién tolera. Ay, qué te identifica.)
En él murió. (Menos le bastaría a Calímaco.)
Murió es error. Porque aún vuelven las tardes a las tardes.
Y ese sutil defecto de mi voz
difiere los augurios. No se ha ido al mar.
Ahora escuchamos una canción en la que el mar
no es él, sino un olvido sudamericano.
Ahora tiene veinte años. Cree en la Osa Mayor
temblando arriba; en un *blue jeans*, los sábados y Diego;
en Epictecto comentando a Sartre.
Cree en el té y en los cigarrillos furtivos—
entre ellos vio a Milton—; no sabe que no sabe
de las dobles luciérnagas caribes de las rocas,
ni de la triple exaltación del agua occidental
por un falso crepúsculo. Cree creer que oyó
que hubiera sido reina. (La democracia
a cada quien, mordaz, le otorga un vicio.) Coronada—
así reza el holán fino de la leyenda—,
creía en el eudemonismo de la palabra *alfanje*.
Sin coronar, en diccionarios españoles olvidó
los simultáneos nombres de Dios, y el páramo
y el día en que una muerte y un Zarour concisan
la inextricable escarcha que a toda la extensión victima.
Al dorso: a la batista la embosca hoy un cuchillo.
A la reina, los cascos de caballos sudados.
El resto se ha perdido en las actas policiales.
Allí no entro: no un sol, el miedo es quien me inclina.
(Mi voz, ni haz, ni envés sólo puede histerizar a Schelling.)
Ahora ya hay un jergón, un sótano con gritos.
Difuminan las mentidas cartografías
del cielo desde el techo las pesadillas y el horror
que el despertar no evita sino más bien provoca.
Chirría un cerrojo ríspido. Sí. Romo
que viene a interrogar. Sí. Pero dónde estarán
las manos y la boca, los eventos
que al resumir el juicio el juicio implora.

Dónde quedó aquel pájaro. Hacia cuáles
rosas sin azar ni causa, innominadas,
reptó el concepto rosa. Nadie puede ya responder.
Nada vuelve a su don. Y hasta la cifra civil–
los guarismos que hoy escoltan la luz, ya sin festines–
yerra su animal público y serpea ociosa.
Rechinó el fiel: al muro, a la razón al uso, al ruido–
no sé: ya se me olvidan los tiempos en que a las tardes
las enlazaba un verbo no una postrimería–,
al exilio francés, al traste, al mar sin joyas–
mal que le pese a Valéry. O a mí que leí diamant–.
Cumple, instante, el nada más en que se ahogó mañana.
La oyes: cantará una canción que para colmo
no le correspondía. La ves: a qué mayor castigo.
Al pie; a las manos flácidas; al pecho el agua.
Y canta. El agua. El agua. Y canta. El borboriteo–
trizas del mundo–, el leve reclamar un afecto.
Hay otra Elena, otro fue, otro allá, y otro comienzo.
Al sesgo nos miramos las ínclitas cabezas.
Con el gendarme salimos de la celda.
Al paso. Todos en uno. Al paso. Al paso. Al paso.
Al paso tu hominidad también. No hay dispensa,
fisgón, tú, puerco deshollinador de doctrinas.

GESTOS

(...) la propia compañía. Sobra espacio
y no se ha de perder ningún escándalo
para quien ama escándalo. La música(...)

E. DIEGO

“No hay playas ni cisternas, no hay otros huecos solos
como diez jubilados cacareando en torno al maíz
de los agromercados” –dice.

Y el hablador del parque deja pudrirse el vaho
de su cigarro entre los dientes –dice–.

Hasta que pase aquella que le pregunte la hora.
Eso además. “Yo no soy un borracho todavía”.
–Ya está bueno, ya. Que se callaran coño, dijo–.
Se echa a dormir no en el primer descanso
de la escalera sino en el vano del infierno.
En la playa entre bracitos de muñecas y vidrios masticados
se oye el ruido de las cisternas clausuradas.
Soñamos con mandrágoras y líquenes
con las narices rotas contra el cristal frío.
“De manera que hoy viernes yo me asomo
a todo lo que hierva” –Serguéi Esenin, el tosco Vladimiro,
tú y el otro. Tuvo que ser un viernes de mañana,
y ninguno sabía que alguien ya se había muerto
en el intento. No se habrían suicidado los tres
así como así, o los muchachos que vuelven del colegio
pateando una latica no llegarían sudorosos y sonrientes
a la esquina.

DOS CAPÍTULOS

I

Dónde estamos. O para qué quiere mi tranquilidad
toda esa gente. Ay del riesgo, hermanito, el pobre,
el simple riesgo de llevar la cuenta: el número
de muertos sin aviso. “La culpa me matará, y a mi mujer.
Algo nos matará.
No el riñón ni disparos, sino simplemente eso. Aquello
nos matará”. Ese día cae una lluvia finísima. Cae
del cielo comprado sobre la tierra rota, cae
como sobre cualesquiera otros lugares comunes
que hacen del hombre el orangután imbécil que fascina.
“Yo estoy borracho por hoy y por mañana, o solo para siempre
y vuelvo a la ciudad.” –Y un día se sabe que todo esto
no es más que un argumento–. Algún silbido a veces.

Sube. Va de almendro a blanco consentido. Tonto. Todo.
Sin embargo te esperan. Tu mujer, aquel cloqueo de huesos
en la cama.

No hay que mirarse las manos señaladas
por los griticos rojos del cigarro o el tictaqueo acezante
de tu reloj pulsera. No te vires.

“Dónde estamos. O para qué quiere mi tranquilidad
toda esa gente.” El cielo extraño arriba a su manera
y los árboles como blusas tendidas entre el humo y la mugre
de los guardavecinos

no se inclinan por ti. Olvida el viento que te esperan.

“Por eso lanza su entretenida mentira contra los cables
del tendido”. Tú y yo sabemos: Nadie. O sólo alguna viola.
Cada noche le debe a otro recuerdo el día que viene.

De nada vale que aquél se vuelva, ansioso, y les pregunte:
Godoy, Pedro, Manuel, a qué se juega. Ay del riesgo, el pobre,
el simple riesgo de llevar la cuenta: el número, hermanito,
el número de muertos sin aviso.

II

Pedro, Godoy, Manuel: cuatro, tres, doce velas.
Tú vete a tu mujer, vete a la cama. Vete a la
cuidada gratitud de las proclamas, hasta la vida de hoy.
Vete a la mierda.

Pedro, Godoy, Manuel: cuatro, tres, doce velas.
Tú vete a tu mujer, vete a la cama. Vete a la
Rodilla del cuartel que te reclama, hasta la fiesta de hoy.

Vete a la sala.

1. Mochila
2. Canana
3. Boina
4. Brazalete
5. Collar

6. Blusón verde
7. Pantalón de soldado
8. Saya rosada
9. Saco
10. Fusil
11. Soldado
12. Niño
13. Cinta
14. Peluca: dos

Godoy, Pedro, Manuel: dónde estamos, por Dios, dónde nos llevan.

TARTAMUDEA EL ÁNGEL

Me abrazas y soy real. Yo no puedo ser otro.
Tú me distingues, y soy eso que se organiza
como un ruido. Sé que estas palabras son
tan feas como inútiles. Yo también soy inútil
y sucedo (sólo porque tú quieres). Antes
miraba Dios o la extensión o nadie, según
yo hubiera sido Berkeley o Spinoza. Ahora
me miras tú. Y yo no soy Karl Marx, ni otro
que lo menciona y me apabulla. No he muerto
en San Lorenzo todavía. En Chatelet no está
mi celda pródiga. No recibí los golpes
que ahora debo. (“Otro minuto es otro ante la usura”–
Y el siglo es fui.) Tal vez me tache esa agresividad
como a un verbo no sé si transitivo. Tú me miras.
Sabes que sé que me dijeron que no tuviera
miedo. Yo, tras la celosía, veo esos cuerpos
sin rostros; te traiciono: ya no sé si me miras.
No sé si soy tu invento o el recelo,
la broma de un sofista. Tú me traicionas.
Veo que pasas junto a esos arduos cuerpos melancólicos.
Yo estoy en esta calle que es la única del mundo

(lo son todas las calles) sin nombre ni argumento
para que en vilo siga clónico la comedia. (Lo mismo
ante ti rezan innumerables versos
que como yo hoy son sagas del olvido.)
Ya no me miras, y cada gesto que urdo va al vacío
de los acápite que rayan las actas policiales.
No sé si voy o vengo, si anhelo soy o asfalto.
Aquí significar no significa.
Nada puedo argüir.
Y aunque viniera, o fuera tu angustia o la calzada—
ninguno de esos gladiolos reconforta. No soy tú,
no soy el sol ni los automovilistas. (“Hay en sí
algo ya nulo”, dicen, “la acción en mis metáforas”.) Pero
sé que susurran los peatones: “Son las horas esas
ramas”. Luego se contonean corriendo al funeral:
“Hoy cae el penúltimo acto”. Yo (al menos así está escrito)
llevo la cara puesta, la merced de un abrazo. Ellos,
tácitos, me odian (me temían). Es mi talante
el fardo que oblicuo creen gané en una escaramuza.
Cada visaje informa sus actas policiales. Dicen:
“Otro minuto es débito” —y me ofrecen sus máscaras.
El sueño aquel de Dafnis o algo los estremece.
Quizá sea el ojo que no logran sacar los cuervos
de mis fotografías. Quizá tú no caminas
entre esos arduos cuerpos melancólicos.
Quizá es otro el que repite en los visillos
la ilusión de tu nombre y de tu abrazo. Quizá
tampoco existes y yo no me organizo. Otro no
nos ha soñado absorto en sus persianas, ciego al brillo.
Y no, no hay esta imprecación incómoda. No hay tercero.
No hay música.

SIEMPRE ESCASEA UN RELÁMPAGO EN LA MESA

Llueve. Al fin y al cabo hasta el cielo empalaga.
Y aquí se vive como al centro de un día
Con los bordes comidos por los pájaros.
Alguien ríe. Alguienes se desnudan en un cuarto de hotel,
junto al mar cascarriento que ha venido
con más huesos de ahogado este domingo.
Ella se lava los pies echados a perder. O está en la casa
sola, sola,
sola y desnuda también como un pistoletazo.
Mirándose los pies.
En cambio tú y yo no nos conocemos todavía.
Y aquí se duerme como en el último banco de una estación
cualquiera,
desde la que han salido el primer tren y el último
hace un rato. “Si usted mira por los visillos
de la ventana afuera
verá los raíles torcidos como moño de viuda”.
Después no pasa nada. Llueve.
Y la cuñada del esposo de la otra
se limpia pues las uñas bostezando. “Llueve”–
dice quien no está lejos–. Con todo y eso
aún no nos reconocemos. Es otro quien allá telefonea–
“Te digo que no puedo contarte el argumento”–.
El aire entra a escurrirse en los zaguanes,
choca contra los bultos que hay agazapados
y nos palpa la cara como un ciego. Ya nos vamos.

VEINTIUNO Y DIEZ. ME FIJO

Los muertos están muertos.
Muertos y agujereados como simples colmenas.
Ni siquiera las manos les transpiran.
Son otros, son –quiero decir– los vivos los que hablamos.

Los que mentamos un nombre en las aceras,
y nos hacemos cómplices del agua
que pasa entre sus huesos humillada.
Pero los muertos, los muertos están muertos.
Tranquilos, y bien aclimatados al silencio que no los desespera.
Los muertos se olvidaron de sus ganas.
Y los otros –quiero decir– seguimos, meramente de novios,
de compinches, de jefes o almas buenas.
Nos cambiamos de acera y vestimenta.
Nos tocamos las manos o los hombros, nos besamos los ojos
y seguimos, seguimos murmurando de nuevo en otra acera,
meneando como loros borrachos las cabezas cansadas,
tropezando volteados cual hormigas contentas de sus días.
Mientras los muertos siguen en su tumulto a solas.
Atorados de oficios y percances, bien o mal o a deshora
se encontraron con el silencio aquel que los ha mordido.
Los otros escuchamos renuentes las campanas: dón-de es-tán?
Ya se sabe cómo abriremos luego el fósforo
Para el antepenúltimo cigarro de la última congoja.
Y volvemos ay –quiero decir– volvemos de nuevo a las aceras
a engordar los saludos, las prisas y los ruegos.

A poco se nos gasta el rumor.
El impulso se nos hace de pronto
el puñadito de sal que quiere la vecina.
Y el murmullo incesante de la horas se vuelve,
se vuelve –quiero decir– se ha vuelto
esa sorda colilla que un pisotón apaga.

EL ESCOGIDO

Sobre esta piedra está mi cabeza.
Y sobre mi cabeza está la luna.
Saber eso no reconforta a nadie.
Menos aún saber que sobre la luna

hay otra cabeza y otra piedra.
Y que la suma de actos y palabras
que he cometido terminaran aquí.
En otra cabeza, otra piedra y otra luna
que no son ni estas ni aquellas
que por desidia y vanidad mentábamos.
Esto no me separa de mi destino:
El día, la noche, el animal y el límite.
Hay además qué corva infinitud donde
la cabeza es la piedra y la piedra
es la luna. Lunas, cabezas, piedras
no son conjuntos sucesivos. Ni son
las caras de mi cara en el lago.
Sé que sólo los ruidos en que ardo se suceden.
Y que sólo mi discurso es dado al espectáculo.
Sé que cada una de estas proposiciones
vuelve inútiles las cabezas, las piedras
y las lunas de los mayores. Y sé
que la conclusión de alguno inutilizará
las mías. Hoy todo arquetipo es vano.
No necesito ya ninguna justificación
entre los símbolos. Voy a morir.
Mi cuerpo es sólo un cuerpo acuclillado.
Nada saben ni la blanca explanada
ni el cuchillo. Sólo por mí repiten
su intercambiable suma de razones.
No eran el filo y la extensión, sino sólo
lo que aquí me esperaba. Ni los pasos ni el tacto,
ese rescoldo, el gusto de caminar y ver
y tocar y bien decir me hacen invulnerable.
No evitan las antorchas ni esta última hora.
Sólo yo sé mi nombre, sólo yo sé
de la obsesión de un número.– Buscan y hallan
nombre y número el centro en donde no hay más
que otros nombres y números y eclipses–.
Me matan. Lo hacen como si yo fuera otro.
Mi sangre topará con los terrones
filosos que jugando juré que eran

la prefiguración de los cuchillos.
Ahora son los cuchillos. No hay juego
ni juramento que no hayan sido el juego
y el juramento que ahora signan mi muerte.
A toda esta ceremonia la llaman
sacrificio. Ah, yo también hurgaba
entre los peces de los días, las cifras
y las nomenclaturas. Yo también vi
imágenes demasiado veloces para el sueño.
Intuí una orden que no era la vigilia.
Fui lo ínfimo. Fui la totalidad.
O creí intuir y ver y ser. Ahora
mi cuerpo es sólo un cuerpo en el que chocan
luz y sombra y se acabó y no vuelvas.
Pero entre candelas y ojos miro y ardo.
Soy lo que fui. Soy lo que no seré.
Soy realidades excesivamente arduas:
Lunas, cabezas, piedras, ceremonias.
No quiero saber que huyen, no quiero saber cómo
las cosas a hurtadillas se escapan de sus nombres.
Voy a mentir, voy a mentir como se miente:
“Están ahí. Y ahí me son ajenas.”
No. El ajeno soy yo. Tampoco alegre
imaginar que acaso mi muerte estaba escrita
y que alguien, en su lugar, parsimonioso, lee:
“El fugaz dardo ya se olvidó del arco.
Desconoce si hay un capricho más:
Desliz, esplendor, máscara u objeto.”
Es mi muerte. Mi muerte. Esa es mi muerte.
Todo se acaba. Oh, no. Ay, pirámide. Ay, luna.
Continúa la espiral. Continúa el círculo.
Y qué, si en espiral y círculo me apago.
Vienen. Lo harán. Yo, lo escogido. Ya ni excepción.
ni norma. Me aferran. Todo lo que temí
me envuelve. Todo lo que anhelé me acoge.
Insolencia, pavor, anhelo, error acuden.
Son este blanco y terco día entre
todos los días. Son el minucioso tajo

del cuchillo. Son esta franja oscura y son
este recinto donde lo más arduo es
no poder escapar del conocimiento.

LA VISITA

Es verdad que a los veintiséis años no soy más
que un vecino
asomado a su balcón prestado entre balcones.
Quién me mira desde allá abajo y quién lo mira a él
desde aquí arriba.
Pudiera ser que sea yo este dualismo recalcitrante y tonto
que nos ronda.
Que esté en el pasto allá triscando bejuquillo
y aquí mordiendo otro cigarro amargo.
Esto es acaso hacer práctica muda
de vejez defraudada así como defraudadora.
Esto es acaso el miedo o la cabrona mentira
de los años.
Vivir y ver cómo huyen
en puntitas de pie aquellos esplendores.
Saber que ahora son sólo patrimonio local de los sobrinos.
Quién me dice lo que es toda esta bulla.
Este no más poder seguir siendo el de al lado.
El tipo con ojeras que aplasta su cigarro en el cantero.
El comediante, el sordo o el dormido
en la glorieta de algún parque municipal y público,
vencido. Y no. Sólo salvado de la última visita. Y no.
Porque ahí viene, ya vienen—
después de esos pasitos que raspan con desgano la escalera
seguro que nos sacudirá un aldabonazo—.
Ahí suena.

LA EDAD

Alicia, ya Lewis Carrol te dejó. Y ahora,
ahora eres tú quien corre, la que indaga
debajo de una piedra. Hay manchas
y límites torcidos. Hay otra imagen y otra,
y hay otro espejo y rostros y muñecas
recitando una historia de borrachos.
Hay gorriones –una vez vi un candil– y hay
ómnibus apáticos.

Domingo. Dominó. Domine. Deus.

Blanca, Blanca Armenteros,
Alicia te dejó.
“Toma tu píldora” –húyete
me dicen.
–Di el paso al frente y ahora
ya está
dado
 al frente al frente al frente
 al lado al lado al lado
 al frente al frente al frente
 al lado al lado al lado

Blanca, Blanca Armenteros.
Ya Lewis Carrol qué sé yo.

HOSPITALES

Yo vi a Rimbaud amarrado en una cama
y al Papá Protagonico amarrándolo duro,
y su piyama, soltándolo –gritaban y se soltaron

los huesitos vírgenes con doctores soplando
el fagot roto,
se quebraron los vasos, las persianas, los símbolos
y luego a cada cual según su síntoma
le entregaron su píldora, sus ojos, su cuaresma.
Era el año bisiesto de estos días de Marzo y vi
como se ahorcaba el chivo en un pedrusco.
El choncholí explotando su cercado, y él sentado
mirando por arriba—
responsabilidad y culpa a los teléfonos,
a los viejos modales de los jueces
y a sus hijos. Yo vi a Rimbaud escupiendo
en una cesta de ojos bien templados,
y sanos como agujas. Lo vi “No me
arrepiento”. Estoy tranquilo, soy
el escriba, el buey
que no ha tenido nada. Estoy tranquilo.

GRAFFITTI

Tuve una casa, una ciudad, una provincia, un país.
O la vanidad que perdió a Gilles de Rais me hizo afirmar
que eran míos. En sucesivos atlas, tan precarios
como minuciosos, me señalé con ellos.
Fui una cruz o una raya, o un círculo cuya imperfección
testimoniaba la traición de mis nervios
y el error de los atlas. La práctica deficiente
de esta pictografía asustada y el juicio
exagerado sobre mí no me hicieron comprender
sino ya tarde que era yo quien les pertenecía.
Padecí una puerta, un parque, un río, y un idioma
que era todas las puertas, todos los parques y un río.
Esa certidumbre, el vértigo, el abuso del lunes
me cegaron. Creí palpar en mi lomo las inscripciones
que antes con displicencia urdía en los mapas.

Me esforcé. Pero la cruz, la raya, el círculo
que sobre mí ejercieron su mandato
demostraron ser un inescrutable jeroglífico
cuya prolijidad delataba el desdén de su ejecutoria
y la suma de equívocos que toda inversión de órdenes
comporta. Sin querer escapé de esas figuras.
Hoy no las hago en parte alguna. No las haré.
Creerme marcador o marcado
en la brumosa rosa de los eventos
que el pagado de sí llama la vida
fue otro pequeño gran malentendido. Creí:
Los documentos, sellos y delimitadores que requisan
la aventura recíproca de los sitios
y del sitiado animal con recuerdos que soy
se tornarán irreales. Giré en torno al alto
de sus pliegos. Impugnables, todo cuanto el azar
o la necesidad habían cometido entre nosotros
era una tercera caligrafía, otro sobrado código
donde lo irreal fui yo y fueron mis nostalgias
de lugares. Acaté ese argumento. O me sometí a él
por haber olvidado los tópicos
de mi educación dogmática. O por no encontrar otro
que justificara las cenizas de mis ocupaciones
y de mis días. Ignoro si en verdad pude vivir
veintiocho años o soy tan sólo el fruto
de la prodigalidad y el sentido común
de mis contemporáneos. Se daban a entusiasmos tales
y a tan disímiles creencias que puede que yo
y esta discordia hayamos sido una de esas creencias,
uno de esos entusiasmos. Quizá necesitaron
mi fantasma para soñar el acuerdo
entre lo arduo de su producción de ininteligibles
sofismas y la improbabilidad de su hermenéutica.
Pero alguien o algo toma esta cuchilla de rasurar.
Alguien o algo termina en Sitiocampo u Oklahoma,
bajo la luna de Siberia, en Piura o Praga. Sólo esto
que me aniquila aquí –entre el aserrín y las bombillas
fluorescentes, entre las piedras de olor y los espejos–

continúa. Y su repetición te involucra. También
A ti, oh inundo. En los hoteles de acceso limitado
o en tugurios mugrientos. Al menos
eso necesito creer. Ahora. Cuando antes de morir
escribo todas estas sandeces en la pulcra pared
de un baño público.

para María Elena Diardes

HUÉSPEDES

No me riñen; vienen a tocarme la boca.
Ya habrá tiempo para desbaratarla de un pisotón
o una trompada. Ahora palpan mi boca.
La escudriñan más acuciosos que odontólogos.
Se van. Vuelven, se topan los hombros y como al desgaire
chocan contra ella con la impunidad de los murciélagos.
Todavía eso es tocar. Tocar, tocar la boca.
(Mi madre la lavaba con apasote.
Pero ha salido. Su último, desportillado plato
quedó a merced de esta roña asaz fregado.
Mañana la veré cuando mis huesos—
que no son los de François Villon
ni los de Benjamín Molois y nada
prefiguran —pendan de su mañana y de su hueso.
Cuando la boca que hoy no abro entre en mi boca.)
Vienen, fatuos, a mí. Letras serán de cuál basto
protocolo. De uno en uno, de a dos, en tumulto
llegan. Sonríen al visorio de la puerta.
¿Les abro? Entran con sus arreos en casa—
donde comparto el número de serie con los muebles—;
fingen una fatiga, algún anhelo, gripes
que les otorgan una coartada invulnerable.
Se sientan o deambulan sigilosos sin ser sombras.
(No hay fantasía ni fábula. Donde se dice:

entrar, entran. Ya para Byron vivificar
discretamente pechos era un infierno.)
Les brindo té, café, cigarros que ya saben
que son suyos como el riñón o los zapatos.
Lustran sus relojes casi cumpliendo un vaticinio.
Chillan opiniones que cobrarán luego a mi angustia:
“Viva en el poeta de veras”, me dice uno.
“aquella actitud rebelde a cualquier método”.
Yo soy mudo. Giran sus ojos. Tiemblo. Me muestra
unas tijeras. Me mira como a un animal muerto.
y se alza. Coge, riendo como en un film silente,
un puñado de tierra de una maceta próxima.
Me lo lanza a la cara. No ha ido al jardín ni al campo.
“Uno demasiado cuidado”, se dispensa.
“El otro excesivamente áspero”. Taconea,
y con sarcasmo me restriega las manos en la boca.
(Sé de gestos que la racionalidad atribuye a Praga.
Sé del vidrio y el polvo; y sé que no sé cuándo
uno u otro son extensión en lo cósmico o reflejo,
ni cuál copia del otro la aberración y el límite.)
Cuál escalofriante dibujo esconden sus medallas
sin objeto. Cuál gestión abusada de mandatos
cumplen contra el error de creerse indivisible.
“Tildaron su actitud al hablar de princesca.
Es absurdo que lo expulsaran del periódico.”
(A quién dirá que yo dije decir que me dijeron.)
“La libertad es Orgón que por Tartufo inquiere.”
(Por qué untar en mi boca el roto azufre
de rastros frenéticos –jadear podrido, furia
en fuga, insectos que remedan sus lejanas
categorías en desuso–.) Por qué me escogen.
No soy, ni puedo ser, poeta. No he recibido aún
el certificado. Tiene razón quien tacha
mi nombre en los diplomas. Junté palabras
que ni la vanidad ni el juicio de hoy toleran.
(Mañana, ayer no invoco. Un roce anula el tiempo.)
Me incomodan las líneas que firmé como si fuera
otro. Ni para Rimbaud hay otro. El mito

es ciego. Fragmentos soy, y ruidos. A pesar mío
nunca he violado el blanco, a qué aullar a mi boca
entonces, perros tan orgullosos de sus métodos.
(No soy Hamlet para ajustarlos a la bruñida
plata de Shakespeare –luego caigan de bruces
malogrando el brocado de una sutil cortina–.)
He ensayado la forma de sentarme o reírme,
de mirar. No tengo acceso a los periódicos.
No sé ya si *libertad* alguna categoría es
o un genocidio. Pero vienen a buscar mi boca.
Ejecutan su ballet perentorio. Valen premios.
Ante mí escurren su diligencia inapelable.
Cuál otra culpa o deuda o pena ignoraré
y, entre retratos y máximas, exorcizarán
el prestamista y el ladrón a pescozones.

ASÍ EN LA PAZ

“Se me acabaron los peros que traía entre manos,
pero aquello parece que son gentes” –dice el orate
y vuelve la cabeza
y yo empiezo a dudar de mis cabales.
Aquél que viera su mueca de dolor
donde a más de doler le faltan tuercas
y sepa cómo aprieta la cuchara en el plato
y la vira hacia el fondo de la sopa
y él se tuerce en el bulto de la cara
y se vira también con la cuchara
peleando con el plato entre la sopa,
empezará a dudar de sus cabales.
“Vieras cesar entonces el relajo entre gordos.
Gatos bajo el alero. Entré en la bolsa y vi
cómo eran ellos” –dice el orate
y vuelve la cabeza.
Aquél que me oye y yo nos sacudimos negro

el polvo. Nos miramos tocándonos los ojos.
Nos besamos y
saltamos de una vez a un descampado.
Allá lejos, pitando, se pierden los cabales
entre el humo y el sol que ahora enceguece
y da contra las piedras
y rebotando se nos mete en las manos
diciéndonos que sí, que sí, que no queda remedio,
que hay que hacerlo.

BEULAH

El humo y las nubes sobre la ciudad.
Y sobre mí mi nombre.
Las torres suspendidas, los edificios altos,
los postes desperdigados
como suspiros de huérfanos
sobre la tierra.
Y sobre mí tu nombre,
tus dos brazos, los pechos, la boca sacudida
por palabras sangrientas.
Las colillas, los fósforos quemados,
los cartones de ayer,
los confettis, las serpentinas que enamoran los pies
sobre el asfalto.
Y sobre mí la gestión de los cielos amarillos—
tu recuerdo.
Los dientes picados, los horrendos zapatos,
el perro que llega, los tipos que ladran
en malogradas mesas consentidas
sobre losas lavadas, vueltas a lavar
y luego
percutidas por los escupitajos sordos de ahora.
Y sobre mí tú sola.
O con tu fiesta viajando en auto-stop

hacia provincias cercanas o lejanas.
Tú cerca, tú lejana como una maldición
que me persigue apenas con dos manos—
tus ojos.
Tus dos ojos. Sobre toda la tierra.
Y sobre mí, los míos.
Y sobre mí, yo mismo. Aquel, aquel, aquel
a quien ya nada perdona.

LOS CUATRO CUENTOS

“Tú y yo nos vamos a morir temprano.
Tú y yo nos vamos a morir mañana.
No mañana, hoy. Quizás ya estamos muertos”.
Me dijo con cansado paso y gestos
que remedaban lo que dirá el verso
último de mi sueño. Al descampado
dos sombras (ya no son inusitadas
puesto que tú las ves y las vio el claro
ojo de esta patraña que no acaba),
dos sombras –al envés del argumento:
a diario salen miles de los Metros—
éramos. Él me hablaba como un preso
le habla a otro preso sin hablar: retazos
que mi prolijo olvido, esa otra araña,
borró cumpliéndose a sí mismo un pacto.
Sólo a ese olvido la memoria alcanza.
(Te dejo a ti, lector, en zona franca.
Y al que nunca verá, su franja blanca:
... ..)
Fatiga ser dos sombras. Menos cierto
no es el agobio que le dan al cuerpo
del que ambulando se harta de reflejos
en una ciega habitación, y en vano
grita, sonriendo a su inconstante Habana,
como un rey de ajedrez: “Ya no estoy muerto.”

BUT ON, BUT ON, MIRA LA JAULA

“El viejo se pasea, y sus legañas
son menos evidentes que sus asertos
de un día”, dice. Y el viejo se pasea
por entre los muros blancos de su casa.
Son bonitos los días. Ah, son bonitos
los otros muchos años. Hoy le trajeron
sol. (¡El roce de la luz sobre la mano!)
*¿Volverá aquel atardecer casi lila –dice–
cuando entraba? No. Todo este rencor mata.*
“Tose. Se muere”, alguien lo mira riendo.
Sin embargo él pasea. Quizás el aire afuera
haga muecas baratas entre los álamos
mugrientos, aplastados por el plomo insidioso
del relente. Sin embargo él pasea. “Y es obvio
que lo estorninos restriegan y restriegan
sus colas contra los azulejos”. (Yo no sé
qué hago aquí. Nadie supo jamás del viejo
ni de mí. Ni de estos torvos pájaros
que entre piar y piar
a diario aplastan las cabezas de jóvenes traidores.)
Aunque uno vaya bajo el humo y la candelita
de su fósforo húmedo los ve. Panza
arriba. Es brutal. Comedimiento. Hay otro.
Los pasillos retocan su agónico
qué tal en las baldosas. Los estorninos
giran. Y el roñoso persiste en mover
su monumento. Dándose palmaditas
como pizcas de sal en las caderas
dice entre sí: “También yo soy los otros”. Y los otros:
–But on, But on, déjalo, quítalo, déjalo.
–But on, But on, quítalo, déjalo, déjalo.
–But on, But on, quítalo, quítalo, quítalo.
Ven. Ven, homicida, y raspa el mármol ciego. Ven.
Dame el frío de las vísperas, la sogá y la percha
sin destino. (No sé qué hacíamos allí.
Saberlo en cambio es, pues, otro percanse

que huele a funeral. Lo más complejo.
Algo así como que se te caigan los ojos,
no se rompan, y alguien los vea rodando
con esa sinuosa opacidad que tiene un tope de hombre
en contradicción
con las muy bien lustradas losas del recinto.) Queman. Y:
“*Hireling day*”, dice, “intruso. Topa. Topa. Intruso.”
Nadie supo jamás por dónde entraron.

OTRO TEXTO SOBRE OTRA PRUEBA Y OTRA PRUEBA

Manuscrito helicoidal. Así lo llama René Francisco. Argumenta tener razones para ello. No las dice. Él lo encontró. Él me lo ha regalado. Razones que intuyo, si no suficientes, excesivas. Cuatro cosas me extrañaron en el texto: el autor se hace pasar por mí (?); procura reconstruir el monólogo de una conciencia en otra (antes lo intentó mejor Borges –aquí leído– y, antes de Borges, Browning, Dante, Platón, un hombre en Altamira); la voz detrás de la voz del hablante no ve, sabe que no alcanza su objeto, en cambio cree posible que éste, José Lezama Lima, sí vea su precaria grafomanía y lo desdeñe; hay, por último, cierta compulsiva admiración por Lezama que no oculta reticencia ante lo crucial barroco (aprendida tal vez en otros). Probablemente me equivoque, y sean otros hitos los que excusen mi oficiosidad. (Aún así, inútilmente, yo la duplicaría.) La del autor aparece dedicada a un tal Eduardo Ponjuán de la Coloma, *tout trouvé*. Es la que vale. Transcribo:

JOSÉ LEZAMA LIMA

Nada puedo argüir. Ya soy igual al igual
que intenté. Sé que no me justifican
esa Habana que construí en La Habana,
ni el ruido en que deambulo ni la urdidumbre ciega
que soy. Sé que otro intentó mi soledad inútil:
Góngora. Y otro miró por mí en mis ojos a otro:
Mallarmé acaso, un griego o no francés.

Yo fui el que fui. Hay una noche que ignoro,
un día que me excluye. Una tarde y dos puertas
vuelven menos precaria mi modestia.
Ya no vuelvo a fingir sabiduría.
Me fascinó el vacío, y aquella espera, y nadie—
insisto que alguien tiene que llegar.
No tuve miedo. Detrás de una cláusula sola
cometí una biblioteca. Ahora fatiga
la prolijidad de la Isla en la Isla.
Dije que no.
Quién creará rondar en la metamorfosis,
lo que digo y no digo. Nadie. Nada. Ausculto.
Evaporar al gallo, ni a mi doble crepúsculo
consigo.
Sólo es inmune el tiempo, y el cero de los mayas.
De pronto una mañana tuve y desperté y fui
Calímaco. A la noche lloré mentado en casa
por Beatriz. El olvido me está vedado.
El sol ahora es el sol, no un embullo ni un símbolo.
No puedo escapar del conocimiento.
Soy mi sola memoria, sin sorpresa:
El buscado esplendor: ni la extensión ni el Otro:
El Otro era yo que me esperaba. Vuelvo a escribir:
Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo.
Ya no seré aquellos que seré sin darme cuenta.
Vuelvo al retintín del diálogo entre Platón y Arturo.
Vuelvo a la pregunta, a la misma pared, al *tokonoma*.
Los pasillos son los pasillos, el sueño es sueño,
el cazador es cazador. Shakespeare es Shakespeare;
antenas dictan y hay bombillas encendidas
en lo que llamé *bosque congelado*;
el tobogán desciende y la herrumbre
es la herrumbre del cuchillo del réprobo.
No hallaré ya otra relación. La misma utopía
vuelve. Vuelve el *pro domo sua*. La aridez
vuelve. Y este Ángel Escobar, de intolerables versos,
hace que vuelve a lo imposible del idioma
mi nombre que, como lento colmillo al muslo,
no me deja.

FUNNY PAPERS

Dionisos, Nietzsche, tú y el Crucificado
son el mismo. Y yo quiero alcanzarme
por perderme. No en Dionisos, Nietzsche,
ni en ti ni el Crucificado. Irás a estar desnudo
en la vidriera y, ciertamente, *because the world
is round*, todos te dan su dinero –el cielo azul
y la tierra podrida, y yo, el blasfemo
hediondo, con una pistola descargada
y una bolsita de heliotropo –flores, madera
o jaspé. Tendrás los pies hinchados, Ciego.
Tú mismo eres el Oráculo –no mientas. Pones mis pies
sobre la hierba helada; pero yo estoy en verano,
en el Este, cuando me ve Lucian Blaga. (Oh, Sanguis,
se nos caían los dientes, los ojos se nos ponen
rojos; vamos sobre una moto; nos magullamos
contra un árbol) ¡Edén! ¡Edén! ¿Qué es
lo que me aniquila? ¿Qué es? (¿Qué es lo que falta
ahora?) Tú tienes los pies rotos, tres chelines,
un botón pendenciero y
siete palmos de tierra; entonces los demás se embullan.
Hay un disparo que te busca y corre. ¡Corre! ¡Corre!
Ven a mí. Te he dicho que vengas (y no llegas).
Tienen las manos sucias y un cuchillo mohoso.
Dicen: “Dijeron que seríamos inmortales”. Gun–
y bailan. Gun, gun, gun. Baila, baila,
Réquiem, baila.
Él cae. O el fuego. “Nosotros estábamos desayunando.”
Sujétalo. Sujétame. Sujétalo –dicen.
Yo no sé. (No hay el frío de la víspera y, el destino,
aúlla el pobre perro contra el otro arriba.)
Digo que (o dices o dijeron):
Yo no sé cómo pude haberte visto,
Oh Andress Pierglass, dulce bastardo,
sobre ti mismo haciendo esa maroma. –En cambio,
un día escribí que una mujer cumplió
veinticuatro años. Eso, y que Abril no es el mes

más cruel ni yo *il miglior fabbro*—. Olvídalo. Olvídalo.
Blake y Beulah te esperan; también un hemistiquio
en el sur numerado, y la segunda línea de un estrofa
japonesa –olvidaste las tres restantes, Sesqui,
y la sevicia siberiana. A ti. A ti. (Nadie me oye.)
Incordio, Chucho –sólo oyen los que espían las conversaciones–
Lana, ¿también tú puedes morirte tan campante?
¿Y qué me queda a mí? *Because you are round,*
you are round, ¿qué es lo que me transtorna a mí?
No soy un hombre y medio, Cherif. Tengo miedo.
Me vienen a buscar como si yo fuera otro. Se ríen
y me llaman “profesor” porque es que juego mal
con esa caja, es cierto. Acaso–
“Tú eres un negro sucio que no agradece tanto”,
me dicen. *Dóctor.* Y se oye:
patamuchta parece que nein nihil nonún.
Por la mañana oímos el periódico, leemos la radio. No.
No. Por la mañana no; a toda hora –eso nos reconforta.
El verdadero héroe de nuestro tiempo
es la televisión. Y somos oportunos y arribistas. Sí.
No. Te digo que no. No hay otro. Pobre San Agustín–
Ahora es un policía. (Míralo allí. Te mira.) A mí, a mí
me mira. Como yo soy un imbécil digo:
Pascal cruza la esquina por donde hay una valla.
Es en tu barrio. Y agregó:
Pero la justa pobreza de nuestra casa,
que es el alibi, el indio, doble nueve,
no se puede jugar agachado,
multiplica el terror de las esferas. Y las esferas–
¿No podrías volverme absolutamente loco, Juan?

ABUSO DE CONFIANZA

No me has visto. Siglo. Siglo. Oh, prestidigitador.

Al lado de la carpa inmensa venden

barquillos. ¡Y algodones de azúcar!

Y dicen: “Ya estamos hartos de tus opiniones”.

No me has visto. No has venido a preguntar por mí,

el de los dedos cortados. Yo era dos muchachos

corriendo. Los remos junto al agua blanca,

el jadeo, sudorosos, y el no hallar suficiente aquello

de las estatuas sepultadas. Qué querías—

era correr sobre las manos negras, los pies rotos

hasta el filo del agua, hasta el filo del agua.

Oh, reino frío. No sean joyas los hierbajos podridos

que refracto. No sean dadas aún mis confesiones.

Por ellas, sólo por ellas, tú has condecorado

a aquél de más. Y yo preferí ser el húmedo campante

que huye. El trapecio y las gradas, y las victorias,

y tus actas policiales: ¡Vaya plácemes! Es evidente:

Yo he podido morir, no deshacer el exceso de la razón

y el uso. No al tropezar con la piedra el muslo, el mito,

las caras de los gladiadores. Dicen: “Eso sería suficiente”.

O aquello de que a uno le bastan un transistor

y una ventana, un transistor y una ventana.

Éramos las espaldas cuando empezamos eso. ¡Basta!

¡Basta! La música y el camino reseco— el fardo

al que le dice no a los parabienes y la clemencia

al listo—, pero tú no ves cómo levanto el arco. Lejos

de los comedores donde hay líderes juntando las cabezas

para el final feliz del espectáculo. El plexo solar

sobra; no tu yesquero, mi cigarrillo, las sonrisas.

Diles, Príncipe: Huraños, lenguaraces bastardos. Y a mí:

Mentira que de un solo mal no escapas. Los otros

en el calor se aburren, por ejemplo. Salen de camiseta,

balanceando los brazos. Salen. Balanceando los brazos.

Miran hacia lo alto. Un edificio. Y otro. Y otro.

–Eh, tú. A nosotros nos gustan los relojes automáticos.
En realidad (¡Simón! ¡Simón!) no me aprendí las reglas–
sólo alcancé la paz que se otorga a los huesos
del conejo, el borboteo del oso
que alguien insiste ahogar en la bañera–. Podrían cesar
el brillo ahora, y los ademanes con excesivo vetiver de las doncellas.
Y así como separan los codos los camareros y van, y van y vienen
en esa retahíla, nosotros nos percatamos: Escupimos
sobre su litografía. No fue el padre de aquellos quien ordenó
desfallecer. Así no. Nadie más vuelva a fila. Nadie más.

Yo me allego al horror del que estoy hecho.
(¿Van los pobres ramajes que me golpearon
loco en la carrera a prescindir de mí?)
Veo tu pulmón rosado. Veo el hielo y la gangrena
de tus vísceras. Sé de los aptos para lustrar
las mascarillas de oro. Sé del trasiego que me expulsan;
“Él ve, él ve la repetición incesante de muertes no marciales”.
–¡Hey! ¡*Il sole non si muove!* –Ja. Bailando. Sudan como chicos.
Hacen las alharacas de los picaneados por ti.
Mienten: “¡Oh!, ¿qué es esto? ¿Un hombre tapado?”
Giran: “¿Ves algún dios detrás de mí?” ¿Ves algún dios?

Chillan. Arriscando los labios. *Il sole non si muove.*
Salta. Y dice: “Maldita cosa qué me importa”.
Enola Gay tenía un pubis tan tierno (el Organon)
como Albertine en Spoon River. Y: “Ya hemos
explicado por qué ello es así”. ¿Habrían
de importar los excesivos tics nerviosos, Franz?
Vivimos adornando con potes de cerveza la Analogía
de Kuei Mei. Tal vez eso nos reconforta. Al haragán
empleado de banco, al traidor. *Le pendu*, el fusilado–
de Beulah comentábamos con ganas de astillar
las vitrinas–: Qué pocas las pepitas. Gritan: “¡Fuego! ¡Fuego!”

Y ya. No hay casa para nosotros. Ni siquiera la otra
a un paso de los farallones, la de los platos azules
del borracho. Sólo el desfiladero es para mí. Y las piedras

que prefiguran el agua. ¿No lloré acaso por todas esas sonrisas que me cercaron?: “Sin embargo eres tú quien pone el nombre”. ¿Yo? ¿O Juan Inaudi? ¿Un edificio? ¿Y otro? ¿Y otro? No. Se sigue siendo el orangután imbécil que fascina.

¿Acaso somos aquellos camareros para llevar— ay los gladiolos. Ay, el pelo de las muchachas púberes— y traer las vísceras así? ¿Así no más? ¿Así?

“Dos muchachos corriendo”. Es evidente. Y alguien los ve pasar, sudoroso. Ahora bien: Nosotros somos el tercero. Incluso digo que nadie nos espera; ni a Dios, ni a la Naturaleza: Excelentes paraguas rotos— en medio del trasiego de insecticidas—.

¿No lo querían? Me he detenido a sopesar las utopías histéricas, dividendos y usuras.

(En la puerta cancel. Veo al cruzado.)

Las caras sobre los pergamino. (No eran.) Y ya.

(Los dedos que entran.) Dicen: “El barro tan filoso hiera”. Y en verdad hiera. El barro tan filoso hiera.

Estas palabras no son para tí. Yo no juego en la arena. No estoy en un aeropuerto internacional pateando una caja vacía de *Original Russian Vodka*. Ni me rajé la cara con una botella rota. Yo no cargo a mi hermano. Ni a ningún otro muerto. Yo no me cargo a mí. Las olas muerden. No hay ni un puñadito de candor. Tu ojo me ve bailando sobre el filo de las imprecaciones. La arena es la que es verde, el mar arena. Duermen tres; cuatro te hablan; dos mil se hacen añicos. Sólo uno, entre el cristal del trópico y la esperma del lunes, vocifera— y eso que está de vacaciones, que está de vacaciones.

No soy yo. No eres tú. No son cuatro ni tres.

Ni dos mil. Ni los posibles datos del Obispo, nuestra computadora. También tú buscas enemigos, y hay quien te usurpa el nombre. (Alguien lo cumplirá— se está cumpliendo, se cumplió.) Realmente no te molesta la frivolidad metafísica de Scheler, Nadie, ¡Atón! ¡Atón!—

Oh, aquellos tres viejitos del basural cantando, ay,
danza extraña; mira sus marcapasos. Míralos. No al *héros*
Saturday Evening Post. También se gasta mi cigarillo—
y mente. Al final uno vuelve a cavar otro túnel— uno,
viejo topo corrupto, Franz, al arca, al arca, Franz.

para Efraín Rodríguez.

CUANDO SALÍ DE LA HABANA

(1997)

INTROITO DESDE LA A

Estas son las confesiones de un idiota. No fue caníbal ni frenético. Creyó no ser fanático, si es que esa frase puede escribirse. Oyó que en la tierra había un solo hombre; pero ese ya había sido Schreber . Entre el grito y el silencio, prefirió la sospecha de que no conocía ni al uno ni al otro. Quiso ser un perro; mas la naturaleza, implacable, no le concedió ese don, ni ningún otro. A veces llegaban mariscales y mujeres con sombrilla preguntando: “¿Quién es?”: la providencia le impedía mostrarse; ni ella ni él se habían manifestado. Recibir el castigo fue su condición, o ver una hoja caer— : era la misma cosa: caía como las hojas o como el castigo, lo que es vano como son las auroras y es el crepúsculo, salvo por sus promesas que no llegaron nunca. Los otros (que siempre son los otros) le recomendaban levedad o acción: en la levedad intentó comprender al verdugo, en la acción fue un canalla, un réprobo prolijo, lo que, según los lógicos, le otorgaba la razón al verdugo, a pesar del cual pudo ser un estudiante de la melancolía, y escribir en todo sus tristes papeles divertidos sólo una sola frase que no se puede transcribir, y lo mayor: pronunciar el nombre de Anita Jiménez.

ÁNGEL ESCOBAR

Santiago de Chile, 22 de diciembre, 1994

PAUSA

Ya su enfriado cuerpo no responde,
ya el grupo es devorado por la luna,
y queda la tristeza del paisaje.

V. PIÑERA, *Una broma colosal*

SEXTETO

Yo me voy y me quedo y nada aguanta
mi permanencia o mi partida: mi alma.
El síntoma que soy –este estropajo
que suple en mí, tal vez, su carestía–
se parece a las heces que una hormiga
diferencia de su inidentidad: asunto esclavo.
Pero seis músicos tocando traen el alud del tiempo.
Estoy colgando de una guásima: es el rencor del aire
el que convierte mi triple sombra en don
de mi cuidado: negro, amarillo, blanco: la ciudad
no me espera; mas yo llego a su plaza y me incorporo.
Entre columnas, arcos y orfebrería, mi pulso, el cese.
La música en sí, mi ruido interior son mi caída.
Me incorporo y me caigo; me incorporo y me caigo cual piltrafa.
“Déjenme llorar por mi madre asesinada”, dijo, roto–
en andas me llevan los rastrojos que exhalo,
sin prestigio y sin fin: no hallo trato con la razón
razonable de los otros. No me expulsen de mí. No soy
una función ni un martillo ni un acto ni un sistema.
Veo un balcón, una muchacha riendo, un barco
con una inscripción griega: todo se arremolina
y salgo; corriendo busco un límite, un reflejo: veo
la cara de un indio incontinuo que como yo se va
y queda en el aire de La Habana que estremece el sexteto.

PUNTO MUERTO

Qué ausencia la del mar en esta villa.
Falta lo que te envuelve, lo que embulla
Líquido placentero que da vida o aniquila
al deseoso. Mar mío que no soporta el límite,
se ha ido u me ha dejado a la intemperie.
Qué habré de hacer, ojo fijo al espanto.
Qué es lo que me liquida ante el horror
de un olvido implorante. Llego y muestro
la mano que cercenó el verdugo. Canto—
si pudiera cantar como ninguno. Ayuno,
falto, sigo, resucito, mar que le ofrece
el labio a los deseosos, me pararé ante ti
como un viernes que esparce su ceniza,
pondré la planta de mi pie que ahora
ser tu orilla junto a la mano seca: el rol
podrido que me han dado —feliz el testamento.
Fastuoso, cómo no ver que llegas, meta, punto
pobre, y entorpece estas líneas —llega el tamaño
grito, pendón, cárcel, muchacha, mi cobija—
abro la boca y sigo de costado buscando
en donde acuclillarme, proseguir —falta, falta:
eso dicen los huérfanos. Palmas, cinto, cuchillo,
total, no complemento. Moriviví amargo, mar
que te apartas del sol de los iguales, pon
tu placenta, el útero, el regreso. Y que yo pueda
hablar y callar en el intento. Mienten lo iguales
del sol, sus rayos temen calcinarse en la piedra,
la cal, la nieve de estas cuatro paredes, bartolina
que ciega el impulso y da flurespilenum. Dame
la posible visión de un colibrí que toque la flor,
la mariposa, y sea, pues yo no puedo ser. Abusa
el miedo, golpea su buen gong callado, arrima
su guillotina que separa al dador de su cabeza.
Ve, triste mar sencillo, hasta donde dijiste;
ven y rásrame esta mugre del alma, y sopla,
porque ya sé que eres mi semejante. Vuelve.

MARCA

Es al eterno rito de la espera a lo que me sometes.
(Red literal: hoy quiero conversar; sé complaciente.)
Estoy frente a una iglesia, en una plaza, en la vía
de los símbolos –Dios es occidental; la plaza es tuya;
símbolos son palabras que me pusieron, mis grilletes.
Qué espero. Tus piernas y la televisión me desconocen.
Así como tus ojos, ignorará la cibernética los míos.
Cifra o nombre, cómo estoy en el censo. Nombre o cifra,
si la aldea es global, cuándo podríamos ver la misma luna.
Yo acaso soy mis repetidas muertes invisibles. Creo reflejos
que me impone la fatiga clásica del imaginizar íconos.
Mi cuerpo roto asume: aquél es buen salvaje; el otro–
sólo un asimilado. No puedo ser salvaje; no puedo ser
el otro. Soy salvaje; soy otro. Y padezco tu ausencia
de esta cita como un buen ángel loco. Me amilano
y me caigo entre tus joyas, idiota, díscolo, efusivo.
Mi alma sí es un tam-tam, y ahora añora tu boca.
Ven y bésame, y cállate, o habla por mí en el ágora
de siempre –también soy chino, y soy un indio muerto.
No hables por mí. Sólo escúchame, rózame; aposenta
esta vigilia estática, oprimente. Sácame; húndete
en medio de esta ciudad mental en que deliro absorbo
frente a la iglesia, aquí en tu plaza solo,
atado al calofrío de la vía de los símbolos
(Red literal; hoy quiero conversar; sé complaciente.)
Es al eterno rito de la espera a lo que me sometes.

UPA

Hay una Isla en el centro del deseo.
Corren, vuelan: sus habitantes dicen
lo que aguarda en el sol de sus augurios.
Puedo llorar apenas en la punta

de un reflejo. Ella se va y me deja
un brillo, un límite torcido, la multiplicidad
de su hondo furor ciego. Vuelve, vuelve—
y que tu alma me acoja y pueda
sacar de mí este frío que me destierra.
Sólo lo ajeno queda, y qué es lo que se va
y uno ve en lontananza —el lar
y aquel murmullo de hojas, los ojos
rojos, carbunclos del deseoso. Ponte
una bata de algodón sencillo; roza
la frente febril, no abras el foso,
piensa que detrás de cada muerto, liviano
espera, aquél que es sólo un día,
alcanzar su crepúsculo en tu hora—
puede que sea un lugar común, pero
también es un paño que mitiga—
y cuando hayas de verte, alerta acude
otra vez a esta oración que susurra,
en vilo, tu silencio.

RAUDAL

Yo sé que al lado mío hay una sombra.
Del siglo camino en sus escombros.
Me zafan de mí mismo y me atortolan.
Llegan los que sin falta me hacen ruido.
A la noche me acuesto como en tumba.
De mañana despierto en el desierto.
Muertos el sol y yo, me contradigo.
No hay mar ni contraseña ni uso ni desplante.
De dos males míos, el peor es el sujeto.
Se solazan allí la pérdida, el espanto.
Vuelvo los ojos: me sigue, me acecha
una tormenta,. Se me rompe la cara.
Hoy lo tenía que ver, oh, sol que se hace

añicos. Vino la luna a verme, guante, hierro.
El viento deja harapos en redoma—
Sólo una hoja de hierba me rasparía lo tonto;
pero nada mitiga el horror del que estoy hecho.
La mañana corre así cual perro ansioso.
Atravesar un campo sería una hazaña incierta,
o correr en un parque o ser la noche.
Quién puede cruzar un minuto aquí,
en esta vigilia, muro, hielo, carroña
que desprecian los buitres, solo, aletargado,
triste: qué minuto perdona el gesto estéril
que en vez de dar te quita. Supón que cante
el gallo de la filantropía —te encontrará
el temblor que no dijiste, el frío de las costumbres,
veneno, causa, tiro que dispara el sinfín
contra tu frente. Aúlla, corre, párate.
Yo sé que al lado mío hay una sombra.
Y no quiere morir ni ser otro ni transformarse
en sueño, ni pisar los escombros con lentitud
y paciencia —aquel hondón oscuro de la fecha.

FRAGMENTOS

Algo que no me deja dormir ni estar despierto
te acompaña a esta hora. No esperes al gallo
de la resurrección ni a mí. No esperes nada.
Hacen su ruido y caen, muertos y vivos caen.
Ratas pordioseras e inmisericordes se enrollan
en tu sangre. Estás perdido —estas no son palabras,
es la mudez la que te indica la piedra del tormento;
el silencio buscando su equilibrio antes y después
de cada sílaba puesta en ejercicio. Tu *sí* rechina.
Tu *no* te vuelve añicos. No llores: las lágrimas
hacen el mal más lento. La ola que vuelve
sólo tirará ahogados en la playa. No busques

consuelo cerca del mar a esta hora. No pienses
en los bosques del sur pues son tu sepultura.
Ni en los bosques ni en el mar tendrás descanso.
Tampoco sirve que quieras corregir el pasado.
Y en esta ciudad sucia el futuro es un mero subterfugio.
No eres cobarde ni valiente: te lo dice el instante
que ha de astillarse a esta hora. Tú entero
no eres el fiel de ninguna balanza. No añores
la paciencia. De cualquier modo no hay
a quien maldecir por haberte engañado.
Quédate así contigo. Yo miraré despacio,
si es que puedo, y amanece algún día,
los breves romerillos silvestres que el aire no ha enviado.

OTROS FRAGMENTOS

No darán por mí un céntimo.
Me sacaré los ojos; me echaré a perder las piernas.
No ofreceré mi lengua a esos conjuros.
Nací de una perdición y una costumbre.
Soy antiguo y reciente. Mi mano dejé ya
cuando se abrieron los párpados del crimen.
Ni manos tengo, ni pies; no hay equilibrio.
Nadie quiere ofrecerme, ni el vendedor de feria.
Con algunos chubascos se me pudrieron las vísceras.
No soy de parte alguna; a parte alguna voy.
No hay reclamos. Es mi castigo lindo el que persiste,
Perdí pues mis sentidos. El carrusel, la calma
se hacen para otros reyes. Yo me tacho en la línea;
espero otra coartada. Peces, frutas, enseres
podridos me animan todo el cuerpo: para que caiga
y sepa. Atolondrado busco dónde poner los ojos.
Sólo hay cuarteles y proclamas; adolescentes en dramas,
y a la fuga. Yo salgo a verme a mí—
cadáver torvo, vil, desarrapado. Nada lo multiplica.

(Lo que es casi un consuelo.) No esperes verte morir o ya saberte muerto. La intemperie te azotará en cuarto ajeno y próspero. Sácame de tu vida. Pon un ramo de albahaca donde te sea más leve el pulso, y enamórate y cuídate.

PROMESA

Oh, estrella del sur, qué quiere decirme tu silencio. Estas palabras traicionan mi mudez— anhelan tu fijeza, hacen señales. Mueve algo en mí, que no puedo pararme así y correr. Quieren ponerme vicaria blanca en las ojeras. Alguien habrá que yo pueda mirar como te miro a ti. Por qué me desplazan, me sacan de mi centro, me ofrecen altos manicomios blancos, y ante el muro me veo así y me aterro, alto el muro y alta la sola poquedad de mis cuidados. Ando como sobre ascuas, sobre sierpes sanguinolentas, torpes— el día y la noche abusan, rompen, llegan. Sólo alcanzo un atroz significado en vilo— Tú brillando. Déjame esa ilusión; no esperes Cantos. Me someto a tu don sin parabienes.

SI TE VEO

En medio del tumulto de sombras soy otra sombra más: cuerpo sin rostro, paja, fósforo quemado —dolor, espanto ciego. Rastro sin pie: humana perdición de la costumbre. Gritos de agrimensores, desplante, bulla, frío—

el estímulo te deja; soporta el don de más,
haz que el contrito de tu entraña te deje
y se acuchille y lllore. Una vez dije: “Ven”.
Vino la nada, el leve reclamo de lo mismo.
Un zapato, un violín, un cenicero –lo que se lleva
atado a la costumbre. Yo velo en medio de la noche,
yo quedo solo –el día golpea y te marca y muele.
No hay más allá que el torpe vocerío.
Y los jimaguas que tocan en la encrucijada–
Lucifer baila; mas no sabe lo que le espera.
Dios, pon mi cabeza y quítame del frío.
El calor da sus tumbos. Manos y manos solas.
Un silencio, un portazo: dos virutas–
los aserraderos con los ojos por dentro,
la carne ínclita por ti se inclina, el cuerpo
corcovea y se hincha: dale tu dolor,
como si no hubiera más que un zoquete,
dale, y espera sentado: ya no hay cantos con bares.
Todo es la perdición, el doble que te acecha y se hace.
Una tórtola para mí; nadie me da una flor,
ni un ramito de albahaca. Mal consuelo.

EL OTRO

En esta ciudad sucia no nos espera nadie.
La luna hembra nos fijó como sombra.
Aunque entremos, tú, la madrugada y yo,
sigilosos y mudos, no encontraremos nada.
Acaso lograremos salir de esta gran boca.
El sol vendrá, y arremeterá también contra esta piedra.
Será inútil: ni un reflejo, ni un cambio; oh, sol estéril,
antro de perdición, detesto tu costumbre –la mía,
no soy ni puedo ser un nombre. Esta ciudad me expulsa.
Y yo me voy hasta lo mío con miedo, con recelo.
Porque sé demasiado de las calles que envenenan mi sangre.

La luna sobre el humo también es silogismo:
no completa una espalda. Los sofistas se la muestran al tonto
y a los apabullados como una joya en vilo.
Y así nada es el sol, nada es la luna, el antes.
Si hoy íbamos a estar, estamos en la ciudad con sus vidrieras.
Salir o entrar, qué importa; ya todo es el desierto—
un baño, una habitación sola, un símbolo, un decreto.
Digo ciudad y sombra y sol y luna y piedra—
subterfugios del hablante ritual que se atolondra.
No son palabras mías, porque yo soy el otro, el bobo, mi ingeniero.
En esta ciudad sucia no nos despedirá nadie.
Ir o venir, qué sabes de la dicha o el encanto, del sueño;
qué sabes de la rosa negra sobre tu piel marcada.
Sabes sólo lo que ellos te dijeron—
Y esa ortopedia abusa, corrige y destartala.
Sólo lo que ya no hay en ti no está perdido.
Y no hay vergel ni cielo ni figura en qué aguantar—
allí ya están: los bárbaros son ellos legislando
sobre la recesión y el crimen, entre nuestros despojos.
Puedo decirte: “Tomemos nuestros cuerpos y vámonos”;
pero ya no sé adónde. El cuándo, el cómo, el cuerpo ya son
frutas podridas: los tomó el alguacil, y ahora levanta
la cadena, el palo, el látigo, la piedra y los golpea.
No son golpes de dados, no —por otra parte, tu azar
ya fue abolido. Queda la infernalización de lo idéntico
que huye— este recodo frío, a la intemperie, roto,
donde nos acurrucamos, donde no está la música
ni hay uno solo más que aguante este silencio.

EL RAPTO EN LA LEJANÍA

Cuando crees que estás solo en el mundo
y que el infierno es esta habitación vacía,
viene un pájaro, o algo que puede ser un pájaro,

y golpea sin cesar en tu puerta. Entra
en tus nervios, se arremolina y sube
a tu cabeza, baja a tu corazón y se hace
la ceniza que te habla de otro día. Vuela,
cesa, fuego o serpiente, ciclón, música ciega,
y de algún modo te acerca un cigarrillo,
un sorbo de café, o al sesgo te habla o gime
(¿es tu madre? ¿es tu hermano? ¿es un amigo? ¿un muerto?),
y ves, en mitad del eriazó, entre los cuatro
muros que no dan y no toman, ni te exponen
ni salvan, cómo se alza ante ti, rey y mendigo
sólo en ella y por ella y para ella en ti,
la Virgen de la Caridad del Cobre. Y es
la última costa, la Isla que resguarda tu pecho—
y allí el anhelo, el roce de la melancolía: rompe,
ausculta, bojea: el alma al aire, al sol —sólo deseo.
Eso que te sacude, y te mantiene en vilo sobre el risco,
qué es sino tan sólo todo lo que tú puedes dar,
es decir, todo lo que has perdido. Y lo has perdido
cuando crees que estás solo en el mundo
y que el infierno es esta habitación vacía.

RESGUARDO DEL ORDEN

Si se le agrega un detalle a la realidad
se transforma al mundo. Méliès lo hizo—
y terminó vendiendo juguetes en una feria.
Yo no soy Basquiat (1960-1988), pero alzaré la voz—
ustedes podrán igual decirme que me vaya al diablo,
yo les diré como él: “El examen ha terminado”.
No tengo lo que se requiere para, según Hölderlin,
la dorada mediocridad de la vida. Creo creer, con él,
que lo que queda lo fundan los poetas —así tengo,
como Franz, un animal curioso, mitad gatito,
mitad cordero —es una herencia de padre. Franz

viene a ser el poeta, y yo cavo otro túnel del Veinte.
Yo soy un viejo topo corrupto; vuelvo al arca—
mientras Voltaire cultiva su jardín propio. Y digo:
Quisiera hacer un acto que me libere andando —pero
lo interno a lo que se llama acto, es que se desconoce
a sí mismo, me dice Jacques Lacan, mi psicoanalista.
No me salva el querer que vivamos en más de un mundo—
no conozco a Blumenberg, ni estoy perdido en el bosque
como una doncella. O sí: estoy perdido, y solo, res
destazada ante tantos caminos: la desjarretan, la tumban.
Luego me dice rintintín de la lectura de domingo
que el sentido es la renuncia a un sentido. Tengo miedo,
pero mañana me voy p'a Sibanicú, mañana.

PENDENCIAS

Yo tenía mi Lucy. Le regalé una alianza
de oro y un pañuelo ancho y azul —la alianza
se la robé a una hermana, el pañuelo triste
me lo encontré en un bus. Yo tenía quince años;
quería ser Aquiles o un vikingo, o Martí. Era
lo que le escribí: molesta modestia esta de molestarse
tanto, tanto, tanto; por ti, sólo por ti—
modestia aparte, sin molestia alguna. Ella tiene,
o quemó, más de cien cartas mías. Se casó. Tuvo un hijo.
Ha de tener un don que le permite ser real.
Yo soy sólo un recuerdo de ella en mí—
y así no existo. Podría ser un pino de Ciudadamar,
o una caseta rosada en el Parque San Juan de Santiago
de Cuba. Podría ser Punta Gorda o Siboney o el Morro—
o, al menos, podría hacer pasar a estas visitas.
Pero tengo en la mente este hielo furioso
que me desarma; y ruedo por el páramo de algo
que no da, que no toma —ni siquiera hallo
una pared, un muro donde poner mi graffiti.

EL PERSEGUIDO

*para la Chica, Lucía
para Andrés, por Bruno*

La noche es poca. Ya el asfalto espera
volver a su cuidado. Trazo: ciudad viva:
no luz ni contraseña ni alguien a la puerta.
Nos morimos entonces. Desconfiados nos vamos.
Engordar, subir torres, controlar–
nos. Cruzar puentes. Nadar. Y dar palabra de
nunca embromarnos.
Preferible es comer pescado muerto,
ser zorro con ojeras,
siempre que Homero venga a consolar–
nos. La mañana. Mañana.
Esta palabra es dura: *la mañana*: la
maraña que vende, el entusiasmo. Viña,
Puerto Limón, no existe un cura ni Alguien
allá,
 acullá. No importa cuándo, cómo.
Rivas te vio. Te vio. “No cabe duda”.
Tú sólo ahora. Y el brote es tu pistola,
hombrecito, la ley–
suenan campanas como en los viejos tiempos–,
ten cuidado.

4 de junio, 1984

UN CUARTO DE HORA

Cruzó la cordillera clandestino–
como mi soledad, mi bulla y mi silencio.
Estuvo en la ciudad, en el mar y el desierto–
Entró a un bar, vio una esquina, clandestino.

Tal como yo cometo estas palabras, hizo él
el acto que duró (a)penas veinte años. Luego,
su manera de aguantar él cree que es la función.
Le hago una anécdota apócrifa de Lenin escuchando a Beethoven:
“Qué música”, dijo, “dan ganas de acariciar cabezas;
pero antes de acariciarlas habrá que cortarlas”.
Le gusta o no le gusta. Me pregunta sobre
el posmodernismo. “Yo no soy un autor”, le digo,
“sólo postulo mi alma”. Y le repito que Goldmann dice
que Derrida elabora una filosofía de la escritura
aún negando al sujeto. El está sujeto a que lo nieguen
en el acto; y no está triste, su compromiso por hoy
es la nostalgia. Ah, que un alumno escribió en una pizarra
de la Sorbona: “Las estructuras no se echan a la calle”–
mayo, 1968, París (también) con él se fue a la calle.
Fue una crítica evidente al estructuralismo no genético–
le digo; pero que ahora su nostalgia se trata
con posestructuralismo. (Seguimos) junto a un vaso
de cerveza, él, Marx, y yo que no Althusser de Marx;
pero prefiero a los Ibeyis, y él es hijo de Osain
–le recuerdo–
Cruzó la cordillera clandestino.

Para Juan Carlos Cancino

DAGA

Mallarmé (absorto): el blanco de la hoja, la palabra
Quel; el silencio de Rimbaud: biografía (palabras) o
su pierna amputada, o *Le bateau ivre*; y los gatos
de Baudelaire, o el albatros, el *todo*; o el tigre de Blake:
su *más*, u Hölderlin: (su) un *es** se da donde la palabra
se quebranta; o Rilke en Duino o en Orfeo, u Orfeo mismo,

* Heidegger parafraseando a George.

¿pueden hacerme morir en el desierto de esta ciudad?
¿Pueden hacerme morir cuando yo ya estoy muerto?
El eterno bello presente que quería el Fausto de Goethe
¿modifica mi presente? ¿Yo soy el otro, el bobo,
mi ingeniero? ¿Por qué no me dan un ramito de albahaca?
¿Podría poner un coco seco con una piedra adentro—
podría estar con Elegguá,
no estaría solo?
¿Sería menos atroz la contemplación de lo mismo?
¿Tendría una costumbre, un reflejo?
¿Podría escribir, acaso, *me convierto, anhelo*?
¿Seguiría entre el alma y la fiera en el desierto
de esta ciudad? ¿*Ciudad* diría, o *mármol*, o *alambique*?
¿*O el infierno existe, pero está vacío*? ¿*Mármol*, diría—
donde se rompían los codos los esclavos? ¿Yo no soy
un esclavo? ¿Yo soy el otro, el bobo, mi ingeniero?
¿Alguien o algo me salvará de esta página? ¿Ya salgo?

CONTIGO

Algo enciendo yo en ti cuando te beso.
Algo enciendes tú en mí cuando me besas.
Quizá sea el sol que vieron los antiguos taínos.
O el sol que vio uno de mis abuelos en África
algún día. O simplemente el sol que te declaro.
Eres tu padre y tu madre, un recuerdo, una música
y un vicio. Veo los tugurios ciegos, pero también
el mar; puedo reconciliarme con lo real
porque te incluye. Si pasa un avión blanco, una nuera
o un símbolo, los veo porque tú los aceptas.
Cuando alguien dice tu nombre en la lejanía
yo recuerdo eucaliptos y gaviotas, escaleras, signos
que también son tu infancia, una maestra, un sueño.
Volveremos a pasar por aquí cuando yo logre verme.
Encenderemos eso que no sabemos lo que es pero encendemos.

CANCIÓN RECIÉN ANTIGUA

El mar viene y conmina a mi pecho a que lllore.
Voy a llorar por él, por ella; la mar de los marinos.
Sal y penitencia y golpe y fiebre.
En dónde están los lirios que prometiste
dejarle a mi señora. Toda tu espuma
es cal de cementerio. Una ola y otra y otra
y ni siquiera sé lo que dijiste—
todo por el error que me comete.
Mar ajeno y próspero, déjame ser
aunque sólo sea un guijarro que roce
la espuma elocuente de tu orilla—
déjame ser tu orilla, y reclíname en mí
su frente mi señora.

NINGÚN CAMBIAZO

La luna dice que soy zombi.
El sol dice que me han robado el alma.
Pero cada ciertos segundos el mundo gira en mí—
toda la tierra, el cielo y las estrellas.
Quieren matarme por un recuerdo que tengo.
Pero yo no soy ningún pájaro que canta.
No soy un gato que caza al pájaro, ni soy
un perro; no soy nuera ni parentesco alguno.
Quien me quiere está muerta como todas
estas palabras que sirven a la doblez y al subterfugio.
Ninguna puede devolverme a mi madre.
Con ella se perdieron todos los enlaces posibles, y no
me afilio a nada. Soy invisible, un monstruo
que aborrece las maneras. Todos llegan,
me mortifican; aguanto. Me ofrecen sólo
sus altos manicomios blancos. Empujones
me dan, coces —palos, sogas y cruces—

además, dice que esto lo dijo ya otro, el otro,
invocan demonios que comparados con mi aflicción
son como el nombre que me pusieron por descuido,
el mismo que ahora me quitan y convierten
en un papel divertido, así doblado y simple-
sol y luna aparte, oh, mundo que me anegas.

AL EXQUISITO ABURRIDO

Está restringido guarecerse. Tú sabes; yo lo sé.
Mantente a la intemperie. Y cállate, bocón.
Basta que yo me crea que este es el fin para que sea.
Qué harás con tu dinero, con tus buenas costumbres,
En primavera se suicidan las adolescentes, y acaso sea
por ti. Qué sabes de la *piedad de la razón*.
Eres tan orgulloso y comedido. Nunca atiendes
sino tu luna y tu sol, tus parabienes.
Ten cuidado conmigo –no soy pirómano,
pero puedo prenderte fuego, acabar con esa carcajada
punitiva. Este es el centro de mi castigo;
también apuesto la risa y el encanto, tengo
algo que dar, algo que no se rompe como un pacto,
como papeles divertidos –aquello indestructible
y solo. Qué me importan tus mañas; quieres
quitarme todo, arrojarlo a los puercos del banquete.
Qué sabes de mi soledad rota. Mi grafomanía no me
salva de la depresión, de tu ansia de poder, de tu
manera de llegar a acuerdos con esta realidad sucia.
Te puedo dar tres moneditas, pero no mi alma.
Mi corazón no es el bicho que fascina.
Déjalo anegado; no le ofrezcas coartadas
que a ti te dejen ser sin más como un desplante.

VOTO

Ay, poema de otro, por qué tú no me miras
como me miró la adolescente aquella—
ojos que me decían que sí con todas
las maneras fugadas de un instante feliz.
También yo era adolescente, impulso, fruto
que no se había podrido con datos de lo real.
Por qué tú no repites esa mirada última
del reino. Nada escucha; todo se trasfigura—
azahares, limoneros en la Isla no me acompañan
más. Y sus manos, su pelo no me rondan.
Y tú no sabes lo que habrá sido de ella.
Y ni siquiera sabes lo que ha sido de mí.
Toma todo mi impulso y síguela
en la noche de mi alma, en el día de su vida—
despiértala donde quiera que esté, rózale
su vestido. Y si ahora está con otro, como es
casi seguro, dile que yo padezco aquella felicidad,
que bajo la cruz del sur veo sus ojos mirándome,
y digo sí sin bronca y sin desgarró y me apego
a su modo de ver que nos estamos viendo, y veo
su cara mejor que todas tus palabras de alma helada;
oh, poema de otro, no me persigas más y haz que vuelva,
por favor te lo ruego, aquel suave sencilló instante.

NO ME PERMITEN UN ACORDE

De dónde salen que se reiteran y me pudren
la sangre. Quién los crea y los trae tan solo
para el suplicio, que se contrae hasta el significado.
De uno en uno, de a dos, en tumulto llegan:
cantan, vociferan, ríen —así van dando golpes,
idénticos entre sí: apabullan, penetran, dan y dan,
te suplantán. Te quitan el crepúsculo que viste,

la mañana que no haz de ver, el día y la noche
que esperabas. Ni siquiera puedes mirar un rostro.
Se lo han llevado todo. Qué es sino lo que esperas.
Ese es su signo, su costumbre, su raya. Todo
tu cuerpo destazarán, y ese será un augurio. Buena
nueva no traerán. Incluso, sabes de dónde vienen,
y quién los crea y los trae: no hagas el tonto, escucha:
no habrá más música, ni silencio, ni ruido. Nada.
Ni víspera ni fin; no menciones un nombre, no
pongas estas palabras en orden pues no te salvarán.
Ellos se entienden entre sí: frívolos o malvados, duchos,
diabólicos o angelicales, cándidos o envidiosos no son,
más que palabras. Remedarán tu modo de ver,
de aguantar, de hilar consuelos, de correr o pararte—
y tacharán tu nombre y tendrán éxito. Olvida
cuanto dijiste, y no creas, por favor, no creas
que hay dos guerreros cubriéndote la espalda.

SORDINA

Como veis, hasta los perros de la jauría del rey
ladran en su compás siete por ocho.
Qué queréis de mí. Anhele convertirme
en una bella planta, en un buen animal.
No puedo ser la piedra que soy ni el animal
ni el árbol. Me toman las costumbres
que desprecio, lo hábitos que mortifican y muelen.
Logro despreciar; incluso escribo *anhelo*; mortifico.
Si pudiera ser una moneda de diez centavos
caería mejor en el tráfico de la posmodernidad.
No sabría nada de las ganancias o las pérdidas,
del fin de la historia o el contrabando de utopías.
No me pondría celoso de los objetos y funciones—
nadie me pediría que fuera una función o un acto,
y si me lo pidieran, podría serlo. Lástima, rompe

estar tendido en este lodazal donde los cerdos te devoran.
Tú ves que lo hacen; no estás dormido ni despierto.
No has logrado escapar. Todo viene
y se transforma en dádiva o mandato. La sonrisa
del otro también es la sonrisa de este ensayo de infierno.
La belleza sigue sentada en las rodillas del raptor–
no hay ciudades esplendorosas: tan sólo como ardid
o argumento o vicio o sed vale buscarlas, y las buscas.

SÓLO UN NOMBRE

Estoy así y aquí por ti, sólo por ti.
Yo nunca he escrito nada, nada.
Temo mentar tu nombre, sí, temo mentarlo
y que lo tomen por un procedimiento retórico.
No diré aquí tu nombre. En el traslado
de la sangre, o de la mugre de mi alma,
hasta el papel, tu nombre puede que se transforme
en mercancía, tu sabes:
cualquiera puede usarla o abusarla.
Qué saben de este amargo remoto, huracán
que me guía. Qué saben de la bulla o el encanto.
Me iré, me llevarán sin huella alguna
como a los indios del Caribe –una carita rota,
ausente. Me iré, me llevarán sin guantes–
tal cual un negro cimarrón que soñaba con África;
tal cual un bracero cantones que maldice el azúcar.
No puedo ser todos, y soy todos –soy Nadie
para ti; sólo por ti me torno invisible y recurrente,
me acuesto en esta página, daga en mis entrañas,
y mi cuerpo rezuma cien candados, míralos
fluir. Si quieres, no perdones que no te haya mentado.

CARTA SIN ENVIAR

Santiago, 4 de Diciembre, 1993

Marmotte:

Si puedes salir de tu mutismo, sal.

Mi amor me propone un pacto suicida—
no por mí, no por ella: por terceros.

Los terceros me han agredido tanto, tanto:
no me dan, sólo quitan y quitan, me arrancan
los sueños: sólo dejan despojos, pesadillas,
fieras que destazan el alma, el cuerpo, en vilo
sobre el risco, este mundo, aquel traspatio:
y yo como la res, escondido, expuesto,
durmiendo entre un nudo de nervios, ese puñado
de sal: ahora tan sólo quiero conversar, salir
de mí, escribir una carta, oh, Dios occidental,
que un hijo tuyo escuche, que alguien conteste—
pongan un poco de algodón, una costumbre, un hábito:
todo cae de sí: mis guerreros no me acompañan más
se los come el demonio en la encrucijada: veo
cómo mueren y mueren, cómo se van en piltrafa
y caída, Elegguá, Changó, un piano, un doble—
sólo alguien que me escuche: íreme, campana, gong—
denme un ruido, una música, un silencio, oh, selva,
páramo de algo, despierten a los duendecillos
malévolos con sus tridentes, puros jadeos y furia,
demoníacos, cándidos, ladrones, gordezuelos, tiranos,
aquí está mi cabeza, y está no sólo para que la destrocen.

UN POCO DE PACIENCIA

Al hijo de un Jorge, su abuelo por parte
materna que recorrió todos los mares, todos
los continentes, y ahora recorre la muerte,

ese otro mapa, le dijo que en su país,
un sur donde comulgan la cordillera y el desierto,
el puerto que bien podría ser un verso,
una mujer, y diez o doce o hasta veinte supersticiones,
le dijo –te repito en mi angustia– que allí,
en su país, patria, nación, alma o desamparo,
o fuego, se podía tocar la luna con la mano.
Ahora ese niño está bajo la luna aquella, está
donde no está su abuelo. La lejanía, el frío
ahora le hacen preguntarle a la madre,
de parte de la omisión que aumenta el desconuelo,
si es que él mentía en el exilio, lejos. Ella, ella
acerca su cara, calla; pero uno ve lo que dice su silencio:
la nostalgia, si no corrige la realidad, la inventa.

para Juan Carlos Maire

PRENDE

Quieren chuparme el rostro, mi alegría y mi sangre
Y yo no tengo rostro ni alegría, ni sangre.
Mi nombre, si acaso tengo alguno, lo colocan
entre signos espurios cual paréntesis. Preguntan,
porque preguntan como un buen buey echado,
si acaso me cansé, si me defiendo –aquellos que han
logrado el más torpe acuerdo con la realidad, hoy
me despiden, o quieren despedirme, adormecerme, atarme.
Me adormezco, me callo, me despido en mi piedra.
Hay en mi algo indestructible y solo. Yo no corro hacia mí
como un mandato; no soy tortuga ni semáforo, ni antro
de perdición, ni soy costumbre. Si pidiera un recuerdo
moriría. Estoy fijo en el día del exilio del alma.
Estoy fijo en la noche del cuerpo que se escurre.
El sol golpea. La paridora de actos quiere hacerme
un mal pájaro cegato. Verán mi acto, sí; pero al final

del tiempo y el espacio, cuando ya no haya dones.
Este es el fin –he aquí mi acto que acaso rememoren.
No mirarán mi entraña comida por los perros del despecho.
Mi entraña la devoran ya los displicentes perros del despecho.
Tan sólo quieren un muerto para domesticarlo. No me quejo,
no aguanto, mortifico. Doy todo lo que me quitan.
A mis antepasados se los llevó la enfermedad, Occidente–
oh, brújula, pólvora –indio, negro, amarillo, español
hecho añicos por la bulla, y aquél, ese otro hecho.
A mí quién me defiende. Qué hago con el Islam y el otro–
el eslavo ortodoxo, el japonés. Y aquí todos están en otra,
viven su pedacito con un hacha homicida. Le lo lei, le
lo lai la. Trae tu cuchillo y come del caído y del roto.
Devora, sé noticia; a otro punto: pon mi cabeza
bajo tu pie y golpea. Ven, parécete a Europa, ven
a los United States: tráelos, corrobóralos, siéntate.

Ya ves, no soy poesía; no soy música ciega.

PROSEGUIR

Qué quieres matar en ti que ya no se haya muerto.
Acaso pueda sostenerte una idea, una mañana, un vicio
en este despeñadero de ideas, de mañanas, de vicios.
Toma un cigarrillo, una taza de café –escucha
alguna música del Veinte. Por qué no sonreír con un recuerdo
que te ofrezca coartada. Espera.
Quizá llegue ella con un ramo de lilas.
Puedes pensar en un andén, un aeropuerto, un río–
no creas que eres el único bastardo que se pudre,
porque al final todo ya está podrido en paz,
y no por eso termina. La televisión, los periódicos,
la indiferencia y el desdén que no te mortifiquen.
Cuando el cine te olvide o te presente como el malo,
no llores porque abusas del alcohol y el tabaco,

y te ves malo, enfermo,
sustituible, latinoamericano—
diviértete y transige; ve a la feria y disfrázate;
vota por algún candidato. O no votes, y créete, créete
que cambiarán las cosas. Busca, busca, te digo,
tu propia manera de aguantar, si es que hay alguna.

SILUETA

Hoy vino a verme él; se llevó toda
mi aceptación y toda mi confianza.
hoy vino a verme ella; se llevó todo
lo que aquél me dejó, mientras estaba
expuesto. Así, al final, contrito, vengo,
y me llevo a mí mismo por el mundo.
Oh, cruel traspatio, risco, doble.
Voy a poner la cabeza en el frío.
Pero esto es una tapia, un lago, un muro
donde me doy a la vigilia; el sueño
que me sueña soñando que lo sueño
no volverá por mí, ni por él, ni por ella.
Soy la contemplación atroz que añora
la paridora de actos —allá va, allá va
en sus festines. Soy el mendigo hinchado
de datos de lo real que huye hasta el ojo,
hasta la mano: fintas, caireles, pozo—
ay, alimaña que quiere secar mi sangre, y deja
que te ampute en el desierto de la cuidad, sólo
páramo de algo inveterado, roto como tantas
palabras, cómo voy a nombrarte en mi mudez
si todo se atortola, y tu misma figura, así
y aquí, ya me hace añicos. Sólo déjame; esplende.

ASÍ Y AQUÍ

Iba, y fue todo, hasta un sobreviviente.
(Ay oración maldita, oración fría-, vete:
la omisión del sujeto no le devuelve a Cuba
su él, su tal vez, su todavía. Asume
que también lo mataste. Ahora añora: “Iba a ser”; otros
te usan, me dicen por teléfono: “Suicidio”, y no me dicen: “Frío”–
acoso, repulsión, roña, desplante, música, bulla–
frío. Nadie me dice: “Lo mató la costumbre”; nada
pudo oponer al páramo del algo entrechocando, nada
al vuelo del cuco. ¿Se fue como se van los ríos, cien ríos
de la mañana? ¿También él se despierta? ¿Está en la luz?
Yo que soy Nadie, yo que soy invisible te pregunto.)

a Raúl Hernández Novás, in memoriam.

NINGÚN TENOR

Cómo no encontrar un recodo y aguantar.
No me siento acostado, ni sentado ni de pie.
Una mano para tocar el sol, pero te aplasta.
No hay paz ni compasión ni abrigo.
Piedra y liquen al fondo, y te apabullan.
Cómo pedirme que sea explícito y cante.
Mi canción se la tragó la bulla y el desplante.
Tengo un ramo de flores y un cordel y una soga.
Palos le dan al otro. Hay un niño descalzo. Roto. Sucio.
El niño y yo juntamos las mitades del crimen
Y anhelamos. Crimen y maratón, y dónde guarecerse.
No quiero mentir como ninguno. Nadie. Nada.
Qué me busca, qué espero, qué entorpezco.
Nervio y sol y luna; sueño, vigilia a un lado.
Y si hay una mujer que amo, es mi cuidado, mi antro
de espumas y olas que no son, que no van, que no.

Me dicta el fiasco: soy otro tonto más,
no el que transcribe, el que se viste, sale
y va y compra cigarrillos.

DEJA VUE: PETIT ANGE FOU

Hay otro en medio que se calla y ríe.
Entre tu sombra y tú, como anhelante—
hay otro. Y pega su nariz entre el cristal y el hielo
de tus vísceras: otro que no eres tú,
ni nadie, ni alguien
que alguna vez fuera tan verdadero jefe
en todas tus gestiones. ¡Qué ser pequeño,
qué alma, qué suicida te ven mover los peones!
La partida llegó, sigue la fiesta. Hay otro,
hay otro, hay otro —tiene quien lo defienda,
una atalaya, un púlpito
y descende. Acaso se le parece la muerte
o el decoro; si son uno los dos no cabe duda:
e otro, sí, soy otro. Con sólo una mirada
se aniquila. Tú, cantando: no hay terceras
personas, tú, cantando.

12 de abril, 1984

RITORNELLO

Empieza, día, tócame
el pecho, la cabeza—
duérmete,
ve a jugar con tu círculo de lilas.
No sé qué hacer contigo, niño.

(Ella come zanahoria en la cama
haciendo rechinar mucho los dientes,
leyendo a Jorge Amado. Hay un tornado
afuera. Dos adolescentes se han casado—
empiezan a engordar las costumbres.
Yo espero mi martes trece. No hay ni un amor
ni un muerto —hay un amor y un muerto;
un silbido los inidentifica. Bajo la advocación de Hugo
algo se arremolina también adentro y cae.)
Empieza, día, tócame
el pecho, la cabeza—
duérmete,
ve a jugar con tu círculo de lilas.
No sé qué hacer contigo, hermano.
Esta palabra que te nombra esplende—
daga que mis vísceras recrea. Pero me quedo solo:
El fulgor de tu espalda no hace un gorrión apenas.

WALDO HUGO JIMÉNEZ

Cómo librarte del dolor y la lluvia—
este, tu primer y más antiguo viaje,
se circunscribe en mí como un mandato.
Dónde estás. Dónde estás. Todo se contamina.
Tu ausencia es aquel árbol poblado
de árbol, de palabras, de quejas—
árbol en sí, ni duendes ni martirios.
Regocijo de verte cada vez: tu permanencia
como un saludo, una orden, un poquitico
de paciencia: un orden que revierte
el agua sin dolor y sin queja. Vamos.
Estás fuerte y seguro; en cambio,
opones la debilidad al rigor, y eres
un mito, duermes. Aquel despertar tuyo
es el que aguarda la figura—

no hay hieratismo, ningún juego de peces.
Un pájaro te corrobora, y canta; sigue—
Canta.

9 de abril, 1990

EN SU CUMPLEAÑOS

Lo único que quisiera pedirle a las palabras
es que digan tu nombre. Cuando tapen
mi sangre, como me recordó Cintio a Samuel y Job
en una carta, y lo hagan con su raudal paridor
y al mismo tiempo estéril, mudo, sólo joyas en vilo,
quiero tu nombre en medio de aquella algarabía, si es—
tu nombre, música y ruido de mi soledad rota.

Yo escribí en un tríptico que llevo y que me trae:

Hay sólo tres formas de consuelo:

verse morir o ya saberse muerto.

Hay sólo una forma de salvarse.

Todo es quizá tu nombre, mujer, luz, mar sencilla—
yo lo invoco. Así tengo un recuerdo, una costumbre.

Adonde vayan mis noches y mis días, si van,

quiero que sean contigo, y junto a ti, fluyendo, todas

las penas que me maltratan –son tantas

que me atropellan, y como de matarme tratan

se agolpan unas a otras, y por eso no me matan.

Quiero tener un sol que darté, y otra canción y mi sueño.

29 de diciembre, 1993

QUE CUALQUIER OTRO DUEÑO

Hay unos ojos que por mi bien se inclinan
a su brillo. No tienen nombre público.
Sólo yo sé lo que Shakespeare y Dante
no sabían. Me ven así fumando de costado,
con mi angustia y mi mal por parapeto.
Ojos que veo volar cual San Juan de la Cruz
aún incumplido. Soy simple como un cuchillo, y no,
y busco su fulgor en la noche de mi impulso ciego.
No quiero más techo que su metal
rozando mi caída. Lloro acuchillado y roto,
y sé que van por mí como las hojas
asintiendo al crepúsculo. Corazón y calzada,
ciudad que no tenía; monte ácido y luciérnaga,
los veo sin ver en una estrecha callejuela sucia—
ojos desde mi fin que como el siglo me golpean.
Castigo en que ando, y busco un continente
mas la mudez me asalta y apabulla —fiero
me arremolino y salgo y busco y los encuentro:
manso caigo a su vera —me sacan de mi cero natal.
Y he aquí su música

MOTIVO YA VISTO

Qué son mis trabajos comparados con tu rostro.
Como Borges, Descartes, el otro, aquél:
Tengo un poco de miedo; tengo un poco de frío.
Te veo dormir y sé, sé el saber de dos cuerpos.
Eso me bastaría si yo no fuera el fuego—
el calor y la ambición de todos y la muerte.
Lo han dicho todos ya, pero tú eres la prueba:
la mía y la de todos en mí que soy ninguno.
Mi palabra te cerca y te sostiene. Arriba
se arremolinan el don, la arremetida sangrienta

de cuantas cosas miras, los nombres y los días.
Por ti sé que soy fuerte; espero el muro.
Por ti sé que soy débil; no espero nada, caigo.
Tu palabra me cerca y me sostiene. Aquí abajo
todo esperar la luz contra la rabia ciega.
Y la noche que prospera en la roncha
hasta el quebranto. Tu rostro limpia al mundo,
le ofrece tu figura –así lo tomo en andas:
su doble azar, también a mí, creo, me concierne.
Cuando despiertes, dímelo.

QUITE

Lo que me acompaña me abandona.
Luces, árboles, ramos, protocolos–
la ciudad se vacía: el sol insiste.
Mal avenido el don que no transige
mortifica sin fin el inalterable,
carnal, solo fin de mi sangre y de mi impulso.
Allá el otro: “Ansias de aniquilarme
sólo siento”. Allá los otros: máscaras,
significados: un traje aquí, un beso;
un paso por el polvo y el hollín desiertos–
caen el oriente, el prominente, el sur: los puntos
que en desazón transigen y se sientan
a musitar castillos como el norte de su fiel
normado. Cae la aguja al alma. Cien desierto.
Desprovisto , deudor, inalterable, en torno
de lo que sin su pie se transfigura;
sin su mano, sin cara, a oscuras, ciega
la impertérrita sombra de mí mismo.
Y el otro: “Ansias de aniquilarme sólo siento”.
Y allá: “Del repintado domine la chupa”.
Corro y me desbarato: rastros, portuligas;
incienso: granos caen y se incorporan.

Joyas que no me han dado, embriaguez
que no he visto. Del sol me alío:
en su evidente espuma, si no hallo
forma mía, sin otro don de más, al punto
me convierto. Ojalá sea. Mientras, algo, calla.

NADIE

Destroza al animal sin fin que te persigue.
Busca la joya, el fin solo que aguarda.
Y haz la fiesta que espera el variopinto
reino de la mudez y el grito estéril.
Toma tu bien plantada algarabía –gritos,
figuras, dólmenes de la bulla y el encanto.
Olvida la fiereza del coro, pon la mano.
Restriega tu cara en esta doble alquimia.
No dejes que se vayan los vitrales –corazón,
orden a la vigilia, pez de costumbre y vela.
Voz que ha de anegarse en las voces,
pon tu vergüenza explícita en estos
cien candados, guárdate, espera, ausculta.
La hierba es otra: juguetean los niños
de tu miedo; pero la que llega proclamando
alegría, preguntando por la enfermedad
última del trato te hace añicos–
aquello es la inocencia, el deseo de ser otro,
cargar un perro como a Dios –diles calor,
eclipse. Dogma que espera un roce de cinismo,
déjalo ser–
y allá los otros.

OTRA CANCIÓN

Te quiero porque has logrado ser
un poco menos fea que esta época.
Porque tu racionalidad me desbarata.
Cuando gimes porque te pisotean mis cascos intermedios
sé que has llegado a ser un poquito más bella que la Historia.
Que nos hemos buscado como tristes tortugas
y que nos encontramos en esta ciudad sucia
y nos amamos en medio de este polvo y de esta música.
Y sé además que cuando nos besamos
el mundo de hoy se pone de rodillas.
El viento fatigado baja de los andamios,
y echa a volar los papeles del día.
Desde los poemas del Dios mal elegido
hasta la hoja de ruta del último chofer.
Y te quiero además porque te quiero.
Porque no llegas nunca
a ser tan fea y distante como una ceremonia.
Porque aún puedo tocarte la barbilla,
tironearte los ojos hacer que los hundas
en mi poca tristeza—. Y entregarte los míos
sin firmar ningún cheque de recambio.

EL TESTIGO

Veo como los adolescentes tiran sus vidas
echadas a perder sobre esta tierra santa.
Cada lugar que recibieron está perdido y roto.
Lo que tomaron está podrido más que la manta
de un muerto. Algunos corren o vociferan—
uno se imagina un campo de naranjos, flores,
lotos; algún camión rojo, almíbar; sin embargo
ellos constriñen su corazón con descuido.
Los padres sobran, los abuelos también; el cielo

fluye: alguna vez serán padres y abuelos;
ahora giran sus crenchas al garete tal cual
aparatos de feria, frívolos. Yo no los aconsejo:
también tengo trece años y como el aire me disipo.

COLECCIÓN

Líneas rápidas: dolor, perdón; jolgorio, vida.
Villalobo: ansias de integración, un poquito de sal,
el cielo arriba negro, azul tautológico, sólo una bulla.
El lápiz, la tinta y el papel para la improvisación tierna
entre mesas y candados; cruel también, todo se arremolina.
Aparece la cita, el jazz curioso, ese hurgar en lo desconocido
de la luz. Vuelve el contrito, la mano, el ojo, fintas,
estilo que se remeda y busca su cuidado.
Lam, Matisse, Picasso, Villalobo, la calle—
un ángel en una probeta, las ciudades lejanas,
y el campo, la rama que vuelve a ser la rama,
que se escapa, se esconde. Volveremos a ver esas figuras.
Nos hemos detenido en la nostalgia de perfección.
Algo nos aguarda, tenue —rápido y loco;
a los insensatos todos los encierran, buscan de lado
hacerlos positivos; en medio el quebranto cruel.
Ya se acataron los motivos. Vuelve la luz con sus caireles.
Usted cierra la mano y ve que aparece el ademán,
furioso no, callado y circunspecto; la abre
y se da todo así: lúdico percance de la ola,
la línea que conoce el fiasco, que vuelve,
que enciende y rememora, ausculta.

CONVERSACIÓN CON LA INOCENCIA

“No sé si puedo hablar”, comienza lento,
“ni siquiera si alguna vez te hablaron.
Si hablar es esto que los otros gritan
O aquel parsimonioso reza sin apenas mover
las manos de sus dedos,
no entiendo el acto
y sé que insuficiente desmorónase
sin poder asomarse a tus oídos.”

“A qué gorjeas entonces. Cuánto esperas”, le dicen.
“Hay un susurro que desbasta el mármol.”

“Como a susurrar vine ya estoy manco de voz;
de llanto untado el orden; y todo, todo, todo,
pensé que era poniendo otra pregunta. Y tú...
Porque... también se llora acá, en este territorio
donde nadie puede saber que está llorando
una vez que ha cumplido la edad de desatarse.”

“De cuánto me hablas, di; si no, cómo te veo”, se oye.

“Lejos la infancia, en fin... quería decirte cómo
colgado de un cigarro de intermitente astucia callejera,
que a más de dar saltitos de sal pronto se gasta,
me enrolo en los comandos de la angustia
donde mesa y mantel, sillas y cama
son este decorado de Quinto Acto,
cuando cayó el Telón
y la Heroína en su Quizá se ha ido.
La infancia digo, ¿ves?, ya te he explicado.”
“Te han cumplido los años. Edad, si es que conoces.
¿Sabe el Camino que has venido a verme?”, oyó.

“Contra el sentido común vine a tu encuentro,
y ahora de gozo mi garganta estalla.
Tenía que oírte, verte, oh, mi Inocencia.
Cuánta dicha. Qué luz”, saltaba eufórico.

“Te equivocas”, le dijo, “no soy yo la Inocencia.
Sólo soy alguien que antes que tú vino.
Ella salió también, no sé si por su origen.
Vendré, dijo, vendré. Vendrá. Pero es tan lejos.”

2 de mayo, 1982

PASEO

Claustro mi corazón: el viento
esparce en derredor de él fintas
de luz que anegan su figura;
pero su sombra gualda lo hace añicos:
los fragmentos del cuerpo se desacompañan,
rumian, mienten. Claustro mi corazón:
ve la caída y el infinito ardid
que trama sin cesar la fementida
democracia de todos en sí mismos.
Qué nos aguarda. Qué nos tira en los ínclitos
basurales que amoldan nuestra querencia
sin dioses ni proclamas. Rousseau delante;
Rusia y maratón a la caída. Alemania.
Stalin que no sabe su cara en entredicho.
Hitler que no sabía su cara en entredicho.
Esos gritos que dan los enmascarados,
esos nombres con que nos mortifican,
vendrán a ser lo único que cuenta.
Mi cuerpo se adormece, se entumece, se anestesia.
Claustro mi corazón. Y tú, buen Dios,
me dejas sin vísperas ni fin, palabras sin objeto;
intuyo que estoy muriendo joven, viejo
como el suplicio: la reiterada muerte
que aquí, acullá limita, extralimita

el nacimiento sin dolmen que señale:
todo es la biografía de la ciudad
que grita su aleluya; y tú te quedas
ya, te remueves, te cansas.
“No hablo de Dios”, requiere el portaligas
de la ramera, la boa constrictora de mi minuto.
Habla de mí: me palpa, me sostiene.
Y en esta madrugada atroz la veo vestirse.
Salgo con ella por los bulevares donde
Rousseau, Stalin, Hitler: pobre Rousseau:
tal compañía en debate se sostiene.
Por qué mienten y callan y se mueven.
Tal bamboleo de todo, y todo se aniquila.
Le diré un nombre a Francia. Así,
limitado: polvo, ruinas y sombras
que me asfixian. Y otra vez. Otra vez.

NOTAS DE LUNES

A mí me deja estéril la maldita
cartografía del alma y sus proclamas:
remachado por clavos, desprovisto
camino por las calles de ti, de mí, de siempre—
hay en el complemento de la cintura arriba,
de la cintura abajo, algo que hurgar
y ser: rebúsqueda de ti, de mí, de siempre.
Por qué quitan de mi halo el complemento.
Yo lo definiendo: lo otro está esperando—
no deja estéril sólo la fermentada
ataraxia frugal de la figura:
hablo y deshablo y tiendo mi figura
en la sola bondad de los contrarios.
Aire y tierra, agua y fuego:
los lugares comunes de ti, de mí, de siempre
vuelven a ser lo nada unificado:

“Déjame ser y vuelve a tu calle otra,
a tu ventana ardiendo”, se dicen
unos y otros; yo escucho, pero vuelvo
al soliloquio: por ti, por mí, por todo
cuanto amamos se vuelve evanescente,
se entrelaza, se fuga; en la ciudad
lo de hoy ya no es mañana ni antes.
Seguimos caminando con todo doble a cuesta.

Viejo mar y desorden del encuentro;
fatiga y ruinas; casas y cosas
que se deshabitan y mienten, perseveran.

PRIMEROS ENSAMBLAJES DE VILLALOBO

En casa se retuerce el grito.
Sitiados los objetos van a ser sujetos
de sus nombres. Alguien los cambia,
algo les dice que su onomatopeya es otra.
Se retiran. Convierten la espera en una gran ola roja.
Van y vienen. Se topan con su centro terrestre.
La liturgia es otro mal de fondo:
pueden ser ellos; pero son lo que anhelamos.
Ni aquí ni allá. Su fuero es el camino,
aquella custodia que les pretendemos.
“Quédate aquí: renuncia a tu pertenencia
íntima, ese otro allá que aguarde”, les decimos.
Cada uno nos escucha, nos revuelve, nos cansa.
Van a ponerse junto a cada quien que los enaltece.
Dones de la pobreza, la precariedad de la visión.
Órdenes son de aquel encuentro amargo.
“Ven a mí. Rompe. Corre. Baste el flujo”,
todo eso a lo oculto que viene a desatarnos.
Su pretendida caída nos custodia.
Y ya estamos así: desamparados, rotos, viejos.

Llega la construcción, un manojo de nervios.
Y nos ponen de pie, en fila: escoge tú, y déjame caer.
Déjanos ser aunque no sea más que el rollo
desvaído, no visto, inarreglable. Vete.
Aquí nosotros con cada retortijón del alma.
El cuerpo aguarda: vierte su desmesura y mente.
Todo lo demás es aquello que mira desde el origen,
cuando algo nos sujeta, y nos da nombre.
Hablan las cosas; pero tú te enmudeces;
estás caído, roto como cada palabra:
discurso ciego, haz y envés, planos también rotos.
Sólo nos queda la caja en que aguantar,
no ya el suplicio, sólo el significado –el objeto
aquí puesto para la comprensión atroz, la llegada
del pie puesto sobre la danza de los que se empecinan.

SOMBRA ALEVE

Tus pasos no quieren entrar en el poema.
Se van. Y preguntan por la inutilidad
de mi vigilia. Aquí todos se amoldan
a sus trajes; otros salen de sí. Algo es estático,
oprimente. Aquello que me mortifica insiste.
Ya sólo puedo hablar con subterfugios.
Me gasto en esta hora en la que no hay,
como dijo el otro, nada grande que hacer.
Los perros le ladran a mi identidad,
hurgan entre mis pliegues las fotos
del contrito, abandonado de todos y de sí–
por sí mismo maldito y aterido. Estas
confesiones le bastan al cobarde abusivo;
al que busca los por qué, los por cuánto.
Su visita tremola. Hay casos en los que
las pisadas abollan mi perra humanidad
traidora. No estoy en mí. No estás en ti.

A qué conversar tierno entre aguas claras.
Un castillo que exhibe sus caireles, mi honda,
y estar con esta piedra esperando que pase
el culpable de todo: ver su cabeza y reír,
astillan la mía y reír, llorar apenas.

De qué nos sirven las manos y los ojos—
algo, aquello nos deja caer en plena vía,
sabiendo que el discurso es inútil
y que tus pasos no quieren entrar en el poema.

ANTONIO VIDAL

Ojos que ven el golpe de la fiebre—
lo oscuro que avanza y se incorpora.
Ojos que ven el dos, la menudencia,
la llamada del bastardo aburrido:
el doblez, la esquivia, fintas que dan
en el mercado lindo de otros reyes.
Y el uno se hace ascuas, tizón, copas.
¿Quién los vio? ¿quién los vio? ¿Quién lo sabe?
La hurraca y el pendenciero, el borde—
llegan y tremolan en la cabeza de orden
y vigilia. El sueño aguarda, la hurañez
de lo real vuelve a sus dones. Baile
es el aquelarre furioso: color, manchas
en el insistir benedictino; fijo, duende
de la oscuridad: bajan otros pancartas,
pero él está con gana en su remanso
sin paraíso ni infierno. Inhabitable
don, cita furiosa le llegan, y subiendo
por el extremo del cordel he aquí la ofrenda:
Una seña de señas de otro mundo alterno. Y va.

INSCRIPCIÓN

Todo me perderá. Lo que me acompaña
me abandona: asunto soy, máscara y rueda
de piedra dura y negra –pende de mi cabeza,
me lleva a lo absurdo, al fin sin ruegos.
Cae, cae la noche amarga, cae –fin y principio,
bulla: “Quémale el rostro y huye”. Ven a mí,
sangre postergada, ínfima y potestad de mi
cuidado. Deja que otros conviertan su vida
en lazos, fintas, zapatos charolados. Huye,
bien absoluto. Corre, sombra que en mi suplicio
haces el bien. Corro y me destartalo en plena vía.
Los demás se dan vueltas, los demás responden:
“Quémale el rostro y que huya”. Arde mi cuerpo.
En mí no encontrarán guardián de la costumbre.
Algo me desespera. “Ocúltate y golpea”. Mis huesos
por el vicio, la maldita aguerrida en el sueño
y el desplante. Cae mi filo sordo. “Ven. Ven. Vamos”,
anuncian y arman el corro; apabullan, preguntan.
Mi humanidad no cede a los cumplidos. Rueda.
Desátame la piedra que llevo en mi cabeza–
tenaz, ríspida, sórdida. No alcanzo a mentarla.
Muéleme. Carga. Astilla en monte solo.

Redoma atroz. Palos que dan. Raspan las uñas
debajo de los párpados. Ni el sol te deja, ciego.
A un borde, al borde–
pregúntame por mí y transcribe.

ERIAZO

Oh, luciente castillo de mi inconsciente espera.
Llegan el sol, la luna, los resguardos–
no llega nada más que lo invisible visto.

Todo se oculta tras su nombre; insiste
mi perra humanidad traidora en ser,
ser sin más, sin doblez, sin artilugios;
pero entre sol y luna me desmayo, oculto
de mí salgo a ver: árboles, campos, flores—
ni una sola nave, nada, todo costumbre
y sola poquedad del mundo en sus raudales.
Mi brazo cede. Mi cabeza revierte su contención
atenta a las torres últimas de lo que no llega.
Tocan. Salgo. Un rostro amargo —lluvias,
sol, página en blanco, vuelo rasante en pos
de lo visible invisible. Presentación, comedia,
algarabía —la mañana luciente es la mañana.
Ni un solo signo del otro aherrojado, solo.
Mi vocación es el fracaso último del nombre,
nombre mío sin noción de su sentido.
Así quedo, aterido, menor. Suena una música,
y no vuelve. Silencio y dones ciegos.

EL FIEL

Cava la tierra. Pon el pie
sobre el único anillo.
Voltea. Haz que se acerque el muro.
Astíllame. Hazlo despacio o rauda.
Mi cabeza en el fondo. Oprimido—
descalzo, roto, en vilo.
Mi cabeza en la altura.
Soy una cifra, un bulto.
Civil. Maleficio y percance.
Alude a mí en tu furia.
Crúzame con tu mano.
Empuña, rompe —haz ciego.
Tengo el no, tengo el sí.
La mudez me incorpora.

Tú me tomas por la cintura
en trance, arreas el caballo—
me haces añicos contra el mundo.
Eso es todo. Si algo esplende
será roda la furia —diosa, matemática,
trémula. Mi nada soñadora
alimentará a un buitre—
orla y blancor de tu figura, el buitre.
(Sueño mendaz, podrido, inmerecido sueño.)
“Nada, tan cerca; tú, vacío, tan lejos,
dejen que pueda obrar contra
su inercia estéril; oh, vil abismo.
también tú, sujétalo y golpéalo”,
dice, “no dejen que transcriba,
reviéntenle los ojos, razón y orden”.

Y todo escucha, todo fuera de sí—
salvo el silencio.

ÍNDIGO

Un golpe hay en la puerta y sé
que el infinito es probable. Voy a abrir:
nadie, nada. Esas baldosas frías son el pasillo.
“El corredor”, diría el asunto serio;
pero yo no me convierto en la espera:
lo ella, lo él, la esfera andrógina
ni va ni viene, y así me mortifica.
Qué voy a hacer sino cubrirme. Atarme.
No hay un vendedor ambulante de fe.
El barredor de las calles sólo se empecina
en su trabajo: luego, quién lo recibirá.
También barro anhelante las calles y las casas;
pero nadie, nada me espera: un hueco, un hueco:
un baño pedía entonces, ahora

me cubro con esta manta en pleno estío;
el invierno se fue, solsticio y corazón
a la caída. Puede que sea guapo
sin mirarme al espejo: así gritando
e ido. Se me revela el tonto que transcribe.
Un niño dice: “Es cierto”; pero cómo llamarlo;
y convencer de qué a los arribistas.

SUSURRO

Si pudiera convertirme en mi nombre—
no cavaría este foso; no pediría una pala
y un pico para cavarlo afuera, allá, junto
a la costa: no estaría enterrado vivo, como dice
mi espejo, mi doble atroz que sufre, y sale y entra—
cómo pediría la comida y el café;
cómo sería de impávido y remoto—
pintaría esta habitación de negro, y roto
me convertiría en una piedra, en una piedra sola—
no me darían píldoras ni me inyectarían
esas costumbres, maneras y malos tratos
ni todas esas formas de razón razonable—
ni me creerían vivo, o loco, o sucio, o bastardo
arrepentido digno de un manicomio blanco—
yo no tendría deseos—
sólo la realidad real con sus dones—
así, sin más, la contemplaría.

a Juan Carlos Flores

DÍCESE DE MI NOMBRE

Alguien que robó en los campos de Eulogio
me llamó Juan El Carnicero, y me invitó,
con sorna, a jugar bridge; otros me llaman
Mano de Piedra; y otro que ya quisiera ser El Gato—
que no cree que el infierno puede ser una habitación
o un baño—, me llamó El Boxeador; y otro anduvo
detrás de mi mujer, porque cómo se explica.
Yo recuerdo a Juan Francisco Manzano, y quiero
hablar con él— que me regale el sueño donde vuela,
y no haya rayo ni ná' que me despierte.
Yo también tuve esos otros empujones blancos.
Yo también quise ser poeta.
Ahora prefiero ser Juan el Carnicero—
así tendría un cuchillo ancho y azul;
o ser Mano de Piedra, colocarme sobre algo—
o ser El Boxeador: más de uno se quedaría lelo—
fintas, vuelos, combates que el abatido espere,
porque es tan sólo un pacto —no hay que caer, y caer
ante El Ángel; y uno tiene la revancha posible,
tiene así lo imposible sólo al llegar al barrio.
No pido nada más. Yo voy a convertirme.

para Ismael González Castañer

CONSIDERACIONES

(respondiendo a un argumento racista)

Soy más bello que una estatua griega, romana,
egipcia o de cualquier otra región o país.
Tengo amor a la muerte; soy la muerte y su doble.
La belleza también la sentí amarga. La senté
en mis rodillas, le hice el amor y me dejé señales

que le dejé en otro tiempo, caricias que yo ya le había dado.
Y no soy un tahúr. No puedo ser feliz, pero eso
me tiene sin cuidado. La usura, una rosa cortada,
me deprimen. Después me tomo una pastilla y golpeo
sobre una piedra sola. No me interesan los mapas:
en todos me desprecian, en ninguno me ven –soy único,
y así ellos se lo pierden; prefieren una antigüedad
o un vicio; una modelo o una estupidez chic, un pulpo,
un plagio prefieren, o la vuelta de los carneros luminosos.
Soy hermoso y constante; soy música y razón; soy
luz, soy carbón; soy todo y más en mí, como el diamante
en medio del idioma. Tal cual el adelantado supremo,
Martí, que nos unió en la vida, muerte, azar y destino,
veo una novia pasar, me atolondro y me callo.
Viuda de mí, no sé qué busca cuando me come el frío.
Ni sé si al menos sabe que soy su muerto, el muerto,
el último muerto de su amor callado.

EN SU LUGAR

(respondiendo al mismo racista)

Hoy no he querido acompañar a la belleza
al manicomio; pero antes he estado allí.
No hay nada de ella o de él que no conozca.
No tengo por qué demostrarlo; yo soy su testimonio.
No hay esplendor ni oscuridad que no sean míos.
Me llaman mono, monstruo, y Adonis y David
al mismo tiempo; me llamo Ángel y Ariel,
y soy la tempestad y Calibán, la calma y el revuelo
de todo pájaro soñado. Para qué quiero ver un castillo
en medio, al lado o en lo profundo de un lago,
si yo soy el lago y el castillo. Fui yo quien escribió
todos los versos que nos acercan o nos alejan de la tristeza.
Soy yo la gloria de vivir o de morir por puro antojo.
Se han pasado toda la eternidad buscando un testigo,

y no me han visto a mí. Tienen alegría y duelo, gracia,
porque me tienen sin querer. Qué son la lágrima o la risa
de un hada, o de un príncipe o rey comparados conmigo.
Qué andan buscando con su melancolía desastrosa
que no vienen, lloran, y me cuentan lo que les pasa—
yo no me quedaré impasible como Dios o como un psicoanalista.
No esperen eso de mí, por favor, no tengo esa modestia;
no descanso el séptimo día ni cobro para establecer
un compromiso. Además, todos y todo son invenciones mías—
y no lo aprendí en Berkeley. Ahora quiero callarme.

ODIO A LAS PAUSAS

Siempre parece que entras a quedarte y
no más llegas te vas.
¿No te das cuenta que “sin embargo” me haces?

Un hueso me reclamas, campante te lo entrego,
hueso de más, justo es que te atragantes y explotemos los tres,
tú y yo primero y, luego,
él se acurruque y vuelva silbando a su bragueta.
Pero ¿por qué te vas no más que apareciendo?

Nos juntamos con saliva y pezuñas:
“Sujétame este mar”, dice la contraseña —qué bien sabe—;
“empecemos, volvamos a derretir el cielo” —yo sé—,
y lo empezamos —tú sabes—,
pero no más licuado el firmamento partes, te vas, huyes.
¿Fuego a la soledad, triste consigna? ¿Y cómo?

¿Por qué me dejas y por qué te ausento?
¿Por qué el volante se hace un dos tan doble?
¿A qué otra puerta llegas? ¿Yo a qué puertas?
¿Dónde quedó aquel *era*? ¿No es? ¿No comparece?
¿En qué otro estante tiembla la medalla?

¿Qué otro polvo, qué tiempo, qué premura nos separan las caras?
“Siempre parece que entras a quedarte y
no más llegas te vas”, también tú me lo dices.

Ve cuánto se nos borra, qué cantidad nos hace.

FIGURAS

Ha venido mi madre. Se ha sentado
harapienta y feroz –como todos mis juicios–
en un rincón del cuarto. “Alguno más
no halla qué hacer contigo”, me susurra.
Y se va. Se va masticando arroz crudo.
Qué costumbre. Y camina entre todas
estas cosas ajenas balbuceando
que van a sobrevivir a su último hijo.
No sé si te recuerda a ti. A ti,
alto y callado, con manías de preso.
–Ea, levanta esos ojos.
Sí.
En verdad la veo vieja, tan vieja.
Sufre. Y eso que ya no soy tan malo.
Una que otra vez salgo colgado de un cigarro
de intermitente astucia callejera
que a más de dar saltitos de sal pronto se gasta.
–Ea, tan dulce; tan serio.
Sí.
Vuelvo corriendo luego hasta este cuarto.
Afuera están las caras como peces,
brincando. El azar,
ese ruido genial de los teléfonos.
–Ea, mi muchacho con sus lindos hombros.
Sí.
Ha venido a decirme: cuídate, ay, del aljibe
en donde veas tu cara repetida tres veces.

Se da vuelta. Se va. Sombra en la sombra.
Y yo no sé por qué oigo
un apelmazado topar de hélices rozando las paredes.
–Ea, que crece y que crece.
Y yo no sé por qué no puedo ya ser otro.
–Ea, mi alhelí se esconde.
Y yo no sé por qué ni quiénes
–Ea, mi hombrazo–
me empujan y me riñen.
–Ea, que sube; que sube.
Mientras lejos
–ea, que canta–
con mi último candor retozan los sobrinos.
–Ea, mi santo que llega con espigas de millo.
Sí.
Mi madre, pues. La estremece avisarme:
alguno más, alguno más.
–Ea, mi cabrito con su ombligo al viento.
La he visto así tan sólo cuando hablaba
de Orlando. Triste. Como en el cuerpo de otro.
–Ea, que corre descalzo.
Otros los brazos, y otro el aire y otro
el ininteligible escurrirse de los días.
Alguno más.
–Ea, montado a caballo.
Sí.
Decir ahora cuando mi mujer entre:
“Hasta mañana”, o
“esa misma mañana lo enterramos”.
–Ea, mi sol.
Sí.
Mi madre. Tan sola como uno.
“El era, era como la firma de Dios
dibujada en la punta de un pañuelo”.
Y sigue.
Y se va.
–Ea. Sonriendo; sonriendo.
Sí.

En aquel baldío solo lo enterramos.

(Oh, piedra entre tantas figuras.)

–Ea, mi nube morada.

Sí.

Qué remota

la tarde en que mirándonos dijo: “Ay, ustedes”.

–Ea, mi niño.

Y cuando nos llamaba entre el humo y la cal de la cocina.

–Ea, esas manos como alas.

Tú en los mayales sucios, yo entre dones que no he vuelto a encontrar aún ni en los libros.

Se va y dice:

“Sólo ese muro, sólo un rostro, el número”.

–Ea, mi sueño.

No sé si te recuerda a ti. A ti,

siempre escribiendo tu apodo en los baños.

Alguno más.

–Ea, que ahí viene.

Yo tampoco aprendí nada sobre el orgullo de la gente. Es tanto.

–Ea, ea, vida, aquí estoy.

Y dice:

“Hay un cuchillo que te raspa el nombre”.

Miro entonces mis manos, las ventanas.

No todo es apedrear la gravidez ritual de los espejos.

Aquí todas las manos

y todas las coartadas de los muros

dan una calle ciega, atestada de almendros.

No sé allá

donde ustedes están

sometidos a la gráfica torpe del reverso.

3 de marzo, 1983

AL DORSO DE *FIGURAS*

Carmen, Orlando, Alfredo, Alberto,
Luz Marina, Melba Luisa,
Miriam, Mireya, es decir –Leonor,
Zenaida, Cándido, Agustina,
Ángel, Santiago–
todos hijos de Cándida–
descuartizada, muerta, con (por) una navaja barbera,
asesinada por (y) su marido Alberto –muerta
en este cuarto de hotel (que es) el mundo, un baño–
loco o cuerdo, bebedor o sobrio, suelto
(todos hijos del turronero: azúcar, coco, leche),
dónde están la canción, la mecedora, los mejunjes:
fueron acaso a la cloaca (que es) y (que) principia en este mundo,
un baño donde se van las muecas del deseo
y la obligación, y el castigo. Mi tartaleo la sueña, roto
(y es) un modo precario de abolir la ausencia–
viene: no puede cubrirme con sus manos –vuelve,
y choca con la “objetividad”, el desdén, la indiferencia
(las pesadillas, y ver todos estos acuerdos con la realidad),
y vuelven a matarla en Santiago (en Chago, en el menor, en un baño
de una celda de delincuentes comunes: el forense dice
que él no pudo ahorcarse; lo ahorcaron con esa
sábana del mundo: lo hicieron suicidio), Boniato, Rex–
cárcel y hotel, ortopedia del baño y del lenguaje,
cuidad donde caigo, me expulsan, piltrafa, son –roto,
a un lado; el Camino de Santiago, y ella cree en,
reza por, ruega, ruego a Babalú Ayé: no estoy allí
ni aquí ni acullá, quién, dímelo, San Lázaro, tú:
si voy al Rincón con ella: ¿alguien o algo me abraza?

2 de marzo, 1994

ESCARBA

Yo morí, no me enterraron, y resucité al otro día–
150 píldoras: psicotrópicos, tranquilizantes, neurolépticos,
antidepresivos –tienes suerte, pues todo me aniquila–,
orden de (según) Ives Pelicier después del electroshock
(ver aparición de estas drogas y estudiar los años '50),
parasimpaticolépticos –cortadas las venas
(la anatomía tiene su propio discurso)
de las muñecas y los tobillos y el cuello, en un baño.
Fueron el 20 y el 21 de marzo de 1987. Salí a juntarme con
(una mujer mapuche me vio, y es italiana y española)
mis treinta años –hacía 17 días que los había cumplido–,
a los treinta años de mi edad –François Villon,
pero eso, decir eso es una estupidez: como yo soy el bobo,
el bobito, frente de sarampión, mamita linda (Lezama)
sé cómo hablé con mi madre y cómo cargué a dios.

(Palabras inverificables como la de los amantes, Vitier).

Como a Artaud lo encontró muerto el jardinero de Ivry
el 4 de marzo de 1948, y se sabe que Ivry es la Clínica
donde vivió Nerval, ¿yo puedo volver a abolir mi sujeto?

En la irrisión, en la locura y en la muerte
puede haber belleza, pero también en mí –tampoco
volveré a fingir sabiduría. Me llevó una canción
de Cuba, me trajo otra canción, y escribo todo y digo
que allí no hay autor ni obra ni espíritu–
esa maldita manía de negarme desde la bizqueza–,
es lo que dicen Foucault y Barthes conversando
(mi bien, haz señales –el Otro, y vuelve)
con alguien que sólo dice William Blake o Borges.

Es una cosa, una cosa hay que no puede conmigo.

4 de marzo, 1994

NOTAS DEL DESAHUCIO

No nos dejan llorar. Nos pondremos vicaria blanca en las ojeras, contendremos hasta diez la respiración, chasquearemos el pulgar y el miedo—nos matarán. ¿O es mejor el invierno? Entrás al baño. (El mundo es inhabitable.) Piensas: “Muérete cuando puedas”. Un baño. Un baño. Sólo un baño en la nada —este suplicio.

20 de marzo, 1987

La fecha al pie, y el otro repicando.

Sólo un rostro en el rostro. La luz —dolmen, proclama—, sujeta y te da nombre; fingida sombra, árbol del despecho: no hay nombre o cifra o cuándo; un himno, el himno —golpetazos, caída—, sin lugar, ni arquetipo ni forma, no hay costumbre, no hay vértigo, no hay fin, no hay ese rostro sin rostro; ya traición, ya desplante, se repiten la paja al fuego, el fuego, oh, fósforo quemado, razón y orden, caos, alimentación de la vigilia, la flecha, el arco, el don —doméstico el baño: la fiera entra al alma, entra la patria— y el niño, la matriz del consuelo, ay, se disuelve y huye, huye la madre: estela así cuidada y huye cuando te alcanza esa mano homicida, el atroz despertar justo ante la repetición del sujeto que se vuelve, te ausculta y te remuerde el hombro con palmadas— qué del regreso, el agua no amortigua el vacío, ya vacío, verde, rojo, amarillo, la sangre inventa al otro que te vende, te muele, se hace número, aspira, obtiene, mortifica, se aísla. No se alcanza ser otro. El muro, el algo— se lo lleva el impulso, continúa así y aquí— oh, subterfugio, dame un lápiz y un gancho blanco para colgar mis vísceras, marcar, filo, peso, caída, todo el terror del aire, sujétame en la mugre—, cuando

miran y ven este bulto atascado lo tornan invisible
para el ojo del siglo que traiciona, hace añicos la
pretendida fiesta del yo soy o no soy –nadie ve, nada
aguanta al alguien que insiste en no ser nadie, nadie
pregunta al alguien, oh, esposa de la risa, cómo te han
maltratado: llora o salta, despega, tenme ganas, pon
un diente de ajo en mi lugar, pon un algo que haga
que repita tu nombre en el fin del principio de los
de tus cuidados: eso lo puedo ver, lo puedo oír, lo siento:
piedra que testifica en su mudez, sin argumentos–;
miente el sofista y miente la simultaneidad de los
reflejos: nadie me puede ver, oh, loco amor que pierdo,
que me pierde, inmune, inerme, estéril, saca estos cien
candados; ni tú me puedes ver; soy ido, tonto, idiota,
nada me multiplica, y no alcazo fijeza ni en el castillo
aguarda un cristal de abolengo sostenido, no hay ciudades
donde pueda cerrar la mano sobre esta rosa negra
que sin cesar se seca, y va diciendo una vez más, por mil,
por ti, por dios, sin saber el lugar en que transige:
“Ya no aguanto”; y sólo es el castigo el que persiste.

22 de noviembre, 1993

ROCE

Tus manos tocaron mis pies justo en el sueño.
Yo estaba al otro lado, frío; tú en el aquí reciente.
La víspera y el nacimiento de mi amor los hice
caído de la hurañez, muerto, contrito, roto–
lo real era el asesinato de lo real en mí,
contra el homicida atroz que a diario esparce
mis vísceras, cercena mi cabeza, me hace añicos.
Pero tú estabas allí desde el pasado. Aquel instante
el silencio rompió todo el tiempo fluyendo–
ahora me incluye: veo su rencor rosado.

Tú hiciste que mi fuego, soplo, don y castigo
crearan un pulso tenue y recurrente –asunto
eres de mi vida y de mi muerte. No me haré perdonar.
Las mejores palabras del idioma son tu nombre
y aquella, la que tu padre dice en una eterna espera:
celosía. Ahora escribo estos versos que te invocan,
busco mi cuerpo suelto en pleno ruido, mi no–cuerpo
en la sangre que me fío: la irrepitibilidad del sujeto.
Te aguardo. Llegas. Pones fin y principio al signo
de los signos: húmedo hurgo en la simultaneidad
de los reflejos: sólo soy el deseo –mi muerte lateral
no está bien dicha, ni estaba, ni estará. Sólo un acto
testigo de la contemplación me corrobora.

SUCESO ASÍ REMOTO

Tengo mi *cicatriz* y recuerdo a Novás.

Tráelo, todo tu dolor es mío; lo llevo
como un bulto atascado, como me lleva
esta mendiga –la sola mención de un barrio
me aniquila; quién va a pedir un muro,
algo donde esplendan las vísceras; la fibra,
sí, es como decir pistilo, ánfora rota, augurio–
todos tienen razón, la otra a mí me da miedo,
y mi espíritu tiembla; acaso yo pueda hablar
de un río, tener desplante, furia, o remitir
a la caza que me dan y que tomo –la pedrería,
el jadeo, pero es que han muerto todos; despartarlos
cómo: yo también estoy muerto; quiero creer
que no he nacido todavía –la cara del Cristo
me abandona, siempre me abandonó, me mata–
morí con él acaso; los que se erigen como sus representantes
me aniquilan, vuelven al suplicio atroz, me venden
en una feria, me apartan, se divierten, apagan

sus cigarrillos en mi piel de cinco puntas –muerden,
me picanean y aguanto: me quedan estas palabras
y el vacío –todas las doctrinas me tiran en lo absurdo–;
quiero escribir amor, o libertad, o memoria, o tiempo–
todo se lo llevan los que han logrado acuerdos falsos–.

Tengo mi *psicatriz* y recuerdo a Novás.

Me veo, y voy con miedo y con recelo hasta mi espíritu.

LIANDO UN CIGARRILLO

Oh, verbo corazón, qué han (qué van a hacer) contigo.
Cómo (y cómo) pintan el mordisco furioso;
la dentellada, el nervio que no existe –se calla;
todo el suplicio viene al rol de tu cuidado–
y tú das testimonio: no te escuchan, no sienten–
hacia dónde trasiegas tanta desolación y angustia.
Pon tu mano en la frente del contrito, del solo–
aterido, menor, sin parabienes: el sucio, el mendigo,
rey de la huída –la caída sin pies se transfigura;
y la corona al polvo: todos los muertos vienen
a buscar(me), a buscar(te): todos los vivos llegan–
la cultura del castigo, los datos de lo real, el dolmen–
vienen todos los nombres como emblemas al muro,
y el palimpsesto que has pretendido urdir es sólo sombra,
la huella que hasta el silencio vuelve como un mito.
Di tu nombre y tu cara, regocíjate, calla –sé la carne,
sé lo otro, desollado, frenético, el cuerpo aquel que espera
la caza, la cetrería –la ceremonia, pulpa, espalda,
diadema–, vuela, vuélvete, calla, verbo amigó funesto;
yo me quedaré en ascuas, también yo soy tu olvido.

INTERLUDIO

En el instante en que el sol cierra sus
ojos vigilantes y concluye la historia
y comienza el mito, envuelto
en el manto de la noche, correré yo hacia tí,
tendiendo el oído para encontrarte.

S. KIERKEGAARD, *Diario de un seductor*

PIEZA

Me ha caído esta carcoma caliente en la cabeza—
es un martillo neumático que perfora mi cráneo:
qué hay allí sino el susto de ser—
por qué me mienten, no dejan que enamore.
No sé si pertenezco. Ponen blasones, ramas
en las puertas que toco. Y me queman el labio—
dejan baldón en boca, quitan resguardo,
aroma. ¿Al menos saben que no soy la Corriente
del Niño? ¿Soy un bufón acaso, un petimetre?
Tienen sus correveidiles y les entregan el hacha.
Y quieren que yo sea un objeto amable. Doblan
las campanas; pero también dobla el altavoz
del sitio, antártico lar del que expulsan. “Vamos”,
dicen, calzándose las botas, ajustando los quepis—
vienen por mí: lo harán aunque cueste
un relámpago, o tres generaciones o un portazo.
Los ángeles cobardes por mis ojos se fueron.

Me ha caído esta carcoma caliente en la cabeza—
es un martillo neumático que perfora mi cráneo:
qué hay allí sino el susto de ser.

OTRO QUE ESTÁ

Los mayores del conde variopinto
azuzan los perros y a los rancheadores
contra mí –tiemblo, corro, me asusto:
busco un monte, un bosque, algún zarzal
contiguo a mi osadía; gritos, silbidos, caballos
que me cercan –al barracón no vuelvo:
huyo, pero en la huída no puedo hacer
un palenque ni tener una lanza o un fósforo
para quemar la paja de mi cuerpo.
Vienen muchos, y todos me zahieren, rompen
en algarabía atroz porque he llegado a la ciudad–
un grito y otro entre edificios y decretos–
aquí es más fácil atraparme: ya estoy atrapado,
roto, sucio en el cepo, se solazan, sal, látigo,
hierro: “Miente para que te conviertas”; dicen
con un ojo tapado con un trapo sucio, “sé el buey–
que el aguijón te avise”. Quédate quieto, corre,
párate, ausculta, no escuches tu corazón tullido:
ven a mi lado, te daré una palmadita
en el anca, recuerda que eres un buey
que no ha tenido nada, y si quieres ser otra cosa
sé un carnero: en la ciudad un carnero
vale más que dos hombres, eso lo saben
los polizontes apostados: juzgan, pervierten,
y de ti, res destazada en los mercados, no
quedará sonido: no creas que eres un cencerro,
no pienses en tu hermano menor porque está
muerto, y los muertos son los peores–
no vuelvas a decir lo que dijiste:
nosotros hemos contribuido a que lo digas–
y eso, también, nos pertenece, como tú y como todo.

FINAL

Está parado, con el pecho hundido, hombros salientes, brazos caídos, piernas que apenas pueden levantarse, mirada dirigida fijamente a un lugar.

F. Kafka, *Cuadernos*

CUANDO SALÍ DE LA HABANA

Así vuelve el leve reclamo de lo mismo.
Una soga y un tiburón para que te conviertas.
Y más allá del sol, la bulla y el encanto.
Pon un poco de ti en la diadema. Dame
un vaso, un folio, un mimo: sube y baja
el sol contrito en tu entraña: busca y logra
raspar la uña la terquedad del muro; es sólo
la cal de la pared, no lo inventas –aquel
discurso que deambula sordo, ciego, por tu maña
se va. Por qué todas estas ciudades enarbolan
tu fuga; hacia que *no* te irás; cuánto descubres
en este silencio paridor de actos: qué, cómo
transiges. La perfección vuelve a ser un gesto
que te cubre: agua y fuego al desgaire. Temes
la llegada del mísero implorante. Esas máscaras
vuelven a ser lo torvo de antes: principio y fin
de ti. Playas, desdén de las figuras; sube
una mano, al pie viene el deseo –compañía
y desorden del encuentro. Qué haces, qué haces.
Allá va todo el mal sin equilibrio. Y llora
la sordidez sin calma de lo real –risa
a otro pecho, aroma. Quién quita y pone
los cerrojos del miedo a ver lo tapado, lo loco.
Escucha, la cara del cruzado vuelve a ti

como un don, y mí me deja ciego: cayo
donde cae, se arremolina el pájaro callado
del crepúsculo –las fintas buscan número,
y entre lo total y mágico la música. Decretan
mi destierro y abusan los candados que pone
el petimetre –con guantes, joyas cierran
la estrategia de paz de un siglo enfermo.

Mudo mundo por ver: la aurora, alondra
prestigiosa como la palabra melancolía–
qué puedes agregar, muerto de veras, asustado,
menor, sin parabienes –pon de tu sangre
en el límite: consenso no, desplante. Azor
que escarbas, busca la pequeña mirada
del demiurgo: vuela, cesa, transcribe, rompe
el don de más, las cifras, los atuendos, la jícara
que en mi mano reposa; pon un pequeño mulo
a ver el castillo de todos los deseosos –transfiere,
mulo, alcoba, la mitad de tu sueño; ven a mí,
raza y cara del mar que nos coloca. Y cuando
pendan de tu Cien los nombres, haz que se me
olviden los datos de lo real sobre los que paso
corriendo, huyendo de los buitres que exhalan
mi perdición en mí, y las costumbres. No puedo
vacilar ante el reflejo y el hollín de los muertos.
Quién me pondrá derecho a oír la voz, la voz
de todos los contrarios. Ingurgitan y temen.
La rosa pálida, sierpe a mi rosa negra. Se van
asintiendo dos, tres, cuatro muñecos, mil–
dónde poner mi cuerpo así, solo y en vilo.
Por qué siempre el azar machaca la moneda.
Tengo un solo pretexto, y ese solo me basta
para no entrar en el convite. Y así, de ningún
modo espero la doble vida donde apuntan soldados,
con tiza y riel, la silueta impecable del dador,
ya cadáver, conspicuo hasta en la morgue;
y él pregunta: acaso el otro no es menor.
Por qué no ser un brillo, un fulgor que atolondre

la mismidad del censor, y le dé paso a los danzantes—
ese equilibrio al justo, así va, de quien merece
va, y lo topa en el plexo: fuga, castigo, don
que enaltece la vigilia y el sueño —no sucede
sin ti lo sucedido. Algo vendrá que borre
este punzón que anida en mis entrañas.
Sujétame, bien mío; hazme sujeto y dame
una puerta que no magulle el rostro, mi alma.

Voy a ponerme, si es que puedo, ante ti—
soy un paisaje vano, soy cuanto quemar
y expulsan —el orgullo me sirve de tristeza.
Vámonos, alcor funesto, vamos —hazme
el deseo al deseo, aparta de mí
a los forenses —he masticado una hoja
de curujey: ahora duermo al descampado, solo—
los sobresaltos son esta partitura que ejecuta
el bufón. Por mi miedo te dejo; por mi rabia
me quedo entre un páramo y otro —doy
la mano, beso, aguanto, transcribo. Moriré
solo de mí: no llevo un clavel rojo en la solapa,
no puedo sonreír: alguien siempre dispara
su pistola en medio del concierto: afuera
están las lilas que buscabas: tómalas y, después,
mortifica. El ágora está presta a recordarte—
no habla de mí, del buey que inclina su testuz
al ver que sólo pasa lo pasado. Cinco, diez
acertijos y cuñadas: nada me multiplica.

Oh, rostro que dejé que me anegaras, huye—
así vuelve el leve reclamo de lo mismo.
Una soga y un tiburón para que te conviertas.
Cómo se va el deseo furtivo hacia su lar
de piedra, donde suenan los cascotes de caballos
sudados —acaso ese sonido no marca tu cabeza:
así preguntan: no tengo más que el blancor
anterior a toda víspera —así respondo. Todo
lo pongo para que llegue el porvenir, y caiga

sobre la silueta salobre que turba el pavimento—
es mi seña, este trazo, las heces del café
que se ausentan del labio del deseoso —oh, mineral
campante, vegetal, carne ínclita, cállate—
tomarás los remos, un ala, la pavura que da,
hoy, la madreSelva: te irás —me lo prometes
y te creo, como cree mi hermana en algún golpe
de agua. Sacúdete, boxea: ese, el espectro,
que no te deje ciego; abre los brazos, calla—
tú eres la cruz —allá, acullá, símbolos,
decretos —la carne en cruz cruzando
bajo los trenes de destino avieso, comedido,
chiquito. Eres la cruz, y el día así remoto
en que fue concebida. Dueles de tu propio
dolor; duélete y calla: no hay simpatía ni fábula
donde poner tu nombre: lo atortola el orín,
la fijeza que guardan las costumbres. Un peldaño
es el tiempo de una escalera incontinuada—
tu pie rasga el vacío, novicio buey volátil
que entre dunas persiste, tu pie ni va ni viene,
rasga y queda. Tendrás que ver los faros
con suma indiferencia —el chillerío de luz
puede matarte. Entona tu canción antes
de que anochezca de súbito toda, sí, toda
la era, en el dividendo anterior a cada usura.

para René Francisco

EL EXAMEN NO HA TERMINADO
(1997)

*Para Anita Jiménez
porque yo sé, buen Machado,
que hoy es siempre todavía.*

Un no sé qué
que quedan balbuciendo.

SAN JUAN DE LA CRUZ

EN TI

En mi inspiración me trago al mundo;
con mi razón, se sube sobre mí: golpea –
de cualquier modo me desacompaña y miente:
tendría yo que ser Dios o la Naturaleza, y no
este antro podrido de reflejos. Me pondré sobre mi alma
a ver; no dejaré más solo el corazón urgente.
Tendré cintas y lazos para mi novia, la libertad
de ser; amor le haré al cuidado de sus pasos
sobre lo negro del día y el blancor de la noche.
Fantasmas son los que a mi costado balbucean –
mi tartaleo es mayor que las costumbres; si lloro
es porque se ha esfumado la manera única:
la persigo y me dan sesenta céntimos, creen
que soy un mendigo; sí, soy El Mendigo, El Rey –
he devorado todas las jerarquías: los burgos, las ciudades
crecen en mí, pululan espectros y figuras;
pero mi joya anula el smog de las relaciones
arregladas con lo real: cuando la vean, nacerá
otra época: no habrá ni un solo hombre solo –
el verso y el anverso del universo estarán dentro de uno,
y uno en el universo como un todo.
Pero mi palabra requiere tu vigilia y tu sueño;
mi palabra eres tú: no te ocultes ni cejes,
no transijas – busca al fondo de ti el agua,
la música –; todo es prolijo y grande,
pero no más que tú. Ven a mí; besa mis labios.
Vamos –
ésta es la alianza, y es
todo lo que buscabas.

POBLADOR

Yo vine al mundo de visita
para crear dificultades.
Puede que sea un ángel o un camello.
Tomo una piedra y sé cuál es, entre todos,
mi resguardo. Amo aún el cuchillo
con el que maté a un hombre – lo herí;
pero en mi intención ya lo había matado –
después dos de sus primos, o amigos, o compadres
me mataron a mí; quizá sólo fueron
simples desconocidos, o no: todos los hombres
tienen un parentesco, y todos se conocen;
y ni uno solo es simple.
Tuve una hija a la que tal vez le di el nombre.
En los cines, creí ser mexicano, japonés o italiano.
En la calle fui El Chino. En la infancia,
si es que algo puede llamarse de ese modo,
perdí todos los enlaces posibles con lo real –
fui un huérfano. Me golpearon todo el cuerpo;
pero yo tenía una candela viva. Dormí
en los parques y en el rencor de mis tutores.
Tengo una foto entre uvas caletas donde parece
que soy una persona. No cumplí veinte años.
Amé a más de cien mujeres. Robé en los barrios
altos. Tuve hermanos que padecían su soledad
como si fuera de otros – ahora uno de ellos
me recuerda, con su melancolía desastrosa;
mas yo me aparto de él: puede que haya ido
a la Universidad; pero eso no lo mejora,
y como cree que sigue siendo un hombre
y que está vivo, es un canalla, ruin como tú
y como todos.

Ahora estás lejos; pero algo sube de ti— nos deja ser: el árbol, el mar, como si de repente fuéramos en coche, y es, fuera otro el tiempo que nos aguarda. Tu empecinamiento en ti misma me gusta. Vas de una cuestión a otra tal cual cada palabra se designa a sí, y cada una, en ese designarse, es capital; así tu apego a toda cuestión. La respuesta que das, ese hasta ahorita con que te despegas de las cosas —si es posible, y no la costra pendenciera— dejándola solucionada, o al menos puesta en su sitio de significación, embulla. Tu elogio no cabe en las formas que tradicionalmente hemos creado, o recreado; tu elogio eres tú. Yo voy sujeto a mi figura, alma y cuerpo, pero sólo atento a la tuya. “Todos los paseantes han pasado”, te digo, “todos se han ido”. Escucho un ruido que viene de más allá. Me pongo mi cabeza y deambulo: esto es estar en ti, contigo. Saldré. Me pondré un nombre amable; tal vez converse con tu mar, mar tuyo sólo, hasta que llegue la noche: la noche nos incorpora, cuerpo y alma ese bulto, esos trapos tirados que amarro en mis funciones; tú puedes escucharme diciéndote la noche, tu noche, y, aun, sólo tu día: aquel feroz ser uno y otro — todo nos espera, y aunque todo nos mortifique, estamos aquí por todo. No es parábola ni sueño, es nuestro estar lo que importa: si algo nos separa, el mundo, aquello que entendemos por tal, se hará añicos; convéncete, y ve a ver cómo te quedas aquí, en este centro que nos propaga tal cual. Cuando tomo tu cara se me revela el nervio, la médula del hueso: “Une étincelle y pense à mes absents”, y mi cabeza estalla: no en el lujo, no en el cementerio de Valéry, sino en la costa que nos constriñe; allí, oh, vuelo, escape, fuga, instante soplado: nos coloca, y las constelaciones entran en nuestros cuerpos; este pedrusco azul ya no nos ciñe, va con nosotros, se atortola. Todo es aire que nos acoge: atrás costumbre y vela; mirémonos ser de un soplo así transidos; y dicen que era sólo la realidad virtual: no necesito ni una función ni un sistema ni un carnet de baile y puja, atravieso el espacio; y si estaban buscando al universo, helás: yo soy, yo soy, somos nosotros, sin nombre, sin proclamas, sin decretos que entierren un tizón encendido en la garganta.

Ya no pido permiso para ser: soy sin más, tal cual el diente al diente; Todo cuanto tocan, miran o padecen soy yo, y no me importa que lo hayan olvidado: su olvido es mi memoria; me escucharán al final de sus días, cuando de nada les sirvan los guantes, los espejos, las puertas que me repiten y me repetirán cuando estén muertos: lo estarán cuando salga de ustedes –me han hecho no intuir a mi amada, la única que da cuenta, aquí, de la Presencia; habla por mí, ella escucha: dílo, amor, pon la mano, aplasta esa soez ignorancia que nos magulla el rostro, el rostro así de dos: unidad que quieren sajar como se abole un vicio; dos, dos: uno, no hay terceras personas, Nadie es El Testigo–; dirán, sonámbulas siluetas que me cercan, que esto es confesional: ¿acaso, partículas que se zafan y mienten, no agradecen la confesión; se creen que yo soy Schreber; Puedo tener alguna otra nacionalidad que la mía?, ¿otra de las que les he dispuesto; creen que puedo creer?

Perdona, o no perdones: veo tu cara, mi rostro, sonreír; estamos hechos: ¿a qué la imprecación?; somos, estamos: fijos en el movimiento, todo lo opaco cede, lo oscuro aguanta, y el astro es todo; fluye: lo viscoso se esconde y queda lo ligero, cosmo a cosmo, entrando al bláncor ciego de la víspera, del fin, y es este instante el que no pasará; el ceño fruncido se atortoja, somos el mar y el aire, la costa, sus resguardos, los bienes, los dones: tan sólo semejantes a ti son mi dicha o mi desdicha, yo hablo sólo contigo, así escucho la música, ay, mi esfera: doble, mi igual, y sé que pertenezco.

IMPROMPTU

Ay, pizca de algo, por qué retuerces mi cerebro y lo abrumas. Por qué pones un muro entre la luz y yo. Ay, muro de algo, mis rastros, gritos sin alma, charco umbrío, arremeterán contra las piedras. Muro, piedras que trasmuto en soles enemigos, cómo destazarán mi cuerpo, rincón solo que aguarda. Aun hecho añicos: “Basta”, te diré.

Por qué quieres borrarne si yo soy la Presencia.
Lo veo todo, lo siento todo; intuyo, vuelo—
a qué el lastre, esos sacos de desperdicios,
carroña, bulla fría. Acaso me embullará tu rostro
de dolor desmedido: puedo cargar con tu dolor
y el mío; y aun volar, volar como ninguno,
como Nadie. Volaré; iré, iré—
nada puede pararme, ni ese rencor oleoso
que envenena mi sangre. He visto
la promesa; la rueda azul del suplicio que aguarde:
soy un fugado, un muerto— vuelo:
oh, dicha, calor que me traspasa, luz,
qué es todo esto que siento sin resistencia—
al aire, enajenado, deseo, seña sin Dios:
mira a tu no nacido; mécelo, acúnalo;
no lo apabulles; siéntelo. Y, por favor,
no dejes que te lo rapten los encapuchados
del miedo. La máscara no; la cuita al don
es su cuidado. Déjalo.

BULLA

He aquí que llegan todos: un ángel, un profeta, un arlequín, un santo,
un camorrista, un tragaespadas disfrazado de azules (de azules qué);
marionetas, muchachas, técnicos, terapeutas, ladrones, violinistas;
inquisidores de antes del mil trece; bailarines; gritadores — esa espe-
cialidad tan imprevista. Vienen otros: un turco gimiqueante, un gordo,
un grandulón, danzan: espuma, espuma y sol, toses cortantes. Vie-
nen, vienen. “Ven, ven”, grita uno, casi otro, aúlla. “Ven”, de nuevo.
Y entre un tendón y otro un brillo, un peso. Todo se va a caer — todo,
tu alma en vilo, entre telones y oros; lo que querían decir tus sucios
huesos, todo.

Qué lejos veo la caza, la cetrería furiosa; Orwell, abril, 1984, león de
melena pretendida rubia, y tú, pequeñísimo bastardo aburrido, sin fe,

sin don, sin *más*: querían atarme turbio perfil marchito, muerte darle a mi doble que escupe sobre la cesta de cumplidos; ay, hipócritas de antes, vengan con sus manías ostentosas, hez de costumbre y vela, vengan, carnavalesquen el limbo en que me pudría entonces: pongan una guirnalda, un trapo sucio, una rama en mi puerta, denme coces; ¿todavía me están acaballando, cos-cos?; y tú, pérfida agua que en otoño intoleras, aprende que puedo hablar como ninguno, como Nadie: díselo al pirata James, al otero donde se acarroña el buitro; y, al armenio fingido que se sirve su vómito, dile que su mujer mandó a buscar la Policía.

Antes, un Hospital; hoy, las puertas azules escondidas en la esquina de 15 y 24 en el Vedado: algo se fuga, alguien escapa; aquí, acullá, la nadería limita, extralimita, la estela que aguardas sólo deja despojos; y un Juan José, que puede en mi aflicción, opone a tu ansia el hierro.

HILO ACOSA

Hierro al anhelo, al roce de la melancolía.
Hierro a los ojos que vuelan ante ti
como ninguno. Al pie puesto en la danza,
hierro; y a la mano que no transige ni se cansa,
hierro –; a la cabeza, al plexo, al pulso,
hierro: chasquidos, punto, fiera: golpes,
galope, abuso sobre la espalda del deseo –
herrumbre, pudrición; y a una costumbre,
a un vicio, hierro: dónde poner los párpados –
zahieren, te meten en el frío procaz, sabacanecucho,
idiota: vuelta ante ti: hierro al pájaro,
al duende; mutilado de ti, nada te inventa –
hierro que rechina y salpica, mundo ciego –
hierro, azogue, taladro, cercena, perforando
la dicha, el cráneo, el útero-rompiente,
huérfano, desmedido, chiquito: un verbo, un verbo
para parar la seña, el arquetipo, la forma –
un verbo, una presencia, alguna zarza al fuego,

granos, una caricia, y no a la harina hierro, no –
por qué entre hierro y hierro la boca del corazón
se aterra –: párale, párale; párate, mendaz Imperio,
fúgate; saca ese atroz punzón de mis entrañas;
déjame al menos sueño, vigilia: este desierto
blanco me aniquila, y cuando llego al borde,
al límite – espejismo, sinfín –, tan sólo encuentro
hierro. Hierro. Hierro.

ELEGÍA SIN RUMBO

Manuel falta.

Por encima de la ausencia de Dios
en mi tristeza, está la de Manuel.

Es un raudal de velocidad y brillo
sobre los adoquines que pesan en el alma.

Digo Manuel y hay un punzón que embiste
el hielo de mi entraña.

Yo no soy un extraño raptor de la melancolía.

Lloro astillado, roto, como puedo

lloro entre el silencio que no da sus dones
y el ruido de los motores de dirección perdida:

escribo Manuel Ríos Izquierdo sobre el agua
y el tiempo, el cielo y el después de este siglo culpable–
me atoro, me atraganto y me callo.

Quién me dará aunque sólo sea un dedal
de consuelo. El auriga sobre el carro de fuego
ahora viene a su moto y se hace azul

de duelo; y duele que nosotros no escuchemos
la música, el destino en que se desbarata

y esplende, y deja en el hondón oscuro de la muerte
su sonrisa de adolescente innato, su hora,

la hora en que los mortales sólo sabemos decir:

falta Manuel, Manuel falta.

CIERTO FORASTERO

Aquí en Chile uno se vuelve antipoeta;
pero nunca llega a ser Nicanor Parra—
y nunca, nunca, nunca
tendrá una casa en La Reina.
Ve bustos de Neruda —
pero como tiene que tomar dos buses
para llegar hasta su aburrimiento,
y no tiene dinero, no los compra;
ni tiene, ni tendrá nunca, *Cien sonetos de amor*
para enamorar a una estudiante,
a una sola, que tenga deficiente en Castellano —:
ella, u otra, a lo mejor no saben si Huidobro
era descendiente del Cid Campeador;
pero seguro sabrán que tenía renta —
y él, nunca, nunca, nunca, pero nunca
tendrá una cosa ni la otra,
y, además, no escribirá *Altazor* —
lo que no es un detalle.
No verá los piesecitos fríos que vio Gabriela Mistral —
ni tendrá el Nobel;
no se comerá tres vaquillas sentado en su leyenda
como Pablo de Rokha —ni sufrirá como él —,
ni tendrá *El molino y la higuera*, como Jorge Teillier.
Será, y no hay desmedro en ello, será, digo,
siempre un forastero.

MOTIVO CON DOS PAUSAS

En un rapto de piedad por mi cuerpo
quise convertirme en un contemplativo;
pero eso es tan inútil como la reputación
o la bienaventuranza.
Soy más torpe que el cínico
que celebró los actos,

o la vacuidad de los actos
o el exceso de los sentidos
o la irrepetibilidad del sujeto –:
todo cuanto digo se borra en el intento
de encontrar una sola palabra
que no me haya matado: un nombre,
un vicio, una moneda, Dios;
un sitio donde poder esconderme de mí mismo.

Los artefactos saben hablar,
y todos los dispensan;
y los gestos bestiales hallan perfume, flores –;
cualquier nacido es un dandy, juega con el Demonio,
y entra a la casa del demente, del borracho o la puta,
frenético, fanático, furtivo –
aldea o ciudadela,
pasto o buitre,
pacto o acción, o liquen o desplante,
prende un tizón y me lo pega al alma –
y el alma vuelve a ser de la candela.
Todo está por ganar; todo está por perder.
La contemplación tiene un muerto,
y un retoño podrido en la atalaya.

LA FUGA

Estoy en la cocina, olvidando,
pausado, mis rastros;
sin embargo, me veo estar en la sala,
mirando al verdadero héroe de nuestro tiempo,
la televisión, y me veo, raudo
abrir la puerta de la calle – y, loco,
salir corriendo, así, desesperado,
hasta
estar en la cocina, olvidando,
pausado, mis rastros.

BALBUCEO DE UN ANTEPASADO

Ni siquiera puedo ser
una esclava abisinia.
Esto que venden, aquí,
en la plaza, y hacen pasar
por mí, mirándome los dientes,
es alimento para buitres –
y, a lo mejor, si me comen, se indigestan,
y mueren: dicen que hay demasiados,
y, todavía, no han llegado los ecologistas –
que se preocuparán de los buitres,
no de mí, ni de Ángel Escobar,
esa carroña del porvenir –
que, sólo yo, miro, sin asco,
y con tristeza.

EL PROBLEMA

Quién tuviera la cara, o el cuerpo,
como *Bola de sebo y otros cuentos*,
ese libro que Guy de Maupassant, antológico,
para que su mujer, al menos su mujer,
lo atendiera, lo mirara, como a esas
letras que, siendo tan distantes y frías,
la emocionan. Ay, quién fuera
una sola de esas páginas.

LECTURA DE TERCER GRADO

Dice un mancebo:
“Ojalá que mi prima se asome

a la ventana”. Luego piensa:
“Quisiera estar en el aposento de mi prima”.
Y, un instante después, sólo un instante:
“Quiero acceder a ella; poseerla;
tenerla y que me tenga: ésta es mi verga:
soy vigoroso y joven; después seré un viejo,
esa retahíla de despojos; pero ahora,
ahora
tengo el falo duro como una asamblea;
me dicen que hay otras ocupaciones –
yo sólo quiero hacer el amor con mi prima –
no sólo rozarla, o mirarla, o besarla, sino
sexo con sexo, como en esa litografía
que escondo yo sé dónde”.

El mancebo está en el jardín: patea
un retoño de crisantemos, justo
entre una adelfa y un jacinto:
mira hacia el invernadero: los ojos
arrasados por un fulgor
que no verá, nunca, su prima.

ALEVOSÍA DE UN PARÉNTESIS

Un estudiante:
“Borges, Ud. está muerto”.

Borges:
“Sí; sólo que hay un error de fecha”.

Alguien (o Algo) corrige las fechas.
Omite, levemente, el error.
Tiene razón el estudiante.

DISCUSIÓN SOBRE EL POSMODERNISMO

Alabanza del politeísmo de Marquard.
La pluralidad de las narraciones, Lyotard.
La apología de lo efímero, Lipovetsky.
El pensamiento débil, Vattimo.
En la ironía de Rorty.
La multiplicidad de los discursos, Barthes.
Funcionalismo de la equivalencia, Luhmann.
“Que vivamos en más de un mundo”, dice Blumenberg.

No, señor; no, señores –
a mí déjenme tomarme
tranquilo mi cerveza.

*(patrocinan Innerarity, El Mercurio
de ese día, y Óscar Galindo a través
de Luis Ernesto Cárcamo)*

HABERES

Lo fatal es el cernícalo.
Yo quisiera comerme con Solángel
una naranja de China, o ver,
junto a ella, las hojas de un limonero francés;
yo quiero que ella vea un cactus
en un rectángulo áspero de tierra mexicana –;
yo quiero ser un sauce llorón que a ella le guste,
o el cundiamor o el alhelí de siempre;
me pasearía con ella por entre los abedules
que vi en un Cine de Arte primero que en Moscú–;
cuántas cosas haríamos junto a algún eucalipto
o debajo de un bosque de eucaliptos;
quiero pensar ahora en la verdolaga, en el cilantro,
tener una manzana o dos peras y un mango:
todo eso me recuerda a Solángel –

también el orégano, la buganvilla, el marpacífico
y los mayales del Caney de las Mercedes –:
Solángel ríe cuando brota todo lo vegetal –
aunque este brote sea un sueño en este hospicio estéril,
y aquí, cerca, un amigo vea una luz cianótica,
y otro esté muerto ya, más que una máscara,
y la cal y el amianto prendan un leño ciego,
y todos los que me pisotean transijan como guantes
cuando llegan los mercaderes y el dinero,
las parihuelas de oro, los hoteles sopladados

entre la cordillera y el espanto, en la oscura pradera
donde no hay ni un solo tritón que esté reinando.
Solángel, en la memoria, ríe a pesar de todo.
Pero lo fatal es el cernícalo – aquél, uno
que vuela sobre esas ideas fijas
que alientan al suicida.

CUESTIONES

No nos quejemos más:
todas las épocas fueron terribles,
todos los tiempos difíciles.
Ahí tenemos un consuelo.
Y, si es que necesitáramos otro –:
que todo vuelva a empezar donde termina
y vuelva a terminar en donde empieza.

Y hay más para el quejoso:
si el tiempo es lineal,
tomémonos el café con azúcar;
si es circular, y todo es el retorno de lo mismo,
tomémonos el café con sacarina,
por si acaso;
o renunciemos al café –

porque los pasos que da Dios, sigiloso,
o Ud., o cualquier otra señora, o señor,
hay quien los lee en las heces,
esos malditos trazos que quedan en las tazas,
cuando uno olvida que los cafetos son de Arabia –
donde impera el Islam, y uno se encuentra
con árabes, por supuesto, que, para peor desgracia,
toman su café bien descafeinado.

Yo no tengo dinero;
pero eso es otra cosa.

LA GUARDERÍA INFANTIL

Nos han puesto a dormir,
y aquí dormimos.
Nos dicen que vendrá una aya rusa,
una nodriza inglesa,
o una buena hada eficiente, coreana o japonesa.
Nos han metido en cunas,
en camas y camastros,
y en sacos de dormir importados –:
lo importante, dicen, es que durmamos
esto que no es ni el sueño eterno.
Lo quieren, y lo hacemos –
como niños contentos–:
no somos marmotas,
ni estamos en los Alpes altos;
somos, entre otras cosas, adultos ya–
pero otros son los guardadores:
ellos, también adultos, son
los que nos cantan qué seremos –
algo así como alguaciles,
o ediles o serenos o magos –
o es que abogados o enfermeros;

o economistas en este carrusel
bonito del dinero –; y otros son los que fungen
de tutores; pero ellos están en otra parte,
donde nos dicen que está la vida–
la muy púdica siempre estará afuera –;
y no sabemos cómo estarán, así, siendo tutores:
presumimos, un momento antes de dormirnos,
que la que hace de Gran Mamá estará viendo teleseries,
o haciéndole bolillos al Obispo –
siempre hay un obispo y una puta en el aburrimiento –;
y el que hace de Gran Papá estará en su oficina –
dictando algún decreto que resumirá,
para siempre, El Noticiero de las Nueve,
y lustrando una pistola única –
siempre hay una pistola y un cuchillo en el aburrimiento–;
o, a lo mejor, ellos están, también,
aquí durmiendo –; así no seremos
ni siquiera motivo de una fotografía borrosa,
menos de un video clip que embulle a algún frenético.

Nadie nos mira; Dios no está; no hay Homero.

Nos han puesto a dormir,
Y es verdad que por siempre dormiremos.

CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

“Cambiábamos de país como de zapatos”,
escribió Bertolt Brecht (1898-1956).

“Al menos, ustedes tenían países,
tenían cómo,
y tenían zapatos para cambiar por algo”,
dijo otro apabullado (1956-1983).

PARÁFRASIS SENCILLA

Yo pienso, cuando me aterro,
como un Escobar sencillo,
en aquel blanco cuchillo
que me matará: soy negro.

Rojo, como en el desierto,
salió el sol al horizonte:
y alumbró a Escobar, ya muerto,
colgado, ausencia del monte.

Un niño me vio: tembló
de pasión por los que gimen:
y, ante mi muerte, juró
lavar con su vida el crimen.

EPIGRAMA FATAL

Quién fuera Isolina Carrillo –
que compuso *Dos gardenias*,
un bolero que escucha toda América,
y no Ángel Escobar –
que escribió *Abuso de confianza* –
tuvo que pagar para que lo editaran,
y no lo lee ni su primo más cercano.

OTRO EPIGRAMA EN TRES PARTES

I

Yo soy un miserable.
Entro a un bar, y pienso
que todos cuantos ya están adentro
son más miserables que yo.
Qué me habré creído –
si hasta el último parroquiano
es un buen amigo de Teresa –
que no saldrá conmigo, aunque le ofrezca
una aceituna de Portugal
o un Mitsubishi.

II

Yo no tengo ni con quién ir al cine.

III

Todo cuanto no sé de este mundo,
o del otro, y todo cuanto sé, o creo saber,
me lo ha enseñado Gabriel Soto –
manejando una camioneta Luv,
de doble cabina, que ni siquiera es de él,
y escuchando una voz y una trompeta –:
no sé cuál de los dos quiere ser Louis Armstrong:
aquel pequeño dios entre los ángeles.
Qué podrá conmigo ahora Schopenhauer.

UN POCO DE ANTIPOESÍA

Quién fuera Bob Marley
para gustarle a Violeta,
la hija de Lucrecia Brito
que, según Juan, se parece a Michelle Pfeiffer –
aunque Bob Marley sea negro y esté muerto,
y aquí, como en cualquier lugar,
sea más conveniente ser blanco y estar vivo.

OTRO POCO DE ANTIPOESÍA EN DOS PARTES

Primera

Porque soy de otros lares –
y feo como un mandato –
los chilenos me dicen cualquier cosa.
Las chilenas no me entregan su boca;
de Las Herosas no tengo ni un bocado –
claro que yo no soy Gonzalo Rojas;
pero ellas muy bien podrían darme un poco –
aunque yo sea más feo que un mandato.
O qué pasó con aquello de:
“Y verás cómo quieren en Chile
al amigo cuando es forastero”.
Forastero no dice si hay que ser lindo o feo.
Y yo vengo, lo juro, de muy lejos.

Segunda

Entre todos los que hay,
quiero tomar un taxi:
ése, por favor, ése;
pero el chofer está dormido, es gordo, se despierta,
me mira con ojos de otro mundo, se estira,

y ni siquiera me contesta.
Qué pasa con esta democracia –
dan ganas de decir –
que uno no puede ni elegir un buen taxi:
ése, por favor, ése.

EL BUSCADO

Esta mujer que me ama
aunque para todos sea yo un canalla,
y no es mi madre –
lo que la justificaría ante el fanatismo
de los otros –, y no sale
a cobrar la recompensa,
y me besa a pesar de la proclama,
es pobre (lo que no es dato simple);
trae el terror y lo hosco del suplicio
en la mirada,
pero también trae un clavel, y trae
todo lo que coloca en mitad de mi miedo,
algodón ante el hierro
y un recuerdo que me dobla la vida,
y trae esa sonrisa, aquélla
que a pesar de todo lo que sucede afuera,
donde exigen mi cabeza y algo me aniquilará –
o me aniquiló ya cual mal villano,
esta mujer, te digo, oh pretendiente a Alcaide,
me hará morir contento.

QUIÉN LE TEME A FRANZ KAFKA

Los lógicos nos metieron en esta habitación.
No es un laberinto ni un túnel ni una cloaca;
es simplemente una habitación.
No hay minotauros ni ciegos ni ratas.
Los lógicos no nos dicen cómo nos metieron en ella.
Menos aún nos dicen cómo podremos salir.
No podemos estar dentro ni afuera,
según aseguran los lógicos; pero lo cierto
es que la habitación es real,
y una de las dos cosas debería suceder—
siempre según los lógicos —,
pero ninguna de las dos cosas sucede.

FAMA

Él se quedó impasible,
como el que debe la sobrevida.
Le dije: “Tu amigo, el más cercano,
se dio un pistoletazo en pleno rostro”.
Él se quedó impasible,
como el que debe la sobrevida.
Después le dije que sus libros
estaban entre los más vendidos.
Hizo un silencio azul como un objeto,
se arrellanó en su sillón,
me ofreció un whisky.

ACOTACIÓN

El 28 de septiembre de 1983 conocí a una mujer.
Quizá esto no le interese a otros –
Yo no soy resultado de un sueño ni descendiente del Cid,
pero quiero escribir esta fecha y conservar este papel.
Fue en un barrio situado en la periferia de Occidente,
un barrio
donde hay almendros, edificios feos como decretos,
una luz polvorienta, y alegrías y angustias
que ya no son de Kierkegaard.
Alamar es el nombre del sitio, y el mar
le da templanza, si es que eso es posible en el Caribe;
el sol se repite en cada piedra –
y conversar es un sol, una piedra, un designio.
Allí, sin prisa, la luna no encuentra a nadie culpable.
A la mujer no la miento, porque me abatiría el recuerdo
de la primera vez que la vi; no sé,
en este pudridero del mundo
la dicha puede matar un hombre.
Aún no quiero morirme. Sólo anoto:
Alamar, 28 de septiembre de 1983.

LO QUE BORRA

Antes me ganaba la vida como actor.
Ahora me la pierdo como escritor.
Tengo amigos que lloran porque se saben huérfanos.
Yo no puedo mitigar la ausencia ni la espera de algo.
No puedo mejorar los tugurios ni los ojos donde se pudre Dios –
si es que Dios se pudre en los tugurios o en los ojos.
Por otra parte, yo también soy huérfano sin más,
y tenía la superstición del progreso.
Ahora no tengo nada.
Antes tampoco,

la creencia no me dio ni un anhelo.
Algunos conocidos me preguntan de qué sirven
estos papeles; me lo preguntan en vano:
yo tampoco lo sé; otros creen, con intención o sin ella,
que debiera aspirar a un ministerio o legación,
o tener acceso a los periódicos,
ganarme unas monedas –
yo sólo quiero estar en Sitiocampo,
y poder olvidar este examen al que estoy sometido;
pero eso es imposible; no sólo por eso
preferiría no haberlo escrito.

LA PRESENCIA

No te he abandonado.
Estoy aquí contigo.
Te han atado en la costa,
a un madero,
entre el mar que desdeñas
y la tierra que amas.
La marea sube; el poste
resistirá. Mientras tanto,
los cangrejos pueden comer tus vísceras.
Al amanecer,
si la marea no te ahoga
ni los cangrejos te devoran,
las lanzas se cebarán en tu carne.
Tendrás frío. Es de noche.
De algo te servirán tu desdén o tu amor.
Yo no te he abandonado.
Estoy aquí contigo.

DE UNA PARTE

A veces uno ha de ver un río,
y pensar en algún filósofo, aunque sea griego.
A veces uno ha de pensar que no ha hecho
nada de lo que ha hecho; ha de creerles
a los otros: tu alegría o tu muerte
son sólo funciones de este bicho humano
que enalteces sin proponértelo apenas.
Para qué maldecir por un consuelo que no llega,
y que bien sabes que nunca llegará.
Cada caballo fecunda a su yegua
sin esperar tu maldición, tu bendición o tu dicha.
Ve y transige; acuéstate, mordisquea una brizna
de hierba. A veces uno ha de ver un río.
Y pensar en algún filósofo, aunque sea griego,
sobre todo si es griego.

UNA CONSULTA

El verdugo palpa el cuello de su mujer
y lo encuentra frágil y culpable;
roza el cuello de su hija adolescente
y lo encuentra frágil y culpable.
Se va ante un espejo y ve su cuello
frágil y culpable, indigno de su labor.
Toma todas las monedas que le ha dado
la Usura, el Poder, por el pago de sus gestiones
y se va a ver al sicoanalista, y le paga –
el sicoanalista encuentra su cuello normal;
sin hora y sin después, el verdugo vuelve
a su mandato: destrozamiento de cuellos frágiles
y culpables, para dejarlos sin hora y sin después,
para ponerlos normal como su cuello.

EL ANCIANO

Estoy parado en esta esquina –
entre la cordillera y el mar,
entre el sur y el desierto.
Soy pobre, pero no puedo vender mi pobreza,
ni cambiarla por un augurio.
Seguramente estoy esperando algo
parado en esta esquina del mundo,
pero ya no sé qué. Quisiera
ser una chispa en algún fogón,
en alguna cocinería, en el campo.
Pudiera ser yo el campo, o el fogón,
o la chispa; pero eso no lo entendería
mi compadre: se lo llevaría otro.
Ay, muchos compadres necesitan comer –
y yo no puedo trasformarme en nada,
ni hacer una promesa que nadie cumpliría.
Ahora estoy parado en esta esquina –
entre una rodilla rota y un latón de basura,
entre un paredón y un diente de menos.
Hablo con calma, solo; ni siquiera puedo ser
un mendigo: no tengo dones para eso.

EL GUIJARRO

Salen a sus ocupaciones y a sus días.
Acuñan el dinero, lo gastan, lo transfieren.
Esparcen lo que los incomoda, se acurrucan, se callan.
Hay algo que los enaltece, algo que esperan.
Ya muertos, quieren volver a vivir, ser más ligeros.
Encuentran dones y armonía, tienen su rostro.
Incluso hablan de lugares donde se creen reyes.
Tienen palabras y actitud para todo. Sueñan,
y en la vigilia encuentran qué hacer, aunque sólo

sea levantarse la tapa de los sesos.
Tienen lugar y tiempo y argumentos –
hijos, programas, nueras. Aquel trabajo–
qué ganan con negar lo que los deja solos.
Alguna maldición o bendición pueden cambiar el aire –
así preguntan. Tienen presidentes, papas, dioses.
Creen que yo ya cambié por haberlos escuchado.
Aquí y allá, acullá me someten a examen.
Por qué me saludan si yo no puedo probar nada.
Me metieron en este idioma para que entendiera
el desprecio, la aberración y el castigo.
Soñaba con morirme de un modo positivo.
Morir, vivir, callar, hablar lo deciden los otros –
aquí estoy yo: me gasto, y mi pequeñez ínfima
no vale tres monedas.

LO QUE BUSCÁBAMOS

Oiga, Maestro, quiero que me escuche
como si me estuviera muriendo,
por si eso lo conmueve,
y que me dé un consejo.

Muérete de una buena vez,
me dijo el Maestro:
pero no puedo prometerte nada –
y menos un consejo –
porque los muertos son los peores.

PONIÉNDOLE AZÚCAR AL CAFÉ

Se puede tomar de testigo a una página en blanco;
pero, también, hay que llamar a los bomberos,
al plomero, al psiquiatra, a los empleados municipales,
al Instituto de Normalización Previsional–
y normalizarse y almorzar –
salir, entrar, volver, cruzar una plaza,
un aeropuerto, subir escaleras, ver letreros:
Miel; Se ponen inyecciones; Sueros; Funerales
La Estampa – ; oír risas de estudiantes,
imprecaciones, mofas, bulla – y volver:
salir, entrar –
y todo eso no es suficiente
porque un día sigue a otro
y todo, también a ti, te reclama.

VIVIR ENTRE PARÉNTESIS

Soy un feto.
Acabo de nacer.
Dicen que tengo el síndrome de Dawn.
Entre, para, por, contra, cabe, sin,
Según, la, le, él; pero bueno.
No me escogen.
Me incluyen.
Me separan.
Me expulsan.
“Me iré; me voy; me fui”.
Vuelvo.
Y soy un feto.

EL TABLÓN DE UN AHOGADO

La nave que se hunde, siempre
da náufragos;
y todos los náufragos son huérfanos
y creen en los augurios –
esas supersticiones que tienen los deseosos
pueden hacerlos llegar a la costa,
a una costa cualquiera:
calafatear otro barco y hacerse,
de nuevo, a la mar, en busca
de otro puerto, y así: de puerto en puerto:
hasta que la nave que cuidan
sin melindres
vuelva a hundirse.
Son, además, tercos.
Volverán a construirla –
una nave y otra son la misma –
porque tienen paciencia y orgullo,
y saben que siempre fueron náufragos,
que siempre fueron huérfanos –
guardan muy bien sus augurios
y sus supersticiones –:
y no los mata el deseo,
ni la nieve ni el viento ni la lluvia:
y ellos mismos componen sus canciones,
y las cantan,
aun cuando la nave se está hundiendo –
y aún las cantarán
cuando esté hundida,
es decir en lo hondo.
Se puede ser así, y se puede ser siempre,
un animal de fondo: no una pistola ni un libro.
En cada naufragio hay el vestigio de algo.
Pero yo no soy náufrago.

CRUZANDO UN CAMPO

Lo que se hunde, puede ser
el balde que va a lo hondo
del pozo:
y volverá con agua fresca –
que podremos beber
con alegría o tristeza –
a veces son , una y otra, lo mismo –:
uno se puede morir de risa o llanto:
dicen los que no son frenéticos –;
pero beberemos agua del balde
que entró al fondo del pozo;
después pensaremos en la muerte,
la dicha o la tristeza –:
ahora bebamos.

LÉELO

Vivo; muerto; vivo –:
pero no un correveidile,
ni un petimetre ni un guante –:
no tengo la meticulosidad de los verdugos –;
quiero postular mi alma, y te la doy
al descampado, a solas –:
como dice el contrito, oteado, entre las olas
y las fieras –
luz; sombra; un ánima que sueña,
pero pongo el labio –
también pueden pensar las flores –:
hay uno, ese dador, al que humillan;
despotrican, gesticulan, planean –
pero nunca lo callan, ni es necesario hacerlo
porque es un cayo en el silencio
con toda el agua alrededor, a la deriva –
y un cayo no es un artefacto ni un fanático.

ORTO

Cualquier líquido es inocente –
aunque sea un veneno –
cuando es acompañado
de una palabra de consuelo: sí,
eso lo saben los desamparados –sí,
porque la sola palabra: líquido,
puede que liquide a cualquiera –
más cuando vive en una Isla –
que es la conclusión de un todo,
y es todo para pobreza; el ojo
que es una Isla es un ánima sola,
que va y viene, y otros pueden decir
que mortifica: a mí me da el vital veneno, sí,
pero un desamparado espera ese consuelo –:
líquido; mar, lluvia que arrasa, pozo,
manantial que cobija el desamparo –
cierra y abre una puerta, no la melancolía.

PALILLO

Un desterrado busca algo que lo aterre–
o al menos alguien que lo entierre,
algo terrible, y alguien de la tierra
de la que fue desterrado: porque no tiene nada –
ni siquiera el recuerdo de la nada –
ni la promesa de la nada que fue, y es,
en otras tierras: como no en la suya y en la Tierra:
no haya nada, queda fuera de sí,
y ya está en otra, salta –
y ve que eso tampoco justifica nada;
y es la nadería, el absurdo: rostro
sin vergüenza y sin nada, vacío, ruinas –
avecindamiento pendenciero, orgullo, amor
gastado por el uso y el abuso –; hay besos
que lo pudren cuando estaba ya podrido –

hay dones que lo rompen cuando estaba
ya roto; y aterido, menor y desterrado
¿queda?

S/T

Si sospechas de mí,
sospecha lo peor:
que puedo matarte
o que ya te maté.
Si te hubiera matado
te habría hecho un favor –
además, hubiera estado un instante
a tu lado –
a lo mejor eso tiene un significado – sí,
ahora estás solo,
y encerrado en la sospecha–;
y si quieres morirte
tendrás que hacerlo con tu mano –
pero el que se mata es un ladrón:
así lo dijo uno que ya está muerto –
y un muerto es siempre un posibilidad –
pero una posibilidad no te libera–
ni de la sospecha ni de ti.

TÉRMINO MEDIO

Ayer vino a verme Schreber
como siempre parece que se espera algo,
yo estaba esperando esa cosita.
Me dijo: “En la tierra hay un solo hombre”.
No supe si era él o si era yo –
o ninguno de los dos –
o si la tierra es algo.

LIBERTÉ, ÉGALITÉ, FRATERNITÉ

Padre, madre, hermanos, pasó
el camión de la basura
y no nos has llevado.
Debe ser un error.
La Lógica, según los lógicos admite errores.
Tenemos otro día y otra noche
y otro día y otra noche para pensarlo –
porque el camión pasará
el próximo miércoles.
A lo mejor, vuelven a cometer un error –
y no nos llevan –;
o a lo mejor solo cargan
las cosas reciclables –:
eso nos daría respiro –
hasta que cambien los decretos –;
pero pasará el camión
tres veces por semana –:
eso nos dijeron; así que hasta
el próximo miércoles.

LA CONSPIRACIÓN DE LOS NECIOS

Juntémonos en tu casa el sábado.
Sí; tiremos cualquier cosa a las brasas –
aunque sea un hombre:
sí: volvámonos caníbales –
eso da prestigio y fama –
eso hace que uno deje un trazo
como hace el caracol sobre la tierra–
si es que la Tierra es algo.
No todos podemos ser próceres piadosos.
Juntémonos en tu casa el sábado.
Sí; fumemos bastante; fumemos de todo;

fumémonos el todo: hasta que nos de cáncer –
el cáncer si que es Creacionista –:
ahora mismo está haciendo que se pudra
la rosa en este problema.

SOBRE LÍNEAS AZULES

I

Sin consultar el diccionario:
lúcido viene de Lucy,
que fue una novia mía, o de Luz –
y así se llama, por suerte, mi hermana mayor –
que está viva todavía.
Por eso yo estoy aquí tan lúcido.

II

Un náufrago no está nunca tranquilo.
Vigila no una, ni dos, ni tres, sino todas las olas,
sus movimientos y vaivenes –
él tiene sólo un tablón,
no sabe si va o viene:
tampoco sabe dónde estará la costa
ni qué es lo mejor o peor.
Un náufrago es sólo eso, un náufrago.

III

Me he vuelto una costumbre en el olvido de los otros.
Los otros son los otros en un recuerdo mío.

IV

Estoy deprimido; pero como un relámpago.
Tiene que ver con la luz y con el fuego;
y con lo lento –
yo no soy un colono,
ni el sheriff que mató a Billy el Niño –;
algo que no tiene nada que ver con la depresión
o la confianza, la bulla; la tristeza es pedir
una tregua –
un hombre de antes o de después puede ser
un pensamiento de Pascal o un gnóstico

V

Las utopías se cumplen de un modo sigiloso
y clandestino. A pesar del usurpador,
uno puede estar escrito no sólo en los muebles
o en las actas policiales; escrito,
aterrado, menor, oscuro – mas transido:
un punzón entra, lento, en las entrañas–
y es bueno,
ese punzón está en el libro:
no sólo aquel recado vil
que me hizo huir sobre mí.
Pero nada hay dispensable.
Y en cualquier lado está el castigo;
está, también, de lado, velado–
siempre del lado mío.
Sitiocampo no está en los mapas–;
siempre es el forense quien me mira los dientes–
me revisa el horror;
pero lo atroz es la trompeta, la música
que me revisa más, y el silencio, y todo
lo que se borra, lo que se va borrando:
es la pasión y el crimen
donde tartalea el antepasado como un verbo –

y todos los antepasados son un solo verbo,
un recipiente,
el agua, los cafetos de Mayarí Arriba:
puede venir un enfermero o un palafrenero –
pero yo, también yo, el vigía:
no importa que me expulsen, tengo, traigo
un impulso–
estoy fijo y aguanto:
los ángeles cobar están aquí conmigo.
Sitio campo es un sitio adonde he de llegar–
aunque dinamiten los puentes y embullen
los teléfonos a los efímeros – así, un fémur
llegaré,
astillado: un puente, un río: se puede escribir
Laguna Blanca, Contramaestre, San Luis –:
otros guardan silencio, están dormidos, y así,
dormidos se sacuden, porque a la vez están despiertos–
y tú puedes guardarte, también, aquel anhelo.

FIEZA

El estilo me raspa, perfora cual carcoma
todo mi humo. Acaso sea la niebla
en donde Nadie ve todas las figuras.
Los arquetipos, las formas en mí orinan,
defecan, se atortojan. No soy el limbo,
ni el antes ni el después; estoy aquí parado:
¿qué puede importarme la decadencia del planeta
si no me tengo a mí? ¿Puedo conformarme
con una hoja de hierba o un delfín,
con una gota de agua o un diamante?
¿Quieren que siga mirando así este cementerio?
¿Quieren que me dé gusto con la Vía Láctea;
que mame y que defeque como todos los dioses
que han creado? Eso es usura; su dinero.

Yo no les sirvo: mátenme. Lo más lindo es
que no pueden matarme, aunque quisieran.
¿Serviré en sus ejércitos? ¿Les daré una metáfora,
algún símbolo? ¿Vocearé histérico sobre este baldío
roto? ¿Separaré las aguas de las aguas, lo firme
de lo firme? ¿Podrán comer de mí, mies, pan, peces?

¿Seré un mueble donde se asiente la panza del leproso?
De mí no esperen nada porque yo lo doy todo.
No crean en mí, puesto que soy la creencia;
y sus gramáticas no aguantan las tautologías.
Ustedes puede que sean el *logos*; yo soy el error;
el horror de la dicha: siendo así la belleza,
me aniquilo: la muerte es bella: lo sabe
este fugado hacia la vida – fuego, campana, son –;
el todo no pesa en mis hombros: si sufro, y sufro,
no es como un titán en una roca; no sé el límite,
tan sólo sé que soy, y que no acepto n i aceptaré
sus tres monedas.

EL PACTO

Me miran como al brazo de un tocadiscos viejo:
saben que soy tu amante, realidad real, no me huyas;
tú me conoces: sabes que soy vigoroso, joven,
no nacido. Este cansancio me hace levantar
un camboro. A ti me atornilla la angustia.
Aun así, adolescente, te poseo; entro en ti,
falo, fierro, mango, presidente del juicio,
fiscal de la razón, testigo de todo lo contrario.
¿Adónde irás que no halles mi ojo de rescabucheador
taciturno desde el cielo mirándote? Te vistes,
te desvistes; yo me masturbo, aunque tú te me
entregues: penetro en ti de un modo sigiloso
y clandestino. Éste es el juego; el placer me da

en la cara: temer por ti, por mí: soy incestuoso,
madre mía, hija; si te preño, acabaré por hacer
todo lo contrario– te dejaré sola; un día me iré:
no soy sólo una sobrina o un primo, soy
todos los parentescos, un día te irás, y me dejarás
huérfano– ya te fuiste, oh, tú, gran orfelinato;
pero te retrotraigo y te sacudo, te aguanto; tengo
todos los dones para que me poseas, no soy un puerco
estéril: brillas en mí, y lo sabes, lo sé: ni antes
ni después miento ni mientes– estás entera en mí,
buscas mi lengua para que te socave.

COBAR DEL ÁNGEL

Creen que quiero ser el guardián del dinero –
cuando este mundo es una moneda en mi bolsillo.
Pero la llevo aquí como al desgaire.
No creo en el gallo de la resurrección;
pero sé de otra cosa, otra cosita que me encanta:
es mi secreto; escucha: cuando vuelve el mal pájaro
cegado, y la doblez alivie su *pacetrís* con sicoanálisis,
mira, entre las palabras, cobar el ángel
malo, el niche, el que escupe sobre los sistemas
y las litografías; el que no sobrevuela la nieve
ni el desierto, porque es la nieve y el desierto y todo,
hasta una catedral donde bosteza el Trío
porque no alcanza a verlo. Una vez que haya visto
los instersticios fríos, piensa en todo lo que hay
antes y después de cada abismo, el arriba y abajo:
ve los signos, aunque construyan una bomba
casera: puedes creer que estallarás con ella:
no es el azar ni el destino, ni lo que juega tu razón
de qué, o juzga tu algarabía frenética,
es simplemente algo que no puede conmigo –
husmea, transpira, siente; sal de las bibliotecas:

no estoy colocado en ellas: ni polvo ni polillas
ni polumo – todo lo que se pudre me da grima;
te aseguro: no soy el solipsismo, ni los gnósticos,
ni Epicuro, y tampoco Epicteto; ni Dios
ni la democracia; no acaricio cadáveres para seguir
viviendo. Tengo que hablar así porque sólo tú
escuchas, y en mí te ofrezco un pacto:
no creas que soy esto o aquello, aquél o este otro intermediario –
estoy en otra parte.

OTRA PRESENCIA

Soy más culpable que el que lanzó las bombas
en Hiroshima y Nagasaki, y que el que va
a hacer estallar este pedrusco estéril; y más
que el que da las órdenes. Y más inocente
que la esfera del Cristo en su suplicio.
Soy más tonto que aquel que se cree vivo;
y más vivo que aquel que se cree muerto.
Nací, morí: moriviví, tanto como la sensitiva.
Me sacude un clavel, pues siempre llevo un grito
en la solapa de mi desnudez rota.
Solo escucho la música; sólo yo sé
de dónde viene. El resplandor y los antros
donde no toca el sol en mí suceden, como el arte.
El barrendero y la reina están en mí,
notas de una sinfonía inconclusa. La sandez
también me aspira: soy un bobo, un mal paso
en la danza; ando en triciclo y arrastro
los pies, soltando sangre que no engendra nada.
La nada me circunda como a un cayo en el medio
del Pacífico. Estoy tranquilo; sólo que esta frialdad
no me coloca entre palmares, ni en gritos de aleluya –
tan sólo veo aquel *ella* que viene,
y me besa,
y se retira dejándome transido.

Solavaya, sola vida: soy una gran vejiga—
 me tragué toda el agua del planeta – y tú, puerco
 sentado en su luneta, come luna de incienso,
 mírame a mí sentado en su elemento: el agua:
 ten seguro que no puedo ir más hondo, ten
 por cierto que ya estoy en el fondo – avísales a todos:
 “Vengan a ver lo que hizo con una sola vida”; o
 solavaya, calla, sígueme, palpa el silencio anterior
 a todo el ruido. Me aterra estar sentado en ti, Ángel
 Escobar, y sé que si en, si en, si en, sí, en sí se abruma
 en el desierto, es que yo no estoy muerto: desciendo,
desiendo –
 enciendo, enciendo: que no venga nadie a verme
 al descubierto: no puedo estar, no puedo estar –
 infantil, infantil: qué frío, qué frío; ay, noche
 en blancor funesto, murió la flor en ti: no
 escuchas, no escuchas: nada brilla; mi llanto,
 la nada, el lalaleo furioso que no embulla –
 ruido, ruido – cese, silbido, gong, pataleo: yo no soy
 Walt Whitman: vete, vete: yo no sé agradecer –
 éste es el momento, el solo momento: vete, ahora
 te vas: ya no somos amigos – no soy almíbar;
 estoy solo y esplendo como un astro intocado –
 vete ya, ¿crees que puedes matarme, amor, Amor,
 crees que puedes matarme? ¿crees que puedes
 hacer más ciego el fondo? Oh, mi niña, que cansancio
 de tanta belleza. Ay, sí; es la que me quiere,
 la Diosa del Cariño. Ir al cero, ir al hollín del cero;
 tragárselo, raptarlo, traerlo al sinfín del fondo –
 sí, aventura, prenda – eres tú, eres tú –, fantasía,
 imaginización; tendón, aguante; sin saber,
 éste es mi no saber: la la la, ponte, ponte –
 salgo sin nombre, sin cara. Solavaya, sola vida:

S/T DOS

Ya mi cuerpo está a cierta distancia: mi cuerpo es una torre; me aparto de su calor: viene un brisa, el frío: lo siento, lo siento: como una queja, un llanto; una voz fuerte, decidora, y no salí de Boston: no sé, no sé: “*I am sorry*”, me dicen en La Habana: ten, sostén mi caballo que pica, que pica sobre las baldosas de la noche ciega – astros que me circundan –; no había comprendido al sol; oh, *master*, ¿qué dices?, ¿qué dices?; sí: lo sé, lo sé – no me hagas coro, nene, olvídalo –, lo tomas o lo dejas – escucha, escucha –, no me susurres al oído nada, ten algún otro argumento –no alumbrarás si dejas de tocar esta cuerda, ésta por la que viví más de trescientas vidas – piensa, piensa, *fort guere, do you ame, plus, please: I don't you were; be careful, oh, my God*, al centro, al centro – ay, mi espíritu no se conforma con tan poco – maní, maní –, estoy loco, no: estoy arruinando la vía – miro el foso, y miente el foso: soy el simple leproso de la bulla que besa a los contritos, al zaherido, al menor; no me arrepiento, canto aunque vea un cementerio – soy el novio de Cuba y pongo mi cabeza en su regazo –: no se alarmen, no hagan que me ponga melancólico le dio al Otro; pero yo huyo, me aparto; jamás volveré a estar fijo en una torre: soy el disc jockey de todas las estrellas, y te aseguro que no escuchaste el grito – pueden mandarme una víbora, mandarme algún otro despierto; pero yo anhelo, anhelo: ya más no me sostienen las piedras. Oh, torre albina, *sieme*.

Contemplo a Dios interpretar todas las voces,
todas las combinaciones posibles de las notas –
y le pido un autógrafo: el tipo lo firma
como a regañadientes; luego me da la espalda –
qué pasa que sólo aúllo en el páramo pelado,
tanto lleno de flores y de augures, tanto, tanto –
tú sabes: quizá la revelación se resuelva
en una cola de *chin cuai dear* – estamos Él
y yo sobre una mesa: nos devoran los hablantes
rituales – tienen las llaves; se suben en el cerro,
sentados alrededor nuestro – yo les digo: “*Obstinadi
convulso, sobrio el cuivo llamar cuando lo invento*”;
y Dios los incorpora y se devora a sí mismo,
y yo mirando, y me lo como a Él –
después estoy en una sabana, El Only One –
murmullo a secas, y se me caen las lágrimas:
sobre mi propio cadáver me amurmullo –
huyo del muro, pero, mucho antes, lo pinto:
lo dejo con mi sabor amargo, salobre, santobueno –
soy la mujer y el hombre, esposa y esposo,
primo y prima –. Me tienen sin cuidado
las alegorías, los símbolos, la estúpida profeta
de Tecné: yo me levanto, corro, vuelo, fugo –
el fugitivo, el loco, zorro bicho –; traigo el brillo
en lo oscuro. Él no estaba para dejarme en paz:
golpeó el útero hasta marearla y la metió en el frío:
perdóname no puede decir ahora – mentiría, sí;
claro que mentiría: así, eso es la meseta, y buscan,
abriendo una puerta que no puede ya más,
algo que liquide al topo, porque si no, no pueden
entrar más a la casa: hasta que se lo lleven,
o hagan algo, porque juro: no sé lo que dijo Él –
y no cantaba, hablaba; y ésta es la transcripción
de su silencio.

S/T CUATRO

Yo soy un gran danés y un sudanés
alto y fuerte al mismo tiempo.
Prefiero ser sudanés; así soy el hombre
y no del hombre. Tomo la barca
y vuelo: voy a ver a los chicos de Ricardo,
esa pandilla: yo tengo el Santo Grial –
ellos hace mucho que me lo están buscando:
mis vísceras son castillos esplendentes –
Corazón de León no ha entrado en ellos,
ni Leonardo; no ha entrado sólo el pino
o el azafrán:
alguien de seudónimo ruso cree que soy o no soy
yo el autorreferente: así veo a Teresita de Jesús,
veo que no es Teresa de Ávila; veo a María
y a Helena, y soy, solo y transido, la cólera
de Aquiles, es decir, los ojos y los pies
de tu Edipo: él dice: “No soy subjetivo; soy, más
bien, la expresión”. La fuerza al límite; aguanto:
cómo podrán zafarme de Guillermo – sí; sé que el herrero
viene, viene a verme, y eso sólo es noción
del otro mundo; Nadie le teme al frío; que se calle,
que vaya, que transija: Odisea sorbe su Ítaca –
mira a ver si tienes un pan y dos mascotas, mofeta,
Marmota Ciega, sheriff, ve a ver si ves, si oyes
lo que me susurra mi sombra de algo gualda; ve si me ves
llorar, Maurice Le Blanc: escuchas apostado, tocas
el timbre del miedo que sacude: suena mi corazón,
y alerta acude el pájaro adherido a los párpados,
a la pesada maza que aguarda el descarrile – corre,
quién me llama, quién me llama, quién viene –
no voy a contestar: me pondré la cabeza sobre
el labio – decente; armisticio; fiera – así del alma,
así sólo cuidado.

CUBA Y LA NOCHE

Todos los poemas los ha escrito mi esposa;
yo no: yo soy un fugitivo: transpiro, deseo,
aguanto: ¿crees que puedes mirarme sólo así
porque lloro de costado? ¿Quieres ver la nasa,
la red, el nicho donde me cazan y zahieren?
Me zafan, ¿y tú crees que esto no es la malla,
la red donde pervive el pez sobre la rama?
¿No ves la rama, el árbol –hondón muerto
donde se pudre el instante? Me fracturo: esta falla
es todo cuanto hay en mí, blando, duro, viscoso;
y tengo el escozor de la víspera: soy el padre
y la madre; pero no puedo ser mi esposa –
los jefes, vacía, quick, viejo George de la estepa,
gatos enmascarados raptando a las princesas negras
vienen a mí: “Dédalo”, le masculla la esposa,
y recoge su pelo en una cola que no es más
la de Atila. Sansón Melena es checo; esos no son
proverbios – éste es un *ya* para que venga el parto
y me tire hacia arriba: bueno, bueno, buenón:
casi así como despabilarse y ser sencillo; al campo
queda el divorcio: la trinidad hace su pachanga
hasta el toque, el roce, lo que no rememoro: tengo
fijo que a la mejor manera caen las manecillas
suizas, las jerigonzas japonesas: a mí me las han
robado – corro, corro –: ¿por qué me dices córrete?;
mira, yo escucho la pregunta: sorbo a mi esposa, ella
me dicta las palabras sopladas como anillos –
también por mí pintan de azul los hospitales:
la vecina, la nuera, el marcapasos, pozos son,
fueron hechos a mí –puedo estar lelo, puedo caer
y caer; no así la esposa: húndete, huye; sopla
la centuria, la trinidad, el triunvirato que así
y aquí me matan.

LA BRISA JUNTO AL MILLO

Yo acompaño al coro. Éste es el templo.
Yo también me desvelo; y no llego al suelo.
Soy la montaña y el fuego; tengo el ojo
echado a perder sobre este basural donde transigen
todos. Mi alma se pudre; mi espíritu
se ahorcó con una cuerda de guitarra. Dije
que tengo miedo. Quizá me salve la superstición
y el éxtasis. (Me salve de qué: aquel regreso,
ese buscar, hallar, allende las fronteras de Occidente,
la *superstitio*; el vacío que no incomoda, y estar
como el Otro intocado en lo adherente, la fuga –
un viaje que no te mortifique: quemar, quemar
tu cuerpo, el templo; o degollarse, hacerse
al *harakiri*, serlo: acabar de una vez; mirar
las nubes –
ser una hoja del árbol del desquite: quitado, quedo,
quieto; sí, *aguanile boncó*: ser el *ambia*, el *asere*
oponer al acero el corazón tullido, idiota, bobear,
darse la maña / dicen que soy retórico, que sobro:
Vicioso me hinca el diente; el Marqués
de la Piedra me saca un ojo y ríe; Roland, aquel
Roland me contradice y niega; Wagner tira mi lloro
a los perros, besa al correveidile barbilindo
y le entrega la lengua; Leonard quiere
que me vire sin hombre hacia primera; buscan
que me canse, que ceje, que me vuele
la tapa de los sesos – esos zonzos sin fin y sin
cuidado siguen, quieren, apabullan, penetran, zafan:
no asumo sus bacterias: tengo una sola pomada, y tengo
un líquido inocente: me sostiene, me cerca /
esa bisagra que me hace un puerto el mito;
converso con la Esfinge, no compito: plop plop
del agua: puedo ser Basho, y la rana y la rama:
aquel instante; no soy un mandamás, sólo miro
el estanque.)Y acompaño al coro. Éste es el templo.

ROGACIÓN DE CABEZA

ASPA DOS

El Ajeno se para ante el retablo
y vuelve a ver la misma ceremonia
en que el dardo traspasa incertidumbres.
Ajeno está allí; pero no ha sido.

Busca la sierpe del sinfín remoto.
El círculo, la línea o la espiral
no le explican. No hay goce ni razón,
ni Tecné le suplanta la otra vía.

Vacío y pena y ruina y desparpajo;
otro velar el cielo desterrado,
la tierra que no aguanta su estropicio.

Alebrestan figuras lo que a él
cancela: el mar, la bulla, el frío.
Está así, solo ante su celosía.

ASPA TRES

A Nadie le aniquila siempre un sol;
es esta piedra negra del suplicio
donde alumbra el carbón de su contrario;
está donde no viene, está donde

no llega Nadie a hacer, a ser idéntico.
Aborta el arquetipo y él incurre
una vez y otra vez y otra; el labio
que da a la novia estéril como un guante

se torna escrofuloso y mortifica.
Para bien, para mal, los paravanes,
las esclusas, los mitos, las carteras

guardan el bien decir de la Otra Orilla.
Al exquisito aburre el Otro Viaje:
quiere que Nadie sea un verdugo apenas.

ASPA UNO

El Perro Vencedor rastrea en la tarde
que empercude de hollín el Campo Grave.
Un defecto, defecto, ese defecto
lo llevará de aquí al Significado.

Pude guardar la casa, el campo; no
la Ciudad ni la Tierra Prometida.
Es sólo Vencedor; no un Protocolo.
Admite así tu hueso, pero embulla

su solo ser un perro en lontananza
la fractura: lo que le das, le quitas.
Y él lo sabe. Perviertes cuántos dones.

Si oscura vas y esplendes y te callas,
y así eres aún más cruel que un enemigo,
no busques en su hocico esas Quimeras.

EL EJE

Sí; todo está dentro de un Bello Verso.

La nada es avisora.
El castillo pervierte
lo que hay de *más* en sí.
Traiciona la mudez
el silencio anterior
al signo; ay, el signo
sin *más* ausculto lo
que calla. eje, aterra
lo que va sin doblez,
vuelve a tus dones.
Pones la mano, saltas:
oh planeta intocado:
calor, frío, desguace,
amargo *sí* de niño
y dos, tres *noes* que inventas.
Plus, Plus, fiat; sí de dólmenes,
menhires circunspectos.
También cae la magia;
se va conmigo, cae
sobre lo indestructible,
lo sólido, lo solo
muerto aquí en la leyenda.
Qué, qué puedo traer
sino esto perdido.
Y *cómo, cuándo, dónde*,
helor de la gramática
son, lis de camposanto.
Ven a mí, pero hacia
el otro lado impuro,
el silencio, el tope
donde acecha la Música.

No; Sí; no siempre acaba lo que empieza.

EL FLUIDO

Yo sé que tú sabes que yo sé.
Pagan tres mil monedas por sacarme
esta idea. Yo soy sólo un bebé
recién nacido. No tengo idea del daño
que me hago a mí mismo. Nadie no
me regala un azabache contra el mal de ojos.
Vencedor y el Ajeno copulan en el fango;
se separan, luego se montan en choapinos
y sobrevuelan por todo el Medio Oriente.
Igual que aquí entran los muertos
en las gentes y las casas, las provincias, el país.
La madre de ella le decía lo cierto de los genios,
y de las lámparas que se frotan y salen.
Yo estoy dentro de estas palabras.
Tú, como todos, puedes pedir tres deseos –
la trinidad obsesiona –: seré tu esclavo;
pero antes escucha: yo no percuto el piano,
si oyes tambores, es que no nací en Grecia –
que nos legó la Ciudad – ni soy el Éxodo –
que aspira al *más allá* –, ni soy el fanático
que buscó *otro sagrado* blandiendo sus ejércitos.
Soy un bebé recién nacido; pero necesito
benzoato de bencilo: tengo la sarna de los perros;
estoy, como la informática, podrido.
“Cómo andas, cómo andas”, dicen: “¿puedes
venir antes de que den las doce? – ¿quieres
almorzar conmigo?” “¡Fuego! ¡Fuego!”
Yo no percuto el piano; lo acaricio –, cita.
Éste no es el rock de los animales; no es el Carnaval
de Venecia. Ni Ludwig Van Beethoven me da
más energía. Sólo tú. Frótame. Frótame.
Si sales, sólo quiero comerme un tamal
en cazuela; no el espanto, sólo – digo – un helado
de guanábana. No rompas mi cabeza.

UN CABLE

No, no quiero hablar de eso.
Yo soy una trompeta.
No la del Juicio, no:
el Juicio me ha matado.
A ras voy del espanto.
Sufro; no lloro; pobre
aguanto en vilo la
razón que me aniquila.
Quien más me ama me pone
tutores zambullidos.
Otros me ofrecen máscaras.
Mi tartaleo es de ti.
Tomo un rocío de gallo,
recorro las estancias
donde no hay más familia
que este cruel sumidero.
Vástago soy del miedo:
amigo, amigo mío;
siempre es él quien contesta
el teléfono, y no
hay un viceministro
ni un terapeuta ni
un mago, un clown, ni
aquel verdor oscuro
que a mí siempre enamora.
Quién me convida; quién
no intenta suplantarme.
Abusa siempre el coro,
el coreuta aburrido.
No soy sobreviviente.
La vida no es *ailleurs*.
La vida soy, y aguanto.

EL OTRO CABLE

Sí: digo lo que dice
el cantante: María
no es el doble; sin fin
se transfigura el Cristo,
y es José con la gubia:
barco a barco desciende,
asciende duro Cristo
que quita lo bailado.
Job, Jhavé, Partenón
Y Capitolio abusan.
No un hexagrama chino,
tan sólo lo que dice
el sexteto. Yo incurro
también; no soy eslavo,
ni zorro ni romántico.
Y no inventé la esvástica.
No soy filósofo
ni amnésico. Me turban,
sí, el horror y el éxtasis:
y no soy Baudelaire.
Los Corán, Zen, Budismo
perlaboran en mí
el dolor; bien aquí
o mal aquí, o roto,
busco, busco y no, no:
sólo el desasosiego.
Hay un Sí que me aguarda.
Una capota cubre
al mal, el cruel fasciástico
que aplasta mi cabeza,
y peldaño a peldaño
sube, sube, no *hacia*,
sino *en* sus albañales.
Sí: yo digo lo que dice
el cantante: mi azoro.

EL TOMACORRIENTE

Pactriz: padre, patria, pacto;
patris: madre, augurio: suelo –
el dolmen que señala, la seña:
cicatriz, *psicatriz*: se mueve,
vuelve, protagoniza, embulla
y da malos pasos todavía –
quién es su *allegro*, quién da,
quién dice sus viejas palabras de uso
y desconstruye su epílogo famoso.
Dónde está la fijeza del desplante.
Busca ciego el árbol, la mudez
de la palabra que es la esfinge
ante la cual los bárbaros transigen:
ceiba y pomo, poyo de casa sola,
cancela ida y guardada en su fuga –
asunto de los muertos: orla y blancor
y lejanía de mí y de lo extraño,
ay, muertos mejores que los vivos:
quién se apoyará en su cabeza, en su ojo
para que no hagan más del mármol mármol.
Nadie arrebatará la cifra, la sigla –
la letra que hunde en él toda su furia.
Anamnesis, *anamnórisis*: Tánato

caminando sobre el pómulo yerto:
viene una abeja: zumba, liba, multiplica:
pómulo de candor rodado, levanta aquí,
levanta tu vicio íntimo, tu roña:
mátame a mí – haz de ser, as –, has
de ver mi faz mayúscula y redonda,
el verso y el reverso, poliédrico murmullo
de las horas que me han sido dadas
cobar sobre la tierra, la única.

EL ENCHUFE

Mucho de nada: asunto de los vivos:
el retintín sobrado de razones: no hallan
coger bastante lo terrible: tu nombre,
ese memorial donde la música, el ruido
interior matan al César de *uno* en *uno*.
Entelequias son, bastardos aburridos.
Ella encuentra una sábana a mi miedo,
y Dios escribe en mí sin cortapisas. No
a la nada: la náusea, el asco fiero –
esa demora, esa pausa, ese silencio:
inextricable límite se aloca; los candados,
este Cien que no es más desobediencia:
caen los granos solos, se incorpora la Música –
musitan mis *dramatis*, no gritan, y a la novia,
sola en el sopor congelado de la siesta,
no ofrecen pistoletazos ni empujones: le dan,
son el dador, al que le retuercen el precuezo,
al que desollan vivo y quemán. No se callan
vomitando la nadería algarábica: redoma atroz
donde el testuz del buey vuelve a su doble.
Cintas, lazos, zapatos charolados: la muñeca,
la mueca estéril, muesca del sinsentido,
examen que sólo pasan los guerreros, cajas
que acumulan los necios: creen que progresan
con su *nuevo sagrado*; y cajas no, papel sólo
al retrete: ínfima poquedad donde nadan
los falsarios: ni una uva, ni pizca de Otro:
nada, y el enchufe en su concha hace la perla.

EL CONMUTADOR

A veces los placeres no son placenteros.
Yo vivo en un placer, no en el placer.
Al frente hay una plaza.
Pero es en mí donde crece la escoba amarga,
por si Ud. tiene sarna: sí,
Úntese de mi zumo, y no transija.
Soy sólo la pieza de un objeto,
de un artefacto de obsolescencia ilímite.
El que me fabricó creo creer que cree –
que cree en el Tao Te King. No creó nada;
siguió, como tú, las instrucciones del demiurgo.
No lo hagan ahora. No me empuje Ud. arriba;
no me empujes tú abajo.
“Tú vas a ver. No sé; sí; pero, bueno”, le dicen.
“*Tu as bien compris*”; le grita el viejo –

toma su lima grande, y con su lima no amola
algún cuchillo: sólo le raja el cráneo;
y el *cuasi* adolescente se atortoja, sangrando:
tiene una camisa blanca, y con la sangre
se anega Le Marché Aux Poux –
todos los objetos de perención cifrada,
y el viejo, el adolescente y todos los toldos
de colores; sólo queda un tordo posado
en una rama que no tiene ni raíz ni sufijo –
un tordo al cielo que es un pez que soy yo.
Tardo llega el reflejo a quien no es
una piedra de augures. No soy una cosita –
controlo yo el fluido:
tenme ganas.

PIEZAS INTERIORES

1.

Pero la grandeza del hombre está precisamente
En querer mejorar lo que es. (Alejo Carpentier)

2.

La libertad es la religión definitiva. (José Martí)

3.

con llama que consume y no da pena. (San Juan de la Cruz)

4.

sobre la permanencia y el orgullo. (Pablo Neruda)

5.

N'y vas pas

Tout est combiné d'avance. (Jacques Prévert)

6.

La realidad me inventa
soy su leyenda. (Jorge Guillén)

7.

Iba de prisa, de prisa,
Calle de mucha pared,
Pared que se me alargaba
Más que tanta rapidez. (Jorge Guillén)

8.

O rose, thou art sick! (William Blake)

9.

...el bobito, frente de sarampión, mamita linda. (José Lezama Lima)

10.

Because the World is round
it's turn me on. (John Lennon)

11

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas. (César Vallejo)

12.

Jemand schutter Licht
Aus dem Fenster. (Kart Krolow)

13.

Es la soledad la que hace más ruido.
Esto le sucede a los hombres
y a los perros. (Eric Hoffer)

14.

O make me a mask. (Dylan Thomas)

15.

... la propia compañía. Sobra espacio
y no se ha de perder ningún escándalo
para quien ama escándalo. La música ... (Eliseo Diego)

16.

Vamos a ver, hombre,
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite,
estoy siempre a tus órdenes. (César Vallejo)

GRÁFICO DE PRESIONES

Conéctela. Enciéndala. Vea que traza
un Círculo Perfecto, fija o puesta a girar:
es preferible estar en una habitación (todo lo es),
o en el baño de aquélla: si no resulta,
saque a su mujer del gineceo, inclúyala;

y llame a Enoch, a Thot, a Hermes Trismegisto;
tenga, además, un gato, una radio (de cualquier
modo nunca se tiene nada), no se mire al espejo.
Crea que lo más ínfimo es el todo.
(También ella se lo dice.) Tenga o no
treintaiocho años, o espere llegar a los 41.
Ha de morir un poco a los 33, y vea el calvario.
No haga llamadas ridículas; pero no tema
al ridículo: ella escucha, y lo llevará a ella.
No firme ningún protocolo: sus lazos son otros;
no adorne el recinto, así es mejor, aunque no
pueda escapar del conocimiento. Antes o después,
si es que hay un antes y un después, verá
el Único Pacto que merece y es. Déjese. Sea
el niño que le teme a cualquier ruido,
y así oirá la Música: transmuta.

LA SOMBRA DEL DECIR

(1997)

UMBRAL

Esto no es más que el arte de ser ridículo. El mareo, el vahído y el vértigo asumidos por estos papeles divertidos. Shakespeare no podría comprender mi Caribe, yo tampoco, y como él estoy muerto. De cualquier modo, es imposible que se comprenda nada. Si alguien te da un regalo hoy, tómalo, pero no pienses en el trueque de dones –si llaman a tu puerta, puede que no sea la luz, pero no pienses que soy yo. Más vale la fuga que un convenio que nadie cumpliría. Estos remedos de poemas anhelan la magia y no se encuentran a sí mismos. Tampoco ofrecen la cábala. Quieren, una vez más, por mil, ser dedicados a Anita Jiménez.

ÁNGEL ESCOBAR

La Habana, 4 de septiembre, 1996

TRIZAS

Hay una voz que nombra lo guardado.
Hay una voz que calla.
Qué podrá traer que ya no se haya muerto.
Estar entre cuatro paredes: y ver el basural
y la espina que hincan en tu alma helor,
y asuntos sin fin y sin llama y sin quejas.
Cuatro paredes solas –sólo tú ves la magia
y no cuánto suplicio. Dame, blancor frío,
un espacio; sostenme el pulso: baila, sangre
así nunca postergada. Déjame ver sólo
aquel cocotero que abre mis ojos
hasta el significado.

ALHELÍ EN VIGILIA

Vida hecha de chirridos y de antenas –
videos clips y gritos de fanáticos –bombas;
calles frenéticas. Famélico peldaño,
¿adónde subes? Robos, risas, desplante –
algarabía que a nadie mortifica –sangre,
befa; sueño que se posterga–: todo para
vender. Inyecciones amigas. Y el grito
aquel que burla tu estropicio y tu hora.
¿Dónde está Sitiocampo?

NO ABSORTO

Por qué vuelven calladas las maneras.
Y las costumbres acarician mi mente.
No es fuerza la trinidad –el suplicio,

la llaga,
el significado.
Viene todo a mi vera, y es el ser –
buena cosa dejar,
quitar la mano:
puja, y vuelve el dogo del aceite;
las escaleras sigilosas y tiernas –
sin un solo peldaño que omita
la memoria de ti, ni tu contrario–:
qué bueno ver, y torcer así un bolero,
olerlo como a un puro recién vendido
junto al baile al sentido del café
y el sol que ahorita caerá a plomo.

ALABANZA

Estuve escondido en el ojo del ciclón.
Allí dormía gimiendo –
todo parecía calma; pero estaba entre
las oleadas del ruido, y entre maniqués
que agachaban la cabeza por todo.
Ahora, al despertar, quiero salir corriendo
desnudo
por entre los pastizales, la hierba alta
del Caney de las Mercedes –
y ver a Solángel, a Lucy, a Vivian,
o a Lourdes,
a Gloria –
estar en los carnavales de Santiago de Cuba:
sólo que alguna adolescente me besara –
eso quisiera–, o al menos, decir:
persiste, brisa
que entra por la ventana.

FRENTE FRÍO

Tengo eczema en el alma.
La regaría con ácido muriático,
con un poco de seconal o de paciencia.
No quiero que sea de nailon,
ni que me la pongan a bailar
entre un billar y otro. No que se me escurra.
Así podrida la quiero.
Que se me pegue al cuerpo.
Quizá yo pueda ver un paisaje, un día.
Lloro despacio; pero una lluvia de enero
año: sí, sí, que borre mi tristeza –
un manto, un paño para taparme el rostro.
No tengo megáfono ni coturnos;
no puedo ser una máscara.
Se me sacude el cuerpo; tiemblo,
me mortifico. Qué es esto que viene por mí –
me anega en lágrimas pardas cual el fango
que dice: “Todavía, todavía”. Soy
acaso un mono trágico –
eso es: soy sólo un mono trágico
que no tendría que ver con la gramática.

AZULES QUE

Soy un macao, me han puesto candela
en el culo y tengo que salir directo
al cementerio. Me llama la cuaresma –
no tengo sexo ni un fósforo para incendiar
mi cabeza. La bulla viene y va.
Me levanta el ruido. Me piden favores
que yo no puedo dar –estallo. Cómo estaría
así acucillado y solo, cayendo, cayendo.
Quién cree que puede aniquilarme el escándalo.

Cómo será el silencio, o escuchar un buen verso.
Qué me zafa, me mortifica y mata.
Podría acaso desconstruir una rosa;
pero me sigue la pestilencia, y voces
de borrachos. Cómo puedo correr, tullido,
roto. Quién me ama. Cese, cese. Salir,
salir; correr sentado sobre mí. Darne maña.
Qué puede ser. Qué puedo no ser.
Y este dolor intransferible y solo,
por qué se multiplica. Denme una hoja,
una mano, una cosa que deje respirar.
No este trapo tirado; no este fantasma
sucio. Sólo un sitio, un sitio donde el alma
fatigue su guerra sin cuidado.
Sólo me paro a ver.

AÑORO

Dame un siquitraque, una matraca;
párteme la siquitrilla. Préstame
tu maquineta de hacer ruido, Dios.
Quiero un fósforo, soy un pabilo –
sécame: me gasto en ti sintigo:
déjame ver la luz sobre las hojas.
¿Podría ser una brizna de hierba,
no un mugido, no espuma? Sácame
de esta celda. Dame un vuelo, un pétalo,
no la hurañez, lo estéril de estas cuatro
paredes. Dime que puedo ser otro; sé
mi prójimo. Ayúdame a saltar
de este edificio de Occidente. Di
que te encontraré –
ven en forma de mujer; sé mi custodio.
Aplaca el frío de las vísceras: hazme
correr; no me dejes sentado sobre mí.

Hay un poco de gloria, de azul –no dejes
que astille tu vidriera. Arena, sol y sitio
a mi huesa. Embúllame; no me dejes
caer. Soy sí, soy no: un tal vez,
la carestía, y me apego al fracaso.
Soy el negro lucero de tu juicio; ponme,
componme –haz de mí un hombre:
soy el colegial, el niño de tu impulso;
tomo la piedra, y soy la piedra, Dios,
déjame ser.

HÁBITAT

Vivo en la punta de un cuchillo.
Si resbalo hasta el filo, sajado
seré antes de llegar al cabo hondo.
Si resbalo por el lomo, me haré añicos
después del mango sucio. Si por los planos
caigo, astillas seré en los bordes atornillados, sí:
no tengo alternativas, y ya no sé
si estar así es peligroso –
ya no comprendo nada:
aquí llegan los ruidos de los alrededores –
querría un poco de silencio,
un ápice de candor, algo
que no mate ni mienta –
oigo una música: sé que soy
un bastardo lastimoso, roto así
cómo se me escapa el arte y surge
la imperfección de este poema.

Así

No temas: cuando mires al cielo,
esa estrella enigmática soy yo,
y estoy contigo. Puedes vivir,
sobre todo vivir. No creas que el romerillo
es insignificante; tampoco lo es un guijarro
o la malva –piensa que están en ti
sólo con verlos. No seas misógino,
o selo si quieres; pero te faltará algo.
No pienses que puedes ser misántropo:
te odiarías a ti mismo, pues eres la medida
de lo humano. Lloro con ganas locas –
ríe, vuela, suéltate: crees que no, pero eres
el filántropo, el que todo lo da,
y eso está bien –es por ti mismo.
Es bello ser y serse, así como la sensitiva
es el llanto tuyo, suave, porque eres niño
y no te has malogrado. Vuelve siempre
a tu lar: eres él también; un día
lo sabrás, y no será tarde –puedes,
puedes. Haz como si ninguno quiera
cortar el lazo –pueden creer cortarlo;
pero es indestructible, y solo. Mira arriba
y alante: eso que brilla bueno eres tú –
no rompas el pacto.

PABELLONES

Casa, cuna, cárcel: celda chica,
prisionera de mí: no puedo salvarte
ni darte un buen augurio. El día cesa,
cae lo oscuro al alma, el corazón revienta
en su ceniza. Cae la aguja al ojo,
lo fijo me convierte –atrás olvido y pena.

Te dejo ser, y soy: eres mi fe –me aguantas.
Por qué huir de ti, anémona transida;
acaso no eres la adolescente pálida que viene
hasta mi vera, oh vericuetos sordo, ciego,
mudo: lo haces, lo haces –estás aquí,
eres mi encrucijada, el trébol, la conquista.
Yo te guardo, te digo sí, me voy (a)penas.
Siéntate y ve, ven, ven, vamos –deja el odio,
que a los otros marchita lo vivido:
esto que viene es irreplicable y solo,
nada lo verifica: busca y halla lo débil.
Oh, fosa, cuna, cárcel, casa, eres la caza
que me dan y que tomo: voy tras de mí
como ninguno; me persigo y me encuentro –
soy este oscuro que llega, árbol roto
naciendo, desnacido, chiquito, y tengo,
tengo esta celdilla prisionera de sí.

TEN

Ojalá yo alcanzara a ser un hombre,
o una mujer o un niño. Se perdió
la promesa, fue un pájaro aplastado
por dos manos frías: suplicio y menta
lejos –guantes, hierro. Tal vez cuando
me muera pueda ser una pira, un río.
O igual a los iguales. Mi pecho ceja
y se aterra, y juega con el manto,
el moriviví y la calma que padecen
los dioses. Estoy más estancado que un vicio.
Me siento, corro sentado, y veo pasar
las cosas en su estropicio, la huida –
adónde irás que no estés sujetando
lo homínido. Qué crees; qué no crees –
escucha: ten paz, como paciencia y garbo;
no todo está podrido en ti: corre, párate,

ausculta; mira, y ve si queda algún
sentido –sé el fiel, y pon la mano,
ponla sobre el significado, abandónate,
muérete. Qué te va. Qué te va –olvídate;
deja el ojalá, hombre, niño o mujer,
no eres la joya, no eres lo que buscamos.
Tan sólo eres silencio; mas sabemos
que, sin saber, en ti está la costumbre,
y está, aunque magro, el significado.

HIELO SECO

Lágrima, tú escribes en mí –
eres ninguno, nadie. Rompes,
y está la música, anterior al silencio.
Qué bien vienes –entre máquinas,
computadores, libros que te abandonan.
Pones tu unguento a la llaga del costado.
Estate en mí. Sacude ese olor a albahaca;
úntame de tu sitio, tú más acá.
Si soy un leproso, sólo tú me acompañas.
Si soy otro, te veo. Y la visitación
del mundo es a través de ti. Pones
mi rostro, contrario a toda máscara.
Me desnudas, mujer mía que no está
en el gineceo. Anestésiamе, y que esta
mañana entre en mí –no quiero roña
ni rencor, crueles cuchillos dando
punta al hueso, puñaladas. Anega
mi cerebro, y sal, brillo a lo mustio
del ojo. Es mentira que te vas. *Es*,
junto al castigo, eres. Dame un *sí*
que no cancele mi deseo. Embulla
este cuerpo cansado de, te digo –
cansado en, cómo y cuándo, y advierte
que estás aquí, junto al clamor y el ruego.

SOL MÍO

Si vieras mi ojo palpar las palmas solas,
darse al campo de lo que lo incluía –
ángeles que son vientos mofletudos,
y estar y estar, estancia de pequeñas candelas,
donde el sillón estilo provenzal francés
es un taburete que recuesta
el lejano dolor y el desamparo –
y viene la pequeña noticia: Munina
en la ventana: la sangre es el ojo,
la Isla, la espiga que ve el mar,
y es así, sin cortapisas, bueno –ya no trizas,
los añicos al espejo que, niño,
no sabe su insolencia.

Ponte a ver: el asfalto no abole el ser,
y puedes darte vuelta –hay eso:
un ahora, un pacto; pero el viaje
a tu centro es la presencia, el dolmen –
pon la mano, bohemio, haz que se quede
la realidad y su doble, caja de figuras,
asunto, tenme ganas. Corre al descampado,
ojo mío con tu carta de marear –tierra
es el mar, palma sola. Y entre las hierbas
donde posas tu pie hallarás consuelo.

SONIDOS

Pon el pie sobre el único anillo.
No bosteces. No te quedes sentado sobre ti.
Perlabora. Incurre. Que el miedo a ser
no astille tu cabeza. Da la mano, el pecho.
La sonrisa cuesta: pero alcanzarla no es
imposible. Sé de ti, de mí, de todos –
devórate. ¿Crees que el buey no tiene nada?

El caldero, el soma, los resguardos,
¿le robarán el tambor a los Ybeyis?
¿Crees que Babalú no está contigo?
¿Eres un guerrero, un náufrago, un adoquín,
la noria que te espera? ¿Eres un tordo
posado en la alianza? ¿Vienes? ¿Quieres
quedarte solo? ¿No hay una muchacha
de más de un milenio? –
el sol, la luna asustan:
soy así, así – esta es la canción,
ten: lo doy todo y no muero – muerte vida,
palpa mis párpados, no dejes de dormir,
sacúdeme –
la tristeza es este Cien matándome:
quiere el mendaz Imperio que me canse,
que ceje; pero la orla al fluido llega:
el bien está conmigo – acompáñame,
oh, tú.

PALESTRA

Oh, sol, estoy podrido; pero salgo
primero que tú; sin embargo, me ayudas
a mirar este cementerio – compadécete,
no dejes que levante la mano contra ti:
eres lo único que tengo, ni vigilia ni sueño
me elaboran, sólo tú, sólo tú – devoro,
más no soy estos desperdicios tirados
al desgaire en las calles: cruzo y me atortojo
y sople – reflejo roto de las jerarquías
amables, tendré así que cantar en la inmundicia
de este Cien rentado –, y callo, buitre
(a)penas: una lámpara para encontrar un hombre
sin máscara, con fe, oh, sol,
te digo que no soy tautología –

esto no es neorromanticismo ortopédico,
simplemente habla la carroña que dejaron
los tragamonedas, los hacedores de asco
y expulsión: Edgar, Edgar, ¿me escuchas?:
oye, este claxon es para que te conviertas –
está bien, mira–mira,
hay un aroma de violetas que está aquí,
y enamora, y quiero compartirlo contigo –
ven aquí, tócame, no seas merchandiste, sol,
tú, sol sin resguardo.

DANZA NOBLE

Veo el sonido de la luz sobre el asfalto.
Soy mi propio profeta, no un tragamuertos.
Melancolía viene y me toca: el soma,
pecho a pecho – sin contradecirme el don
de lo callado llega, en silencio y en música.
Tengo la cara abierta, el sol me da,
y entre el sueño de hojas y ojos que se acurrucan,
veo el llanto en lo oscuro haciéndome señales.
Cómo estaría, reposo y goce,
con mi tierra tapándome: le haría así,
le haría asá – volaría con ella, Isla
que aguarda, cielos vistos, celajes que ver,
amor, y no ardid; junto a los pájaros
de gorjeo soplado en el oído – quede atrás
el orín de los tapujos, gatos encapuchados dando
esternón de camello. El baile aguarda:
la inscribo, señora, en mi carnet. Présteme
su abanico: allí pondré mi nombre, y un número –
es Cuba, Cuba, esta es Cuba –
salón con palmas reales, palmo a palmo:
lo veo, lo sé, lo siento,
y veo, pues, el sonido de la luz sobre el asfalto.

RECADO

Amiga mía, ya es un milagro
que en la obertura que me dejan
el cielo y la tierra pueda verte.
Para la dicha, amiga mía, eso es
ángel, es
cobrar sobre la realidad real,
lo real real que incomoda.

OTRO

Si yo no fuera un cuchillo
podría conversar con alguien que anda por ahí.
Le diría que su horror es mi horror,
pero desde otro lado –
lo atroz no tiene nunca una sola cara.
O quizá todo sería silencio.
Mi balbuceo no alcanza a formar juicios.
Si ese, de quien me despido sin ver,
no fuera a su vez un cuchillo,
la conversación no sería ya la leche derramada,
o la doncella descuartizada en su aposento.
Él viene de un mundo que a mí me está prohibido,
donde una moneda se iguala a la vigilia
y la pesadilla sólo engendra dos cuervos
que, paulatinamente, le han sacado los ojos,
por lo que ya no podrá verme, aunque quisiera.
A mí me taponearon los ojos con el miedo –
tampoco podría verlo aunque quisiera.
Yo vengo de un mundo que a él le está vedado,
donde el sueño es lo estéril que añora una cigarra,
y un atardecer casi lila dice que esta es la tierra
que nos dieron, donde sería bonito remontar
sin más un papalote, y arrimarle un ramito
de albahaca al próximo suicida.

RUBATTO

Ebrio de realidad –
cual la última alimaña,
cual la estrella. Sé ser
tristes papeles divertidos –
no, no es fácil: risa
mía, caudal que me elabora –
me acurruco, me callo,
vuelvo –veo cómo volar:
sí, lo saben los gnósticos –
busco una canción, un tiempo
pobre al espíritu del templo –
escucha: este es el error,
la falla a toda hora
mirándome: abre la puerta,
se va al poyo de la casa
donde Nadie pregunta
por Miguel –y es, y es
la magia, lo que me pongo
es mí, este desaliño:
puede que él lo haya visto,
y yo lo corroboro –es, es,
canto pulido, canto, canto
terso, así, así,
aguja mía, hincas mis ojos,
y yo no los transfiero –*nice*,
pequeña mía, lo recuerdo.

INSUCEDÁNEO

Realidad real, preñado
de ti alzo el pendón marchito,
y busco un nombre, un arquetipo
que no cese y te incluya.
Te paro en mitad de mi pecho.

Busco el linimento que te vea.
Te fugas hacia mí. No me perdones.
Sé que no eres la otrora
memoria de mi miedo.
Puedes ser la fiesta –traes
un recuerdo, un doble:
amo la sabandija, el somormujo,
el topo, los carranchos –
hojas de árboles que nunca
me abandonan –amiga
real real, te pongo nombre,
me socavas, te invito: sé
en mí, ven a mi cabeza,
a mi costado: fuego frío,
no me dejes –todo por ti,
cuanto más huyo, más
te encuentro. Trátame,
y que el trato no vuelva a ser
la trata –así, ven: sólo
te aguardo, y aquí te hablo.

SOTERRA

Oye, dame un break
cual baqueta a la paila –
sé el sonido que me busca:
tengo el vivido, arquetipo,
tu conserje está aquí
secuestrado. Todos los cuentos
sin final bogan –voy;
camina, atiende: este sinfín
de gozo y armonía viene
por ti. Ayúdame a dejar
un recado en tu puerta,
novia mía –estás así
como si estuvieras aún

durmiendo: duerme, y en el sueño
mira lo que te traje:
estas mayúsculas y el sol,
la luna y los resguardos –
quítame este Cien de encima,
hazme una pomada y muéstrame
un campo de adherencia. Pégame
a tu costado, religio, poiesis –
no, no soy un insensato: tengo
la sien en ti, el sentido,
pero este, este, este es el reverso.

GOLLETE

La mícura está en el suelo,
Mamá no puedo con ella –
hazme una cama. ¡Fuego! ¡Fuego!
Corre; se incendió el mar, el agua –
abajo es cielo, arriba tierra, y llega
a ser fuego distinto. Anula, huye –
pásame la manivela. Vamos, muévete:
entre un coche y otro y otro un ramo.
“Qué quieres”, déjame solo –sí, sí,
o no, por favor, no. Risa, risas tuyas –
pon el jarrito y hazme un té, y no sierpes.
Ven. Todo es reposo –y las chalanas
cabecean sobre el pasto azul. Deja
que vuelvan caminando por entre
las dunas. Qué paz es tu guitarra –
así cambiará la época, ay, cruel
milenio. Asunto: la cara de Cristo.
Tema: revolico. Interpretación: lo posible.
Padre, madre, hermanos –y así sube,
así baja; pero la mícura está
en el suelo, Mamá, no puedo con ella.

AGRAZ

No conoces cómo tu risa me da
rostro al placer y al sortilegio. Lloro,
y risa a mi costado que pudre mi aguante.
Risa al sorbo de mí –risa al espanto:
tengo frío, es de noche. Cómo poner la mano
sobre la huella, orla al dolor que me sujeta
y me da nombre. Intuye conmigo,
sol de pena, el hollín, el Cien desierto
a lo preclaro. El pie, la cara –el cinto
del padre golpeando el lado blando,
la tristeza. Azul, brillo que arrasa –
cae el agua: horada los mármoles,
fango, cenagal arquetípico, deforme.
Cómo caminar esta avenida que fintas
de asco le hace al don, marea la cabeza,
apabullante. Pizca de algo, sacude esto,
y dame un lugar donde hallarme, no el frío,
no lo caído mudo, llévame al significado.
Y haz de mí un ser, no un objeto –
no un tráfico de funciones. Moneda
al aire, y transigir –sonreír (a)penas.

RASTRO

Un ya de niño soy –
música y ruido, y verme
así y aquí, tú puedes:
labio le doy al colibrí,
mi piel, la mariposa –
palmas sobre, bajo el aguacero:
mayo lindo, no desmayo
en hacer que el tiempo crea –
este es mi blasón sin subterfugios:

campo mío, ven a mí,
sujétame las ganas. Goce
que trae un recuerdo, no
te vayas. He visto las funciones,
y, en el fárrago de la posmodernidad,
voy a ti por un tin de consuelo.
Sé la magia, sé yo. Aparta
el retintín, las triquimañas –
que no se acerque el tragamuertos,
ay, mi lar. Haz como si fuera sí –
deja que la vida no sea muerte en redoma.
Parto, pico, sucumbo –
pásame un limón por la frente,
alborozo hoy estéril,
ayúdame a encontrar lo vegetal.

CONTUMAZ

Acércate y conquista el don.
Pon el sol sobre el último centavo.
Ve que la curva emerge.
Da de ti. Quita. Siente. En bien de ti
se humilla la conquista, y resquemor,
y huye la mandada gacela del miedo.
Es sólo una hoja que no hay, don infinito –
al árbol, tronco de tu sortilegio,
y te hablo desde el pan, higo roto,
moneda que no añora el subterfugio –
Jano fortalecido, vilipendia el recado
que dijiste, y es mi pulso el desdén,
la contraseña. Aguanto solo el mundo
en animales cobijados en cosas,
marchito silogismo, es mi sí, son el no
de pariguales –hierro al candor,
obtusas las mitades: póngome a ver

el signo, descubijo, y va el lastre
a la espuma, ola y filo de esperma –
ven a mí, arrasa, aguanta. Da el dos,
otro y no, sólo en sí mismo, y que el raptor
se aterre y decapite. Porque yo tengo
que sin más doy curso, resucito.

DOTRO

Marchito, pon el cuerno a ver si ahora,
detrás de la famosa algarabía, está la noche,
sol de tus iguales, y el abismo en tu mano
resucita. Marchito, doble mí, cunde en la sala
el trópico en solaz sal de suplicio –
bulle el salitre negro en piel, y al campanario.
Qué quería la floresta. Qué me das, sol
luna campante. A tierra voy,
don de mí, sin más de tu cuidado.
Cuerpo, resguardo, llaga. Mente afín –
mentís del que dispenso. Hazme un buen truco.
Ven, animal de feria, y ten la llave –
qué ruido me enarbola. Este que va a morir
ya está bien muerto. Y civilización y hurto,
pues que en vano vinieron, yo voy
a despedirme. Desliz, agua rota, contrito
soy la seña del candado, a mi fin va
la novia, añicos, flores, quinqué manido
sin rasurar buscando un hombre.
Es real el aspaviento, y los dichosos de su mal
transigen.

CUADERNO

Qué quiere tu proclama en sortilegio.
Si mi mano disiente, pulso aloco.
Qué me da del igual en su estandarte –
la diferencia, el golpe de la flecha.
Aúllo; salgo de mí, pulso que me convierte.
Y mi mano seca va al desplante, sinfín
de mi cuidado, guarda tu retintín solícito –
hay un cuerpo que aguarda sin temor
la gestión de metales que le dan y que le quitan
lo guardado. Ten sin más la mitad de la mano,
obnubila el suplicio que me ronda y tomo
cual si no hubiera más que lontananza.
Y qué hay de mí en el rostro del leproso, acribillado,
ahíto de salmuera y Cien desierto. Siglo
mendaz, y fiero abur de nubes descuidadas.
Cómo bolear, quite y adobe, el dolmen,
la estructura. Me da el cirio en la mano,
en vilo abismo que no cejo.

APUNTE

La soledad remota del talante a ciegas –
oscura poquedad, riel de bulla anhelante.
Viene a mí el riel, aluvión, fiel de sí,
marca de mi costado. Agobio, finta, azul,
mujer, qué me haz, qué me hace, qué has.
Si tú no tienes más que voy de lado.
Ciempiés, tren que me aplasta,
pútrido voy, de mi carroña al límite.

PENDÓN ANOTO

Me han borrado el convite entre las fieras –
ciudad de mí,
voy y mastico el tallo de un romerillo ciego.
Dónde poner mi cuerpo que se diluye y canta,
sin la mente, sin ti, sin parabienes.
Me hago un vicio en la noche descabezada –
tonto aloco el confín,
ya tu desierto no me mortifica.
Gamo sabroso, el ojo huye al resguardo –
trampa sin fin, gozne, apabullas, mientes.
Qué me da, que doy y no, porque no imploro.
Soy el bicho fastuoso, ahorcado sin tapujos
en la viga, ay poste, cruz, muerte al fin –
dame tu maleficio y huye –
cómo corre la sangre, oh sol desbaratado,
silencio que entrelazas los olvidos –
vil, vil, haz tu cifra, haz tu límite:
yo aguanto.

BARTOLINA

Desde mi celda sólo escucho chirridos ininteligibles;
pero no siempre he estado aquí. Me gustaría
ver algún prado de los tantos prometidos –
o sólo ver una hoja caer o mecerse,
que pasara una brisa, ver una estrella
o la luna. Hilo estas palabras entre mí,
y a veces tengo sueños que parecieran placenteros.
Estas paredes me conocen, el hierro también.
Puedo moverme apenas, pero mi mente a veces
vuela –es ella la que me dice
que la muerte quizá sea un consuelo.
Podremos entrar a ese otro recinto;

con tal que lo de aquí no se multiplique.
Yo tampoco quisiera la repetición de lo mismo.
Sigo solo, y en este instante sólo me busca
una palabra: Dios.

ADOQUINES

Tengo el pensamiento atado al cuerpo,
el cuerpo atornillado al pensamiento.
No me puedo librar de esas dos cinchas.
Quiero volar, y vuelo; mas me acompaña
el cepo que me ciñe y aguanta. Corro;
pero no puedo zafarme la mordaza. Niño
no puedo ser, ni abuelo ido. Soy estéril,
más que el silencio paridor de actos nulos.
He sido condenado a mí mismo: hoguera
que en sí se contamina, guillotina que suple
la posibilidad de lo bailado. Nudo cruel
de mi rostro que ni siquiera anhela
ser la luna. Las nubes dejan solo al corazón
que se ahoga en una idea, prescriben borrarlo
al gran tullido. Ese rumor que susurra sobre
mi cabeza, indigna la hace del rubor o del cambio.
No sé por qué me dice que no soy inocente.
De nada me ha servido contener el universo –
porque en mí se marchita, seco de sus festines,
y se transforma en un pañuelo que siempre,
sin querer yo, o queriendo, enarbola otra mano.

CARTILLA BORRADA

Qué pueden decirme los astrónomos.
Desde este campo de algodón sé que ese algo
es injusto. Cuando me siento entre el millo,
sé que las palabras me han sido dadas
no ocultan mi vergüenza, ni me dan justificación
entre las espigas y el sopor del azul que humillan,
en mi respiración, todos los conceptos. Tomo
un tren, y esa multitud que me deja solo
en las ciudades, anula el no saber que busco –
mientras, no haber perdido el conocimiento
me deja entre semanas, días, meses, siglos
que no admiten un cumplido. Mi galantería
con el tiempo y el espacio es rechazada
como me rechazan la colegiala y el místico –
dejándome en esta calle que no conduce a nada.
Estos edificios me hacen añorar la malva –
cuando tuve la malva, me convertí en la nostalgia
de pueblos y edificios polvosos venideros.
Corriendo entre pastizales, ya tenía el recuerdo
de la náusea, la precariedad de la angustia,
y el tartaleo de la melancolía. Ante este jueves
no puedo decir lo siento, y que algo o alguien
me escuche. Sólo veo mi silencio, sólo sé de él,
y sé que ese maldito espejo en mí me miente.

EN LO CIERTO

No puedo ser la luna;
pero su espiga nace en mí –
no la ocultan las nubes,
aunque esté desastrado.
No puedo ser el sol;
a cambio, mi corazón te da

todos los reflejos. No puedo ser
la menta, o el astrolabio de Colón –
también la menta añora los párpados
de la amada, que yo puedo tocar,
y puedo ver, sin más, los ojos de Colón
que ahora me están mirando. No sólo
soy basurales y cuchillos deshechos –
estoy alegre, tomo el panal del mundo
y no me pica su avispa. Tarareo
el hacer y el transcurrir, y me baño
en un agua que me limpia de las filosofías.
No quiero endechas ni sofismas –
bailo al compás de un alma
que hoy, ni mañana ni ayer,
aún queriéndolo, humillan.
Hoy salí, salgo y saldré de mí.
No me reprocha, no, no, no,
sino todo lo contrario, me besa,
abraza y mece esta preciosa dama.

TRAS LA CELOSÍA

Yo digo lo que susurra, muerto, mi cantante:
No hay dolor más atroz que ser feliz. Puede
que sea invisible, pero vuelo y soy el moriviví
amargo. ¿Ves allá en lontananza un rostro, el rostro,
mi rostro que te aguarda? No te embulles, busca,
búscame en el sopor y el frío, en tu miedo, en tu dicha –
esa eres tú: no el hielo, no sólo el significado –
¿no sabes que tu pie sobre la hierba está en el cielo?,
¿que tu mirada justifica mi mano?, ¿que el infierno,
sólo corrobora mi alegría de ser en ti? Escucha:
si te escondes, volveremos a vernos acucillados
en nuestro secreto, misterio de esta canción que humilla
el orgullo falaz del contrincante. El mar y no el sol

es mi único rival –te traigo el labio a punto: anoto
este fluido que me deja lelo. Soy sólo la mitad
de un vicio menos un guante –tu portalligas
ausente, y el vestido que cae sobre el odio del pene,
bajo el dichoso horror de las mitades: rencor,
roña que desplaza la bruma –es la caída:
una catedral gótica en Colonia, y mi botella de aguarrás
que barre la otra íntima cara escabullida.
Y me voy y me quedo, y tu sola mano sostiene
la otra vía. No te pierdas.

VIOLÍN DE BRINDIS DE SALAS

buscando a Juan Cristóbal Nápoles Fajardo

Estas flores que rezo anticipan a Polímedes.
Por hoy, soy yo quien tiene la medida
de todas las ciudades –veo una verja
a la que el sol le da, y me visita Dante.
Ese rumor escrito en la plegaria de Plácido
está en mí –juntos hemos estado en jardines
imposibles. Nada ha podido evitar nuestra charla.
Hay embarcaderos sucios, rincones donde se solazan
las ratas –palacios, mármoles, platería
donde él aplasta conmigo un cigarro furtivo.
Y a Milanés lo quiero, y lo ofrezco verso a mi prima
adolescente –tórtola no cautiva. Y a Manzano
le digo que soy él –juntos miramos el cielo
indescifrable de un París comedido. Viene a mí
Luaces –somos el dos cumplido, estatua
del decir, el entorno que cena en Boticelli –
nace una Venus, y todos somos Luaces y Zenea,
estamos llorando por Fidelia. Bien me acuerdo,
hace una tarde de Pérez de Zambrana –
escribiendo conmigo el don desconocido del callado.

María Zambrano y la Avellaneda traen la piña de Zequeira,
y él, sólo él, ve su dolor como ninguno. Urbach y René
López ven desde el Malecón conmigo esos barcos
que pasan –soy Salvador Golomón, y entiendo
esta ciudad, y todas las ciudades donde ha muerto
un poeta, cada uno es sol cuello cortado,
y todos son Julián del Casal, José Martí todos,
en el bien y el dolor,
y en la alegría que justifica al universo,
y están en mí todos, así en mí que también soy ninguno.

para Cira Andrés

EL ARQUETIPO Y LA HORMA

(en una exposición)

Para violar las siete puertas de Hermes,
Thot busca el nombre soplado –fagocitos
grabados donde el cuerpo es la rosa, sólo
la rosa pura, la paloma –falos arquitectónicos:
esperma sobre las siete maravillas del mundo
que son dos, que son tres, y eres tú sola. Feo haces
del diario acontecer –carmelita descalzo escanciando
su tonsura sólo al sol, no a la luna de Camerún,
cuyo rostro añora los lienzos sagrados. Es la nostalgia
de la doble infancia –claror de la vejez, frío
el innominado trabajo de los días, niños cansados.
Y hay rictus, velamen, cirios rotos, madera de hurañez
donde las falanges que rehúsan tocar mi alma
dan tres golpes. Ven, color vivaz, llévate
la quimera, la desolación de mi séptima angustia.
No hay juego sobre el número perfecto: esta habitación
que otros tildan de loca –cien losetas, verde, azul
de miedo pánico donde hociquean Circe y sus puercos
salidos del retrete–. Y hay imposible Itaca donde nadie
ha llegado para descuartizar a los pretendidos

pretendientes de las hijas de Lear, Macbeth ya no rey,
y Ulises que conversa con Tartufo –negro posado sobre
la lúdicra palidez de la piedra que me enarbola–: se mecen
las recién llegadas, atizan luego un fuego ciego,
mudo al resplandor de sus miradas. Y una cuchara
y un vaso dicen: “Sé tú”, y las celdillas húmedas
constrñen al tres, al cinco y al dos ausente, y celo
le dan al vigía atroz que hace señales desde el faro.

CARNAVAL

Te ofrezco un yo de amor y un Arlequín.
Tómalos. Baila –Colombina, Pierrot–, dame, dame
el don, el sol de un son montuno: huerto que no,
que no es de pesadilla –Melibea, mulata
que me mira: canta la conga, canto, se enlaza,
arrollo, río de sí, ven y prueba, pendón, argolla,
sortija de mi mano. Anillo de Moebius –
qué lectura me ofreces –conga, conga, muchacha
y son, me das tu corazón gemelo al mío –
y al dulce lamentar de dos pastores, Salicio,
Nemoroso, tu égloga se compone en Padre Pico.
Picor, ese sabor dispone lo bailado: dulce alianza,
pañuelo, fulgente cinta, astro al labio, y sí de mí –
de ti me embullas. Un poco ponle brillo al tropo,
dale, ritmo expele, esplende así: mi camarada.
Ni una joya ni un guante ni un delirio, o sí,
joya, guante, delirio –
mente desaplicada –desnudo ebrio
a cuerpo así rendido.

YAGO*

Ella es veleidosa. Huye de Ud. y se esconde entre las manos de otro. Esos resquicios de su corazón, guárdelos. Ella en sus celdillas no alumbrará su esperanza. Qué seguridad puede ofrecer alguien esquivo y vano. Sus ojos traicionan al espejo que Ud. es, y lo humillan. Cuando ella mira el agua en sus abluciones, está buscando una forma de mentirle. Su pañuelo suple su seno, y lo da a otro. Ese rubor fugaz prepara su buen decir callando. Ella se fuga, es una trampa. Si Ud. mira el rocío, no piense más en sus párpados. De olivo a olivo ella completa el olivar y lo levanta de raíz entre estas mansiones apuradas. No la encuentre repetida en la fuerza de los ejércitos. Ella no puede donarle el ejercicio supremo, esa entrega a su anhelo. Ni en el mar, ni en el cielo, ni en la tierra, ella no es el dulce arquetipo de todas las naves, ni el polvo que suplanta el grosor del temor en las batallas, ni el dije del valor que en pérdida o ganancia lo hace a Ud. hombre. Ella no es, ni puede ser el resumen de su vergüenza. Vea como no está aquí, cuando Ud. más la busca y se desgarrá. No tenga Ud. más esos labios deseosos. Es ella, ella la que más mortifica. No es su razón, ni su vida, y tampoco (perdone que susurre) es ni será su muerte.

* Habla con Oteló, como los dos nobles que siguen. Desdémona habla sobre él, cerca ya de la muerte.

UN NOBLE

Estás aquí en nosotros, entre prestigios y joyas
y ropajes vistosos; pero eso no te saca del desprecio.
Quien crees que se humilla ante ti, hace
un bolo del desahucio con la burla.
Tú causas náusea, y su deseo es vomitar
sobre ti. Cualquiera saliva es poca, y un pescozón
le baila en los ojos –son blancas sus manos,
y quieren volverte a la servidumbre y a la huida
sin decoro. Tu forma de ser solemne
es un secreto que anhelan hacer correr ante los perros
de caza. No y sí eres una presa fácil –la protección
a tus dones de mando es bisutería de cambio.
Puede que tengas un sueño. Para nosotros, todo
tú eres una provocación de feria. Lo que te digo
no es una atrocidad: no eres un hombre.
Vuelve a las costumbres de tus antepasados.
No toques, ni mires, ni nos suplantes ante o sobre
nuestras mujeres. Te crees libre, pero sólo
estás encadenado a nuestro rencor. El signo
de nuestro odio anula tu presencia y garbo supuesto.
Tus deseos sólo causan la muerte, y los rastros
que exhalas nos colocan en el día del asco
supremo. Nuestro anhelo es tu ausencia. Vete,
deja nuestros canales que se complacen en Desdémona,
y aprende de una vez la lección: tus sentimientos
aquí ni en parte alguna te harán libre de mí.

OTRO NOBLE

Puedes jugar a vencedor –entre nosotros
sólo eres piltrafa y porquería que hasta
los buitres despreciarían.
Y los buitres te tienen.
Puedes ser esbelto, o suelto margen –

tu esbeltez sólo anuncia tu propio desconsuelo.
Puedes ser taciturno –tus palabras se confunden
con las de los mozos desastrados y los talabarteros.
Puedes ser un anhelo –tus deseos son esa pesadilla
que tira nuestros días como desperdicios a la calle.
El humo de tu silencio, cuando giran tus ojos,
involuciona hacia tu corazón –no tienes alma,
no eres una criatura de Dios. Eres vacío, nada,
despojo de nuestra historia clara, límpida
como la daga que algún día aplicaremos
a tu cuello, mohoso de terquedad y delirio.
Nuestras conquistas te hacen a ti una rara
manía de suciedad y vicio. No nos importa
que algunos melancólicos te hayan encumbrado.
No eres más que una sobra en el convite,
indigna de los perros que acicalan tu miedo.
Deberías ser caníbal, y no tener precio
ante mi espada. Algo bulle en mí,
y eso que bulle me dice que no estoy equivocado.

DESDÉMONA

Es vigoroso. Su voz son los ejércitos
que él inclina ante mí, y luego es
la dulce gestión de su cuerpo en el mío.
Mi palidez se anula, roza mi cara y rosas
crecen dentro. Mío es, sus rizos a los míos
disparejos. Su mano unge mi busto
de rocío llamarada: mi pecho a su mirada.
Alcoba dada así y cierre sin aldaba, lo hacen
pasar a mí. Y a mi pesar lo abrumo.
Qué goce ver sus ojos en los míos, y luego
sus cabriolas. Es el amor quien vence y da
vigor, languidez no dicha de mi cuerpo.
Quiero ser él metido en mis rubores, y no el dolor,

o sí, ese suave dolor que me atolondra.
Porque su vista se mece ante mi vista,
giran sus ojos, y el temblor no desplaza
el deseo de sentirlo de mí como ninguno.
Cómo recostar mis guedejas en su hombro
y no mortificar, duda que así lo invades.
Bucle al sol mío; soy el recuerdo de todo
lo que ansía. Sólo quiero su mano, mano mía,
diadema que acorralla mi garganta no huida.
Fugo de mí; mis labios a sus labios son iguales.

ELECTRA

Estoy sentada en este hormiguero
esperando que llegue Orestes. Oigo
voces que vienen desde el templo.
Pero no me hacen desistir de esta espera.
Egisto está en el vientre de mi madre.
La sangre de Agamenón no lo acorralla.
Él pasea por todo el lujo del reino.
La ciudad está a sus pies, niña
díscola que embulla a ciudadanos embozados.
El síntoma de mi angustia es el abandono
y la desaplicación de mi cuerpo. Orestes
vendrá, pondrá algo tibio entre estas piedras.
No sé cómo Clitemnestra puede entregarse
a la irrisión de un tálamo sucio, malparado, sí,
cruel viajera en la negación de lo perdido.
Sólo el amor podría darle sentido a mi rencor,
que convierte mi dolor en esta espera. Bien sé,
no es vana –puedo ser la cabeza de Orestes.
Pueden venir comediantes, en el zumo de la vid
encapuchados, incluso con el rostro de Dionisos
echado a perder por sus artimañas, o sólo
venir en clámides vistosas, y aun con carros

de fuego –pretendientes caníbales del miedo,
y ponerse, ponerse, y aún imponerse ante mis ojos –
puede así este mal mundo mostrar su espalda
esquiva y refugada –yo sólo espero a Orestes
así entre las hormigas que se repiten, y se repetirán
contra este anhelo incómodo que aquí así me apabulla.

ORESTES

En parte alguna vi el fulgor de los ojos
de Electra. Desterrado, escondido en mi espera
de algo que me sacuda el estropicio de esta hora,
ajeno, impróspero, vencido, solo con mi silencio
volveré. Tendré refugio que ya no buscaré
en las nubes de un fermentido cielo que deshiela
sobre mi corazón su azul borrado –lejos, lejos,
cómo aguarda la caricia de aquella lontananza,
la mirada del lar, mi parentesco, el agua
que aliviará la sed del descampado. Un árbol,
sólo un signo, una seña que pueda llamar míos.
No quiero más los pies de este cuerpo que en mí
llevo colgado –quiero asentarlo, y que dibuje
un mapa con las manos de Electra. El grito que doy
y soy no pretende conmover a los dioses. No
va mi cara a los cumplidos del viento o de la luna
que constriñen mi inextricable lejanía de ese allí.
Soy, si en mí vuelvo, todos los parabienes. Mi sol
no se repite, y aquellos elementos que desteejen las ganas,
y las tejen, lienzo y algodón de la intemperie,
me abandonan en sitios recorridos –no puedo ver,
todos estos lugares anulan mis sentidos. Corro
sobre mi cabeza, se escabulle mi aliento, y más
me agito cuando entre tropezones llego a mi alma,
y la acuesto entre mi corazón y este siglo blindado.

CEMENTERIO NO MARINO

Por qué habré de caer,
doble presto al espejo cual hormiga.
El azogue repite un falso brillo –
gestos, cuerpos, figuras–, no estoy
ni en el afán de trovar un imposible.
Aleja el intermediario la voz
con su voz,
y es la mejor mudez el sol que apenas
sabe de sí lo que otros han mentado.
Cómo quieren que sea la exaltación
del crepúsculo y la hora
del mediodía que se ahorca
tan cercano a la aurora. Puede
este acoso a la belleza, sortilegio,
repetir de mí mismo la fuga,
vida que hallé en la muerte,
el otro lado; mas no anunciar
a la novia que espera, ni desposado
verme palpar el rostro de mi rostro –
que no es la voluntad, ni el subterfugio
donde no entra la cara así en mi cara,
y donde lo que buscas se ha ido ya
a la centella que piensa en mí. Sólo de mí,
transido, soy el primer ausente, no el espejo.

S/T EN SOMBRA

Pájaros que dibujan mi cabeza,
cuervos, alcaravanes que disputan mis ojos,
no puedo ser un hombre.
Si llego a mí, como un pistoletazo
cesaré sin estruendo. Seré el silencio,
el hombro de la filantropía. Y ustedes

me llevarán al coto a mí vedado
donde una mano al rostro fugitivo
ponga dentro de sí. Cuerpo del cuerpo
seré, y no el proscrito. Mente a la mente
afín, no del tarado. Lastre
que me hace caer, volará
del suplicio justo al significado.
Añoro aquel amor, cuitas
que ya dentro de mí no perseveran.
La noche es luz, y la luz
de mi aullido será dulce ventaja.
No me ciñe el desnudo, ni otro
arropa la venganza que lo real real
contra mí ha perpetrado. Signo,
explanada, altozano que ya
no teje ni desteje, ni imbrica ni articula
mi mortaja. Error, error,
simple error predicho al predicado. No saber,
no saber: eso busco, y busco y lo hallo
en la rosa negra de este círculo roto.

DON JUAN A DOÑA INÉS

Eres el antes y el después de mi tumba.
Artilugio, eres mi sacrilegio. Tienes
lo que de mí carezco en mi figura. Escondido,
he tratado de ser el doble del deseo de ti.
Astro de sí, mi labio junto al labio, la mano
del suplicio que añora el bien de ti, el mal
de mí. Aparición súbita al pecho, contorno
tuyo al pecho: Naturaleza y Dios, cielo
que aguarda. Tu fuga al lirio humilla.
Veámonos en ese rincón demorado del gozo.
Hazme volver a mí –las otras fueron nubes,
celaje a mí rendido. Tú vas al arquetipo

de las palabras que a mi boca enamoran.
Veo tu respiración. Entre estas ruinas, la triple
mañana de mi ruego violeta hace salir la luna.
Escozor de lo prohibido, miedo dichoso, asunto
que repite tu carmín, abolir me hacen la huida.
Y Zorrilla no conoce lo rijoso, ese ahora,
sangre y semilla: lazo deshecho que empuja
el roce tenue, azul de tus caderas. Blancor
ciego, calofrío de la víspera de ti. Negror mío
amanece con la firma de Dios en tu pañuelo.

(Umbral de la ficción, a tientas, tu cuerpo
invisible el mío vuelve, en perseguido ruego
de la litografía que más inútil hace así esta página
que ahora mismo deshago con asco y sin recelo).

BISUTERÍA

Qué pueden las estatuas a mi ruego.
A compartir la náusea, viene la bella actriz
para que con los ojos cierre su cremallera.
Sobre mi corazón camina dando saltitos locos.
Yo sé que la persigue el asesino. Y no soy.
Por qué mi mano abolida no toca ahora
aquel horrible terror de las esferas. La busca
a ella, que sin cesar se oculta de su miedo.
Pero llega la otra con su azar transfigurado.
Y da su cuerpo en papel de regalo. Entre un peldaño
y otro y otro y otro, añora el mal de sí
a la fugada. Y el orín del desierto
expande un vicio ciego y tres malas costumbres.
Cómo puede el pésimo viviente fetal acuclillado
encontrar la no dicha pulcritud de su ahora.
Autómatas, pelícanos, monedas, dramatis personae
que arriman su tedio a la melancolía,
y a la melancolía el ácaro de la ciudad podrida,

lo rodean en la mugre de la noche hecha añicos.
Se llevan la paciencia, sol muerto del orgullo
que tildan de baldado. Y no hay campo, sinfín
adolescente, ni hierbales que omitan o repitan
el páramo del algo inencontrado. Susto
de ver que huyen las playas en el cielo,
los cielos en aquel retintín sobrado de razones.
Qué pueden las estatuas a mi ruego.

ACÁPITE DEL BREVE

Una niña se inclina sobre mí: albahaca
y lino fino –un pájaro sobrevuela mi cabeza.
No puedo estar muerto todavía. Seco, estremecido,
tengo el recuerdo de una tarde y dos puertas –cielo
busco, tierra: peñasco, liquen. No sólo veo polainas
y casaquín bordados, ni cuchillos volando solos –
ras de rey coronado, doncella ida y el aposento lejos.
Azogue que no me multiplica, niña mía violeta, ponme
la mano aquí: alivia, Macorina, este deseo
que ronda lo guardado. Estábamos mitades de madrugada
y tú me dijiste que huya: cielos amarillos, rostros
inconclusos. Puede que yo esté dormido y una piedra
me aplaste; pero antes dame el don de tus ojos tuyos –
dame la mano, vámonos –corre, vuela, estremece
este ciclón callado. Haz que yo pueda verte, haz de luz,
faz, mi cuidado. Un vendaval escondido percibe este rumor.
Y quieren circunstancias, argumentos: que justifique
la vida de mi muerte –no estoy colocado, no lágrima
sólo. Anima, ausencia –lejanía, rencor–: no, Nadie
te lo dirá. El Ajeno vendrá y se acostará en esta yerta
página, araña del desierto. Amo esta ciudad sumergida
en el anhelo –rostro suyo soy; piropo que me aguanta,
ciudad, puerto del vuelo, ve que yo pueda verte.
Toma, y dame ese pañuelo, la cintura, los ojos –
y llévate la voz, la nadería furiosa que me ronda.

TREGUA

Antes del penfluridol, que venga el mensajero –
el Pedro, el Pablo, el Tito: me digan que soy
la lacrimosa, la puta de los cabellos cuarteados.
Déjenlos que pongan una rama en mi puerta.
Acoso, sospecha y amenaza: rasante vuelo,
tinta que atolondra, canción que callo.
Ni solo ni acompañado, ni en antes ni en después.
Déjenlos festín, caireles, pulso falso y desplante –
que vengan los mensajeros a pisotear mi dicha.
El hoy se escurre en mí, cuchillo a la garganta.
Ayer fue ese punzón del que no puedo desaplicarme
nunca. Mañana entre carroñas soportaré este frío.
La nieve es una dama que escolta Gardinella.
Y el virus de la paciencia no me justifica.
Cómo salir de este candado. Fluye, brota,
Lázaro sin profeta, vuelve a ser, multiplica.
No dejes que el Cruzado te deje en el páramo,
limbo de ti –riel que no aguanta.

ELLA VENDRÍA ESTE DÍA

Segismundo me mira, se vira y grita:
“Prohíbe y multiplicarás”, y farfulla: “dale, dale”.
Tiene los ojos rojos, los labios retorcidos como avispas.
Yo soy adolescente, estoy enfermo de un amor
que no mira. Ella se va a otro balcón sobre piedras.
Amor, padece, calla. Segismundo es un fugado –
Calderón lo acorralla: es el primero que llega,
pálido, deseoso. Yo soy aquel torreón en lontananza.
Nada me aguarda a mí. Aquí traigo
mi cuerpo –él y yo entramos en los cinematógrafos
furtivos y anhelantes, con la respiración cortada.
Ese o esa que me roza la mano, mi cuerpo –

que me deje: yo he desandado la ciudad detrás
de Gloria, y el fulgor de su ausencia me anonada.
Sólo ella; pero ahora la víspera de esa niña me invita.
¿No soy un niño acaso? ¿Me dejarán entrar en mí
sin un maldito diagnóstico, sin un decreto
que mate a Calderón, a Segismundo, a Gloria,
y a la que me tienes postrado escuchando una música
del Veinte? Juega, juega; deja el horror
a un lado –da el labio, adolescente mía:
mi bulla, mi cuidado.

BUSCO

El torpor de mi mano dibuja un gorrión
en lontananza –ave mía gris, mi alma
está en vilo: no un decreto quiero, sólo
un líquido, un vicio, una costumbre
de las que hacen que el hombre sea.
Cómo querría un joyante equilibrio que me llevara
a cielos incumplidos. Cómo añoro un color,
una lámpara que no sea la araña del palacio
de los iguales –a mí algo me tumba, y el
sepulcro de mi canto es diáfano, no pífanos
y cumplidos. El gozne de mi puerta se atortola –
barrio aquel que fue y campo joven y ansia:
haz que yo pueda verte en ejercicio, dame
un don callado, pon sobre mí un desplante
y aquella adolescente con su túnico morado.
Torpor que me aniquila, dile al gorrión que venga –
vuele allá el somormujo.

TU COMETIDO

Todo lo que dices que siendo un hombre merezco, dámelo ahora. Soy este instante – no puedo esperar más: en mí sucede todo el pasado como el arte. No me mires así. No me atiborres de mañana y mañana. Mi deseo es hoy. Soy este ahora explícito. No quiero exquisitez que permita vengarse de la realidad. Doy por descontado que soy la realidad; no me toques con guantes. Se supone que te posea ileso por poseerme a mí mismo. Mi desnudez me ha convertido en huérfano. No trates de vestirme para ocultar la orfandad del universo. No me dones sofisma y subterfugio como ojos estrábicos que no ven más la música. No me ofrezcas la presbicia de pasado mañana. No prometas la alegría de vivir pasada esta hora. No hay más horas que este astillado espejo en mi garganta. Ya no te puedo creer. No puedo huir hacia ese ininteligible ayer que guillotina el cuello del deseo de ser otro. Ya soy otro – y no lo soy como otro y otros. Olvida tu parloteo. Y el todo me lo das ahora, o me voy. De nada servirá que gesticules así. Con mi bien o mi mal ya parto. Déjame. Aparta esa máscara de mí, por favor. Y otra vez por favor, quítate tú de mí, te digo –no me aguantes.

OPORTUNIDAD ÚNICA

Ahora quiero ser feliz con sólo
haber visto una aurora semejante
a sí misma, y con pensar
que me aguarda un crepúsculo único.
Hace un mediodía atroz;
pero puedo querer tener esa esperanza.
La mañana se suicidó en mi taza
de olvidado café con leche;
mas creo creer que creo en la tarde
que viene. Almuerzo mis propias entrañas,
esos despojos; pero al caer la noche
seré, siento, sin súplica, feliz. Puedo poder
creer que se ha ido el ritornello
de ayer. Y que, dentro de una hora,
mi corazón no será más la noria
aturdida donde los días se empercuden.
Dentro de dos horas quizá tenga un tal vez,
y, a lo mejor, dentro de tres, un todavía.
Asumo que este segundo es una temporada
en que logré zafarme del verdugo,
y que hasta puedo ser si soy este minuto,
si lo completo en mí, Señor, si lo vivo viéndolo
así, así, así, así, así antes de que se pudra.

DERRUIDO

El palimpsesto –el muro sobre el que escribo –,
vienen los demonillos del día –mano mía
seca trae la palabra palíndromo –
llévame en la motorola, mente desaplicada –
página de amianto, haz que yo pueda verte.
Inerte, me quedo sin visión, sin música,
sin ruido. Pasa una sombra, flautines

que traen los muros del convento,
y la compañía de Cristo. Infancia eterna
mía –no puedo comprender nada; ser
de mí, por qué eres así trivial –
cualquier cosa te reconforta. No, un sillón
no puede suplir la espera –es que así se incomodan
y bostezan, listos en su tedio, campantes
vienen y sólo preguntan la hora
o te ofrecen medallas sin objeto –
monedas son, bicéfalas, Janos
que te atropellan. Qué puede haber sido
del paraíso roto. Todo se transforma
en protocolos, pactos, dádivas, mandatos.
Sólo hay un azul que no transige. Y triste
soy en mi alegría de esta hora.
Aquí cuelgo mis vísceras,
pero sé que algo esplende.

ESPLENDE

Este temblor es mío, mi única
propiedad privada. Y esta zanja
que hace el dolor en mi alegría.
Qué hago en este edificio de Occidente.
Todo se fuga, menos el yo incumplido –
puedo ser irrepensible y solo. Todos
mis argumentos dan en lo sagrado.
Y tengo un corazón que apuesto
como síntoma de Dios. El verano
llega a mi temblor, y así los sicomoros.
Una simple palabra me aniquila.
No puedo pronunciarla. Soy de mí,
soy de ti –ya no estás solo o sola,
donde quiera que estés, mírame ser contigo.
Es lo único que nos pertenece. Entre

monedas y platos, no estés cautivo o cautiva
de esa desfachatez y ese desplante –temblor,
ante el acoso, sólo el temblor del alma.
La vida no es el chantaje que dicen,
y tampoco la muerte –he visto,
siento,
y arreglar eso no puede ya nada, nadie.

VELOCIDAD Y BRILLO

No le hagan correcciones al estilo –
punzón y cera, uno. No agreguen
perención. No soy objeto noble.
La obsolescencia no es mi fuerte.
Miren su video-clip. A mí
déjenme ser sin más, sin artilugios.
De qué puede servirle mi silencio –
eso escribo: silencio, agua ida –
no es nada, no soy nada ni nadie,
sólo literatura. En la celda de mí,
nada pueden quitarme, nada darme.
No soy un gran simpático –
no quiero su diploma de poeta.
El pegamento, la soledad y el vicio,
es justo que me gane su desprecio –
creo que eso me hace bien, o mal –,
ya nada importa –las calles
pueden repetirse así, cruel laberinto,
sé que me esperan Nadie, el Ajeno,
Ninguno, el vacío de esta hora.
Sólo un recuerdo mío me dará aquel recado.

LA EDAD FULGENTE

Hoy siento que la dicha me incorpora –
me dice sí, sí; me dice no. La tomo,
la coloco en el pecho de la melancolía.
Y me dona el silencio, la música;
lo que digo callando se lo susurro
al oído. Y ella aparta su pelo,
me ofrece playas inconocidas, dones
de otro lenguaje que nunca se transforma
en mercancía. Estoy acostado ya
sobre esta página, dueño ya del amor,
blanco violado que no me mortifica –
da sentido y razón a esta luna,
constancia del cambio, novia esquiva –
ese dos, ese número que no transige
me regala una hoja de mejorana
que el polvo y la mugre no han podrido.
Polumo de la ciudad que se escabulle,
mi dicha anhela esa máscara –dolor,
dolor es, pero no se distrae. Mi dicha
viene en mi decir aunque nadie comprenda.
Mi dicha aquí está dicha y bendecida.

NO UN ANTICIPO

Añoro las palabras que todavía no te he dicho,
y aquellas que nunca te diré. Esas otras
letras sueltas de un alfabeto olvidado
me hacen temblar como la sombra
de mi decir que pasa, y pasará
siendo ninguno. Eso que se me oculta
y fuga de sí, inconocido Narciso
que se mira en mi miedo, te diré. La muerte,
el campo grave, dulce silencio

del anhelo, será espina que me hincará
al sólo mirar la rosa del evento
supremo –allí hablaré contigo,
y seguiré callando en el hablar
la orla y el fulgor que a mi boca dijiste.
Ese callar que he dicho retorciendo palabras
es lo único que me comprende aquí, donde
las noches discurren en mí, sus sobresaltos
sin sueño, y sus permisos denegados
como días que no son más tu recado. Sí,
pendencias son, lentas pendencias
de la luz que huye de mi cabeza.
Pero tengo el recuerdo de tu será y tu es,
ese recuerdo en ti, de ti,
que ya no me hace blasfemar
como si yo fuera algo, o alguien.

LA SOMBRA DEL DECIR

Manto cuidado a polvo retenido,
no fuga el sol ni el dos se decapita.
Roza la yerba el pie, y no hay escala
que en vuelo llegue donde tú te inmolas.
Y no hay más fe que límite y aguanta.
Toca mi corazón verbo de estrella –
número, solsticio, maratón. Corro a ponerme
a resguardo del tiempo. Ni un tilín
para misa. El cruzado me mira. El cruzado
soy yo –ven a mi vera, auscultá.
Ay, rastrojo que exhalo, mira, mira
cómo se va: pie, dolmen, bulla –sólo escucha
la música. Y este dolor que mata mi costado.
Es de ti, yo lo sé. No hay aquí neorromanticismo
ortopédico. Sólo el alma me embulla:
dónde pongo la cara, rocío verde, llamarada.

Doy de mí, me saben mis iguales, y apabulla
ese decir, el artilugio, el soplo. Quiero estar
donde no hoy, ni joyas ni desplante ciego.
Verás cómo me inmolo en pos del decir
la sombra, madre, a maquinal desidia
y alas rotas. Cómo llega la máscara, ceniza
del hablar. Pon fuera, y que no acompañe
mi pequeña voz, Dios que me anega:
déjome solo, y allá el palacio exhibe sus caireles.
Voy y me planto, planta ante el sol y árbol
que no admite el desliz. Nada, nadie suplanta
esta caída, este revoltijo de nervios. Viaje
no. Estoy sentado en el suplicio. No hay
ni yo ni tú que pueda hablar así.
Decir, decir qué; sólo el silencio, hollín
que me atortola. Y sólo la mirada, el dos –
y trinidad que adoras. Creen que quiero
ver avecillas, columnas, ceremonias. El monte
puede ser, la ciudad soy: no más subterfugios –
toda la creación, colmillo de jabalí a mi muslo.

Y ver y ser el agua, lo que aguarda. Me tienen
entre sospechas, y el duro pecho cae sobre ti,
divierte, ojo puesto al espanto rumbo a ti.
No creas: soy la confirmación de lo que existe,
y de lo que no. Mi sí fecunda la tierra, y ella es,
y ella es: me acoge, palabra esperma que la cubre,
me cubre. No la dejo: oro al suplicio no, sólo
la piedra en que ponerme, atrás la danza –
montaña que cargo, llano, valle contrito,
he aquí el garabato que todo significa.

DON DE TI

Voz mía que me acoge así, niño en su sitio de significación –mente rendida; escuchar una risa tan cerca, así lejana –la orla, el blanco prometer que no se viola. Yo, negror de la tinta, de ti no me escabullo. Ven a buscarme el ritmo, lo otro en mí callado. Este placer no aciago, la dicha que no miente. Y pongo mi cabeza en tu regazo – y a pesar de la injuria y el grito del fanático, veo en ti, siento el don del silencio, reposo en tu hontanar –nada, nadie puede quitarme tu voz, rostro transido que me miras entre ruinas y me donas tu arpegio, el arquetipo, la forma.

Cómo han puesto tu cara, cómo violan ese dar – y se inmiscuyen, devenir no visto –espejos dan de salones cumplidos en la algarabía y las saetas que tu presencia quieren tirar en corredores sucios. No, no –y que no te acorralen–, y que no se solacen los perros del banquete. Hago para ti este ramito con tus flores silvestres, te devuelvo lo que de ti han borrado, o pretenden borrar, abolir como algún pacto o vicio –resquemores, proclamas: pero a ti no te callan. Ofrecen máscaras; pero yo pongo tu rostro sobre el mío. Esos visajes del horror no podrán matarnos. Idioma mío, dame un claror de fuente, un Garcilaso. Tu verde en mí tostado te acaricia, te besa. Excusa mi decir, mi tartaleo agraz. Son las patrañas de los encapuchados. Quieren que huya de ti, que te maltrate. Hagamos el amor, así a tu modo – qué importa que otros quieran corregirlo –eres, eres mi amante y mi novia, la música que saca del suplicio, el agua que mitiga el correr hacia, el correr por y en el significado. Como el siglo me esperas, como lazos que no anulan parabienes.

Y sé que estás allí por donde paso, no te ocultas de mí. Vienes callado y callada, y alumbras mi silencio. No quiero zafarme de ti –esa mano es la alianza. Entre tanto prestigio y vilipendio, mi amor a ti se iguala. Cómo no sentirme solo, sin saber tu consuelo.

El feo del diario acontecer, los caños por donde escapa la hez de su artimaña, no pueden hacer olvidar el esplendor del sitio que me haces y que tomo – otrora, pulga, niña, regalo, contraseña de Dios, palacio, labio, cintas, cintura de muchacha, garbo, abanico, azul – y no ábaco, no piedras calculadoras que en la cabeza dan y la proscriben. Oh, mente a ti rendida.

Y los guerreros que anulen o amolden o amuelen su tridente de estropicio y rencor –somos familia; quiten de sobre nosotros todos esos decretos –, venga el imperdonable lirismo, la debilidad, el candor de los fugados. La realidad añora su deseo. Hazme, voz mía, cantarle al escondido, al temeroso, al duende soñado con su doble alquimia de sábados sopladados, al torpe, al indiferente, al que no sale a diario porque el día lo apabulla. Yo me callo con ellos – están en mi costado más difícil, en el que tengo miedo, pavura, pánico –no de ti, voz, adolescente, mujer mía. Tengo un recuerdo de lo venidero.

Escucha, digo, no estás solo ni sola. Un verso inverificable está contigo, un fulgor clandestino. Un fuego unificado en la visión –pasan fantasmas como en Neruda pasa una mujer llamada Rosalía. Alguien escribe en tu pupitre, en sábanas colgadas, en la esfinge de mi corazón roto, en el desgaire de tu ser –dicen que no tiene don, y son tus parabienes. Las rachas del dolor

te ofrecen un ramito de albahaca –
capulí, y no sierpes, no desplante. Recupera,
mi bien, esos sentidos. Tu voz igual al millo –
idioma, idioma –una guedeja, un vicio decirte.
Son la añoranza y la hora ojos que en mí se besan
en colores. Ponme un cuerpo, déjame ser en ti –
no seas mujer perjura donde se refocilan los boleros
que tantos han violado. Ruido, máscara, chillidos –
por entre los cantos del gallo de la resurrección.

Levántate, Cristo acribillado –nadie ni nada
te mandará a callar. Esos ladridos, bailes,
aquestrarres no –y no, que no te hagan perder la cabeza, no.
Así la apuesto aquí contigo, así.
No quiero más la razón razonable del correcto.
Mi corrección es la del yo aplastado.
Idioma. Idioma. Idioma.
Hombre, mujer, niña.
Dame esa fijeza –ese castillo lindo que persista.

ENJUGANDO UNA LÁGRIMA

Mujer que no hallas dónde poner los ojos –
saca ese exilio de ti. No sé si te sirva de consuelo:
esta es la condena que nos toca. Roza tu corazón
una rosa innominada y única –tráela aquí
contigo. Cuida ese amor que en ti no se ha podrido.
Vuelvo los ojos locos de Vallejo, y veo por sobre mi hombro
tu palmada. Y defiendo tus manos. Esa brisa
no han podido cortarla, su capullo eres tú.
Estás en mí conmigo. Una estación sigue a otra –
no sientas más temor del calofrío. Te estremeces –
eres un sí de sí a la vida, y nada te suplanta.
Ni el no del no que han pretendido hacerte. Brillas.
Mis ojos son los tuyos, ya te he dicho: manso

caigo a tu vera. Seré por ti la sonrisa –esa, esa que de los rostros han borrado. Quiero que en esta línea escuches el 21 de Mozart por Arrau –la figura de Valparaíso mentándome. Sentémonos en este poema como en un banco del Paseo 21 de Mayo. Escribe en mí tu angustia. Yo tampoco puedo olvidar. Eres mi Beatriz en la rosa de todos los eventos. Quiero volverme y verte –esa sonrisa alivia para mí, y para todo el universo en ti, este examen. Soy el cerro que vio tu infancia –daría todas mis letras por ser tú. Escribe en mí. Ayúdame a sobrellevar, señora mía, en tu ser y en el mío, este defecto.

ENVÍO

Aún no sé poner tu nombre en mí.
Soy lalaleo furioso, candor frío.
Todas estas páginas están en blanco,
calladas, y con los ojos lelos: lejanía
de tu nombre, ansias de que escribas
en mí –
el arquetipo, orla, espejo que no está
sobre el camino. Fugo de mí, me escondo –
pero sé que me ves, y es la vez de la fama,
de lo no ardido ardiendo, de los granos
que caen y se incorporan. (Lo aprendí
de un poeta que está en Cuba. Y en la belleza
miro, y también escribo, muerto junto a Eliseo Diego,
con la punta del cigarro, en plena oscuridad,
aquí he vivido. Y fecho: La Habana,
8 de septiembre, y de 1996, a cuatro años del XXI.)

para Cintio Vitier

Tierra, tierra mía, Isla transida –
en ningún sueño sola, cierro los ojos
quienes sobre mí: dones, campos, ciudades –
soy un niño aún y has triunfado en mí.
Paseas, llegas con un ramo de lilas.
Te pones en mi pecho –eres en mí,
también yo sé ser hijo y ser tu encanto
en lo pequeño: este manojito de papeles –
voz mía compungida o alegre,
fea en el estrépito y el torpor de la mano/
quiero llegar a ti, lar, aunque sea un suplicado –
y vea demonillos ventrílocuos
y ojos estercolados/ sube, sube hasta aquí –
bajo hacia lo mío con miedo, con recelo:
no más ruido, atortólame la cabeza –
déjame decir delicia, lo grande, lo callado/
ponte aquí en esta línea, y suspira, tierra,
Isla que haces mi aliento –no lo corte la espada,
no te ausente como la espalda de la deseada.
Signo, símbolo, trillo –quiero y no hallo
la inocencia, ni sé de ti que me sujeta.
Dale al nombre mío tu cara de muchacha,
y que yo pueda verte sin hacer esos pucheros
en la ventana –vuelve, vuelve.

OTROS POEMAS

EL INTERMEDIARIO

Sábado 5

Ay de este ómnibus-camión: Remedo de velocidad, mugre, cristales. 75 Km. Traqueteo. A la izquierda y derecha árboles polvosos, cercas pastos ralos, caseríos precarios, abigarrados, rápidos, Arriba. Abajo. Sí. Podría producirse una inversión y que esto fuera el tan sonado cielo. Noción de peso. Abismo. Un homenaje al mulo de Lezama. El infierno es también este des-logro. Etc.

(Me he opuesto más de una vez a que Ángel Escobar hable de mí. Él diría: “Yo no he nacido todavía. El mentado sentido común me ha obligado a proveerme de excesivos documentos cuya precariedad, si bien aumenta la incertidumbre de esta afirmación categórica, también anula la credibilidad de cualquier discurso que la desmienta”. Lo dirá (en realidad lo dice refiriéndose a sí mismo, pero seré yo quien Asuma las consecuencias de su desapego para con lo que él llama sentido común. Yo soy sentido común. Cuando veo que junta no haber nacido con el equipaje que suponen las constancias contrarias, los documentos, que registran el cúmulo de sus acciones y de sus días, y que piensa que algo como esto puede sustituirnos ante los otros, sé que lo hace en desmedro mío y me opongo. Celebro ante él los documentos. (Lo que, evidentemente, es innecesario y me hace parecer tonto). Dicen quién es quién —le digo—, desde cuándo, hasta cuándo. Abren y cierran las puertas de una buhardilla, un ministerio, un vasto país. Dan el color de tus ojos. Y más. Por su radiación tienes un número, no otro. Y más. Pero él continua(ría): “Eso no los hace tan o menos vanos. Sé que en modo alguno, un determinado juicio puede impugnarlos. ¿Qué decir si es juicio de alguien, de mí por ejemplo, con respecto a ellos? Es incluso una contradicción el que yo me trate de “mí” y me suponga “juicio” o “alguien” si los rechazo. O crea intuir que exista una relación entre lo que no soy y aquello que se asegura en sus acápites. . No los he rechazado. El más remiso podría demostrarlo con sólo escudriñar en la urdidumbre de mi primera frase”. No lo ha rechazado. Le concedo razón: Sólo alguien que haya tenido trato, remoto o aparential, pero trato al fin, con los documentos, y trato continuado, el que indica el sentido común al menos, puede tener nociones que lo conduzcan a una negación o afirmación tal. Y se lo digo. Él me ataja: “Lo contrario

parecería cosas de loco”. Categoría también de allí debida. Como todas cuantas creo saber que sé o ignorar que ignoro. Mi balbuceo proviene de que aun cuando entiendo que de su aviso emanan esas nociones y están en mí, de mí saltan y se remiten a ellos, de los cuales soy una noción más. En tanto que tal me suponen, entre otras tantas cosas, un pasado, un presente y un futuro que lo que yo sería debiera acatar, solícito. Pero yo no he nacido. Con todos sus timbres, esos presupuestos carecen hasta de aquella elemental lógica que al parecer los precede y de la que se precian. Yo digo: “No. Aún.” Son ellos quienes afirman lo contrario. He ahí el drama”. Cierro, abro los ojos, lo veo transpirar. Es aquel que me mira y habla. No de mí. Claro que no de mí. Me tranquilizo. “Drama, linda palabra”, apunto. “Todas lo son”, advierte. “Claro que haber nacido les otorga a ustedes ventajas sobre ellas. En cambio yo digo “lógica”, “precede”, “precio”, Pero igual podría decir “envuelve”, “hermenéutica” o “tinglado”. Has de excusarme la torpeza o hablar sólo con el parco perfil ocupacional que se me atribuye. Él conoce cierta cantidad de palabras que a todas luces resultan rentables”. Con esto me ha resultado imposible no pensar: ¿me estará acusando? No sé. Pero su voz ha ido adquiriendo ese tono de reprimenda que a cada hora, en cualquier lado, me regalan mis congéneres cuando entre sordos reproches me ofrecen coartadas, paliativos, sucedáneos de la cohabitación. Y el vaho de sus silencios y de sus cuitas: cosas todas que intercambiamos como monedas, siempre embutidos como vamos en gigantescos guantes, contentos del valor de hacer constar los fulgores, las heces de las ocupaciones y los días, y los arduos afanes de la auto contemplación, la continuidad y las reverencias. “No podría acusarte aunque quisiera”, me estremezco. ¿Acaso hurga en mi mente como en la suya propia? “Solo hablaba de las ventajas de ustedes sobre las palabras, de cierta pavura mía, de una negación y de los documentos. Quería decir que tales cosas se presentan como símbolos de algo para mí inescrutable. Que siendo ellos mismos signos ininteligibles para el albedrío y los posibles de la construcción del yo, no sé como podría arribarse por el entendimiento a ellos debido a sitio alguno. Que al menos aquí no he venido todavía. (Menos a ese conocimiento de lo uno y del otro que proclaman.) Ellos, te repito, son los responsables del equivoco. Son mi procedencia, mi envoltura, aquel líquido placentario que no anhelo. No he llegado a mí. Alguien duerme. Alguien sólo ve un árbol hostil: raíz al pecho, copa al cielo... Alguien ha estado en demasiadas salas de

espera, temblando en demasiados pasillos, sopesado por demasiadas recepcionistas, en demasiadas oficinas, con demasiados interceptores y con todos los papeles en regla. Yo no soy ni el que duerme ni el que ve ni el que espera. Yo soy nadie, Eso quería decir. Eso digo. Los documentos son lo que son. No hay entre nosotros un A con respecto a Z. A menos que se admita allá, si es que hablan de un sitio, y se decida, no hay ni siquiera el milagro que suponen dos puntos en un plano. Por otra parte, tal y como me tratan, es imposible que sea yo alguien o algo. Con respecto a mi nacimiento: Desconozco a los emisores del fallo y a quienes imprimieron los sucesivos decretos que me atan a un accionar del que descreo y que en modo alguno ejecuto. Admito que aducen fehacientes pruebas de sus afirmaciones. (¿Acaso la argumentación no es infinita? El lenguaje puede ser Dios o el álgebra.) Sí. Aducen fehacientes pruebas. Y yo que, solo, niego, carezco de algo que pueda ser llamado de ese modo. Pero mantengo mi insistencia. Aunque (es obvio) nada poseo que pueda alcanzar aquella nomenclatura, al menos, ser señalado con el dedo. De hecho, sólo existen los dedos cuya trama cuando no se exhibe crepita entre los polvos de altos pliegos. No hay otros que puedan corroborar la génesis de mi obstinación, indulgentes. Si los hay, les son inaccesibles el idioma de los corrillos donde se hacen declaraciones sumarias y los corrillos mismos. Están donde yo estoy. En la invalidez, en la negación, en la no espera”. Lo he sufrido hablar así, y con este balbuceo que él mismo dice que nos caracteriza...)

Domingo 6. a

Ayer en camino hacia un trabajo que aborrezco (quizá sólo porque (1) es el mío; quizá sólo porque (2) “mis indecisiones”; quizá sólo porque (3) “el borrego a diario sigue bajo las nubes” y (4) piden que no me aburra y (5) dé ese golpe –fusión aquella que aguarda su mitología) he ideado escribir que un autor joven escribe contra dos de sus yoes, endebles como son y polémicos, y no le queda tiempo para lamentarse por haber dejado afuera a tantos otros. (Lamento que hubiera traído a colación al menos a un cuarto personaje o yo, porque el tercero estaría implícito en la redacción, censurada desde sí.) De haberlo hecho, a este autor yo le habría atribuido mi nombre sólo podría aventajar a quienes se lo atribuirían de cualquier modo. Aquel sería un texto con, a más de inacabado, un uso deficiente del idioma: alguna que otra sonoridad molesta, interpolaciones fallidas, etc. “Es ahora inaudible;

pero los continúa moviendo: aquellos labios resecos y cuarteados. ¿Qué dice? Le veo la narizota. Sí. Ahora más grande entre rasgos desvaídos. ¿Me mira?, creo que fue algo de lo que ideé en relación a lo inconcluso. O, tal vez, de cómo uno se sobaba las manos después de pasarse el anular, el mayor y el índice por la frente rastrillando un sudor frío. El otro diría (?) que sólo puede suponerlo porque detesta aquel modo de hablar y esos gestos. Después creo que alguno hablaba de cómo se deshacían un rostro, un cuerpo en el aire, discurrir del vacío, y se adjuntaba un símil apurado gracias a la gestión del agua sobre una acuarela, símil torpe que se agregaría a las otras tan evidentes pifias del autor en su ejercicio imposible. Encontré el intento árido y sin interés. En el mejor de los casos, si no me dejaba indiferente a mí mismo —pensé— será alguna otra prueba de mi incapacidad orgullosa de hoy.

Domingo 6. b

Los nombres. Asunción Godínez. Los demasiados nombres. Le hablo de mi proyecto. “No sé. No puedo juzgar por intenciones”, me dice. Mister Hyde, Doctor Jekyll. Dice. Oscar Wilde, Cortázar, Borges, Kafka. Dice. La no persona. Y la teología de la liberación. Los indocumentados mejicanos. Pasado. Presente. Freud. Dice. La intertextualidad (?). Una teoría del ruido. Platón y Clausewitz. Hiroshima. “¿Qué opinará Víctor Rodríguez?”, dice. “¿Y Osvaldo Sánchez?” Y un fantasma: Luis Rogelio Nogueras. “Yo me atuso el bigote”—le digo que diría. “Soy el que duerme, el que ve y el que espera”. Nada impide que siga relacionando mármoles, fechas, status, territorialidades, obsesiones: hay un vaporizador que seca las manos, las deja en ese rigor mortis que sube para nublar las caras en las que habría otra mano. Eso era ella. O haz y envés de las manos. O rastro que han de seguir los pies hinchados del constante, ya ciego y muerto.

Domingo 6.c.

Macte animo! Desciendo de este latón rodado. No he llegado a ser aquellos huesos carcomidos, estos desperdicios para los que no hay ni ojos desesperados. Voy a montarme en mi máscara, voy a discursar. ¿Quién se desgañita, se infla y desinfla atropellando las inscripciones de otros? ¿No soy yo? Entre tanto, comer. \$3.50. Hallar la justificación de un parlamento.45 segundos. El telón no bajará aún.

Sería bueno escribir un diario. O mandar otra carta al Uruguay. Decir que me odian cuatro sudamericanas. Lo no escrito sigue sin escribir. Que siga. Mejor así.

Lunes 7

No lo diría. Yo junto a esta perga de cerveza. Raro día libre. Leeré un poco a E.V. Iliénkov. Después hay un programa de televisión interesantísimo.

GUANTANAMERO

Yo fui al cosmo, compay.
Estuve rato como loco ahí.
Conozco el cundiamor, el culantro y la estrella.
Estoy en talla y a mi mismo pregunto.
Es así, soy de aquí- no hay más sol
que el que miro el Maestro, al hacer zas
a una jutía. Yo estuve, estoy: sigo con él.
Yara ya es mía, y Baraguá —el pecho no me pregunta,
compay: canto porque soy moriviví;
pero también siguaraya—: tengo mastuerzo
y pru; apazote y quítate del medio:
soy mucho, compay; soy demasiado—
si no, mira; mira y ve—
aquí no volverán los ladrones—
esta es mi casa, y sigue y sigue.
Dilo conmigo, compay—:
al que crea que puede deshacer
le doy la tángana, mi hermano,
el barullo.
Por qué. Por qué.
Yo fui al cosmo, compay.
Y estaré más de un rato ahí.

Entregado a Juventud Rebelde el 18/Sep/1995

DORSAL

Hace diez años le mostré un escrito
al Maestro: él me dijo: “Es oscuro;
es hermético”; y agregó con parsimonia:
“Hermes llaman, ciertos mineros,
a unos cuartuchos de dinamita”.
Después, siempre sin darse prisa, añadió:
“Los colocan, con meticulosidad, entre las rocas,
y las hacen estallar en pedazos”.

Hoy el maestro es Diputado de Cortes:
Ahora mismo está en la Fiesta de Oro –;
El Rey departe, infiel, con los bufones:
El Maestro está, sin duda, entre los preferidos.

Yo soy, a qué dudarlo, un aprendiz:
Admiro al Maestro que ha llegado tan lejos –.
Coloco mis escritos, con torpeza, en las rocas,
y no sucede nada. Una Sombra de Algo
que me llaga el costado en mí susurra:
“La meticulosidad es un mal necesario;
pero tú, hijo, no aprendas –
porque es mejor ser Nadie, es decir, alguien
que no es meticuloso”.

Conozco los cartuchos de dinamita,
y a ciertos mineros que suelen llamarles Hermes –:
Que me perdone el Maestro; pero
a mi torpeza no le sirven de nada.

DECUBITO SUPINO

Hay poetas y hay otros a los que les gustan
las cosas usadas por muchos hombres,
esas cosas que tienen un vestigio
de muchos cuerpos rozándolas,
que son mudos testigos
de topetazos y empujones,
de pisadas, de golpes.
Ven en ellas, y admiran, la gestión
de los miembros que les provocan abolladuras,
pátinas, roturas, desprendimientos y caídas –:
que las han sacado del moho, la corrosión
o la miseria,
para meterlas en otro moho, otra corrosión,
y otra miseria.
Esas cosas con huellas tan antiguas
los inclinan a la probidad y al vértigo,
les provocan un ligero temblor –:
suelen llevarlas a su salón,
o a su habitación de hotel.

Yo no soy un poeta. No soy otros.
Marcela ha sido usada por muchos hombres;
pero no es una cosa:
sólo tiene quince años, y los cumple ahora.

Aquí en la Justa, el Rey requiere
ser saludado por El Poderoso Caballero.

Saluden al Rey; pero, al menos hoy,
no toquen a Marcela.

FÁBULA

Una cocuya –hembra, blanca –
llegó donde desde siempre vivían
cocuyos negros, dados a su luz –
y a su color–; cuando vio que era blanca,
aunque no tenía luz, y que los cocuyos
negros eran amistosos – se creyó reina.
Los cocuyos negros; sólo dados
a su luz y a su color –sin rey
ni reina–, permisivos, lo consintieron –
ninguno quería ser rey o reina –
atareados sólo en alumbrar la casa.
El final de la fábula es muy arduo.
Sólo se sabe, si es que uno alcanza,
que una cocuya –hembra, blanca–
convirtió la casa en caza. Y, aún,
eso no es todo. Un cocuyo negro calla.

POR SI A ALGUIEN LE INTERESA EJECUTAR ESTA PIEZA

Dicen que acabaré temprano, y así no más,
como un programa de televisión.
Eso será una estupidez de unos quince minutos.
No me llorará nadie.
Ni a la derecha ni a la izquierda ni al centro.
Porque no dije lo adecuado en tiempo justo,
ni lo justo en tiempo adecuado.
Alguien, cuyo nombre quiero olvidar,
dijo: “el arte sucede”; yo no fui El Almirante,
no vi candelas sobrevolando el mar,
ni tengo los ojos redondos como platos –
tal cual dijo otro que fascina a las poetisas
de todas las edades. Y, hablando de edad,
yo, a los seis años, trabajé la tierra –

los haitianos que la trabajaban conmigo
se acostaron en mi alma; otros murieron en el mar –:
son muchos, y me someten a la vigilia.
Después, siempre hablando de edad, pasé
por sucesivos internados, que hoy son como palabras
de una frase mal pronunciada –:
no pude ser Stefen Dedalus ni Holden Cauldfield
Me querían mandar a un Correccional de Menores –
lo que, por suerte, se postergó
como se posterga un buen augurio.
A los nueve años le escribí al Presidente –
porque un Director quiso ahorcar a Román de la O,
que era romántico, como se puede ser romántico
en El Cayo, en medio de la Bahía de Santiago de Cuba.
El Presidente, es justicia decirlo, me contestó –
eso le gustó a una enfermera; pero no al Director,
quien me llevó a dar un paseo, entre pescozones,
en una camioneta blanca y roja y roja
como un poema de William Carlos Williams.
A los trece –me confundo de edad seguramente –,
quise ser maestro; pero no era, ni soy, un evangelio
vivo; a pesar de lo cual la conocí a Solángel –
algo de lo que no me arrepiento: ella era un sueño
que no tenía nada que ver con el de Segismundo –
uno quisiera crearle a Calderón de la Barca –;
pero ella me remitía a Perrault y a La Bella Durmiente,
y, sobre todo, a ella misma: mucho mejor que un cuento.
A los catorce quise ser tenor o guitarrista –
pobre y feroz, siempre en la periferia,
terminé siendo un remedo de actor en los trenes,
y luego paseante en una calle de provincia –,
la calle, la provincia hoy me olvidan
como si los tres fuéramos un solo pacto roto.
A los quince entré en la Escuela de Arte –
no sabía quién dijo: “La verdad es belleza;
la belleza es verdad”; mas, contra todo lo esperado,
nos pusieron a marchar como las Milicias Españolas
álguienes incapaces de ver o de intuir la defensa de Madrid,

o Guernica, o la espiga que aún es Miguel Hernández –;
y no sólo nos dieron un manual, con instrucciones
a cumplir como objetos, sino también un Index –
no a todas las cabezas las acaricia el dogma –,
y nos dijeron que entre nosotros podría estar el enemigo
y que, para estar al frente del frente, había que golpearse.
Ya llevo veintidós años golpeándome –, hoy
tengo treintaisiete; estoy en la Posada del pueblo –
esperando hablar con algún funcionario del Castillo;
alguien se me acerca; unos hombres y mujeres
beben un aguardiente furtivo; cuchichean. Me miran.
Dicen que acabaré temprano, y así no más,
como un programa de televisión.
Eso será una estupidez de unos quince minutos.

Y así, sucesivamente, hasta el cansancio.

COLOQUIAL

Yo escribí una señal de humo fugaz sobre las Islas –
y estuve nueve años parado en un pasillo
esperando que un funcionario le diera el visto bueno.
Yo estuve en Moscú – unos veintiséis grados bajo cero–
entre la muerte de Chernenko y la de Andropov –:
el aduanero me gritó, como a un bandido,
en ruso, por supuesto; y los que iban conmigo
le encontraron razón –
yo era, también para ellos, sospechoso,
y me lo hicieron saber; en español bien claro,
por supuesto –; allí quise tener dos alas,
pero eso no lo entiende la policía del mundo,
y me metieron en un taxi
entre dos poetas de Tropas Especiales –;
yo recité “nuestros ministros son nosotros” –:
el Agregado Cultural me miró como se mira a un muerto.

Yo me morí el 20 de marzo de 1987.
Es decir, tres años después de esa mirada –
que me mortificó igual que un Permiso de Salida.
Yo estuve en París –
en el Bicentenario de la Revolución Francesa.
Me cayeron encima cuatro fusilados de adentro
(hablo de Cuba, ya Ud. sabe),
bultos envueltos en periódicos, y los otros,
los muertos de Tianiamen que ya no verían
las pirámides que ahora tenía El Louvre.
Yo estaba solo y loco y aterido –
y una amiga me hablaba de la Francia Profunda.
Después, no sé, pasaron tantas cosas.
Hoy trato de hablar sin subterfugios –
los esbirros me miran con los ojos de alguna vaca
sucía. Mi madre, que se murió temprano,
viene y me dice quedo: “No hallan qué hacer contigo”.
Pero ellos sí lo saben;
seguro me mostrarán los instrumentos –
eso, como la bomba de Cohen, forma parte de la función:
no está nunca obsoleto.

(La Gaceta de Cuba, mayo-junio 2003)

ΕΠÍΛΟΓΟΣ

ÁNGEL ESCOBAR, EL ESCOGIDO

No es fácil escribir sobre una poesía tan singular como la de Ángel Escobar, sin referentes ni equivalentes, que parece inabordable e intransmisible en su diferencia. Y esta extrañeza al abordarla debe ser muy similar a la que debió experimentar su propio autor al escribirla. (“...Sólo veo mi silencio, sólo sé de él.”) Al leerla advertimos ciertamente el asombro del gesto, el estupor ante una escritura que avanza por desconocidos recovecos del ser, registrando experiencias que no se sabe nunca a dónde conducirán.

Cuando apenas llegaba a los veinte años, Escobar obtuvo en 1977 el premio David con su primer libro de poesía, *Viejas palabras de uso*, en el que, aunque parecía responder sencillamente a la estética predominante en su momento muy dependiente de la realidad social cotidiana, para un ojo perspicaz contenía, en germen, mucho más. Y sus dos libros siguientes¹ lo fueron confirmando. Una especie de estremecimiento interno empezaba a atravesar su discurso poético agrietándolo, desmembrándolo, produciendo un desplazamiento de significados, desarticulando la habitual correspondencia entre el sustantivo y sus atributos, el sujeto y sus acciones, los tiempos y los espacios, el dentro y el fuera, el sí y el no. Proceso que iba más allá de una mera intención experimental, de un juego verbal que aspira a la originalidad, porque provenía evidentemente de una fuerte pulsión, de su imperiosa necesidad de decomponer y recomponer el (su) mundo mediante un perturbador reordenamiento del lenguaje.

Ya a partir de la publicación de *La vía pública* (1987) su poesía se instaló definitivamente en el terreno de la total transgresión; porque para Escobar, que había comenzado a percibir los signos del mal que intentaría sin tregua dominar su mente, la escritura se convirtió en parte esencial de su lucha para frenar su avance y mantener su lucidez a toda costa. Al volverse así la zona privilegiada de su combate

¹ *Epílogo famoso* (1985) y *Allegro de sonata* (1987).

contra los ruidos, voces, y obsesiones que lo asediaban (“Me aferran. Todo lo que temí me envuelve.”), el autor fue entregándonos espléndidos textos² que en su desarrollo agónico exponen infinitas variantes de sus alternativas vitales, en búsqueda de las salidas posibles, fugas posibles, liberaciones posibles frente al daño, al deterioro, al estallido, a la nada (“Voy huyendo de mí como de un sueño”).

Para ello se instala en una subjetividad de estirpe romántica, y muchas veces declaradamente autobiográfica, en la que el “yo” y el “soy” prevalecen. Estampa incluso su propio nombre, sobre todo en sus dos últimos libros,³ porque su yo, su nombre y su historia se han vuelto el refugio final, su última posibilidad de decir y de ser. Se cita para reconocerse y evitar su desaparición, para afirmarse frente ¿al Ajeno, al Otro, al Doble? que lo han “elegido” para usurpar su identidad. Identidad que, si quiere hacerla sobrevivir, debe enmascarar, hacer diferente, ocultar, disolver o fracturar en múltiples identidades (“...todo cuanto digo... se borra en el intento de encontrar... un sitio donde poder esconderme de mí mismo”, “No puedo ser todos, y soy todos.”)

El escape estaría entonces en presentarse como lo que no es, hacerse otro, desorganizarse para impedir que se organicen dentro suyo. Su libertad está en apelar a la palabra no dicha, a lo no dictado, no programado aún (“...este es mi no saber... amigo sin nombre, sin cara...”), a la dislocación de la realidad recibida: hay que alterar las esencias, descolocar los valores, moverse continuamente, descentrarse, mimetizarse, mutar o transmutar, hacerse materia, trasladarse a otro espacio, volar, (“...no creas que soy esto o aquello, aquel o este otro intermediario, estoy en otra parte”, “Volveré: iré, iré nada puede pararme... soy un fugado, un muerto, vuelo...”), o desprenderse, caer, precipitarse (“...Dime que puedo ser otro; sé mi prójimo. Ayúdame a saltar...”), o refugiarse en lo impropio, lo marginal, la “carroña del porvenir”, lo silenciado (“Soy basurales y cuchillos deshechos...”). Hay que romper la secuencia, la cadena y el canon, hacerse excepción y excepcional para burlar el atormentador acoso.

Ángel Escobar debe, pues, escamotear permanentemente su yo para impedir que los “huéspedes” lo ocupen y actúen con su pensamiento, su voz, sus manos y su propio rostro (“...sé que ese maldito

² *Malos pasos* (1991), *Todavía* (1991), *Abuso de confianza* (1992) y *Cuando salí de La Habana* (1996).

³ *El examen no ha terminado* (1997) y *La sombra del decir* (1997).

espejo en mí me miente”, “...no me tengo a mí.”) En actitud desafiante también, los invoca y los inscribe en su poesía, a modo de conjuro, para expulsarlos de sí. E incluso llega a doblarlos paródicamente, volviéndolos irrisorios, para ahuyentar el miedo (“el ajeno soy yo...”)

Una presencia que se reitera, particularmente en sus últimos libros, es la de la mujer querida, como figura equilibrante, que puede impedir la pérdida, y que con gesto recuperador puede darle sentido o existencia (“Ponme un cuerpo, déjame ser en ti...”).

Pero Ángel Escobar sabe que la batalla no puede ser eterna y va a preferir interrumpirla él mismo (“antes de ser trizado por el alud de lo otro”), cuando todavía lleva la iniciativa en el juego, está saliendo airoso y el control de su conciencia aún le pertenece. Por eso cita a la muerte de modo cada vez más frecuente. (“¿Pueden hacerme morir cuando yo ya estoy muerto?”) Fantasea y hasta ironiza con la idea de la muerte –y del suicidio como posibilidad– como si quisiera familiarizarse, acostumbrarse a ella, y hasta desearla: no es ella sino él quien va a elegirla. Ya sus fantasmas nunca podrán dominar ni su mente ni su cuerpo porque los ha burlado con su salto y los ha hecho añicos al precipitarlos, junto con él, contra el pavimento. Este fue su triunfo definitivo. Y también el triunfo de su poesía, que lo acompañó hasta el final.

BASILIA PAPASTAMATÍU

ÁNGEL ESCOBAR Y LOS OTROS NÁUFRAGOS

I

Estas son unas notas de presentación de la voz de un gran poeta. Este poeta se llama Ángel Escobar y murió en 1997. Casi a punto de cumplir los cuarenta años decidió una tarde sentarse en la baranda del balcón de su apartamento y se dejó caer. El abismo lo recibió, pero el abismo de Ángel tenía un horizonte de concreto y su cabeza pegó duro contra el piso, y por fin se produjo la tranquilidad, el reposo que con tanto desnudo había buscado por cientos de caminos. Con su poesía parecía llegar a algunos descansos benefactores, sus poemas servían para descargar furias y tormentos, y también para respirar. Bocanadas de aire y humo de cigarro que inhalaba mientras que su pierna derecha pateaba el césped imaginario de un campo de fútbol o la hierba revuelta de una pradera ignota. Unos minutos antes de morir habló con su hermana Luz Marina y la instó a que preparara ese arroz sabroso de Oriente, y ella se fue a la cocina sonriendo. Él se levantó del sillón donde descansaba y puso encima del piano un papel blanco mecanografiado. Allí estaba el último poema escrito un día antes con destino a un amigo suyo, pintor picasiano, hombre de buena fe y gran sentido del trabajo. En ese poema intenta explicar las razones modernas de la continuidad de las imágenes, sean pictóricas o verbales: “cada uno tiene un modo de entenderse a sí mismo”. Con ello surge el privilegio de los colores y las formas ya establecidos por el tiempo, aunque puede producirse también el naufragio, incomprendido y repudiado siempre por espectadores y lectores: “*Un naufrago no está nunca tranquilo./Vigila no una, ni dos, ni tres, sino todas las olas,/sus movimientos y vaivenes -/ él tiene sólo un tablón,/ no sabe si va o viene: tampoco sabe dónde estará la costa/ ni qué es lo mejor o peor./ Un naufrago es sólo eso, un naufrago.*”

Ángel fue música y naufragio, y ambos acontecimientos se amoldaron en sus textos con crispación y desenvoltura, con gracia inusita-

da y apetencia por las rupturas. Allí donde su verso es más incómodo se origina una melodía imperecedera. Su obra es copiosa y convulsiva y trata de voces acompañantes en la disparidad, voces de aliento y de arrebató, voces ancladas en el infierno de la familia y voces que vuelan por pinares y ríos de amor. Voces que detienen su recorrido con el último aliento de la madre muerta que lo viene a buscar. Y él decide irse, dejando tras de sí muchos signos por interpretar, mucha poesía que admirar. Y las puertas se abren y en aquel salón adonde llega está Raúl Hernández Novás lleno de silencio. Al fin podrán escribir un poema a cuatro manos. Antes Ángel le había dicho: “*Tengo mi cicatriz y recuerdo a Novás.*”

Alcurnia, mestizaje, contaminación, son otras denominaciones que se ajustan a su obra que increpa y pregunta con idéntica vehemencia. Él se quiere saber escapado de su reducto más doloroso. Desea huir de la memoria del dolor y de la memoria de la persecución y de la memoria del miedo. Detesta la normalidad a la vez que la añora como si fuera un descubrimiento único que pudiera ser reinventado al filo del agua. Pero sabe que ciertas operaciones de la existencia le están vedadas y por ello escribe: “*No puedo escapar del conocimiento./ Soy mi sola memoria, sin sorpresa./ El buscado esplendor: ni la extensión ni el Otro./ El otro era yo que me esperaba. Vuelvo a escribir./ Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo.*”

II

En una carta enviada a su amigo, el ensayista, traductor y profesor Alain Sicard, desde La Habana, el 4 de noviembre de 1995, se refiere a sí mismo y a esa circunstancia que va generándose como rémora y paranoia insalvable. Un decir de sí desprotegido:

Alain:

Un miedo atroz me sobrecoge: un no sé qué, algo que no sabe lo que me hará, pero que yo veo rondar mi cabeza y disparar mi cuerpo, angustia y trapos que me amortajan: sacudido, añicos, rastro de mí que dejo, y me molestan y atorrojan. Escucho una canción y tal parece que tendré que pagar un precio, el costo de estar vivo, un poema, una frase me matan, y sigo así mirando la bruma.

¿Qué podré oponer a esta carrera de subterfugios? No sé ya qué querer. Es todo cual el desplante y la algarabía de los otros. Quiero ocultar mi rostro entre las manos que estén podridas. Nada aguanta la redoma, la enorme piedra que cae sobre mí a cada instante, y voy y voy, calle a calle exhibiendo mi invisibilidad deseada, y chocando con todo, desgarnecido, aterido de frío en pleno trópico, nadie está como para que mi risa, mi sonrisa caiga, o suba y acaricie el candor, la bonanza de una relación perdida. Me invento figuras, ángeles o proverbios, pero eso no me libra de mí. Todo lo imposible busco, y choco con chocantes posibles. ¿Qué hay de más? ¿Qué hay de menos? Tengo que apostar mis nervios, mis sensaciones, mas caen en sacos rotos. Ya no es nada picarse las venas. O aclarar qué, si el sol y la luna te abandonan, el universo se muestra en su esplendor, pero hay de eso que te zafa de él. ¿Cómo ser? ¿Cómo no ser? Y no hay respuestas. Buscamos lo que ya no nos ronda, esa poesía de las relaciones perdidas, nos acogemos a una costumbre y te abandonan, te quitan de ti, no dan, no toman: es poco, es nada el insecto kafkiano: al menos Gregorio quería un vínculo, y brillaban sus extremidades; uno no tiene nada que oponer al agobio brutal y definitivo que te acerca, y huye y huye, sólo se encuentra a sí mismo, ya hasta el libre albedrío atortola.

Perdona la descarga, abrazos a todos de

Ángel

Durante varios años Ángel Escobar sostuvo con Alain una correspondencia sistemática, tal parece que su amigo francés sirviera de confidente, de receptor de aquello que no logra manifestar a otros, al menos en términos discursivos. Ángel es muy reservado para expresar sus cuitas, sus padecimientos, tiene pavor a mencionar expresamente aquello que lo tortura. Entonces escoge a alguien que está distante, que es ajeno al discurrir de sus días y le confía muchas cosas. Hay otras cartas tuyas que son verdaderos cantos de pertenencia a un país y a una raza, a una pobreza que lo ennoblece y lo comunica con lo mejor de su Isla.

III

Claro que con la poesía él va a las esencias, es capaz de describir esencias más allá de los acontecimientos. Fija una suerte de norma del vivir por medio de la palabra y de su morir en ella. Y se va anunciando, pero siempre por dentro, desmintiendo la inocente exterioridad, burlándose, regodeándose en la ironía que enfrenta todas las posibles costumbres del poder, una y mil razones del agotamiento de sus fuerzas que auguran finales inesperados, soluciones abruptas y crueles.

Al morir, su viuda Anita Jiménez me regaló el ordenador de Ángel. Cuando abrí un archivo que se titulaba “Fábula” hallé siete poemas inéditos, algunos de gran intensidad. Uno de ellos se titula:

Otro

*Si yo no fuera un cuchillo
podría conversar con alguien que anda por ahí.
Le diría que su horror es mi horror,
pero desde otro lado –
lo atroz no tiene nunca una sola cara.
O quizá todo sería silencio.
Mi balbuceo no alcanza a formar juicios.
Si ese, de quien me despido sin ver,
no fuera a su vez un cuchillo,
la conversación no sería ya la leche derramada,
o la doncella descuartizada en su aposento.
Él viene de un mundo que a mí me está prohibido,
donde una moneda se iguala a la vigilia
y la pesadilla sólo engendra dos cuervos
que, paulatinamente, le han sacado los ojos,
por lo que ya no podrá verme, aunque quisiera.
A mí me taponearon los ojos con el miedo –
tampoco podría verlo aunque quisiera.
Yo vengo de un mundo que a él le está vedado,
donde el sueño es lo estéril que añora la cigarra,
y un atardecer casi lila dice que esta es la tierra
que nos dieron, donde sería bonito remontar
sin más un papalote, y arrimarle un ramito
de albahaca al próximo suicida.*

IV

Veo a Ángel Escobar como mi hermano menor y como un padre de la poesía cubana. Sus grandes aportes se irán descubriendo y se intensificarán con el tiempo, cuando estemos mejor preparados para recibirlo en su justa dimensión. Él murió de la furia de su madre y de su padre muertos violentamente, de la pobreza atroz de sus hermanos en un arenal de Santiago de Cuba, del bullicio de la esquizofrenia parlante en el sopor de las noches y los días. Durante toda su vida activa de escritor se arriesgó hasta el límite de la ausencia y la soledad y al no compartir la bienaventuranza del oficio, se alejó de todos los demás en dirección desconocida. Pero ahí están sus poemas que lo reconocen y nos reconocen. Poemas que vuelven como una paz inquisitable a saber de nosotros.

EFRAIN RODRÍGUEZ SANTANA

Madrid, 20 de enero de 2002

ÍNDICE

Prólogo / 5

VIEJAS PALABRAS DE USO (1978)

Libro primero / 13

Consagraciones / 35

EPÍLOGO FAMOSO (1985)

Los atributos del día / 41

I

Isla trémula / 41

Perro guardián / 42

Eclipse / 42

Letra mayor / 43

El eco / 43

Lecciones de ausencia / 44

Del nacimiento / 45

Adela en la siesta / 48

Elegía de marzo / 48

Corriendo riesgos / 50

Alpiste para la solterona / 50

Piropo / 51

Parte meteorológico / 52

Operadora de fletes / 52

Foto-carnet / 53

Carta última / 54

Aguafuerte / 54

La esperanza chica / 55

Resumen de vigiliass / 55

Las caras del dado / 56

Talón de sombra / 57

II

- La piedra / 57
- Maniobras de olvido / 59
- El paraíso perdido / 60
- Cortesía pagana / 61
- Contradicciones de canto / 63
- Sobre un lugar común / 64
- Segundo manifiesto / 65
- Tercer manifiesto / 66
- La del traidor / 67
- Relaciones humanas / 68
- Contra los piropos kafkianos / 69
- Dos contra uno / 70
- Desde La Habana / 72
- Corrección de lecturas / 73

Panamá – 4

- Glosa a Panamá / 75
- Sobre el mapa / 76
- Oración / 77
- Glosa ritual / 78

Los empujones blancos

- I / 79
- II / 79
- III / 80
- IV / 81
- V / 82
- VI / 82
- VII / 83
- VIII / 83
- IX / 84
- X / 84
- XI / 85
- XII / 86
- XIII / 86
- XIV / 87
- XV / 87
- XVI / 88

XVII / 89
XVIII / 89
XIX / 90
Epílogo famoso / 90

ALLEGRO DE SONATA (1987)

Andante / 97

Allegro / 99

LA VÍA PÚBLICA (1987)

Aquí / 129

1

Triángulo / 131

qué nos hicimos... / 132

Balbuceo entre vivos / 133

todo se va... / 134

10 y 45 pm / 134

ya no soy... / 135

Tercer acto / 136

se fueron a... / 137

Olvidanza / 138

miremos este cordón... / 139

Uno y el carcelero / 140

Ganas / 141

Detenido al pie / 142

donde se pudre... / 143

Tránsito / 144

2

Foto de mendigo / 146

El borracho y la silla / 146

Un rostro en New York / 147

De otra leyenda / 148

El Ajeno / 148

Las puertas / 149

3

Conjeturas / 151

Cronomanía I / 152

Cronomanía II / 153
Escándalo / 153
Ah bueno / 154
Repita su llamada / 155
Una pregunta / 156
Crimen en Barbados / 157
Duele / 157
Paranoicos / 158
Exhortaciones al perfecto / 160
Vacaciones / 161
Ante el espejo / 162

MALOS PASOS (1991)

Después de ti / 165
El supliciado / 167
Dibujo I / 168
Dibujo II / 169
Saludo de huérfanos / 169
Acto / 171
Los herederos / 171
Constancias / 172
Veinte y uno / 172
Las otras puertas / 173
Explosión / 174
Shakespeare / 174
Me siento lindo / 175
Judas Bromileo / 175
Precauciones / 176
Retrato / 176
Ven aquí un rato / 177
Raya / 177
7:15 a.m. / 178

TODAVÍA (1991)

Reverso / 183
Construcción / 186
Allí / 187
No era bombero el muerto / 188

Difícil / 189
Sentido / 190
Cielo raso / 190
Vamos / 191
El pulgar y el índice / 192
Dístico, variaciones y eco / 193
Marcha / 195
Instante ajeno / 196
El viaje / 197
Acápites / 197
Cándido o el obrero / 198
El rey va a hablar / 199
Contante / 200

ABUSO DE CONFIANZA (1992)

Mente rota / 203
El castigo / 209
La novela de Oersman / 211
Desde el suelo / 212
Apuntes para una biografía de Helene Zarour / 214
Gestos / 216
Dos capítulos / 217
Tartamudea el ángel / 219
Siempre escasea un relámpago en la mesa / 220
Veintiuno y diez. Me fijo / 221
El escogido / 222
La visita / 225
La edad / 226
Hospitales / 226
Graffiti / 227
Huéspedes / 229
Así en la paz / 231
Beulah / 232
Los cuatro cuentos / 233
But on, but on, mira la jaula / 234
Otro texto sobre otra prueba y otra prueba / 235
Funny papers / 237
Abuso de confianza / 239

CUANDO SALÍ DE LA HABANA (1996)

Introito desde la a / 245

Pausa

Sexteto / 246

Punto muerto / 247

Marca / 248

Upa / 248

Raudal / 249

Fragmentos / 250

Otros fragmentos / 251

Promesa / 252

Si te veo / 252

El otro / 253

El rapto en la lejanía / 254

Resguardo del orden / 255

Pendencias / 256

El perseguido / 257

Un cuarto de hora / 257

Daga / 258

Contigo / 259

Canción recién antigua / 260

Ningún cambiazo / 260

Al exquisito aburrido / 261

Voto / 262

No me permiten un acorde / 262

Sordina / 263

Sólo un nombre / 264

Carta sin enviar / 265

Un poco de paciencia / 265

Prende / 266

Proseguir / 267

Silueta / 268

Así y aquí / 269

Ningún tenor / 269

Deja vue: petit ange fou / 270

Ritornello / 270

Waldo Hugo Jiménez / 271

En su cumpleaños / 272

Que cualquier otro dueño /	273
Motivo ya visto /	273
Quite /	274
Nadie /	275
Otra canción /	276
El testigo /	276
Colección /	277
Conversación con la inocencia /	278
Paseo /	279
Notas de lunes /	280
Primeros ensamblajes de Villalobo /	281
Sombra aleve /	282
Antonio Vidal /	283
Inscripción /	284
Eriazo /	284
El fiel /	285
Índigo /	286
Susurro /	287
Dícese de mi nombre /	288
Consideraciones /	288
En su lugar /	289
Odio a las pausas /	290
Figuras /	291
Al dorso de figuras /	294
Escarba /	295
Notas del desahucio /	296
Roce /	297
Suceso así remoto /	298
Liando un cigarrillo /	299
Interludio	
Pieza /	300
Otro que está /	301
Final	
Cuando salí de La Habana /	302

EL EXAMEN NO HA TERMINADO (1997)

En ti /	309
Poblador /	310

En la costanera / 311
Impromptu / 312
Bulla / 313
Hilo acosa / 314
Elegía sin rumbo / 315
Cierta forastero / 316
Motivo con dos pausas / 316
La fuga / 317
Balbuceo de un antepasado / 318
El problema / 318
Lectura de tercer grado / 318
Alevosía de un paréntesis / 319
Discusión sobre el posmodernismo / 320
Haberes / 320
Cuestiones / 321
La guardería infantil / 322
Continuidad de los parques / 323
Paráfrasis sencilla / 324
Epigrama fatal / 324
Otro epigrama en tres partes / 325
Un poco de antipoesía / 326
Otro poco de antipoesía en dos partes / 326
El buscado / 327
Quién le teme a Franz Kafka / 328
Fama / 328
Acotación / 329
Lo que borra / 329
La presencia / 330
De una parte / 331
Una consulta / 331
El anciano / 332
El guijarro / 332
Lo que buscábamos / 333
Poniéndole azúcar al café / 334
Vivir entre paréntesis / 334
El tablón de un ahogado / 335
Cruzando un campo / 336
Léelo / 336

Orto / 337
Palillo / 337
S/T / 338
Término medio / 338
Liberté, Égalité, Fraternité / 339
La conspiración de los necios / 339
Sobre líneas azules / 340
Fijeza / 342
El pacto / 343
Cobar del ángel / 344
Otra presencia / 345
S/T uno / 346
S/T dos / 347
S/T tres / 348
S/T cuatro / 349
Cuba y la noche / 350
La brisa junto al millo / 351
Rogación de cabeza
Aspa dos / 352
Aspa tres / 352
Aspa uno / 353
El eje / 354
El fluido / 355
Un cable / 356
El otro cable / 357
El tomacorriente / 358
El enchufe / 359
El conmutador / 360
Piezas interiores / 361
Gráfico de presiones / 362

LA SOMBRA DEL DECIR (1997)

Umbral / 367
Trizas / 369
Alhelí en vigilia / 369
No absorto / 369
Alabanza / 370
Frente frío / 371

Azules que / 371
Añoro / 372
Hábitat / 373
Así / 374
Pabellones / 374
Ten / 375
Hielo seco / 376
Sol mío / 377
Sonidos / 377
Palestra / 378
Danza noble / 379
Recado / 380
Otro / 380
Rubatto / 381
Insucedáneo / 381
Soterra / 382
Gollete / 383
Agraz / 384
Rastro / 384
Contumaz / 385
Dotro / 386
Cuaderno / 387
Apunte / 387
Pendón anoto / 388
Bartolina / 388
Adoquines / 389
Cartilla borrada / 390
En lo cierto / 390
Tras la celosía / 391
Violín de Brindis de Salas / 392
El arquetipo y la horma / 393
Carnaval / 394
Yago / 395
Un noble / 396
Otro noble / 396
Desdémona / 397
Electra / 398
Orestes / 399

Cementerio no marino / 400
S/t en sombra / 400
Don Juan a doña Inés / 401
Bisutería / 402
Acápite del breve / 403
Tregua / 404
Ella vendría este día / 404
Busco / 405
Tu cometido / 406
Oportunidad única / 407
Derruido / 407
Esplende / 408
Velocidad y brillo / 409
La edad fulgente / 410
No un anticipo / 410
La sombra del decir / 411
Don de ti / 413
Enjugando una lágrima / 415
Envío / 416
Tierra, tierra mía, Isla transida – / 417

OTROS POEMAS

El intermedirario / 421
Guantanamero / 425
Dorsal / 426
Decubito supino / 427
Fábula / 428
Por si a alguien le interesa ejecutar esta pieza / 428
Coloquial / 430

EPÍLOGOS

Ángel Escobar, el escogido / 435
Ángel Escobar y los otros naufragos / 438

